CIRCULO DEL CRIMEN

LA QUINTA MUJER

MARIA FAGYAS

EDICIONES FORUM

Nº 39

Maria Fagyas

LA QUINTA MUJER

Círculo del Crimen Nº 39

ePub r1.1
Rutherford/Rbear 21.02.16

Título original: *The Fifth Woman*
Maria Fagyas, 1963
Traducción: Miguel Giménez
Forum: 1983
ePub base r1.2

Editor digital: *Rutherford/Rbear* (21/02/16) (r1.0)

Revisión de *dino51bd* (27/02/16) (r1.1)
Cotejado con la versión impresa de: *Fórum (Círculo del Crimen)*, *1983*.
Corrección sistemática (o sea, *deberían* estar bien) de: índice, notas y párrafos (integridad, separaciones entre ellos y formato).
Corrección no sistemática (es decir, lo que me ha *saltado a la vista* al controlar los párrafos: es previsible que se mantengan errores) de: cursivas, negritas y erratas tipográficas.
Correcciones adicionales:
- Añadidas unas siete líneas (en dos apartados) que faltaban.
- Añadidos tres formatos "cita", aunque no están en el texto impreso.

Sábado, 27 de octubre de 1956

En algún lugar de Budapest la campana de una iglesia daba las seis. Una ráfaga de viento chocó contra las casas, trepando por las paredes y haciendo que las banderas se agitaran como tantos trapos para quitar el polvo manejados por fervorosas amas de casa. En el bulevar del Museo, los tanques volvían a atacar, añadiendo su férreo estruendo al tableteo de las ametralladoras y a las intermitentes explosiones de las granadas de mano.

Cuatro mujeres muertas yacían en una fila sobre la acera, delante de la panadería de la esquina con Perc Koez. Dos estaban debajo de sacos de harina abiertos, pero no hallaron ninguno más para las otras, que fueron tapadas con papel ordinario de envolver, con el nombre y las señas del expendedor en destacadas letras y palotes escritos con tinta azul que decían: ENVÍO ESPECIAL y FRÁGIL.

La primera mujer era alta y macilenta, y la mortaja de papel dejaba sus piernas delgadas descubiertas de rodillas para abajo. Parecían palos con medias de algodón negro encima. Las medias y los zapatos de tacón bajo formaban un asombroso contraste con la resplandeciente cabellera rubia, que se estremecía como una mata dorada cuando el vendaval levantaba el papel de envolver. Las otras tres eran bajas, regordetas, y una bastante vieja. Había mucha sangre a su alrededor, mojando el asfalto, formando regueros pardos, como sombras alargadas en la tarde.

Tres bolsas destrozadas y una red de compra estaban amontonadas junto a la pared. En la red había un repollo, una lata de tomates y tres manzanas. Una de las bolsas estaba llena de espinacas. En una ciudad amenazada por el fantasma del hambre, debía de haberse necesitado mucho ingenio y fortaleza para

conseguir cualquier clase de verduras, y era comprensible que una mujer de tanta determinación se hubiese negado a abandonar su lugar en la cola, sólo porque un tanque ruso acababa de aparecer por la esquina. Cuando el tanque abrió fuego, era ya demasiado tarde para correr. Ella y las otras no tuvieron siquiera tiempo de asustarse. Las compasivas balas acabaron con ellas antes de que comprendiesen que habían desperdiciado toda la tarde, pues ninguna de ellas llegaría al principio de la cola.

Los cristales de la panadería estaban llenos de pequeños agujeros redondos, de los que irradiaban resquebrajaduras, que formaban dibujos extraños. Milagrosamente, no se habían roto por completo. La tienda se hallaba atestada de vidrios rotos, procedentes de las bombillas del techo. Una chica estaba ya barriendo el suelo, y otra limpiaba las vacías estanterías. Ambas trabajaban apresuradamente, como si temieran que estallase una nueva escaramuza antes de terminar la limpieza.

Lajos Nemetz pasó por delante de la panadería, camino de la Jefatura, y se detuvo a contemplar los cadáveres. Los miró con el estoicismo del profesional, sin horror ni piedad. Llevaba treinta y seis años en la Brigada de Homicidios, y había visto demasiadas veces a personas muertas en contorsiones violentas. Recordaba algunos rostros, principalmente de niñas y niños, algunos con el encanto de ángeles barrocos, otros cerúleos y rígidos como santos medievales. Los demás no habían dejado huella en su memoria, probablemente porque la muerte y los sufrimientos les habían privado de su personalidad, y en algunos casos, incluso del sexo. Dos meses en una zanja de los bosques, y la única manera de distinguir entre una reina de la belleza y un contable era el pelo largo de la chica.

Nemetz prosiguió su camino. Tomó nota de las señales de balas en las paredes, las hileras de ventanas sin cristales y las fachadas recién destruidas con sus grandes boquetes, dejando ver, como si fuesen escenarios de teatro, los dañados, pero aún ocupados, apartamentos.

Cuatro días desapacibles de octubre habían cambiado a una metrópolis, donde la existencia antes se había desarrollado de manera tan plácida, tan monótona, en un campo de sangre y fuego. No había habido aviso, ultimátum ni declaración de guerra, y la

lucha había surgido como un cataclismo. Nemetz recordaba claramente a los alegres y entusiastas jóvenes y mujeres que habían pasado por su lado, estando él cerca de la plaza del Parlamento el martes por la tarde. Llevaban banderas húngaras, de las que habían cortado la enseña comunista, y pancartas en las que pedían libertad e independencia para su país. Era penoso comprender que aquella misma tarde, muchos de ellos habían sido abatidos, delante del edificio de la Radio, por la AVO, la Policía secreta comunista.

A unos doscientos metros de la panadería, Nemetz tropezó con el cuerpo de un niño, tendido entre las cariátides caídas de un balcón demolido. No llevaba gorrito, y en cambio sí unos zapatos buenos y una chaqueta corta, forrada de piel. Su gorro azulado estaba medio enterrado bajo la escoria que había a su lado. La sangre había pegado el pelo rubio de su sien junto a la herida. Yacía de costado, y era difícil decidir si lo había matado una bala o una piedra al caer. Nemetz tomó nota mental del número de la casa, a fin de poder pasarlo al Departamento de Personas Desaparecidas, si todavía funcionaba.

Pronto, alguien buscaría al muchachito, pensó. Probablemente, su familia se estaba disponiendo a cenar, y su madre pensaba reñirle severamente por llegar tarde.

Delante de la entrada principal de Jefatura, el pavimento estaba levantado y el esqueleto de un autobús achicharrado se apoyaba en la pared. Nemetz dio la vuelta a la manzana y entró por una puerta lateral que ordinariamente habría estado cerrada. Ahora estaba abierta de par en par, y la cabina del agente de guardia estaba vacía. Del segundo piso llegaba el sonido de una máquina de escribir. Resonaba por el edificio con la extraña soledad de un transmisor de radio que envía señales de SOS desde un buque que se va a pique.

Nemetz trepó las escaleras. Mientras recorría el corredor, se detuvo en diversos sitios para asomarse a los despachos. Estaban a oscuras y desiertos, y sólo las placas de cobre de las puertas le recordaron a los hombres que los habían ocupado antes del estallido de la revolución. Una organización que cinco días antes parecía tan esencial para la vida de la gran ciudad como el agua o la luz, ahora

se estaba desintegrando rápidamente. El Jefe había huido y el resto del personal creyó aconsejable esperar el cambio de los acontecimientos. Sólo una fuerza esquelética permanecía de servicio, un puñado *de chevaliers sans peur et sans reproche*.

A Nemetz no le sorprendió que el tecleteo de la máquina de escribir procediese de la antesala de su propio despacho. Cuando entró allí, halló a Irene Lestak sentada a su escritorio, aporreando las teclas con una concentración abstraída.

Irene era una vieja solterona, reseca y fea como un palillo de tambor masticado. Estaba en términos de hostilidad con todos los del piso, con todos, exceptuando a Nemetz, cuya calma inmutable le tornaba inmune a sus pinchazos. Ni siquiera por las mañanas, cuando llegaba después de una juerga de tres días, con los ojos inyectados en sangre y el habla estropajosa, lograba ella pelearse con él. Nemetz se despojaba de sus ironías como si fuesen desperdicios de pájaro caídos sobre la manga de su chaqueta. Hubo ocasiones, muchos años atrás, en que ella había alimentado el sueño de convertirse en la señora de Lajos Nemetz. No era un sueño rosa, el sueño de una jovencita en noches de luna, sino un sueño nacido de la desesperación y el temor de una vejez solitaria. Era una mujer obstinada y de cortos alcances, que tardó diez años en comprender que había soñado lo imposible. Durante algún tiempo se sintió herida y amargada, pero más adelante su resentimiento se suavizó, convirtiéndose en una benévola tiranía. A menudo insultaba a Nemetz a la cara, y luego corría en busca de un café para él a la cafetería de la esquina. Antes de permitirle, sin embargo, sorber el café, le cobraba severamente los cinco florines que costaba. No era del tipo que se gasta el dinero con los hombres, pensaba Nemetz. Ni del que se lo gasta en sí misma.

—¿Qué está escribiendo? —preguntó él al entrar.

—Mi última voluntad —repuso ella, encogiéndose de hombros. Se levantó y colgó el abrigo de Nemetz—. Bien, ¿qué novedades hay por el mundo? —preguntó, como llevaba haciendo cada día, desde veinte años atrás.

Su tono, no obstante, indicaba invariablemente que, aunque hubiese novedades, éstas no le interesaban ni podían afectarla.

—Nada bueno —replicó Nemetz.

Esta, durante veinte años, había sido su respuesta a la retórica

pregunta de ella. Se armonizaba perfectamente con los sucesos menores y mayores de la era, incluyendo la invasión de Hungría por las tropas de Hitler en 1944, la liberación rusa en 1945 y el estallido de la revolución en 1956.

Nemetz entró en su despacho y encendió la luz. Hacía días que no limpiaban la habitación, y las pilas de informes polvorientos sobre la mesa, los archivadores atestados de anales sobre crímenes largamente olvidados, el sillón desvencijado, con sus brazos pulimentados hasta adquirir la suavidad del mármol por las palmas de los nerviosos sospechosos y testigos, el diván en el que Nemetz había últimamente pasado más noches que en su propia cama, la desastrosa lámpara que podía inclinarse para arrojar su despiadada luz sobre el hombre sentado delante del escritorio, todo el conjunto de la estancia parecía aún más deprimente que de costumbre.

Nemetz sentóse y, mecánicamente, hojeó los papeles colocados en la mesa. Había estado recientemente trabajando en uno de los casos más monótonos y menos enigmáticos de toda su carrera. Un camarero sin empleo había matado y robado a su patrona. Durante semanas, el hombre se había retrasado en el pago de su pensión, y cuando la mujer le amenazó con echarle de su casa, él cogió un atizador y aporreó a su víctima con toda su amargura y frustración. Embolsarse los doscientos veinte florines que halló en el cuarto fue una idea repentina. Ya había cometido un asesinato y no tenía nada que perder.

Dos vidas habían quedado destruidas, y el pago se redujo a los doscientos veinte florines, el precio de un par de zapatos de poca calidad. Una vida por el zapato izquierdo y otra por el derecho.

—Una mujer desea verle —le anunció Irene, asomando la cabeza.

—¿A mí?

—¿A quién, si no? No hay un alma en todo el piso. Sólo los dos tontos que somos nosotros.

La mujer estaba detrás de Irene, oyendo sus palabras. Sin embargo, esto no preocupaba a Irene. Esta siempre trataba al público —sospechosos, testigos y demandantes— con desdeñosa indiferencia. En una oficina donde el tono general era de refunfuño deliberado, Irene aventajaba a todos los demás del personal. Sus enemigos la acusaban de inútil rudeza como prueba de su lealtad al

régimen. Esto no era verdad. Había nacido ya ruda, de igual forma que el puercoespín con sus espinos.

—Que entre esa señora —ordenó Nemetz.

Jamás usaba la palabra «camarada», aunque su adhesión a las fórmulas del pasado no fuese en modo alguno una protesta contra el régimen actual, lo mismo que la rudeza de Irene significaba que estuviese de acuerdo con él. Como los viejos perros circenses, los dos estaban demasiado amoldados a las viejas normas para aprender otras.

La señora no tuvo que entrar, porque ya estaba dentro, y se acercó al escritorio como si éste fuese un tren en marcha y ella pretendiese arrojarse entre las ruedas.

—Siéntese, por favor —le indicó Nemetz.

La mujer se detuvo en seco, dirigió una mirada apreciativa a Nemetz y se acomodó en el borde de la silla.

—Espero haber venido al lugar más oportuno —empezó—. ¿Es aquí donde se notifican los asesinatos?

Poseía una voz sorprendentemente melodiosa con rastros del dialecto de la provincia de Bibar. Esto le prestaba a su forma de hablar una cualidad altamente refrescante. Asimismo, su aspecto le recordó a Nemetz las praderas húngaras. Tenía una tez oscura y una cara redonda con ojos almendrados, y pómulos tártaros, muy acusados. Su cabello era castaño, suave y rizado. Lucía una blusa verde y una falda de casimir bajo un abrigo pardo de mezclilla. Sus zapatos, guantes y bolso concordaban perfectamente con el tono del abrigo y los demás accesorios dignos sólo de las revistas de moda extranjeras. Pocas mujeres de Budapest podían permitirse tales prendas, y de esas pocas, menos aún se habrían atrevido a usarlas. Había un gran peligro en vestir bien. Ello llamaba la atención. La modestia era más segura.

La mujer se quitó un guante y Nemetz observó que tenía unas manos suaves y bien cuidadas. Sus dedos eran cortos y gordezuelos, pero sus uñas rosadas eran tan largas como las garras de un gato.

—Sí, señora, aquí es.

Nemetz conservó su voz baja e indiferente. En realidad, le molestaba la pregunta de su visitante. Había sido articulada con la clara intención de asombrar, y él se negaba a asombrarse por nada. Se retrepó en su sillón y aguardó, paciente y relajado, a que ella

hablara. Tuvo que aguardar algunos instantes.
—¿Puede proteger la Policía a una persona cuya vida está en peligro? —quiso saber finalmente.
—Depende de la persona y del peligro —repuso Nemetz.
La mujer le dirigió una larga mirada de reproche. Había llegado al despacho con su papel cuidadosamente planeado y ensayado. Y ahora se veía de improviso ante una cuestión no prevista.
—Mi esposo quiere matarme —explicó—. Y yo deseo que la Policía lo arreste. ¡Tienen que cogerle! ¡De lo contrario, me matará!
Jadeaba, pero no estaba histérica. Su mirada no se apartaba del rostro del inspector, fría y calculadora. Nemetz decidió que no era verdadero pánico lo que la había llevado a su despacho, sino un plan deliberado. O quería castigar a su marido por alguna ofensa, o deseaba deshacerse de él.
—¿Cómo sabe que su esposo quiere matarla? —preguntó él—. ¿La ha avisado de ese intento, o ha tratado él de…?
El tono plácido de Nemetz pareció enfurecerla, y sus pupilas llamearon de impaciencia.
—Lo sé. Me lo dijo. Quiere matarme.
—Esto es mucho decir —comentó el inspector—. Le aconsejo que reflexione mejor antes de dar ningún paso. A menudo, ocurren cosas entre marido y mujer, que al día siguiente están ya olvidadas. Un esposo puede ponerle a su mujer un ojo morado. Y esto no significa en absoluto que pretenda matarla.
—¿No lo entiende, inspector? —articuló ella lentamente, como si se dirigiese a un sordo—. Si la Policía no interviene, estoy lista —levantó la voz—. Además, no he venido aquí en demanda de consejo sino de protección.
Nemetz cogió la pluma con resignación.
—De acuerdo, ¿cuál es su nombre?
—Señora de Zoltan Halmy, y Anna Toth de soltera.
—¿Nombre y ocupación de su esposo?
—Doctor Zoltan Halmy. Es médico. Cirujano.
—¿Dirección?
—Calle Jozsef Attila, veintiocho.
Nemetz conocía la casa. Estaba a un tiro de piedra de Jefatura.
—¿Su propia ocupación?
—Enfermera —repuso tras cierta vacilación.

Nemetz comprendió que mentía.

—¿Dirección donde trabaja?

—Bueno… —una larga pausa—. En realidad, no trabajo. No por el momento. Quiero decir que… a veces ayudo a mi esposo. Forma parte del personal del Hospital Municipal.

—¿Allí le ayuda usted? ¿En el hospital?

—No —sacudió la cabeza, pero no ofreció más información.

—¿Le ayuda en casa, en el consultorio?

La mujer respiró profundamente.

—Bien, si quiere saberlo, no soy enfermera diplomada —había en su voz una nota de resquemor y empezó a taconear contra el suelo, dando muestras de impaciencia—. Se trata de una… estratagema cara al Ministerio de Trabajo, a fin de que no me pongan a trabajar en una fábrica. No tengo hijos. Y naturalmente, en casa hay mucho trabajo. Mis padres viven con nosotros, y mi hermana con su marido, por lo que hay mucho quehacer. Limpiar, guisar y…

Su voz se perdió en el aire. Anna Toth esperaba, dejando que su pie girase sobre el alto tacón de su lujoso zapato, de la misma forma que un gato retuerce su cola, moviéndola atrás y adelante cuando se la sujetan contra su voluntad.

—¿Su edad? —indagó Nemetz.

El pie se detuvo un segundo.

—Treinta y tres.

Era un desafío a Nemetz, como si éste fuese a dudarlo.

—¿La de su esposo?

—Treinta y siete.

Desde no muy lejos llegó a sus oídos el estruendo de una explosión. La mujer no pareció oírlo, como si los muros que la rodeaban fuesen a prueba de ruidos.

—Hábleme más de la amenaza. ¿Por qué supone que su esposo…?

—¿Supongo? —gritó ella—. ¡Yo no supongo nada!

Nemetz observó que su gramática no era tan perfecta como sus ropas.

—Lo sé —continuó Anna Toth—. Quiere desembarazarse de mí. ¡Tiene una chica y desea casarse con ella!

—Sigue sin tener motivo para matarla.

Nemetz sintió un dolor penetrante en la nuca. Tenía cincuenta y nueve años, y llevaba varios días durmiendo sólo a ratos. Todo el cuerpo le dolía de fatiga, como si estuviese embutido en una camisa de fuerza. Si al menos pudiese tenderse en el sofá a hacer la siesta… Odiaba a aquella visitante, y empezaba a simpatizar con su marido.

La señora Halmy presintió su despego. Se inclinó hacia delante para captar la mirada del inspector y obligarle a ocuparse de su problema.

—Mi marido me manifestó que lamentaba mucho haberse casado conmigo. Que ojalá hubiese hecho caso a su madre. Su madre me odia, ¿entiende?

—¿Por qué?

Nemetz esperaba que el sonido de su propia voz dispersase la neblina que amenazaba con envolverle.

—Yo no era bastante para ella. No tenía dinero. Nos casamos en 1945, inmediatamente después de la guerra. En aquellos días, todavía importaba la posición de una persona. No era como hoy —añadió con una risita nerviosa y breve.

—Estamos dando rodeos —replicó Nemetz—. Volvamos al doctor Halmy y a sus amenazas. ¿Qué palabras empleó exactamente?

El semblante de la mujer esbozó la sombra de una sonrisa.

—Bueno, pues que quiere irse con una chica. Huir a Occidente. No me lo dijo claramente, pero yo lo averigüé y le espeté que no se lo permitiría. Tendría que pasar por encima de mi cadáver, añadí.

—Esto es lo que usted le dijo. Pero, ¿qué dijo *él*?

—No recuerdo las palabras. Además, le di a entender con toda claridad que no podía abandonarme. Yo soy su esposa. ¡Llevamos casados once años! La ley está de mi parte. ¿Qué pasaría si todos los maridos tuviesen que huir sólo porque hay una revolución y las fronteras están abiertas? Le aseguré que le obligaría a quedarse. Y fue entonces cuando dijo que me mataría. De un tiro. Tiene un revólver. Lo sé. Lo he visto con mis propios ojos. Y le pregunto, inspector, para qué un hombre como mi marido necesita un revólver.

Nemetz se puso de pie. Tenía que moverse para alejar el sueño.

—Mi querida señora Halmy… ¡Los chicos de doce años ya llevan a veces pistolas en el cinto! De repente, todo el mundo, hombres,

mujeres y niños, se ha armado en esta ciudad. De acuerdo, su esposo también tiene un revólver. Lo cual no prueba que desee usarlo contra usted.

La mujer se levantó como impulsada por un resorte.

—¡Dijo que me mataría! —gritó.

Nemetz le dirigió una mirada contemplativa.

—¿Qué quiere que yo haga?

—¡Que lo arreste!

—¿Para que no huya a Occidente con su amiguita?

Ella intuyó la trampa y calló.

—Ya ha pasado por este trance otras veces, ¿verdad? —prosiguió el inspector—. Riñas, escenas, amenazas…, ¿o es la primera vez que se pelean?

La mujer sacó del bolso un pañuelito y se secó los ojos. La fragancia de *Arpège* inundó la estancia. Nemetz la olió con delicia hedonística. Sus clientes raras veces exudaban tales aromas.

—Oh… —suspiró ella, con el temblor de lágrimas en sus pupilas —. Últimamente ha sido terrible. Sí, naturalmente, nos hemos peleado otras veces, pero jamás como ahora. O me chilla o calla durante largos días. Y si intento hablarle, se marcha del cuarto.

—Pero esta tarde él le ha hablado, ¿verdad?

—¡Y de qué modo! —exclamó Anna Toth—. Afirmó que me mataría. Y sé que piensa hacerlo, lo sé.

Daba vueltas en torno al mismo punto: la amenaza de muerte.

—Ha contratado a un guía para que les lleve a él y a la chica a Austria. No he logrado descubrir su nombre. Es un joven bajito y rubio. No parece tener más de veinte años. Vino a casa para hablar con mi marido. No era su primera entrevista, pues ya estaban de acuerdo en los detalles: fecha, pago y demás. Y esta tarde, el joven vino a casa media hora antes por equivocación. Mi marido aún no había llegado. Yo no sabía quién era el muchacho ni qué negocios tenía con Zoltan. Le hice sentar para que esperase. Luego, empezamos a charlar. El ignoraba que yo no estaba enterada del plan, y cantó de plano. Naturalmente, cuando llegó mi marido y descubrió lo que el joven había hecho, se puso como un loco y lo echó de casa. Gritó que no quería volver a verlo nunca más. Pero estoy segura de que lo dijo para engañarme. Los dos volverán a confabularse. Por esto quiero que intervenga la Policía. No será

difícil localizar al chico…

—¿También quiere que lo arreste? —la interrumpió Nemetz irónicamente.

—Bueno, está quebrantando la ley, ¿no? Ayuda a la gente a huir. Han colgado a muchos por bastante menos.

Nemetz decidió pasar por alto la observación. No deseaba discutir.

—Usted le advirtió a su marido que impediría la fuga. Sin embargo, él la ha permitido salir de casa sin infligirle daño alguno, aunque tenía motivos para suponer que usted iba a denunciarle. ¿No demuestra esto que no piensa llevar a cabo sus amenazas?

La mujer le contempló con los ojos muy abiertos.

—Temo haber venido a donde no debía —murmuró—. ¡No sabía que la Policía estaba aliada con los fascistas!

Nemetz ya estaba acostumbrado a los insultos de los clientes insatisfechos. Se limitó a encogerse de hombros.

—Vamos, señora Halmy, sea razonable. No puede usted venir aquí y pedir simplemente que arrestemos a un hombre.

—¿De modo que no hará nada? —preguntó ella estridentemente —. ¿Se quedará ahí sentado, viendo cómo me matan?

Nemetz profirió un suspiro.

—No. Indagaremos el asunto. Citaremos a su marido y le haremos declarar su versión de la historia. Si logro encontrar un alguacil que le lleve la citación —añadió con una triste sonrisa.

—¡Por entonces, él y la chica ya habrán cruzado la frontera!

Nemetz empezaba a perder la paciencia.

—Lo cual significaría que usted está a salvo. Y esto es lo que quiere, ¿no?

—¡No! —gritó ella. Después se reprimió y bajó la voz—. Es decir, no estaré a salvo mientras él esté libre. Y si la Policía no quiere hacer nada, ya encontraré otro medio. Tengo amigos en la *Kommandatura*.

Nemetz experimentó el impulso irresistible de soltarle un puntapié.

—En su caso, yo dejaría a los rusos fuera de esto.

Anna Toth se puso de pie, abrochándose el abrigo.

—Usted no me concede otra salida —exclamó retadora.

Hubo una llamada a la puerta. Entró Irene con una carpeta.

—Perdone la interrupción, inspector. Acaban de bajar estos papeles. El capitán Porkai aguarda un informe dentro de una hora.

Nemetz miró la carpeta. Contenía el informe médico de un caso de asesinato solucionado tiempo atrás. Irene debió cogerlo al azar de algún cajón. Además, no podían bajar nada de arriba porque el único ser vivo que se movía por los abandonados despachos era un gato negro llamado Cica. En cuanto el capitán Porkai, hacía días que no le veían el pelo. Según fuentes bien informadas, se había unido al gran éxodo hacia la frontera austríaca.

A veces, Irene era un dolor de estómago, pero ciertamente sabía cómo librarse de los visitantes molestos.

—¿Quiere acompañar abajo a esta señora y hacer que firme? —le preguntó Nemetz—. Tome nota de su demanda.

—Con gran placer —asintió Irene. Su alegría decayó al volverse hacia la señora Halmy—. ¡Vamos, señora, muévase! No disponemos de toda la noche.

—¿Qué es lo que tiene que anotar? —inquirió la aludida.

—Lo que acaba de contarme —replicó Nemetz—. Sólo que con más concisión.

—¿Por qué he de firmarlo?

Irene se adelantó a la respuesta del inspector.

—Porque la Policía necesita una demanda para proceder. Porque alguien ha de ser el responsable si la demanda es falsa. ¿Está claro? —no aguardó la respuesta y continuó—: Vamos, de prisa. El inspector tiene mucho trabajo.

Empujó literalmente a la señora Halmy, de soltera Anna Toth, fuera del despacho. Un minuto más tarde, desde la antesala llegó a oídos del inspector el furioso tecleteo de la máquina de escribir, que tapaba la voz del dictado de la señora Halmy.

La máquina de escribir de Irene poseía un gran don. Podía transcribir el más sensacional caso de asesinato, con toda su tragedia, y sonar con la misma sencillez que si se tratase del robo de jalea a cargo de un chiquillo en la despensa de su madre. Logró comprimir la larga narración de la señora de Zoltan Halmy en unas cuantas frases breves y sobrias, y luego condujo a la mujer de nuevo al despacho de Nemetz.

—Permítame que le diga, inspector —exclamó nerviosamente Anna Toth—, que perderá el tiempo citando a mi marido. No hará

caso. Dirá que es indispensable su presencia en el hospital. Esta revolución le servirá de excusa.

—Le encontraremos, pierda cuidado —gruñó Irene—. Usted firme la demanda y deje lo demás para nosotros.

La señora Halmy se acercó a la mesa, cogió la pluma y firmó con su nombre, con la misma prolijidad de la alumna que se examina. Luego, como ya no quedaba nada por hacer, se encaminó hacia la puerta. Más tarde, Nemetz recordó que se había detenido un instante en el umbral como temiendo abandonar el refugio protector del despacho.

—¡Vaya arpía! —refunfuñó Irene—. Dice que está asustada de su marido, pero no teme ir por la calle después del toque de retreta. Con todo el Ejército ruso merodeando por ahí. ¿Por qué no les teme a los rusos?

—Tal vez les tema… tal vez no —se encogió de hombros Nemetz.

Hasta las diez reinó la calma relativamente en el edificio. A veces se oía la explosión distante de un cañonazo, y en una ocasión llegó un patrullero ruso herido, quedándose en el portal hasta la llegada de una ambulancia; luego, una mujer enloquecida pidió refugio para ella y su hijita, los únicos supervivientes de la familia. Irene cobijó lo mejor que pudo a las dos en el despacho del capitán Porkai. A las diez, casi todo el tráfico había cesado. Nemetz estaba dando cabezadas cuando se asomó al despacho el inspector Koller.

—¡Lárgate a casa, chico, ya me quedaré yo! —gritó.

Nemetz se desperezó y se enderezó. Siempre le había gustado la presencia de Koller, su único amigo del cuerpo. Bullicioso, de carácter fogoso, profano, muy poco intelectual, Koller era el duro y a menudo policía brutal que la moderna criminología rechaza desdeñosamente. Nemetz, a pesar de desaprobar sus métodos, nunca los criticaba. Sabía que cuando Koller apaleaba a un preso enmudecido, lo hacía guiado por la honesta convicción de que su administración judicial del castigo físico le ahorraría a la Brigada mucho trabajo, y a la Municipalidad mucho dinero. Jamás pegaba coléricamente, y se sabía que trataba bien a los sospechosos cuya inocencia le dictaba su instinto. También se mostraba compasivo

con los oprimidos y los perseguidos injustamente. Sus impulsos le obligaban a menudo a pisotear los pies de Personas Muy Importantes, lo cual le acarreaba grandes peligros.

—Vete a casa, chico —repitió.

—¿Por qué no te has quedado tú en casa? —replicó Nemetz—. Has estado aquí tres noches consecutivas.

—La Wop vuelve a estar en armas. Y yo prefiero no interponerme en su camino. Ha descubierto lo de Irma.

La Wop era su mujer. Era de Milán, con el tamaño de un barril de vino de quinientos galones, pesaba ochenta kilos y, al cabo de treinta años de vivir en Budapest, no sabía hablar ni una sola palabra de húngaro. Sus hijos asistían a un colegio húngaro, pero ella vivía completamente aparte de su ambiente, en un mundo de cortinajes de terciopelo rojo, cuadros sagrados, discos de Beniamino Gigli y enormes platos de spaghetti.

—La Wop se está poniendo insoportable —se quejó Koller—. Está convencida de que yo he iniciado la revolución, para tener la excusa de pasar las noches fuera de casa.

—No anda muy lejos de la verdad —rió Nemetz.

Se puso el abrigo, en tanto Koller le hacía un resumen de los últimos sucesos en la ciudad. Se luchaba en los cuarteles Kilian. Los rusos habían tenido que desalojar el Distrito Quinto. En el bulevar Lenin, los niños de un colegio habían incendiado toda una unidad de tanques. Arrojar cócteles Molotov era la diversión que sustituía al fútbol y al ping-pong. De repente, Nemetz se acordó del jovencito que viera tendido en la calle en un extraño silencio cuando él salía de su casa. Tenía una habitación alquilada en el apartamento de su cuñada viuda, en la calle Arpad, a unos veinte minutos de Jefatura. El aire era cortante y claro, como un aguijón; sólo el Danubio se escondía bajo un grueso manto de bruma, como si quisiera no ver los violados muelles.

Pasó por Perc Koez. Las mujeres muertas seguían delante de la panadería. Alguien había colocado una tosca cruz de madera sobre el pecho de la primera. Una pequeña corona fúnebre, la clase de flor suburbana que las tiendas preparaban al acercarse el día de Todos los Santos, estaba al pie de la segunda. Una súbita ráfaga de viento, como en busca de alguien, levantó el papel que cubría a la alta rubia. A la débil luz del farol callejero, su cara cenicienta miraba al

cielo. Estaba ya adquiriendo el color del suelo del cementerio, que estaba pronto a recibir sus restos.

Tres formas humanas estaban sentadas a la sombra del portal más próxima. Un hombre y una mujer, acurrucados con ostensible pesar y, apartada, una niña de unos catorce años. A intervalos de varios segundos, la mujer exhalaba un gritito, como el chirrido de un zapato nuevo. La niña estaba inmóvil; sólo le castañeteaban los dientes. Tenía la cara oculta por una mata de cabello negro, alborotado, que descendía por debajo de un gorrito beige. Llevaba un abrigo que era al menos una talla demasiado pequeña para ella y sin duda excesivamente delgado para aquella época del año. A Nemetz le recordó las postales victorianas que llevaban la inscripción: «Pobre huérfana.»

Ya había dado unos cuantos pasos cuando una súbita sensación, que al principio no logró definir, le obligó a pararse en seco. Esta experiencia no era extraordinaria. Sus reflejos solían obedecer a su instinto de policía antes de comprender una situación. Durante un largo momento contempló a las muertas de la acera, preguntándose qué le había detenido.

De pronto, lo supo. A las seis de la tarde, cuando pasó por allí por primera vez, había cuatro cadáveres sobre el pavimento. Ahora, a las diez cincuenta y cinco de la noche, había *cinco*.

La recién llegada era la última de la fila, situada más cerca de la esquina de la calle. No estaba tapada por ningún saco de harina, ni llevaba abrigo, sino solamente en suéter y una falda. En torno a la cintura, por debajo del suéter largo, sobresalía una cinta de seda rosa, con una coquetería poco de acuerdo con un cadáver. Le faltaba el zapato izquierdo y el laca rojizo de los dedos del pie brillaba a través de las medias de nylon. Yacía con la cara hacia el suelo, con el negro cabello ocultándole el semblante. Sin embargo, Nemetz la reconoció. Era la señora Anna Halmy. La mujer que aquella misma tarde estuvo en su despacho.

Este descubrimiento le aturdió. Se encolerizó consigo mismo por no haber reconocido las señales de una tragedia. En sus largos años como policía, había adquirido un sexto sentido, había desarrollado un sistema de alarma que reaccionaba ante las manifestaciones más infinitesimales de los pensamientos recónditos de otra persona, como un suspiro de alivio o un leve parpadeo… pistas en las que

jamás habría reparado un lego en la materia. Esta noche, debía de haberse fundido un plomo, y el cortocircuito había desconectado su sistema de alarma. Incluso con la ayuda de su vista interior, no conseguía recordar ningún rastro de verdadero terror en la conducta de la señora Halmy. No le había parecido una mujer asustada, sino muy fría y dueña de sí. Y ahora yacía ante él, incuestionable, irrevocablemente muerta. En su conflicto, ella resultó vencedora, demostrando su verdad aun a costa de su vida.

Nemetz se inclinó para averiguar la causa de la muerte. Sacó una linterna del bolsillo y al encenderla reparó en la mancha, grande y oscura, de la espalda, que empezaba por debajo de la paletilla y llegaba hasta la cintura. Tuvo que buscar el pequeño agujero por donde había penetrado la bala. De haber sido causada la herida con un cuchillo o un estilete, el suéter hubiese estado más desgarrado. Dejó que el rayo de luz recorriese todo el cuerpo, pero no descubrió ninguna otra herida. La habían matado por la espalda, de un solo disparo, y probablemente la muerte había sido instantánea.

No había sangre en la acera, lo que indicaba que el asesinato se había cometido en otro lugar, y que a ella la habían traído aquí después de la muerte.

En una ciudad azotada por la revolución, donde la justicia y el orden estaban de vacaciones, se había cometido un crimen que, por decirlo así, era una aventura particular. La contienda en que morían millares de personas era un acto de Dios; no obstante, aquí yacía una persona convertida en ceniza por haber sido arrojada a las llamas por la mano de otra. No entraba dentro de los poderes de Nemetz perseguir al incendiario cuya cerilla había iniciado el fuego, pero el culpable era su presa. Había pasado treinta y seis años persiguiendo a tales hombres, y la ciudad, en paz o en guerra, todavía era su coto de caza.

Nemetz se incorporó y miró en torno suyo. La mujer del portal había dejado de lamentarse, y estaba erguida, contemplándole con cierta curiosidad. También el hombre le miraba, alerta y amenazador, dispuesto a saltarle encima. Sólo la niña conservaba su indiferencia. Estaba sentada inmóvil aún, sorda y ciega en su dolor.

Nemetz se aproximó a la pareja.

—Perdonen, ¿podría decirme cuánto tiempo llevan aquí? Bueno, delante de la panadería.

La pareja intercambió una rápida mirada, y el hombre se puso de pie.

—¿Qué le importa? —preguntó con tono desagradable.

Nemetz se presentó, mostrando sus credenciales.

—¡Oh! Policía, ¿eh? No sabía que aún rondasen por ahí —murmuró roncamente la mujer. Pertenecía a esa especie que jamás se pierden la ocasión de dramatizar—. He visto a unos cuantos camaradas suyos dando vueltas bajo los faroles.

—Querida Ida, eran los AVO… la policía secreta… política —la corrigió su marido.

—Yo trabajo para la policía criminal —añadió Nemetz—. No tengo que ver nada con la AVO —se sentía ligeramente perturbado por tener que defenderse ante una mujer estúpida—. Con su permiso, me gustaría formularles unas preguntas. Supongo que estaban ustedes emparentados con una de las víctimas.

El hombre guardó silencio, mas la palabra «víctima» actuó como un laxante emocional sobre la mujer. Todo su cuerpo se tambaleó bajo el impacto de su dolor.

—¡Mamá! —sollozó, señalando el cadáver a cuyos pies se hallaba una corona de flores—. Estábamos tomando café en su casa, cuando la hijita del vecino entró y nos dijo que la tienda de Bozsan ya estaba abierta y que había cola delante de la panadería. Mamá se puso el impermeable y se marchó. Eran las cinco menos diez. Al ver que a las ocho no había vuelto empecé a angustiarme. Y se lo dije a mi marido. Apenas acabé de hablar cuando llamaron a la puerta. Era también la hija del vecino. Se había enterado de que un tanque ruso había abierto fuego contra la cola formada delante de la tienda de Bozsan, y que mamá estaba entre los heridos.

—O sea que ustedes llegaron aquí después de las ocho, ¿verdad?

—Aproximadamente —continuó el hombre—. La niña me aconsejó que no dejase venir a Ida… a mi esposa. De modo que vine solo.

—¿Sabe a qué hora llegó usted aquí exactamente?

—Sobre las ocho y media.

—¿No se ha movido desde entonces

—¡Oh, no! —fue la mujer la que respondió—. Regresó al momento para darme la mala noticia. Pero no tuvo necesidad de hablar. Tuve bastante con mirarla la cara.

—Se puso mala —añadió el hombre. De repente, la mujer volvió a sollozar—. Por suerte, tenía las gotas consigo —volvióse hacia ella —. Vamos, querida, cállate. Ya sabes lo que dijo el doctor —le acarició el brazo—.

Le di quince gotas. Esto la calmó.

—¿Qué hora era cuando llegaron aquí finalmente?

—¡Oh! Un poco después de las diez —replicó el hombre.

—Eran exactamente las nueve y cuarto —le interrumpió su esposa con voz extrañamente clara y desprovista de lágrimas.

—Estás equivocada, Ida —la corrigió su marido con cierta irritación—. A las nueve y cuarenta y cinco pusimos la radio. Vinimos cuando oímos que iban a recoger a las víctimas para el entierro.

Nemetz exhaló un suspiro. Había tardado un cuarto de hora en averiguar que la pareja sólo llevaba unos minutos, a partir de las diez, custodiando los cadáveres. Bien, podía avanzar un poco más.

—¿Conocen a las otras difuntas?

—No, en realidad —repuso el hombre cautelosamente.

—La que está al lado de mamá, la de la cruz… vive, bueno vivía en nuestra calle —manifestó la mujer—. No sé su nombre. La otra es la señora Citrom. Su esposo tiene un puesto de frutas en la calle Merleg. Nuestra portera dijo que iría a comunicárselo a la familia. Todavía no se han presentado. Quizá no estaban en casa. O se habrán marchado hacia la frontera. Medio Budapest ha huido. Y le pregunto yo: ¿qué hará toda esa gente en Occidente? ¿Creen que allí florece el dinero en los árboles?

—¿Y la mujer de verde? —preguntó Nemetz, señalando a Anna Halmy.

—Nunca la había visto.

—Cuando ustedes llegaron después de las diez, ¿estaba ya aquí?

—Naturalmente —asintió el hombre—. No supondrá que un cadáver pueda andar. Especialmente, después del toque de queda —añadió, riendo.

—Pero no estaba aquí, la primera vez que vino usted, ¿verdad?

Por un momento, el hombre le miró con ojos vacuos, y de

repente hubo un destello de excitación en sus pupilas.

—¡Oiga, tiene razón! ¡Absolutamente razón! No estaba aquí. En realidad, tuve la sensación de que alguna cosa era diferente. Seguro…, primero había cuatro cadáveres, y ahora hay cinco.

—¿No le parece raro? —interrogó Nemetz.

—¿Raro? —repitió el hombre alzando la voz—. ¿En esta ciudad de locos? ¿Dónde no es posible comprar ni una libra de pan sin correr el peligro de que se maten? —agregó—: Tal vez fue herida más abajo y alguien la arrastró hasta aquí, para que la recogiesen junto con las demás.

—¿Vio usted a la persona que la trajo?

—No hemos visto a nadie —afirmó la mujer, acudiendo en ayuda de su marido—. Cuando uno tiene sus propios problemas, no se ocupa de los demás. ¡Ay de mí! —volvió a sollozar—. ¿Por qué tenían que matar a mamá? Nunca hizo daño a nadie. No debí dejarla salir. Todavía nos quedaba media hogaza de pan. Le pregunto a usted, inspector, ¿por qué tenía que morir?

Nemetz contestó con un encogimiento de espaldas y se inclinó hacia la niña que continuaba acurrucada contra la pared, indiferente e inmóvil, sin atender a la conversación. La tocó gentilmente en el hombro.

—¿Cuánto llevas aquí, chiquilla?

La niña se estremeció y lentamente, como si despertase de un profundo sueño, volvió su inexpresiva mirada hacia Nemetz.

—Sí… —susurró.

—Me gustaría saber cuánto tiempo llevas aquí…, aquí en esta calle.

La niña continuó mirándole con una falta absoluta de comprensión, y el inspector se preguntó si sería sorda o extranjera. Repitió la pregunta, lenta y destacando cuidadosamente cada palabra, y al ver que no obtenía respuesta, intentó otra fórmula.

—¿Viste cuando trajeron aquí a la mujer del suéter verde?

La niña sacudió la cabeza.

—¿Conoces a alguna de esas mujeres?

La niña movió los labios, pero eso fue todo.

Ida contestó por ella.

—La señora rubia —señaló a la mujer macilenta de cabellera radiante— debe de ser su madre o su hermana. No lo ha dicho. La

pobre niña está trastornada. Paralizada. No me extraña, estos últimos días han sido suficientes para enloquecer a cualquiera. No sólo a los niños sino también a los mayores.

—Cuando vine la primera vez —explicó el hombre—, la niña no estaba aquí. Pero sí cuando volví con mi esposa. Estaba sentada en el bordillo de la acera, junto a la señora rubia, sosteniéndole una mano. Luego, al oír pasos en la calle Nador, temí que se tratase de una patrulla rusa, y la conduje aquí. ¡Pobre niña…! Parece completamente idiotizada.

La chiquilla había recaído en su postura anterior, como un bultito dejado junto al portal. Sin llorar, tenía la cabeza escondida en el pecho, y sus dientes chocaban entre sí, en tanto temblaba todo su cuerpo. Nemetz volvió a inclinarse hacia ella.

—Vamos, levántate, chica, o atraparás un resfriado de muerte con este frío. Ya no puedes hacer nada aquí. Te llevaré a casa.

Al fin, la niña se puso de pie. Fue entonces solamente cuando Nemetz se dio cuenta de lo diminuta que era. Su abrigo gris parecía tapar un chasis de alambre y no un ser humano de carne y hueso. Aparentaba doce años, o a lo sumo trece. Miraba intensamente a la difunta rubia como si aún esperase verla con vida.

Se oyó el ruido de un camión. Al doblar la esquina, todos observaron que agitaba una bandera blanca y que tenía unas cruces rojas pintadas a los lados.

—Vienen a recoger los cadáveres —anunció el esposo.

Puso una mano consoladora sobre el hombro de su mujer, que reaccionó con otra sarta de sollozos estridentes y convulsivos.

El conductor y el hombre recio y barbudo que iba a su lado, ambos luciendo las batas blancas de la Cruz Roja, con los correspondientes brazales, saltaron al suelo y se dirigieron hacia las mujeres muertas. El barbudo encendió una linterna y paseó el haz de rayos por los cadáveres.

—Sí, son éstas —asintió el conductor.

Los dos se inclinaron y cogieron a la rubia, el conductor por los hombros y su ayudante por las piernas, justo encima de las rodillas. De prisa y sin ceremonias, lo mismo que los mozos de una conductora manejan los muebles en el reparto, la transportaron al camión. La niña dio un paso al frente como deseando aferrarse al cadáver, pero luego se inmovilizó y la señaló con el brazo

levantado, muy rígido.

—¿Adonde se la llevan? ¿Adónde se la llevan?

No se dirigía a nadie en particular.

Los hombres ya estaban en el camión. Cuando levantaron la lona que cubría la parte trasera, la luz de la calle alumbró una hilera de formas humanas e inmóviles que alfombraban el suelo del vehículo. Los dos hombres apartaron unos cuantos cadáveres para dejar sitio a los nuevos.

—¿Por qué no le contestan a la niña —les gritó el hombre—. ¡Quiere saber adónde se la llevan! —les salió al paso cuando volvían a la acera—. Y, por favor, traten a las pobres difuntas con más respeto. ¡Un poco de consideración, por Dios santo!

Los sanitarios, sucios, sin afeitar, cansados, con círculos morados bajo los ojos y un sonido metálico en la respiración, le apartaron sin contestar. Llevaban de servicio desde aquella mañana, recogiendo los restos humanos de la revolución, dos modernos Carontes, cuya barca era un camión desvencijado del Departamento de Sanidad, cargado, vaciado y vuelto a cargar a un ritmo creciente, viendo siempre el final de su labor cada vez en un futuro más lejano[1]. La tarea comportaba ciertos peligros… ya que la mayoría de cadáveres tenían que recogerlos en tierra de nadie, donde cualquier objeto móvil era un blanco.

Nemetz fue hacia los dos hombres, se presentó a ellos, y le pidió al conductor que avisara en la comisaría más próxima dónde iban a enterrar los cadáveres. Sabía que desde el comienzo de semana era imposible llevar los muertos al cementerio. Los dejaban descansar en trincheras cavadas apresuradamente en plazas y parques de la ciudad.

Respecto al cadáver de Anna Halmy, quería que lo dejasen. Volvería con un coche de la Policía tan pronto como hubiese uno disponible.

—No te inquietes más, niña —le dijo a la pequeña.

No tuvo respuesta. Miró a su alrededor. La niña no estaba ya allí. Debió de marcharse mientras él hablaba con el conductor. Ni Ida ni su marido la habían visto irse. Se había desvanecido como el trasgo que de pronto se materializa bajo el rayo de luz en una carretera por la noche, pero se esfuma al instante siguiente en las tinieblas.

El hospital era un edificio de tres plantas, que olía a mil infiernos reunidos, tan triste y antipático como una cárcel, con gruesos muros y ventanas microscópicas que jamás dejaban entrar el sol ni salir la humedad. Asentado en el mismo corazón de Budapest, su cuadrángulo encerraba un patio vasto y desolado, cuya sola vista servía para arrebatarle la *joie de vivre* a cualquier paciente. Lo habían construido a mediados del siglo pasado, y entre las dos guerras mundiales, habían circulado constantemente planos por el Ayuntamiento para reemplazarlo por uno nuevo, moderno. Pero los planos habían sido detenidos por los trámites burocráticos y no se había hecho nada para mejorar ni modernizar el antiguo hospital. Seguía siendo el lazareto de los pobres, de los miserables, de los no importantes, de los sin nombre, de los parias…, de las víctimas de los atropellos o accidentes callejeros, y de la vida en general.

Nemetz llegó al hospital antes de medianoche. Había sido detenido dos veces por los insurrectos, pero ni una sola vez por los rusos, en tanto iba cruzando calles y calles. La avenida Rakoczi parecía abandonada. Los muros derribados dejaban divisar las camas sin hacer, los cuartos de baño con todos los requisitos de la *toilette intime* de sus propietarios, las mesas con las patas rotas, las cocinas con su suciedad, y los cuartos de juego con sus alegres pinturas, todo ello expuesto a la mirada de los extraños. En una esquina, el cadáver de un AVO colgaba de un farol. Debía de ser uno de la policía secreta que defendía el edificio de la Radio. Era un hombre frágil y la muerte lo había encogido hasta el tamaño de un niño. Con su cabellera pajiza, el uniforme destrozado y los jirones de lo que fue su camisa, al viento, parecía un muñeco de tamaño natural, destrozado en una fiesta infantil.

Una serie de ambulancias descargaba bajo el portal del hospital. Los sanitarios, con las batas manchadas y arrugadas, trasladaban a los heridos graves al interior. Un hombre en mangas de camisa, probablemente un médico, trataba de convencer a los conductores para que se llevasen al resto de los heridos a otra parte. Ante sus palabras, los otros se encogían de hombros y seguían sacando a las víctimas de los vehículos, dejándolos apoyados contra la pared como paraguas goteantes. El hombre que iba en mangas de camisa conferenció con una enfermera, una joven pálida, que debía de ser

muy atractiva antes de que sus ojos quedasen descoloridos por la fatiga. Ella y Mangas de Camisa habían decidido obviamente sacudirse toda responsabilidad de encima, y él les gritó a los sanitarios que subían por la escalera con una camilla, que hiciesen bajar al doctor Halmy.

Nemetz sentóse en un banco del vestíbulo. Sentíase aliviado ante la casualidad que iba a enviarle al doctor sin ningún esfuerzo por su parte, ahorrándole el trabajo de preguntar, subir escaleras y recorrer largos corredores.

El individuo que al cabo de unos minutos descendió por la escalera no parecía un viudo reciente. Se hallaba, por lo visto, completamente sumido en el problema creado por la inesperada llegada de las ambulancias, por lo que echó un rápido vistazo a los heridos y maldijo en voz baja, sin ira.

—Kata, avise a los de cirugía que estén preparados —le ordenó a la enfermera—. Dígale al doctor Soos que operaremos inmediatamente. ¡Janos! —volvióse hacia un sanitario—, los que puedan andar al número dos. No hay camas disponibles, pero extienda unas mantas y déjelos en el suelo. Y Feri… —añadió, en dirección a un enfermo—, cuídese de todos. ¡Vea qué puede hacer en calidad de curas de urgencia y vendajes! Pero no administre muchos calmantes. No dé ninguno, a menos que sea absolutamente necesario. Un poco de sulfamidas. No mucho. Ya empieza a escasear. De prisa, ¿eh?

De modo que éste era el doctor Halmy. Más alto de lo normal, de piernas y brazos largos y cabello rubio oscuro. Sólo la parte superior de la cabeza, con las finas arruguitas en torno a los ojos, mostraba que se aproximaba a los cuarenta años, en tanto que sus labios conservaban todo el frescor de la juventud. En ellos, flotaba una sonrisa burlona, apenas insinuada, si bien el resto del rostro permanecía inalterablemente grave. Estaba recién afeitado y llevaba una bata inmaculadamente blanca que, contra el triste fondo poblado por los conductores de ambulancia con sus mugrientas botas, los sanitarios semejantes a mozos de carnicería, y los apáticos y quejicosos heridos, le prestaba el resplandor de un arcángel *trecento*. Su voz también poseía una claridad eclesiástica, al resonar por el abovedado vestíbulo. Al menos, eso le pareció a Nemetz.

Se levantó y fue hacia el doctor.

—¿Es usted el doctor Halmy? —preguntó.

El otro repuso «sí» con indiferencia.

—¿Podría hablar un momento con usted? Soy el inspector Nemetz, de la Brigada de Homicidios.

Nemetz vigilaba atentamente al médico, esperando sorprender un irreprimible estremecimiento. No hubo nada de eso. El doctor reaccionó con un leve parpadeo, más de curiosidad que de alarma.

—¿No podría atenderlo otro? Por el momento, estoy abrumado por el trabajo —respondió, y con un gesto de su mano fina y fuerte de cirujano, indicó las camillas que iban siendo colocadas en fila al pie de la escalera.

Nemetz sacudió la cabeza. Por desgracia, explicó, se trataba de un asunto de interés personal para el doctor, que prefería discutir a solas.

—Lo siento —replicó el cirujano—, tendrá que escoger otro momento. Ahora no dispongo ni de un solo minuto.

Nemetz le siguió hasta la escalera donde los sanitarios forcejeaban con una camilla en la que se hallaba un paciente que al menos pesaba cien kilos. Cada vez que daban un paso al frente, se quejaban lo mismo que el herido.

—Calma —les recomendó Halmy—. Cuidado, Janos… levanta esa maldita asa. ¡No dejes que ese tipo se caiga al suelo!

—Se trata de su esposa —articuló Nemetz con estudiada claridad —. La hemos hallado muerta en la esquina de Perc Koez. Con una herida de bala en la espalda.

La mirada del doctor estaba todavía fija en los sanitarios que trabajosamente iban subiendo con las parihuelas. Nemetz no estaba seguro de si le había oído o entendido. Por otra parte, la inmovilidad de Halmy, la mirada fija con que siguió la ascensión de la camilla, podían ser inicio de que estaba intentando ganar tiempo. Nemetz decidió esperar y no sacarle del autoimpuesto silencio. Hasta que el cirujano se dignase hablar.

—¿Mi esposa? —preguntó con tono ahogado. De pronto, volvióse hacia el inspector—. ¿Dijo que la hallaron en la esquina de Perc Koez?

Parecía intrigado.

—Eso dije —asintió el inspector.

—¿Y está seguro de que se trata de mi esposa?

—Bueno…, no existe la menor duda al respecto.

—Entonces…

Halmy calló al ver que uno de los conductores entraba en el vestíbulo con un chico… ¿o era una chica?, en brazos. El hombre caminaba lentamente, dejando que el herido apoyase la cabeza en su hombro.

Al pasar el conductor por su lado, el olor nauseabundo de la sangre inundó el aire. El doctor Halmy levantó una esquina de la manta que cubría a la víctima para examinar la herida.

—¡Directamente al quirófano! —ordenó perentoriamente—. Segundo piso a la izquierda. Y diga a las enfermeras que lo preparen el primero.

El conductor asintió y continuó su marcha. El médico se volvió hacia Nemetz.

—Gracias por haber venido, inspector. Por desgracia, tengo que separarme ahora de usted. Hay cosas que no pueden esperar.

—Doctor —le gritó Nemetz—, ¿no está interesado en los detalles?

El aludido miró hacia atrás, enojado.

—Me dejaré caer por su despacho. Probablemente, a comienzos de la semana próxima. Supongo que por entonces todo se habrá sosegado.

Nemetz se le acercó.

—¿Sabía que había muerto su esposa? Bueno, antes de comunicárselo yo.

—¿Qué importancia tiene? —el doctor Halmy se encogió de hombros.

—¿Lo sabía o no?

Halmy estaba en el primer peldaño de la escalera, con el pie derecho en tierra y el izquierdo levantado unos centímetros, como un danzarín de ballet acechando la batuta del director. Luego, lentamente, bajó el pie.

—Oiga, inspector: usted ha visto a ese chico que acaban de llevar al quirófano. Nunca le había visto, y no obstante me preocupa mucho más lo que pueda ocurrirle que lo que ya le ha ocurrido a mi mujer. Se pierden muchas vidas estos días, de modo que no espere que vaya a llorar por alguien a quien consideraba totalmente sin valor.

La sangre había afluido a su rostro pálido y fatigado. En sus pupilas brillaba una mirada de indignación. Nemetz le contemplaba con un interés casi parejo a la fascinación. Por el momento, no trató de calibrar la extraña reacción del doctor ante la noticia de la muerte de la mujer que durante once años había sido su esposa. Sólo quería que Halmy siguiera hablando. Obviamente, el cirujano se hallaba en un estado de agotamiento nervioso, y no podía mantener su lengua bajo control. Ya había pronunciado varias frases de las que se arrepentiría más tarde.

—Lo que me gustaría saber, doctor Halmy, es si se ha enterado de la muerte de su esposa gracias a mí, o por boca de otra persona, con anterioridad.

Nemetz hablaba con deliberada acritud, tratando de encolerizar al doctor y provocar otro estallido. En cambio, hubo una pausa, y cuando Halmy volvió a hablar lo hizo en tono hueco, cansado.

—No, nadie me lo notificó. Lo supe por usted. Y ahora, he de dejarle. Tendrá que perdonarme —sin esperar respuesta, empezó a subir. A medio camino, se detuvo de pronto y miró hacia atrás—. ¿En qué esquina de Perc Koez? —preguntó.

—Donde se halla la panadería de Bozsan.

—¡Así me maten! —murmuró el doctor y continuó subiendo.

Nemetz le siguió con pensativa mirada. El médico no era, en modo alguno un sospechoso convencional. El modo de representar su papel no se acomodaba a las reglas del juego. No fingía pesar ni extrañeza, ni siquiera alegría. Odiaba a su esposa y no le importaba que se supiese. Asimismo, para un hombre culpable, la aparición de un representante de la ley en tan breve lapso de tiempo después del crimen, debía de ser desmoralizadora, pero el doctor sólo mostró la impaciencia de la persona que no puede atender a sus imperiosos deberes por culpa de un visitante inesperado. El caso que parecía tan claro y sencillo en la esquina de Perc Koez, se convertía en un enigma en el vestíbulo del hospital. Nemetz, una vez más, se dijo que de todas las dificultades de la vida, la lectura del pensamiento humano es la peor de todas.

Fue hacia el banco y se sentó. Al acomodar la parte más carnosa de su cuerpo sobre la madera, el insistente y reumático dolor de la

parte inferior de la espalda le recordó lo cansado que estaba. Su idea inicial fue aguardar el regreso del doctor, pero ahora comprendía que sin darse cuenta se quedaría dormido y no le vería.

El sanitario Janos bajaba en aquel momento con un conductor de ambulancia. Nemetz se levantó y se les acercó.

—¿Podría sostener dos palabras con usted, joven?

—¡Lárguese! —repuso Janos con escueta brevedad.

Eran días de tremenda libertad, en que la gente podía desafiar a la autoridad, y chascar los dedos ante los custodios de la ley prerrevolucionaria.

El sanitario pesaba al menos setenta y cinco kilos y los bíceps le abultaban como los cables que sostienen el ancla de un buque, pero Nemetz no estaba dispuesto a ceder terreno fácilmente. La vida le había enseñado que, a veces, vale mucho más una voz alta que un brazo levantado.

—He de hacerle varias preguntas —le gritó casi al joven—. Y por Dios que las contestara usted. Sí, hay una revolución en marcha, pero esto no significa que la Policía deba aguantar insultos del primer estúpido. Le aconsejo que colabore o lo sentirá.

El sanitario le miró fijamente.

—No puedo perder el tiempo.

Nemetz ignoró la observación.

—¿Cuándo entró de servicio esta noche?

—¿Esta noche? —el sanitario dejó oír una risita burlona—. Vaya broma. A las seis de la mañana. Sin tiempo para almorzar ni cenar. Tomé una taza de café y un bollo por la tarde. ¡Nada más en todo el día!

—Lo cual significa que estaba usted de servicio cuando llegó esta noche el doctor Halmy.

El joven estrechó los ojos hasta convertirlos en sendas ranuras.

—No sabía que hubiese salido —articuló lentamente.

—Pues salió. Se marchó a casa a última hora de la tarde y regresó hacia las diez. ¿Antes o después de las diez?

El sanitario meneó la cabeza.

—No lo sé. No estoy aquí para vigilar las entradas o salidas del personal. Tengo demasiado trabajo. Y las manos muy cansadas. De no haber vaciado hoy un centenar de camas…

—¿Cuántos médicos hay en su sala? —insistió Nemetz.

Janos calló. Nemetz adivinó que intentaba descubrir en qué trampa podía caer. Por fin, lanzó una respuesta al azar.

—Bueno, el profesor Lendvai, a quien no hemos visto hace días. Ni a su primer ayudante, el doctor Forster. Los dos eran miembros del Partido. Lo cual deja al doctor Halmy. Es el segundo ayudante. También hay el doctor Soos y el doctor Wirth. Y dos internos, Raab y Kraus.

—¿Dónde estaban esta noche?

—Arriba… y aún siguen allí. Todos excepto Raab. Se marchó a mediodía. Por haber estado cuarenta y ocho horas seguidas de servicio. El doctor Halmy lo envió a su casa. Ahora que no está aquí el profesor, el doctor Halmy es el jefe.

—Es el jefe, y no obstante usted no se dio cuenta de que estuvo fuera casi toda la tarde.

El sanitario obsequió a Nemetz con una mirada asesina.

—Oiga, ¿qué es esto? ¿Qué intenta colgarle al doctor Halmy?

—No tenemos nada contra el doctor. Pero necesitamos información respecto a él, referente a un caso criminal. Nada más.

Tuvo buen cuidado de no mencionar que la investigación se centraba en tomo a la muerte de la esposa del doctor. Los individuos como Janos sienten una profunda animadversión hacia la Policía, lo cual les obliga siempre a ponerse del lado del sospechoso. Nemetz tenía que proceder con cautela, formulando las preguntas una después de otra, de igual modo que un individuo va pisando las piedras que le permiten cruzar un río Aunque lo que acababa de saber no valía el esfuerzo. Por fin, el sanitario se dignó recordar que el doctor Halmy había estado ausente en las últimas horas de la tarde, pero insistió en que había regresado antes de las nueve. A las nueve en punto, afirmó, había que suministrar distintas inyecciones a otros tantos pacientes, y el doctor Halmy había ayudado a llenar las jeringas. Había ya escasez de antibióticos y el doctor deseaba asegurarse de que no se desperdiciaba o robaba una sola gota.

Si esto era cierto, y a los adiestrados oídos de Nemetz, la declaración del sanitario le sonaba a exacta, ello significaba que Halmy no había tomado una parte activa en el asesinato de su esposa. Esta había salido de Jefatura a las ocho y cuarenta y cinco. Cruzar la plaza, si la había cruzado en diagonal, le habría costado al

menos cinco minutos, por lo que debió de llegar a la esquina de Perc Koez a las nueve menos diez, cuanto antes. Como la habían matado en otra parte, llevándola luego delante de la panadería, la disposición del cadáver también significaba una pérdida de tiempo; por lo que la persona que la había matado no había podido dejar la escena del crimen hasta después de las nueve. El hospital, incluso en circunstancias normales, se hallaba a más de quince minutos de distancia de la panadería. Naturalmente, cabía la posibilidad de que el doctor fuese todavía un accesorio autor del hecho, por haber contratado al asesino.

Nemetz despidió al sanitario, y regresó a Jefatura. El aire nocturno era fresco como una palma húmeda y fría sobre su faz. Eligió la ruta más larga y segura, las calles estrechas y calladas que corren perpendicularmente a los bulevares. Al cruzar la avenida Andrassy, se vio detenido por una patrulla de seis jóvenes revolucionarios, armados hasta los dientes. Le advirtieron que se mantuviera alejado del Danubio, ya que los muelles aún estaban en poder de los rusos, quienes en su condición trastornada podían disparar contra cualquier bulto sospechoso, desde gatos extraviados a señales de tráfico maniobradas automáticamente.

Cuando dobló la esquina, el estruendo de un cañón llegó hasta él desde el muelle. Nemetz decidió que los rusos apuntaban su artillería contra blancos situados pasado el Parlamento, por lo que no necesitaba refugiarse. Un minuto más tarde llegó a Jefatura.

Tuvo suerte. Un coche patrulla, de los que todavía vigilaban la ciudad, acababa de frenar delante del edificio. El chófer estaba cansado y soñoliento, pro cuando Nemetz le ordenó que deseaba ser llevado a la panadería de Bozsan, puso inmediatamente el motor en marchar.

—Recogeremos un cadáver y lo trasladaremos al Instituto Médico del Estado para su autopsia —explicó Nemetz.

El conductor se rascó la cabeza.

—No sé si podremos pasar por la calle Kossuth Lajos. Todo aquel distrito hormiguea de rusos.

—Si no es posible, la traeremos aquí —pronunció Nemetz.

—Oh, es una mujer —sonrió el conductor—. En tal caso, la acostaremos en el diván del despacho del capitán Porkai. No será la primera dama que pasa allí la noche.

Lo encontraron todo igual dentro y fuera de la panadería. Excepto el cadáver de Anna Halmy. Ya no estaba allí. Había desaparecido sin dejar rastro.

Domingo, 28 de octubre

Nemetz vivía a una manzana y media del muelle, en una calleja estrecha y oscura situada entre el Danubio y la plaza Liberty, en el segundo piso de un edificio tristón de cuatro plantas.

Ocupaba una pequeña habitación en el apartamento de su cuñada, por la que abonaba la equivalencia de todo el alquiler del piso, la comida, y las cuentas de la luz y el gas. Su cubículo contenía una cama, una cómoda, un armario, una mesa y una silla, y era tan holgado como un calabozo. Sin embargo, Nemetz jamás había pensado en trasladarse, como si fuese de importancia vital para su cuñada que él continuase siendo su huésped. Esto, en realidad, le ahorraba tener que compartir el apartamento con extraños. El Gobierno estaba solucionando la escasez de pisos albergando a varias familias en apartamentos que sólo tenían una habitación. De dos a seis mujeres se repartían una cocina y guisaban en el mismo fogón, y una docena de personas, o más, usaban el mismo lavabo. Lilla Nemetz temía, más que nada del mundo, la pérdida de la intimidad de su pisito.

Era uno de esos seres felinos, blandos por fuera y duros como el acero por dentro. Constantemente se quejaba de achaques y dolores, pero se mantenía tan atareada como una ardilla. De vez en cuando, gustaba de retocar sus habitaciones, cambiando los muebles de un sitio a otro, para volver a colocarlos donde estaban antes, al cabo de unas semanas.

Trataba a sus dos hijos con el mismo capricho que a sus muebles, haciéndoles cambiar desde el estudio del ballet al de la esgrima, del piano al violín, y del vegetarianismo a las dietas ricas en proteínas. Su actitud hacia Nemetz variaba a medida que transcurría el mes. Hacia los primeros días se mostraba cordial, para

después pasar a una indiferencia reservada, sólo para estar más cálida y fraternal hacia el veinticuatro del mes, especialmente si andaba escasa de dinero. Siempre le trataba con cierta condescendencia por no haber sabido abrirse paso en la Policía, siendo sólo un oscuro inspector cuando muchos colegas suyos habían alcanzado puestos de importancia en el Gobierno. A espaldas suyas, se refería a él como «su desgraciado cuñado», dando a entender que lo tenía en casa para impedir que se convirtiese en un vagabundo o algo peor.

Nemetz no se hacía ilusiones con ella. No la consideraba como una persona, sino como una de las muchas vejaciones inherentes a la existencia humana, como los impuestos, el mal tiempo, el ruido callejero y el vino aguado, y continuaba con ella debido principalmente a los chicos.

De los dos, Nemetz quería realmente al niño, sintiendo sólo una profunda y obligatoria preocupación por la niña. Esta era una chiquilla intensa y poco agraciada, siempre dispuesta a complacer en todo, a ser aseada, a hacerse notar, y a ser amada. Con su tipo delgado, sus labios rectos, carecía del encanto y la suavidad de la juventud; su rostro aparecía a los doce años exactamente igual como sería a los cincuenta. El chico, por otra parte, poseía la vitalidad, la resistencia y el afán de travesuras de un cachorro cruzado. Contaba once años, un poco bajo para su edad, y su pelo era rubio rojizo. Sus ojos eran negros, estrechos y muy alegres, y a veces parecían dos pequeños roedores traviesos. Era un niño saludable y no excesivamente mimado, lo cual era muy notable, teniendo en cuenta los tremendos intentos disciplinarios de su madre. Sin duda, era el favorito de Lilla, mientras que para su hija sólo guardaba suspiros compasivos y cumplidos falsos. Una buena educación, solía decirle, podía hacerla más atractiva que un rostro guapo; las mujeres hogareñas son más felices que las grandes bellezas. La niña reaccionaba ante estas palabras de dudoso consuelo con una mirada desprovista de calor, en tanto su tez pálida, carente de sangre, se tornaba ligeramente verdosa. Nemetz, siempre que sorprendía estas charlas confidenciales, sentía la poderosa tentación de pegarle un fuerte puntapié a su cuñada, donde le haría menos daño a sus órganos vitales y más a su dignidad.

Aquel domingo se desayunaban todos juntos. Como era un final de mes, Lilla Nemetz se mostraba sumamente amable.

—¿Escuchaste la radio? —le preguntó a Nemetz—. Maleter todavía resiste en los cuarteles Kilian. Y el portero afirma que los rusos han sido desalojados del centro y que el Gobierno piensa pedir ayuda a las Naciones Unidas.

—¿Quién ha dicho esto ¿El portero o la radio? —quiso saber Nemetz.

La mujer dejó la pregunta sin respuesta.

—¡Los rusos están ya dispuestos a salir de Hungría! Sé que tú lo dudas, pero oye bien mis palabras: ¡venceremos! Ya verás cómo venceremos.

Eran algo más de las ocho y Nemetz sólo había dormido cinco horas escasas. Además, sentíase atormentado por los síntomas de una gripe incipiente: un leve dolor de cabeza y dolor casi incesante en los músculos pectorales. Debió de enfriarse en el vestíbulo del hospital, con sus corrientes de aire. La vista de su cuñada, encendida y llena de animación, le tenía resentido. También le preocupaba que los niños parecían haber contraído la fiebre revolucionaria de su madre. Llevaban ya cuatro días sin ir a colegio. Estas vacaciones no programadas le daban a la revolución una mayor importancia, elevándola a la categoría de suceso histórico, y ambos hermanos se sentían frustrados al no poder tomar parte activa en la sublevación húngara. Sólo les estaba permitido escuchar la radio y las distintas explosiones de la lucha, y amontonar recuerdos como limaduras de una torreta de un tanque ruso volado por los patriotas, granadas vacías, un gorro de infantería húngaro y un fragmento de madera, cogido en las ruinas del incendiado Museo Nacional.

El apartamento estaba caliente y lleno de la fragancia del café recién hecho. Este era el regalo dominical: un buen café. Sin embargo, tenía sus desventajas: tornaba los demás desayunos de la semana en algo poco agradable. Después de la segunda taza, Nemetz se sintió ligeramente mejor. Se puso de pie, acarició la melenuda cabeza del chico y la mejilla pálida de la niña. Cuando le comunicó a Lilla que se iba a la oficina, la mujer pareció aliviada.

—Estupendo —aprobó—. De este modo, no me molestarás. Hoy quiero hacer la cocina.

—¡Pero mamá —protestó el niño—, prometiste sacarnos de paseo!

—Iremos de paseo, claro —asintió su madre—. Quieren ver las ruinas —le explicó a Nemetz—, y los tanques destruidos. Iremos esta tarde. No tardaré en asear la cocina.

Nemetz experimentó una oleada de irritación.

—¡No te atrevas a salir! —gritó iracundo—. Tenles en casa y bájalos a la bodega tan pronto como oigas un solo disparo en el barrio.

—Tío Lajos —protestó el chico—, todos los demás chicos de esta calle tienen permiso para salir; sólo nosotros estamos encerrados todo el día. Zoli ha estado con los defensores de la libertad en el cine Corvin desde el viernes pasado.

—¿Qué Zoli?

—El hijo del portero, el más pequeño, el de las pecas. Le dieron un verdadero rifle y le enseñaron a disparar. Pero esto no es nada. Anoche, salió por una ventana de la bodega, junto con otro chico, y se apoderaron de una botella llena de gasolina y una sartén, de mango muy largo, y cuando un tanque soviético dobló la esquina, Zoli dejó la sartén en medio de la calle, y al detenerse el tanque, porque la dotación creyó que no era una sartén sino una mina, Zoli incendió el trapo con que había envuelto la botella y la arrojó por la abertura de la torreta del tanque… y al explotar, dos rusos murieron quemados vivos, y el tercero salió, con todo el uniforme en llamas…, pero no llegó muy lejos, porque lo mató Sandor desde la ventana de la señora Schultz.

—¿Qué Sandor?

—Sandor Galambos, el niño que se sienta a mi lado en la escuela. Su padre trabaja en la tienda de comestibles de la esquina de la calle Hold… es el encargado, creo. Pobre Sandor…, le costó un terrible esfuerzo llegar hasta aquella ventana. Aquella mujer no deja entrar a ningún muchacho, dice que no quiere que le revuelvan el piso, pero Sandor se limpió bien los zapatos y prometió, bajo palabra de honor, que no tocaría nada con las manos sucias…, y la señora Schultz hizo una excepción con él, dejándole disparar desde su ventana.

—Oye, Peter —la voz de Nemetz sonó firme y dura—. No me importa que tus condiscípulos hagan volar docenas de tanques. Esto

no es asunto mío. Pero tú te quedarás en casa hasta que yo te dé permiso para salir. Lo mismo que tu hermana. ¿Está claro?

—Sí, tío Lajos —suspiró el niño.

Agnes, la niña, estaba al lado de ambos, esperando con impaciencia la oportunidad de meter baza.

—Tío Lajos, tío Lajos —intervino—, seguro que no sabes cómo se llamaba el otro chico.

Miró a Nemetz como si se tratase de un secreto de la mayor importancia.

—¿Qué otro chico?

—El que estaba con Zoli.

—No, no lo sé.

La niña obsequió a Nemetz con una elevación de cejas.

—¡Se llama Aladar y es de Tata! —pronunció ella con voz firme y clara.

—¿Y qué —se le acercó su madre—. Esta niña me pone siempre frenética. Siempre ha de meter la pata. Quiere ser el centro de la atención.

Dolida y abatida, Agnes calló, aunque era seguro que antes de diez minutos volvería a entrometerse en la conversación con otra tontería. Ningún fracaso ni derrota lograban reprimir el irresistible impulso de ofrecer informes o noticias que nada tenían que ver con el asunto que se debatía, o bien contaba las cosas de manera desviada, sin acabar jamás una a derechas.

Nemetz consultó su reloj. Eran las ocho y veinte, hora ya de marcharse si quería hacer algo. Se puso el abrigo, que tenía al menos siete años, con el tejido ligeramente raído en torno a los ojales (su cuñada llevaba varios meses prometiendo remendarlo), se lió la bufanda en torno al cuello, y se marchó hacia Jefatura.

La mañana estaba templada, pese a estar en octubre, con la promesa de un sol por entre las nubes ventosas. Aunque todavía estaba en vigor el toque de queda, ya había gente en la calle, con algún bar o restaurante abiertos.

Pasó una vez más por delante de la panadería de Bozsan. Estaba cerrada y no había el menor movimiento dentro. El portal del edificio también estaba cerrado, de acuerdo con las disposiciones impuestas por el toque de queda. Tocó el timbre. Poco después, se abrió una mirilla y apareció una cara de mujer, redonda y con los

ojos enrojecidos, tan estrechos como los de los retratos de Franz Hal. Al principio, negó saber nada de ningún cadáver en la acera, pero al cabo de cierta insistencia, recordó que antes de medianoche unos camiones de la Cruz Roja habían recogido a unos muertos sin identificar.

Desde Jefatura, trató de llamar al centro de la Cruz Roja y cuando el telefonista le comunicó que la línea estaba cortada, envió a un agente de paisano, uno de los pocos que se habían presentado al servicio, a la busca del cuerpo y, en caso de localizarlo, ordenar su traslado al Instituto Médico del Estado, para su autopsia.

El agente, un detective muy hábil llamado Ferenc Kaldy, regresó con la información de que todos los muertos no identificados recogidos en el Distrito Quinto durante la noche, habían sido enterrados en una fosa común del parque que rodeaba el arruinado Museo Nacional. En un octubre tan suave se corría el peligro de una grave epidemia, por lo que tanto los rebeldes como los soviéticos tenían gran prisa por enterrar a sus muertos.

En época normal, habría sido una operación muy sencilla abrir una tumba, pero ahora los obstáculos eran casi insalvables. Nemetz necesitaba un mandamiento del doctor Hommer, el fiscal, pero a éste no se le veía desde hacía varios días, y su ayudante estaba demasiado asustado y confuso para hacer algo más que encender las luces de su oficina por la tarde y apagarlas por la noche. Nemetz, no obstante, decidió correr el riesgo y envió a Kaldy en busca del mandamiento.

A mediodía se marchó al hospital. En la calle inmediata reinaban la paz y la quietud de los domingos, puesto que el alto el fuego, exigido por el Primer Ministro Nagy a primera hora de la mañana, era ya observado por los rebeldes y los rusos.

Diversas mujeres ataviadas con el uniforme de aquellos días, pantalones de esquí y *babushkas*, se hallaban sentadas en los largos bancos del vestíbulo del hospital. Esperaban noticias procedentes de las salas. Hablaban en voz baja y tenían los ojos clavados en la escalera. La expresión de esperanza mezclada con la ansiedad, las tornaba a todas iguales, sin diferencia de edad o clase.

Nemetz subió hacia el quirófano. El descansillo superior estaba

desierto y extraña mente tranquilo. Entró por la puerta vidriera que todavía ostentaba el letrero: *Horas de visita, de 3 a 5, miércoles y domingos*, único recuerdo de una paz perdida.

Pasado el umbral se hallaba la guerra, con los enfermos y los heridos acostados en colchones y mantas extendidas sobre el piso enlosado. Al pasar Nemetz, un chico de unos quince años se incorporó y pidió agua. Tenía los pies vendados; por lo demás, parecía completamente ileso.

—¿Qué te pasa? —inquirió el inspector, mientras buscaba un vaso.

Lo halló junto a un soldado dormido.

—Oh, un hijo de puta ruso me disparó a los pies —contestó el chico animosamente. Tenía una voz elevada y clara, aún no contaminada por la ronquera de la adolescencia— El muy canalla estaba en el centro de la calle, girando como una maldita bailarina, disparando contra todos los que veía con su automática. Acertó a toda mi pandilla. Pero al final desde un tejado alguien le atrapó a él. Lo más gracioso es que el tipo que lo mató no pertenecía a nuestra raza. Fue un estudiante inglés, Mike, que vino a Budapest desde Oxford sólo por unirse a nosotros.

Empleaba el lenguaje viril y duro de la calle, en cómico contraste con su vocecita estridente.

Nemetz halló el lavabo y llenó el vaso de agua.

—Muchas gracias, señor —dijo el muchacho, volviendo a ser el niño bien educado de antes de ser guerrillero. Luego, continuó—: Sí, señor, nos han dicho que resistamos hasta que se hayan terminado las elecciones en América. Señor, ¿cree que Eisenhower nos ayudará cuando salga reelegido?

—Temo que esto no lo sepa ni el propio Eisenhower.

—Claro, a mí no me gustaría hallarme en sus zapatos —replicó el joven guerrillero, y con un gruñido cambió la postura de sus pies por otra más cómoda.

Al corredor daban varias puertas. El quirófano estaba en el fondo. Nemetz atisbo dentro de la primera habitación. En tiempo normal albergaba diez camas, pero ahora cada centímetro del suelo estaba ocupado por camastros, literas, camillas, sacos de paja, y hasta tumbonas de jardín. Los heridos, hombres, mujeres y niños, algunos con el pijama a rayas del hospital, pero la mayoría con sus

propias ropas sucias y destrozadas que las enfermeras no había tenido tiempo de quitarles, yacían en hacinada confusión, como en un cuadro mural de *El Juicio Final* del Renacimiento. Una enfermera de ojos enrojecidos se movía como una zombi por entre los heridos. Cerca de la puerta, seis rusos yacían en unas literas contra la pared. Dos todavía llevaban botas y pantalones, y los otros tenían las guerreras colgadas en la pared, encima de sus cabezas. En medio de sus enemigos, dormían el apático sueño de los enfermos. La enfermera se inclinó sobre ellos, y después pasó junto al camastro de una chica húngara que había perdido el brazo en la pelea.

—Duele, hermana —se quejó la muchacha—. Hasta los dedos me duelen. ¿Cómo pueden dolerme si no me queda ninguno?

—No le dolerán mucho tiempo —repuso la aludida, cansinamente.

—Busco al doctor Halmy —intervino Nemetz—. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Hace un minuto estaba por aquí. Si no recuerdo mal, dijo que se iba a tender un rato. Francamente, me asombra que aún se mantenga de pie. Lleva tres días sin descansar.

Halmy tenía su despachito al lado del quirófano, pero, como Nemetz descubrió, la habitación estaba convertida en una guardería para los pacientes más jóvenes de la sala infantil, que albergaba en la emergencia a los sobrantes del quirófano. Una mujer de edad, con ropas de calle, cuidaba de las criaturas, unas veinte que lloraban, apretaban los puñitos y se quejaban de mil maneras. La mujer tenía el pelo alborotado y parecía agotada.

—El doctor Halmy… —repitió—. Debe de estar en el laboratorio con la señorita Mehely. Han puesto allí un sofá para que los médicos puedan tenderse unas horas cuando afloja el trabajo.

—¿Quién es la señorita Mehely?

—Ayudante del laboratorio.

Cuando Nemetz dio media vuelta para salir de allí, la mujer le llamó.

—Si está dormido, no le despierte. Me refiero al doctor Halmy. Necesita descanso. Bien sabe Dios que todos lo necesitamos. Mi hijo, que es pediatra, lleva dos días sin desnudarse. También yo estoy a punto de rendirme. Vine hace tres días para ayudar unas horas y no me he movido de aquí desde entonces —añadió,

suspirando—. ¡Si al menos esos pequeños monstruos estuvieran quietos unos instantes…!

Sin embargo, cogió al más bullicioso de todos y lo acunó con la ternura de una abuela. El bebé dejó de llorar, miró a la mujer y por fin profirió un chillido largo y agudo. Nemetz se batió en retirada.

El laboratorio estaba en la planta baja. Cuando Nemetz llamó a la puerta, una voz femenina le intimó a esperar. En el mismo instante, alguien giró la llave en la cerradura y abrió la puerta, pero sólo unos centímetros.

Nemetz se vio delante de una joven ataviada con una bata blanca y almidonada, el cabello muy corto, cayendo en cascada en torno a su rostro. Era delgada, con piernas largas y torneadas, y poseía unas delicadas muñecas, demasiado frágiles para una persona adulta. Su tez tenía la palidez y el color de un vaso de leche. Los pómulos eran agradables y los ojos muy verdes. Era una joven encantadora, con un aura de pureza casi celestial en su persona.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó en un susurro bajo, sosteniendo la puerta con firmeza para que no se abriera.

—¿Podría hablar con el doctor Halmy? —indagó Nemetz—. Soy el inspector Nemetz de la Brigada de Homicidios.

—El doctor Halmy descansa y no puedo molestarle.

Nemetz observó el ritmo acelerado de su respiración. También se acordó de que Anna Halmy le había hablado de una joven que se había interpuesto entre ella y su marido.

—En tal caso, ¿querrá ayudarme usted?

—¿De qué modo?

La joven salió al corredor y cerró la puerta a sus espaldas.

Fueron hacia la ventana más próxima, abierta en el muro de un metro de espesor. Nemetz anotó sus datos personales. Alexa Mehely, veintiséis años, soltera, ayudante de laboratorio, con domicilio en el 120 de la calle Bajza. Nombre del padre: Tibor Mehely, difunto; nombre de la madre: María Szell, difunta. El lápiz se detuvo en la mano del inspector.

—¿Tibor Mehely? ¿No fue ministro de Agricultura durante la guerra

—Sí —ella se encogió de hombros—. Pero no me acuse a mí de eso.

Se había ya serenado y su tono era frío y levemente burlón. Sacó un paquete de cigarrillos, de una marca barata, del bolsillo del uniforme y le ofreció uno a Nemetz. Al rechazar éste la invitación, preguntó, con la gracia de una castellana, si le permitía fumar.

—Es una costumbre terrible —confesó—. Por desgracia, no consigo dejarla. No tengo carácter.

Exhibió un encendedor de oro muy poco de acuerdo con el mal tabaco que fumaba.

—Bueno, inspector —chanceó—, ¿a qué se debe este tercer grado?

—No habrá tercer grado, señorita Mehely. Sólo necesito cierta información referente a la señora Halmy, la esposa del doctor Halmy, ya difunta.

Aguardó la reacción de la joven, pero ésta se limitó a dejar de sonreír.

—Supongo que ya sabe que Anna Halmy fue asesinada —continuó Nemetz, al observar que el silencio se prolongaba demasiado.

—Sí, por los rusos.

Era una afirmación concluyente.

—Temo que no existan pruebas de tal cosa.

—Oí, por radio Free Gyoer, que un tanque ruso abrió fuego contra una cola de mujeres en la panadería de Bozsan. La señora Halmy fue una de las víctimas.

—Usted no oyó esta noticia por la radio —meneó Nemetz la cabeza.

—Es cierto, inspector —confesó al fin—. Me lo notificó el doctor Halmy.

—¿Cuándo?

Esta vez no hubo pausa entre pregunta y respuesta.

—Anoche, después de conversar con usted. El doctor Kraus también lo oyó. Es uno de los internos. Y la señora Schulz, la enfermera jefe. Aguarde… lo recuerdo con exactitud. Estábamos todos frente a la ventana abierta del corredor. Los tres acabábamos de salir del quirófano en busca de un poco de aire fresco. Yo le llevé una silla al doctor Halmy, pero él no quiso sentarse. Dijo que si se

sentaba no podría volver a levantarse. Estaba agotado y muy deprimido. Un muchacho de catorce años acababa de morir bajo su bisturí.

El tono de Alexa Mehely era frío y casual, y sólo un oído tan adiestrado como el de Nemetz hubiese logrado detectar una nota de ansiedad.

—¿Cuánto hace que conoce al doctor Halmy?

Hubo una breve vacilación, demostrativa de que la pregunta había tocado la llaga.

—Desde que empecé a trabajar aquí. ¿A cómo estamos? Sí, a finales de octubre. Yo empecé en marzo. El primero de marzo.

—¿Y cuáles son las relaciones entre ustedes? ¿Ve alguna vez al doctor Halmy fuera del hospital?

—Esto es asunto mío, inspector.

La joven respondió directamente, mas no con rudeza. Era indudable que, ni aun queriéndolo, jamás podía mostrarse ruda.

Si Nemetz debía de comparar a las dos mujeres, Anna Halmy y Alexa Mehely, ésta resultaría vencedora fácil. No era difícil comprender por qué un hombre deseaba huir con ella. El mismo Nemetz la encontraba altamente fascinadora, cosa que le perturbó.

—Mi querida señorita Mehely —exclamó con ligera irritación—, usted parece ser una joven inteligente, por lo que no ha de ignorar que cuando un policía formula una pregunta, exige una respuesta. Por muy ingrata que aquélla sea —de la distancia de unos centenares de metros les llegó el ruido de detonaciones—. Además, los testigos no suelen correr el menor peligro por decir la verdad.

—Oh, entiendo. Yo soy un testigo —sonrió ella—. Gracias por la noticia. Pensé que era sospechosa.

—Este caso no tiene ningún sospechoso. Al menos, por ahora. Sólo una víctima. La señora Halmy.

El rostro de la joven se tornó rojo.

—Desde *su* punto de vista —de pronto, se mostró enojada—. Sin embargo, la Policía no comprende que en ciertas ocasiones no son los difuntos las víctimas, sino los supervivientes.

—No nos apartemos del asunto, señorita Mehely. Le he preguntado por sus relaciones con el doctor Halmy. ¿Le ve alguna vez fuera del hospital?

—Sí. Y muy a menudo. Somos amigos. En realidad, somos

amantes. Oh, sí, el doctor Halmy es mi amante. Ahora ya lo sabe. ¿Algo más?

Nemetz asintió. Estupendo, ahora ya podía dar otro paso más.

—Ayer por la tarde, el doctor Halmy fue a su casa para cambiarse. ¿Recuerda a qué hora regresó?

Ella palideció. Sus ojos se agrandaron con temor. Luego, con suma rapidez, sus párpados se abatieron lo mismo que el telón cae sobre el escenario cuando ocurre en éste un imprevisto accidente. Nemetz había contemplado muchas veces la misma manifestación. Era el momento en que, por primera vez, pasa por la mente de un testigo, como un relámpago, la idea de que tal vez se halle apoyando una causa perdida. A partir de ahí, el fiscal puede, si lo intenta denodadamente, poner al testigo de su parte.

Nemetz sabía que en este caso sería una necedad esperar tal cambio. Lo máximo que podía conseguir era que la chica comprendiese que podía existir cierta relación entre la ausencia del doctor en el hospital y la muerte de su esposa. Naturalmente, también cabía la posibilidad de que la muchacha fuese cómplice del médico.

Alexa abrió los ojos, pero no le miró.

—¿Quiere saber qué hora era? —repitió lentamente la pregunta.

Nemetz comprendió que trataba de ganar tiempo, pero decidió esperar. Una mentira cautamente formulada puede ser más reveladora que la verdad.

—Oh, se marchó hacia las seis, pero estaba de vuelta a las siete —continuó la joven con rapidez—. Estoy segura de que regresó a las siete. Recuerdo haber consultado mi reloj. Yo estaba trabajando con una platina y debía terminar a las siete.

—Ya —asintió Nemetz. Guardó silencio un instante y prosiguió—: Usted afirma que el doctor regresó a las siete. Y uno de los sanitarios recordó formalmente que había vuelto a las nueve. Bien, ¿quién dice la verdad?

La joven miró hacia el patio. Intuía una trampa y temía precisar una respuesta sin consultarla antes con el médico.

—Bien, ¿quién dice la verdad? —insistió Nemetz.

Alexa se frotó las sienes como tratando de ahuyentar un dolor de cabeza.

—No lo sé. Lo siento, pero no lo sé. Ayer, durante todo el día,

hubo mucho trabajo, mucho ir y venir, sin un segundo de respiro. Hace cinco días que no me acuesto en una cama. A veces, ni siquiera recuerdo qué día es hoy.

—¡Pero usted se ha mostrado segura de que el doctor Halmy regresó al hospital a las siete en punto!

—Le dije que consulté mi reloj —se enfadó ella—. Porque la platina debía de estar a punto a las siete.

—El doctor Halmy no estaba aquí a esa hora. A las siete se hallaba aún en su piso. Con su esposa —anunció el inspector.

—¿De veras? —Alexa se encogió de hombros—. ¿Y qué? En realidad, pensaba en el día anterior. Ya le manifesté que mis recuerdos no están claros. Además, ¿por qué investiga sus pasos? —su voz sonaba estridente, acongojada—. Miles de personas mueren en la ciudad. La gente muere como moscas. Aquí mismo, entre estas paredes. ¿Pregunta nadie acaso quién es su asesino? ¡La revolución! ¡La policía secreta! ¡Los rusos! ¿Por qué convertir una triste muerte en un asunto capital? ¿Por qué es más importante la señora Halmy que el chico de catorce años que murió anoche en la mesa de operaciones? ¿Por qué? ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿Una venganza? ¿Una denuncia? ¿Qué?

—Algo… tal vez ambas cosas. En realidad, denunciaron al doctor Halmy.

—La muchacha le dirigió una mirada estupefacta.

—¿Denunciado? ¡Imposible! ¿Quién podría acusarle de tal monstruosidad?

—La señora Halmy.

—¿La señora Halmy? —frunció el ceño—. ¿Pero… no…? ¡Si está muerta!

—Exacto. Murió anoche. Pero cuando denunció a su esposo estaba muy viva.

—¿Cómo es posible? ¿A quién denunció? Por favor, repita sus palabras.

La voz procedía del umbral. El doctor Halmy estaba en el dintel. Llevaba un suéter, sin chaqueta, tenía el cabello despeinado y los ojos ligeramente hinchados de sueño. La joven corrió hacia él, asiéndole del brazo.

—¡Zoltan, esto es espantoso! Debe de haber un error. No sé qué desea el inspector, pero…

El médico le acarició calmosamente el rostro, y luego fue hacia Nemetz. Ella anduvo a su lado, aferrada al brazo de Halmy como si formase parte de su cuerpo.

—¿Quiere decir que mi mujer fue a verle a Jefatura anoche? —preguntó Halmy.

—No he dicho eso —Nemetz meneó la cabeza. Luego, añadió con una leve sonrisa de satisfacción—. Sin embargo, es lo que hizo. Usted debió de enterarse por ella.

Alexa comprendió que Halmy había cometido una torpeza y dejó de respirar unos segundos. Él, no obstante, no demostró la menor preocupación. Sus ojos, con expresión de extrañeza, compasión y curiosidad, estaban fijos en el semblante del inspector.

—Diga, inspector, ¿por qué no trata de quitarse esa cicatriz? Un buen cirujano de plástica podría dejarle un rostro mucho más agradable.

La pregunta era totalmente inesperada y Nemetz sintióse trastornado.

—¿Qué diablo, doctor? —exclamó—. Nunca me preocupó de joven. ¿Por qué tendría que fastidiarme ahora? Me estoy haciendo viejo…

—¿Por qué no le fastidia? —insistió el doctor.

—Porque no me miro al espejo —repuso Nemetz, encogiéndose de hombros.

Hubo una larga pausa. Sin duda, el doctor había obtenido un buen éxito contra Nemetz. Necesitaba tiempo para ordenar sus ideas.

—Veamos doctor —continuó Nemetz volviendo a la cuestión—, su esposa salió de mi despacho a las ocho y cuarto. Dijo que se iba a casa. A las diez ya estaba muerta. Delante de la panadería de Bozsan. Lo único que deseo saber ahora es: ¿dónde estaba usted entre las ocho y cuarto y las diez? Si aún se hallaba en su casa, podría prestar una gran ayuda a esta investigación. Naturalmente, si estaba ya en el hospital, poco puedo esperar de usted.

—Ahí es donde se equivoca —sonrió Halmy—. Yo pude contratar a un asesino a sueldo. Sinceramente, no habría sido mala idea. Lo malo es no haberlo pensado antes, sin aguantar esos diez años —calló un instante para frotar con los nudillos sus ojos enrojecidos por la falta de sueño—. ¿Vio por casualidad a aquel

AVO colgado del farol? ¿Aquí en la calle Szentkiraly? Seguro que era un granuja; y no obstante, por muy graves que fuesen sus culpas, no podía ser más malo que mi mujer. Aunque mi esposa jamás torturó ni mató a nadie, en el sentido físico, era una combinación de toda la maldad que ha azotado a este país en los últimos ocho años. Era estúpida, avariciosa, corrompida, maliciosa y embustera. Y ahora ha muerto. Que le aproveche, es lo único que digo. En estos momentos, a nadie parece importarle la muerte del AVO. Pues, ¿por qué molestarse tanto por mi mujer? Su muerte, repito, es un incidente de la revolución como la del ahorcado. Esta ciudad se está limpiando a sí misma. Esta es la verdad, le guste o no. ¡Fue la mugre! Que se haga la luz, dijo el Señor. Y la luz se hizo.

El doctor calló de repente y su figura delgada y en mangas de camisa empezó a tambalearse, como si le fallase el suelo bajo los pies. De no haberle cogido Alexa, probablemente habría caído al suelo.

—Lo siento —murmuró—, necesito descansar un poco. Estoy tremendamente cansado… y no debí haber discutido con usted. Debo relevar al doctor Kraus a las cuatro.

Los Halmy vivían en la calle Jozsej Attila, a unas tres manzanas de la panadería de Bozsan. El apartamento se abría al descansillo del segundo piso, en un edificio anticuado aunque bien conservado. Junto a la placa que ostentaba el nombre del doctor, había dos tarjetas clavadas a la madera con los nombres JANOS TOTH y KAROLY ZLOCH, escritos con una caligrafía bastante incorrecta. Bajo el nombre de TOTH se le recordaba al visitante: *Por favor, llame dos veces*, y bajo el de ZLOCH, *llame tres veces*, sin molestarse en añadir el *por favor*.

Nemetz llamó una vez y al no obtener respuesta, probó con los Toth. Después de la segunda doble llamada, alguien se movió detrás de la mirilla. La llave giró en la cerradura y una mano de uñas cortas y sucias, abrió la puerta unos centímetros. Nemetz trató de empujarla con la rodilla, pero la madera chocó con una cadena de seguridad. Por la abertura se filtraba un olor a cocina mezclado con el más acre del sudor.

—El camarada Toth ha salido —articuló una voz.

—¿Y la señora Toth?

—También. No hay nadie.

—¿Quién es usted?

Una pausa.

—¿Yo? Trabajo aquí.

—¿Para los Toth?

—No. Para el doctor Halmy. Pero no hay nadie en casa y no sé cuándo volverán.

Nemetz introdujo su tarjeta de identificación.

—Déjeme entrar. Policía.

—No hay nadie.

La mujer pegó un empujón, pretendiendo cerrar.

—¡Abra! —ladró Nemetz.

La inesperada ronquera de su voz fue como un *¡Ábrete, Sésamo!* Los dedos sucios desengancharon la cadena.

No era más alta que una niña de diez años, apenas metro cuarenta. Llevaba un delantal, y un suéter debajo, con unos pantalones que abultaban grotescamente sobre sus anchas caderas y muslos. Le habían secado el corto cabello en una mala permanente, y su redondo rostro, con los labios fuertemente pintarrajeados, parecía un buñuelo con una guinda en el centro.

Nemetz entró en el pasillo. Era largo, estrecho y casi a oscuras.

—Encienda la luz —le ordenó a la mujer.

—Con sumo gusto —cloqueó ella nerviosamente—. Pero no hay corriente desde esta mañana. Ni tampoco gas. Deben de haber cortado el suministro a causa de las bombas. Al final, volaremos todos al cielo. De no haber sufrido mi señora el accidente, ahora estaría yo en Soroksar. Allí viven mis padres. Pero he de quedarme aquí por el doctor. Especialmente, ahora que los Toth se han largado.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—Oh, se fueron a mediados de la semana pasada. El jueves, me parece. Cuando empezó el tiroteo. El camarada Toth temía que la gente le tratase a él como con los otros agentes del AVO.

—¿Por qué? ¿Pertenecía a la policía secreta?

La mujer le dedicó una mirada tímida.

—No lo sé. Yo no sé nada. El camarada Toth no estaba exactamente en el AVO, sólo en el Partido, a cargo de esta

manzana. Representante de la manzana. Esto es lo que era. Y tenía muchos enemigos. No me sorprendería que el accidente de mi señora tuviese algo que ver con todo esto.

—¿Por qué? ¿Cuál era la relación entre los Toth y la señora Halmy?

—¿Relación? —chilló la mujer—. Era su hija. ¡Esta era la relación!

De repente, parecía relajada y su tono revelaba una nota de descenso. El descubrimiento de que la Policía no era omnisciente la tranquilizaba y engallaba.

—Era su hija menor. La señora Zloch es la mayor. Ella y mi señora son hermanas. Bueno, eran hermanas.

Nemetz guardó silencio, esperando que una observación casual arrojase más luz sobre las circunstancias domésticas de los Halmy. Sabía ya que el doctor compartía el piso con los parientes de su esposa: padre, madre, hermana y cuñado. Era raro, pero revelador, que la criada se refiriese a la señora Halmy como a su «señora», y en cambio llamase camaradas a los demás.

—El camarada Zloch tenía un viñedo en Mor, y allí estaban casi constantemente. Solía él venir a la ciudad un par de veces al mes por asuntos oficiales. Era jefe del Departamento de Rentas Internas en Mor. ¡Jefe…! En el colegio no llegó a pasar de la gramática de cuatro grado. No sabía ni deletrear. Esto me lo contó su propia esposa.

—¿Cuáles eran las relaciones entre los Zloch y el doctor?

—No existían relaciones. El doctor salía de casa tan pronto como llegaban los Zloch. La mayoría de veces incluso dormía en el hospital y sólo venía a casa a cambiarse.

Nemetz sacó su cuaderno y el lápiz.

—¿Cómo se llama usted?

—Llámeme Tiny. Como todo el mundo —extendió una mano—. Encantada de conocerle.

—Quiero su nombre propio —gruñó Nemetz.

—Rose Fried, y Kiraly de soltera. Viuda —explicó con herida dignidad—. Y si desea saber también el nombre de mi difunto esposo, se llamaba Rudolf Fried, y era viajante de comercio —añadió obstinadamente—. Pero todo el mundo me llama Tiny. Si pregunta usted por Rose Fried, nadie sabrá de quién se trata. Y

perderá usted el tiempo.

—Está bien, Tiny —sonrió el inspector—. Bien, dígame: ¿estaba usted aquí anoche, cuando el doctor vino a cambiarse?

—Bueno, la cosa fue así —repuso ella, y por algún motivo ignorado, pareció no estar muy a gusto—. Yo decidí irme de la ciudad. Por tanto, quise preguntarle a un individuo que conozco si podía llevarme en su moto hasta Soroksar. No estaba en casa, toda vez que es uno de los que resisten en la plaza Liberty. Le esperé, pero no se presentó. Cuando por fin lo relevaron, eran las nueve y media. Por esto no pude salir de su piso hasta las ocho de esta mañana. Por el toque de queda, ¿comprende?

—¿A qué hora llegó a casa de su amigo?

—Hacia las seis. Los sábados siempre acabo antes. A mi señora le gusta ir al cine los sábados, y últimamente el doctor pasa las noches fuera de casa, sea el día que sea.

—De modo que usted estuvo en casa de su amigo desde las seis de la tarde hasta las ocho de la mañana siguiente. ¿Estuvieron ambos allí todo el tiempo?

La mujer bizqueó los ojos nerviosamente. Aquel interrogatorio la desconcertaba. Sin duda, era la primera vez que se hallaba ante un policía investigador. Habíase casado con un judío, viviendo a través de la era nazi, la guerra, y una paz que empezó allí donde los nazis la habían dejado, y por una mujer sola y no muy molesta, mantener juntos cuerpo y alma en tales tiempos significaba a veces jugar a saltar la rayita entre los párrafos de la ley, fuese ésta la que fuese. En realidad, no podía estar jamás segura de cuál era la ley, ya que cambiaba a menudo y al azar. Por este motivo, mientras aguardaba la siguiente pregunta del inspector, se preguntaba si podían acusarla de haber abandonado su empleo para dormir con un hombre la misma noche en que habían matado a su señora.

—¿Cómo se llama su amigo y cuál es su dirección? —quiso saber Nemetz.

Ella vaciló un instante.

—No tiene nada que ver con los Halmy. Ni siquiera les conoce.

—¡Su nombre y dirección!

—Albert Rasko. Fumista. Calle Merleg, número 11, apartamento 18.

Nemetz anotó las señas. Ella le contemplaba con ojos ictéricos.

¡Policía! Una persona puede ser tan pura como la nieve, pero si se proponen acusarte de algo, pueden convertir lo blanco en rojo, negro o verde…

Al final del pasillo, dos puertas dobles conducían a las habitaciones delanteras. La cocina y los dormitorios se abrían en el mismo pasillo, pero daban al patio. Cuando Nemetz entró en lo que acertadamente supuso sería el salón, una ráfaga de viento fuerte y cortante le azotó el rostro. Durante la escaramuza nocturna del viernes, dos carros blindados rusos habían estallado a media manzana de distancia, y la fuerza de la explosión había roto casi todos los cristales de las ventanas.

Nemetz miró a su alrededor. Era una habitación espaciosa y ventilada, con algunas piezas de buena calidad, como un secreter austríaco estilo barroco, una hermosa cómoda, y un gran espejo Luis XV, con marco dorado; sin embargo, también había unas butacas siglo XVIII, tapizadas de forma moderna, unos cortinajes de brocado que contrastaban con el color verde perla de las paredes, pantallas que, con sus cintajos y sus encajes, parecían sombreros Victorianos, y una figura de perro, junto a una imitación en bronce de la torre Eiffel junto a un par de copas de Chelsea sobre la cómoda. Una alfombra persa, una Bokhara de extraña belleza, con manchas de pisadas enlodadas, cubría el suelo que, incidentalmente, también necesitaba una buena mano de cera.

—Esto es el saloncito —explicó Tiny—. Los Toth y los Zloch sólo pueden entrar aquí cuando el doctor no está en casa.

Una puerta, a la izquierda llevaba al consultorio del médico. Estaba amueblado con muebles funcionales y parecía una clínica sin elegancia ni lujos. Lenta y sistemáticamente, la mirada de Nemetz estudió cada centímetro cuadrado del suelo y la tapicería, buscando una huella de la violenta tragedia que podía haberse desarrollado allí la noche anterior. Pese a todo, no halló ninguna.

Tampoco encontró pistas en otros lugares. Nada en el dormitorio de los Halmy ni de los Toth. Las ventanas daban al patio y no habían sido dañadas por la explosión. El ambiente de ambos cuartos resultaba corrompido y helado, especialmente en el dormitorio de los Toth, donde el hedor de las ropas de cama sin ventilar se

mezclaba al del humo de tabaco. En el armario quedaban muy pocas prendas: algunos pantalones, con rodilleras, una chaqueta gris muy manchada, y tres vestidos de algodón.

En la pared, encima de las camas gemelas, colgaba un retrato de bodas. La mujer, con el cabello tirado hacia atrás, en un moño apretado, y una pequeña coronita de mirto en la cabeza, un velo corto que enmarcaba su cara de mandíbula cuadrada, parecía ridícula y al mismo tiempo extrañamente amenazadora. El novio, mucho más bajo que ella, tenía la expresión del individuo que teme ser tragado por una boa. Sus ojillos, reducidos a la mínima expresión, y su bigotito incipiente encima de una boca en forma de O, ayudaban a destacar el parecido.

En un rincón había una cómoda alta; a su lado, una máquina de coser anticuada, de pedales. De las paredes colgaban abanicos japoneses de papel, entre algunos estantes, y las mesas estaban cubiertas con tejidos aldeanos, muy pesados, dando a Nemetz una idea de los gustos de la señora Toth.

—¿Sabe quién ocupaba esta habitación antes del traslado de los Toth? —inquirió Nemetz.

—La hermana del doctor —replicó Tiny—. Antes de casarse. El apartamento pertenecía antaño a la anciana señora Halmy, madre del doctor.

—¿Qué edad tiene esa señora?

—Oh, falleció hace tiempo. Mucho antes de que yo empezase a trabajar para los Halmy. La deportaron a un pueblo y murió allí. La gente murmura que los Toth tuvieron algo que ver con ello. No congeniaban. Ella era muy anticuada, una capitalista reaccionaria, y ellos unos rojillos. Además… ¡deseaban venir a este piso!

Nemetz asintió. La pintura era simple y clara. Un apartamento en el centro de la ciudad, con cinco habitaciones, calefacción, agua fría y caliente, y todas las comodidades modernas. ¡Un infierno de cinco habitaciones! La madre del doctor, deportada como «sospechosa política», para dejar sitio a los nuevos parientes. El doctor apartando a sus nuevos parientes de sus habitaciones como si temiese que el aire estuviese contaminado por ellos, y pasando las noches fuera de casa. Y lentamente, el hogar se había ido permeando con el olor de la ropa sucia y los cuerpos sin lavar, y también con la amargura y el odio; el polvo se instaló en los

rincones, y los abanicos japoneses habíanse despegado de las paredes, saltando a las mesas.

Nemetz entró luego en el comedor. También allí los muebles procedían de una época de buen gusto y cultura, y sólo la cama de hierro plegable del rincón, los batines de baño desgastados, y las ropas de noche que colgaban de unos ganchos en un muro, los estantes de libros sin volúmenes, llenos en cambio de zapatos enlodados, los juguetes infantiles, y las cajas repletas de objetos diversos, pregonaban los cambios habidos en aquella habitación desde su primitiva decoración.

—Toda esta bazofia pertenece a los Zloch —explicó Tiny—. Últimamente, adquirieron el hábito de traer a sus crios. Como si una no tuviese bastante con su trabajo, para tener que bregar con tres mastuerzos.

Nemetz quería entrar en la despensa, pero halló la puerta cerrada.

—No puede entrar aquí —sonrió Tiny—. A menos que derribe la puerta. Ahí guardaba mi señora las cosas del mercado negro.

—¿Mercado negro? —Nemetz enderezó las orejas.

—Tenía varias relaciones. Sabía cómo conseguir los paquetes que los americanos envían a sus parientes de este país. Café y té, latas de jamón, atún, melocotones de California, cigarrillos, medias de nylon, cremas del cutis, colorete… Lo guardaba todo bajo llave, y ésta estaba en su llavero… ¡Seguro que aún está en su bolso!

Nemetz recordaba el bolso de color mostaza que colgaba del brazo de Anna Halmy. No había visto ni el bolso ni el abrigo en el apartamento. En el armario halló vestidos y prendas diversas, de una calidad muy superior a la que pueden ordinariamente permitirse las mujeres de los médicos de Hungría. Incluso tenía algunas pieles. Había una de marta, otra de visón y un abrigo largo de castor.

—A su «señora» debían de encantarle las prendas de vestir —comentó Nemetz.

—Seguro —rió Tiny—. ¡Y cómo se cuidaba! Manicura, permanente, masaje facial… Dos tardes por semana acudía al instituto de belleza. Nada era demasiado caro para ella. Pero no podía pagar dos malditos huevos para mi almuerzo —exclamó la mujer con tono de resentimiento.

Nemetz le dirigió una mirada escrutadora.

—A propósito, Tiny, ¿cómo sabe que mataron a su señora?

—Me lo contó la señora Moller, la portera. Fue lo primero que supe esta mañana al regresar aquí. A decir verdad, sólo venía a recoger mis cosas. Estaba decidida a volver a Soroksar, fuese como fuese. Pero me enteré de lo sucedido y decidí quedarme. Alguien tiene que cuidar al doctor.

—¿Por qué pensó que no fueron los rusos quienes asesinaron a la señora Halmy?

—Bueno… —Tiny se encogió de hombros—, no lo sé. Los Toth tenían muchos enemigos.

—¿No el doctor?

—¡Oh, no él no! No mataría ni a una mosca. Aunque es bastante retraído. «Buenos días», «Buenas noches», «Felices Navidades», «Feliz Año Nuevo»… es todo lo que los vecinos pueden sacarle. A mí tampoco me cuenta nada. Y casi nunca desea algo. Y aun en caso de ordenar algo, siempre con el «por favor», «si no le molesta» y el «gracias» en los labios. Por lo demás, siempre quiere estar solo. Que nadie se fijara en él.

—El doctor y su esposa… ¿se peleaban mucho?

—Oh, yo no lo llamaría pelearse. Quiero decir que el doctor nunca levantaba la voz. Últimamente, mi señora sufría muchos ataques. El lunes pasado chilló tanto que yo pude oírla desde el ático donde estaba colgando la ropa. Todavía gritaba cuando bajé. El doctor se limitó entonces a coger su maletín y largarse.

—¿Le dejó ella marcharse?

—¿Qué iba a hacer? Algunas veces intentó retenerle por la fuerza. Pero él se deshacía de ella como si fuese una chinche. Y cuando él se marchaba, ella siempre sacaba un cuaderno y escribía algo.

Nemetz sintióse interesado.

—¿Qué cuaderno?

—Oh, uno grueso con una cubierta a cuadros, como los que los niños usan en la escuela. Lo tenía siempre en el cajón del tocador. Bajo llave. Bueno, cerrarlo todo bajo llave era su manía. Con toda la familia, o sea los Toth y los Zlochs, con el doctor. Sin embargo, siempre le quitaban algo. Cuando hallaban alguna cosa a faltar, sospechaban de mí en primer lugar. Al menos una vez por semana

registraban todos mis cajones. Yo me limitaba a reír. Al fin y al cabo, de haber cogido algo habría tenido el sentido común de no esconderlo en mi cuarto. Luego, sospechaban entre sí. Una vez, mi señora le puso un ojo morado a su hermana, porque la sorprendió llevando un *slip* de nylon de ella.

Nemetz la dejaba comadrear. Estaban delante del tocador, y Nemetz empezó a abrir todos los cajones y a registrar su contenido. Tiny le observaba con gran interés. Cuando hallaba un cajón cerrado, el inspector lo abría con la llave maestra que llevaba en su llavero.

—Afortunadamente, mi señora ha muerto y no puede ver al inspector —rió Tiny—. De lo contrario, le habría dado un ataque.

El cuaderno de tapas a cuadros se hallaba en una caja, y cuando Nemetz lo cogió halló ocho más, todos llenos de una escritura picuda, nerviosamente femenina. La puntuación y la ortografía eran muy desdichadas. Nemetz abrió una página al azar y descifró la primera anotación.

> «1956, 27 junio. ¡Cállate!» Debajo: «29 junio. Dile a tu padre que si vuelve a apestar mi habitación arrojaré su maldito cigarro por la ventana.»
>
> «4 agosto. Aquí tienes dos billetes para el Teatro Nacional. Busca alguien con quién ir.»
>
> «10 agosto: ¿Dónde están los periódicos de la mañana?»
>
> «15 agosto: Buenas noches.»
>
> «16 agosto: Ni siquiera buenas noches.»
>
> «20 agosto: ¡Maldición! ¿Quieres callar?»
>
> «1 setiembre: Está bien, anoche cené con ella. ¿Por qué? Podría darte diez razones. Vil Cien razones. Pero no lo haré.»
>
> «2 setiembre: Te daré un aviso: si te atreves a molestarla, me marcharé y no volveré nunca más.»

Nemetz examinó la portada del cuaderno que estaba en último lugar. La fecha decía: «2 marzo 1952.» Sus anotaciones no se diferenciaban mucho de las de 1956, salvo que aparecía una misteriosa X en el texto, bajo una fecha, mayormente en un marco trazado en rojo, y adornado con floreros y flores primitivas.

Sin ninguna duda, desde 1952, la señora Halmy había adquirido

la costumbre de anotar todo lo que el doctor le decía. Las páginas parecían los papeles de un actor, faltando solamente los apartes y los nombres de los interlocutores, pero las frases del doctor dejaban bien sentado que se trataba de réplicas breves, desprovistas de todo cariño, a los largos y duros discursos de la esposa.

Nemetz cogió todos los cuadernos, se despidió de Tiny y salió del piso. El tiempo pasado en él no había sido excesivamente compensatorio; sin embargo, tampoco lo había perdido por completo. La vida privada del doctor Zoltan Halmy acababa de desplegarse lenta, pero claramente, ante sus ojos. Era como abrir un mapa, dejándolo sobre la mesa para estudiar sus diversos colores: el verde para los fértiles prados, el marrón para las cordilleras; las líneas negras indicadoras de las carreteras, y el azul sinuoso para los ríos. En el mapa había símbolos que él todavía no podía interpretar, como la X de Anna Halmy, aunque pudiese realizar varias adivinanzas, especialmente cuando bajo una fecha de 1952 halló dos X encerradas en un corazón. Debía de pasar largas horas estudiando las anotaciones tremendamente repetitivas de una mujer llena de cólera animal y obstinación, que había guardado sus Diarios retorcidos y malintencionados durante cuatro años, sin saber jamás cuál era el fin perseguido con los mismos.

A pesar de ser domingo halló a Irene Lestak sentada a su mesa, haciendo una prenda de ganchillo que, en su rigidez y grosor, más parecía una camisa de fuerza que el suéter de una dama.

—¡Usted y yo! —gritó ella al ver entrar a Nemetz en el despacho—. ¡Los únicos tontos! Los dos que vienen aquí hasta los domingos. El servicio por encima de todo. Sólo porque no tenemos otro sitio adonde ir. Nadie a quien visitar. Ni siquiera un perro que sacar de paseo.

—Hable por usted —Nemetz le dedicó una mirada divertida—. Yo podría ir a muchos sitios de desearlo. ¿Qué hay de Kaldy? ¿Halló al doctor Hommer, y consiguió el mandamiento?

Irene dejó las agujas de su labor.

—Seamos francos, inspector. Usted no pensaba que el doctor Hommer estuviese por ahí. ¿Hommer entre tantos? ¡Oh, no! El doctor Hommer fue lo suficientemente listo para largarse, sin dejar

ninguna señal. Y si me lo pregunta, le diré que ya está en Viena, bien alimentado por los americanos, que le consideran como un gran combatiente de la libertad. ¡Un gran combatiente de la libertad!

Nemetz se echó a reír.

—Creo que no sólo las ratas abandonan el barco que se hunde, sino también los ratones. Bien, veamos. Todavía puedo enviar a Kaldy al Museo. Es un joven lleno de recursos. El sabrá encontrar el cadáver de la Halmy. Al fin y al cabo, las nuevas tumbas no son profundas. Y alguien debe de saber dónde la enterraron.

Irene le contempló con incredulidad..

—¡Por Dios santo, hay una revolución en marcha! Ha habido cadáveres por ahí días enteros, sólo porque nadie se ocupaba de enterrarlos. Y ahora, usted quiere que desentierren toda una camionada de cadáveres sólo para saber desde qué ángulo dispararon contra la señora Halmy. Sea razonable, inspector. Sinceramente, a menudo me pregunto si el tiempo que lleva en la Policía ha perjudicado a su cerebro.

Nemetz dejaba que las frases de Irene le entrasen por un oído y le saliesen por el otro. Con un gruñido, sentóse en la silla situada delante de la mesa de la secretaria. A fuer de sincero, tenía que admitir que con el caso Halmy había tropezado con una piedra. En sí no era una gran tragedia, pues todo el asunto había nacido en su mente y podía descartarlo a voluntad. Sólo tenía que llegar a la conclusión de que jamás había existido un caso Halmy, y el asunto moriría por sí solo. Se hallaba en progreso una revolución, una guerra; morían miles de personas, y una más o una menos, ¿qué podía importar?

—¿Hay alguna novedad? —le preguntó a Irene.

—Sólo rumores. El inspector Koller afirma que cada vez que el Primer Ministro Nagy habla por radio, hay un agente del AVO detrás suyo con una pistola. Por otra parte, los tanques rusos han desaparecido en torno al Parlamento, y se supone que hay negociaciones en marcha con los soviets para que salgan del centro de la ciudad. Y han evacuado a todas las mujeres y los niños —de repente, se le quebró la voz—. Siempre he sido pesimista. Pero ahora, si fuese esto verdad, si realmente se marchasen, bueno, me refiero a si pudiésemos seguir viviendo como seres humanos, ¡oh,

inspector!, si fuese verdad…

Irene no continuó, probablemente porque temía prorrumpir en lágrimas.

—Irene, me asombra usted —exclamó Nemetz—. Pensaba que era usted la última persona en dejarse atrapar por el patriotismo.

Irene se encogió de hombros.

—¡Tonterías! Me acuerdo de lo contenta que estaba en 1945, cuando los rusos pusieron fin al régimen quisling del almirante Horthy y toda su pandilla. Y ahora, me sentiría muchísimo más contenta si volviese esa pandilla para rechazar a los rusos.

—Es usted una joven sin precio, muchacha —el inspector sacudió la cabeza—. Bien, busque a nuestro amigo Kaldy. Le enviaré al parque del Museo para que desentierre a la señora Halmy.

Ferenc Kaldy era un joven poco robusto, con un mentón poco pronunciado. También era muy trabajador, inteligente y un poco fatuo. Nemetz le apreciaba a causa d su lealtad. Hablaba con el acento y los modales de la gente culta, cosa rara en la Policía, ya que solamente se consideraba dignos de convertirse en funcionarios de la República del Pueblo a los hijos e hijas de los obreros y campesinos.

Alguien de gran influencia en el Partido debía respaldar a Kaldy, pero Nemetz no deseaba averiguarlo. Sin embargo, el hecho de que el joven no se hubiese escondido al estallar la revolución indicaba que también en el campo opuesto tenía conexiones. El joven estaba siempre donde era más necesario, y esto era lo que importaba.

Kaldy regresó una hora más tarde con la información de que veinte cadáveres estaban enterrados en una fosa debajo del jardín delantero del Museo Nacional, y como la fosa la habían cavado con una pala a vapor, era muy honda y no podía abrirse hasta el final de las hostilidades, cuando los cadáveres serían trasladados a sus sedes permanentes de descanso.

Nemetz maldijo en voz baja y despidió a Kaldy.

Sintonizó Radio Libre y escuchó un largo reportaje sobre una asamblea de escritores. Estos también pedían la retirada de las tropas rusas y que en las escuelas no fuese obligatoria la enseñanza del ruso. La voz estridente y rápida del locutor empezó a enervar a Nemetz, el cual cerró la radio en medio de una frase.

La oscuridad se abatía sobre la ciudad, donde, en medio de la porquería de cinco terribles días, millares de hombres y mujeres estaban en guardia, pistola en mano. Reinaba un silencio absoluto, mucho más profundo que en los demás domingos. Ningún rechinamiento en los raíles del tranvía, ningún bocinazo ni el resonar de cascos de caballo, y la gente invisible, con sus pistolas a punto, poseía una cualidad de pesado y quieto acecho.

Nemetz continuó sentado, sin moverse, escuchando los latidos de su corazón. Le parecía que palpitaba a una celeridad desacostumbrada. Sentía las pulsaciones en todo su cuerpo: en las venas detrás de los ojos, en las muñecas, en los tobillos, ligeramente hinchados después del trabajo andariego de los últimos días, hasta en la punta de los dedos. La advertencia del médico que había visitado unos meses antes volvió a presentarse en su memoria. Nada de licores, mujeres, horas tardías, irritación, agotamiento… en otras palabras: dejar de vivir, arrojar la toalla.

Las mujeres no eran ningún problema. La cicatriz que iba desde el lóbulo de la oreja izquierda hasta su barbilla ya se cuidaba de ello. Mujeres eran sinónimo de cajeras en los cafés nocturnos y, a lo sumo, bailarinas de salas de fiesta. De joven, siendo feo y poco admirado, siempre se había sentido a gusto en los burdeles, y había seguido leal a ellos toda su vida. Ahora tenía cerca de sesenta años, y su apetito sexual no era ciertamente devorador; sin embargo, conservaba la costumbre de visitar ocasionalmente a las jóvenes de su época, las que todavía quedaban en circulación. Jamás había alimentado ilusiones respecto a la ramera con un corazón de oro, pues sabía lo que valían en realidad: inmorales, codiciosas, y a menudo sumamente corrompidas, pero se sentía a gusto entre ellas, le divertía su ingenio, su individualismo y, en algunas ocasiones, se asombraba ante su valor. De haber pensado en hacer inventario de sus amistades, primero habría recordado a Otto Koller, e inmediatamente después a Hannah Zagon, una ex prostituta, propietaria del burdel más pretencioso, camuflado de café exprés, cuya existencia era conocida de toda Personalidad húngara o rusa, y escrupulosamente ignorada por toda la fuerza de Policía.

El licor era diferente. Con el paso de los años, había ganado importancia en su existencia. Estaba alejado de él durante largos períodos, sin tocarlo jamás cuando se ocupaba de un caso, mas tan

pronto finalizado éste, se tomaba grandes cantidades de alcohol como recompensa o, si sus esfuerzos habían sido inútiles, como consuelo.

Pocas cosas rompían la monotonía de su existencia. Sin embargo, no podía considerarse desdichado. Por una parte, amaba a su profesión, aunque nunca hubiese pasado de simple inspector de la Brigada de Homicidios. Los que habían empezado por debajo de él, eran ahora sus superiores, mas esto no le preocupaba porque eran creaciones de la última era policíaca, y acabarían por verse despojados de sus cargos como ocurrió ya con el antiguo régimen.

Por fortuna, la política no le interesaba. Desde el emperador Francisco José al dictador comunista Béla Kun, desde el regente Nicholas Horthy al otro comunista, Matyas Rákosi, el país había estado regido por hombres de diversos credos y creencias, pero él jamás había cambiado ni en una tilde. Siempre había amado la ley y la justicia, el deber y la obligación, y las ambiciones podían irse al infierno.

La revolución que había estallado tan inesperadamente el martes anterior, era el primer suceso político, y esto tenía que admitirlo, aun a regañadientes, que había logrado sacudir su indiferencia. Empezó por alarmarse y enfadarse y, por encima de todo, estaba convencido de que los disturbios eran obra de los agentes provocadores, pero de repente comprendió que se trataba de algo desesperadamente auténtico, de un fenómeno que tal vez ocurre sólo una vez en cien años: una guerra por voluntad popular, que había germinado, no detrás de las puertas cerradas de los jefes del Estado Mayor y los ministros, sino en las profundidades de una nación encolerizada.

Durante unas horas, estuvo más emocionado y conmovido que en el anterior transcurso de su vida. Luego, esto pasó con la misma rapidez con que había venido. Había muy pocas probabilidades de que los rebeldes consiguiesen la victoria. Y si perdían…, ¡que Dios se apiadara de ellos!

Lunes, 29 de octubre

A las ocho de la mañana, camino de Jefatura, Nemetz tuvo que abrirse paso casi a la fuerza por entre la muchedumbre que invadía las calles. El tiempo era suave y seco por ser octubre, y toda la gente de la ciudad, al parecer, decidió aprovecharse del alto el fuego, bajando a tomar el aire. Era extraño con qué rapidez los seres humanos saben adaptarse a condiciones anormales. Por ejemplo, Budapest, en los últimos diez años una ciudad pacífica y ordenada, que proporcionaba transporte, refugio y seguridad física a sus habitantes. De pronto, sin previo aviso, se convertía en un campo de batalla, con armas de tiro y barricadas en cada esquina. Sin embargo, el ciudadano medio no se sentía sorprendido por el súbito giro de los sucesos, sino que lo aceptaba como si se tratase de algo largamente planeado.

Aquella mañana todo el mundo tenía prisa, pues nadie sabía hasta cuándo durarían el silencio ni las provisiones. Había que ir de compra, buscar a los desaparecidos, e identificar a los muertos. También había mucho que ver. Automóviles incendiados, tanques volados y, naturalmente, cadáveres de húngaros y rusos. Estos yacían junto a sus vehículos quemados, como leños retorcidos consumidos por el fuego, en tanto otros semejaban niños agotados, durmiendo la siesta. Algunos estaban manchados de barro, lo que les daba el aspecto de figuras de yeso de un monumento erigido en algún cementerio militar.

Si bien los rusos eran abandonados en el lugar donde les había sorprendido la muerte, unas manos tiernas trasladaban a los húngaros bajo el abrigo de tejados, marquesinas y portales. Sobre sus pechos se veían manojos de flores, y a veces una cruz tosca forjada con dos palos de madera atados con una cuerda. Casi todas

las casas del bulevar principal habían sido alcanzadas por los disparos. Las tiendas estaban agrietadas y los escaparates destrozados. El polvo, las hojas muertas y la basura, barrido todo por el viento de octubre, cubría las exhibiciones de los escaparates faltos de protección. Ropa interior, libros, prendas de vestir, joyas, cazuelas y ollas, zapatos, medias, todo estaba sucio y arrugado. Los transeúntes podían coger lo que querían, recogiendo un buen botín, mas nadie lo hacía.

Había barricadas colocadas en los principales cruces callejeros, con letreros:

PARA LOS HUÉRFANOS Y LAS VIUDAS DE LA REVOLUCIÓN.

Durante los dos últimos días, habían surgido como setas por toda la ciudad, y cuando aparecía uno quedaba muy pronto lleno de billetes de distintas cantidades.

Al pasar Nemetz delante de un barril, vio a un joven detenerse, sacar la cartera y dejar caer un billete de cien florines encima de los demás. La fisionomía del joven le pareció familiar. Nemetz poseía una sorprendente memoria para las caras. Su mente las fotografiaba, archivándolas mediante un sistema a prueba de engaños en las bóvedas de su cerebro.

—¡Lehotzky! —gritó, porque acababa de encontrar el nombre que concordaba con aquel rostro.

El joven dio media vuelta. Era bajo, ancho de hombros, con piernas torcidas. Tenía el rostro cubierto de pecas, y sus ojos eran astutos y tan oblicuos como los de un cosaco. La gente solía confundirle con un ruso, aunque había nacido en Budapest, siendo un producto auténtico de sus barrios miserables, y un ratero por vocación. Cuando reconoció al inspector enseñó sus dientes en una deslumbradora sonrisa. Los dientes eran irregulares, y los delanteros estaban cubiertos por una placa de acero inoxidable.

—¿Cómo lo supo, inspector Nemetz? —preguntó—. ¿No es algo grande? Tropezar con usted cuando llevo tres días de libertad.

—¿Cómo saliste? Lo último que supe de ti es que estabas cumpliendo una condena de dos años.

—Seguro. Pero vea, inspector, en la cárcel de la calle Foe trabé

amistad con un grupo de políticos. Yo no soy mal chico y les ayudé en lo que pude. Al fin y al cabo, conozco aquel lugar, ¿verdad? Luego, vino la revolución, fueron liberados y yo con ellos. Estos son días históricos, inspector. De modo que, ¿por qué tendría nadie que preocuparse por los bolsos de las damas que se supone yo he hurtado?

Nemetz le conocía desde varios años atrás, aunque Lehotzky no era «cliente» suyo. La brigada del inspector Koller se ocupaba de las raterías, y Lehotzky jamás habría cruzado el umbral del despacho de Nemetz si, durante toda una semana de incertidumbre, no hubiese sido el sospechoso principal en un caso de asesinato. El crimen en Budapest había alcanzado unas cotas sin precedentes, unas proporciones monstruosas, como si los asesinos no políticos deseasen llevar el mismo ritmo que los políticos. A fin de detener aquella oleada de terror, la Policía tenía orden de encontrar a un culpable para cada delito, al precio que fuese. Los ladronzuelos inofensivos como Ernoe Lehotzky se hallaron súbitamente enfrentados con acusaciones de asesinato fabricadas por oficiales demasiado afanosos de demostrar su valía. La enorme suerte de Lehotzky fue que su caso lo investigó Nemetz, el cual, a su modo lento y penoso, produjo suficientes pruebas para demostrar la inocencia del joven. Esto causó gran furor entre sus superiores, pues no les gustaba que un caso quedase sin resolver. El crimen había de ser castigado, y según la nueva interpretación de la ley, el receptor del castigo no debía de ser necesariamente el perpetrador del delito. Era preciso dictar una sentencia para comunicarla a la Prensa; éste era el fin que justificaba los medios.

Lehotzky jamás olvidó que Nemetz le había salvado la vida y era agradecido a su modo. Durante años había sido un ganso cebado, bien criado por la madre del ratero, el regalo que Nemetz había recibido por Navidad. Nemetz terminó con aquella asiduidad cuando descubrió una vez que Mamá hacía tiempo descansaba en el cementerio de Kerepesi, y que la entrega del ganso coincidía de manera extraña con el robo en el Mercado Central de una camioneta de reparto, propiedad de una cooperativa de granjeros. A partir de entonces, el único favor que Nemetz aceptaba de Lehotzsky eran algunas informaciones respecto al hampa. Mientras tanto, Lehotzky continuaba con su ingrata profesión, considerando

el riesgo de la captura como un gaje del oficio.

—Inspector, no lo creerá usted —sonrió el joven—, pero soy uno de los héroes de la revolución. Sí, señor, un gran héroe. Incluso me alojaron el viernes una bala en el brazo… sólo una herida superficial, cuando salvé la vida de un compañero. Lo aparté en el preciso instante, antes de que un tanque ruso lo aplastase. Estoy con un grupo de muchachos delante del «Hotel Astoria». En el tejado del «Casino Orszagos».

—¿Y por qué no está allí ahora? —quiso saber Nemetz.

—Tuve que bajar a buscar comida. Para los amigos —Lehotzky indicó la abultada mochila de su espalda—. He estado en casa de Lili. ¿La recuerda? La chica que produjo mi coartada cuando el hijo de perra del teniente Varga trató de cargarme a mí el mochuelo en el asesinato Baldauf. Hace un año que Lili trabaja en la cocina de un restaurante, el «Schuck». Un buen empleo. Comprobadora. Y en casa tiene toda clase de alimentos enlatados. También de importación. Caviar, hígado de ganso, piñas americanas…

—Valiente comprobadora— gruñó Nemetz.

—¿Quién puede reprochárselo? Tendría usted que probar la comida que en el «Schuck» le dan al personal. ¡Porquería! ¡Porquería pura! De modo que de vez en cuando la chica se regala con raciones extras. ¿Y qué? Al fin y al cabo, el restaurante pertenece al Estado. Y el Estado lo forman los obreros. Ella se limita a quedarse lo que es suyo.

Por un momento, Nemetz experimentó una oleada de disgusto en la boca del estómago. ¡Qué gente, qué gente tan corrompida! ¡Una ciudad de ladrones, embaucadores, prostitutas y alcahuetas! Lehotzky, con su expediente policial, era la vera imagen de la rectitud moral en comparación con el ciudadano medio. Era un ratero. Y uno sabía qué podía aguardar de él, pese a poder confiar en el joven en algunas ocasiones. No era ningún enigma. Era el Camarada Trabajador, con su falta de ficha, el verdadero enigma. El orgulloso y manchado mono de trabajo con la cinta del Premio Stalin colgada del pecho; la heroica ama de casa que criaba a cuatro hijos y al mismo tiempo trabajaba en una fábrica. ¿Quién podía poner la mano al fuego por ellos? ¿Quién podía medir la profundidad de su depravación?

La sonrisa huyó del semblante del ratero, dando paso a una

expresión de inquietud.

—No irá usted a arrestarme, ¿verdad, inspector? —preguntó.

—No, diablo —respondió Nemetz—. Me olvidaré de que te he visto. Pero será mejor que vigiles tus pasos. Ernoe —señaló el barril de la recolecta—. Por ejemplo, no permitas que esto te tiente. Sólo por estar sin vigilancia.

Lehotzky le dirigió una mirada de indignación.

—¿No sabe que no cogería un solo florín de esos barriles? —protestó—. ¿No sabe que no podría? Usted me cree, ¿verdad?

—Sí —asintió Nemetz.

Y era cierto.

La sonrisa regresó al rostro de Lehotzky.

—Bien, inspector, será mejor que me vaya.

—Oye, Ernoe —el inspector acababa de ocurrírsele una idea—. Puedes hacerme un favor.

—¡Dispare!

—Hay una mujer, la esposa de un tal doctor Zoltan Halmy… —lo dijo a propósito, como si aún viviese—. Creo que tenía relaciones con el mercado negro. Su padre estaba de encargado en la fábrica Veritas Leather. Se llama Janos Toth. Miembro del Partido. Una gran rueda del Distrito Quinto. Trata de averiguar algo sobre ella.

Era sólo un presentimiento, pero tenía que seguirlo. Existía la posibilidad de que Anna Halmy hubiese muerto a causa de sus conexiones con el mercado negro o de un parroquiano poco satisfecho. Cuanto más pensaba en ello, más le gustaba la idea. Y dejaba al doctor y a su señorita Mehely libres de toda culpa. Dos personas magníficas que merecían un futuro brillante, sin nubes.

El pavimento aún estaba levantado en torno a Jefatura, pero habían formado como un puente de tablas ante la entrada principal, que estaba completamente abierta. No había ningún policía de servicio a la entrada. Habían movido ligeramente el autobús incendiado, a fin de despejar el acceso al edificio.

Dentro, el aire estaba lleno de nuevo con el tecleo de las máquinas de escribir, voces femeninas y masculinas, sonido de pasos apresurados por los corredores, y puertas que se abrían o cerraban de golpe. Había en marcha una asamblea para elegir y

organizar un Consejo Revolucionario que tomaría el mando de la fuerza. Esta clase de consejos se estaban formando en todo el país, en fábricas, teatros, sindicatos, y también entre los profesionales. Adoptaban nombres diferentes, pero todos habían nacido de una nueva, y aún fermentadora, democracia, con el propósito de restaurar el orden y controlar la distribución de alimentos. Lentamente, se veía claro que el movimiento hacia la derecha no era tan pronunciado como se temió al estallar la revolución. Aunque un hombre fuese comunista, no tenía motivos para temer el futuro, a menos que fuese culpable de crueldad y falta de humanidad.

La tendencia a la normalidad ayudó a curar a la mayoría de hombres y mujeres empleados que, durante los primeros y confusos días a partir del veintitrés de octubre, se habían quedado en casa para cuidar los súbitos ataques de constipado, jaqueca, asma o indigestión. Ahora habían vuelto a sus despachos, un poco cohibidos, pero muy atareados… en realidad, demasiado atareados para discutir la naturaleza de sus respectivas dolencias.

Apenas había colgado Nemetz el abrigo en el perchero cuando Irene asomó la cabeza.

—El doctor Halmy desea verle —anunció con una voz en la que sólo el experimentado oído del inspector logró detectar cierta excitación.

—Bien, ruéguele al doctor que pase —repuso Nemetz tras una breve pausa.

Con un traje arrugado, de color gris, una camisa de blancura bastante dudosa, el cabello alborotado y grandes ojeras bajo los párpados, el doctor Halmy no era ya el arcángel de la primera ocasión. De modo extraño, el cansancio no le envejecía, sino que, por el contrario, quitaba años a su edad. En el hospital poseía un aire de autoridad dictatorial. En cambio, ahora parecía un joven perdido y vulnerable.

—¿En qué puedo servirle, doctor? —preguntó Nemetz, alargando la mano.

El doctor Halmy la estrechó con flojedad.

—He venido a verle, inspector, para que no tuviese usted que ir al hospital. Los policías tienen gran facilidad para escoger los peores momentos para sus visitas. Dejé al Doctor Soos a cargo de mi

labor y logré que el conductor de una ambulancia me trajera aquí. Tiene que recoger un cargamento de drogas en el aeropuerto Ferihegy, y vendrá a buscarme exactamente dentro de una hora. Durante una hora, pues, estoy a su disposición. Puede formularme todas las preguntas tontas que desee, y las contestaré lo mejor que sepa.

—De acuerdo —asintió Nemetz—. ¿Mató usted a su esposa?

Si esperaba sorpresa por parte del médico o un estallido, se vio frustrado. El joven se limitó a sacudir la cabeza y echarse a reír.

—¿Lo ve? Una pregunta tonta. No esperaría usted que mi respuesta fuese afirmativa.

—Sinceramente, no —reconoció Nemetz—. A: aún no estoy convencido de que usted la matase. B. Aunque lo hubiese hecho, no lo admitiría. Al menos, aún no.

El médico extrajo un paquete de «Camel» de su bolsillo, le ofreció uno a Nemetz, y cuando éste lo rechazó explicando que era un tabaco demasiado fuerte para él, pidió permiso para encender uno. Nemetz tomó nota mental de la gracia con que el doctor ejecutó esta cortesía ritual.

El doctor no sabía leer en los cerebros. Al menos, no aquel día.

—Temo que usted no tenga una gran opinión de mí —fue lo primero que dijo—. Fui un mal esposo y aún soy un peor viudo. Sin lágrimas, sin luto, sin cintas negras… Permítame decirle algo que aún le asombrará más. Esos cigarrillos —enseñó el paquete— los hallé en la cómoda de mi esposa. Dos cartones. Los cogí y ahora me los estoy fumando. Gozando de ellos sin reservas ni remordimientos.

Miró a Nemetz con ojos burlones, alegres. Luego, consultó su reloj de pulsera.

—Inspector —añadió, sacudiendo la cabeza—, llevo aquí cinco minutos. Sólo me quedan cincuenta y cinco. Si salgo de este despacho sin las esposas, no logrará que vuelva nunca más.

—Doctor, no he perdido el tiempo —repuso Nemetz. Estaba tremendamente alerta, gozando con la entrevista. Con la barbilla apoyada en la palma de la mano, trazaba dibujos recargados sobre un papel. Esto le ayudaba siempre a concentrarse, aparte de obligar a su interlocutor a pensar que tomaba notas, cosa que nunca hacía —. Bien —prosiguió—, éste es un caso muy especial. Sin cadáver,

sin testigos, sin arma asesina, sin pruebas. Usted debe contarme todo lo relacionado con la gente que estuvo en contacto con su esposa. La solución del enigma procederá de tales personas. No por lo que hagan o digan, sino por lo que sean. Por encima de todo: ¿alguno de ellos es un criminal? No el asesino, comprenda, sino el asesino en potencia. Un hombre que pueda apretar el gatillo de una pistola, aunque no sea para defender su vida o la de un semejante. Para cometer esta clase de actos, hay que pertenecer a cierto tipo de humanidad. Un asesino. Naturalmente, existen millones de asesinos potenciales que pasan por la tierra sin matar nunca a nadie. Sin embargo…

—Todo esto es muy interesante —le interrumpió el doctor—, pero todavía no ha ido al grano, inspector.

—Está bien —asintió Nemetz—. ¿Con quiénes se hallaba asociada su esposa? Familiares, empleados, amigos, contactos en los negocios…

El doctor se encogió de hombros.

—¿Familiares? Padre, madre, hermana, cuñado, tres sobrinos. Todos unos monstruos, incluso los niños. Pero usted ya conoce el refrán: ¡Un cuervo no le saca los ojos a otro cuervo! ¿Empleados? La criada, Tiny. Usted la conoce, de modo que debió obtener una imagen de ella. Personalmente, no creo que pertenezca al tipo homicida. Tal vez podría envenenar a una persona con sus guisos, pero ello sería falto de toda intención. ¿Amigos? Temo no poder ayudarle mucho. Mi esposa y yo carecíamos de amigos en común. Ninguna clase de vida social. Al casarnos, la presenté a algunas personas con las que me había criado. Por desgracia, no sirvió de nada. Era culpa suya principalmente. Estaba convencida de que la consideraban una advenediza, lo cual seguramente fuese verdad, y esto la indispuso contra ellas. No recuerdo si estos amigos nos abandonaron, o nosotros a ellos. Pero dejamos de vernos y esto fue todo.

—¿Y su hermana? ¿Cuáles eran sus relaciones con su mujer? Porque usted tiene una hermana, ¿verdad?

—Bien, ya estamos llegando a algún sitio —rió el médico—. Sí, se trata de una dama que odia realmente a Anna. Rompió conmigo y con ella cuando nos casamos. Aunque más tarde reanudamos las relaciones. Quiero decir, mi hermana y yo. Pero jamás le gustó

Anna. Continuó presionándome para que la dejase. Naturalmente, jamás mencionó el asesinato sino sólo el divorcio. Posee esa clase de temperamento. Sería un sospechoso excelente para usted, salvo que hace ocho años que emigró a Canadá, y desde entonces ha vivido siempre allí.

Nemetz aguardó a que el doctor encendiera otro cigarrillo. Vigilaba sus manos. No temblaban.

—¿Por qué no les gustaba su esposa a sus amigos ni a su hermana? ¿Por su procedencia o por su carácter?

—Por ambas cosas. Al menos, tal era el caso con mi hermana. Cuando conocí a mi mujer, trabajaba para mi madre. Como doméstica. Una criada. No era su primer empleo. Y no era lo que una ama de casa llamaría una «joya». Aunque estaba muy bonita con su uniforme negro y el delantal blanco de organdí, su belleza era lo único que ponía a contribución del bienestar del hogar. Odiaba su trabajo, pero, como jamás pasó del séptimo grado, no estaba calificada para nada más. Francamente, no creo que por aquella época tuviese muchas aspiraciones, excepto encontrar a un hombre que la mantuviese para poder abandonar el servicio doméstico. Su familia pertenecía a la clase trabajadora de orden más inferior; su padre era portero de la fábrica Veritas Leather. Esto fue en 1943. A partir de entonces, fue ascendido a posiciones de mayor importancia: capataz, jefe de personal y, hace unos dos años, encargado de toda la fábrica. No necesito decirle que es miembro del Partido. Y muy activo, especialmente desde 1948. Volviendo a 1943, cuando le conocí, parecía un hombre inofensivo. Solía venir a casa a ver a su hija. De esta forma le recuerdo: sentado en un taburete de la cocina, con la gorra entre las manos y poniéndose de pie cuando alguno de nosotros entraba allí. Lucía un bigote a lo Hitler, que se afeitó prudentemente poco antes de que los rusos conquistasen Budapest. No me gustaba realmente, mas pensaba que era sólo por su fealdad. Cuando averigüé que en él había algo más que un bigote a lo Hitler y una sonrisa estúpida, era demasiado tarde. Por entonces, se sentaba ya en el salón, y no exactamente en un taburete.

Consultó el reloj, se puso de pie y empezó a medir el suelo del despacho con zancadas nerviosas. Nemetz se retrepó en su asiento, aguardando tranquilamente lo que iba a decir Halmy a

continuación. Algo de la librería atrajo la atención del cirujano. Se detuvo y cogió un volumen.

—«Diario del Instituto Americano de la Ley Criminal y la Criminología» —leyó—. No sabía que obligaban a leer tales cosas en este edificio.

—No es obligatorio —repuso Nemetz.

—*Traité de Psychologie*… por Pavlov; *Conditioned Reflexes*, de Wynd; *Grundriss der Psychologie*, de Freud; *Uber Psychoanalyse* —le dirigió una penetrante mirada al inspector—.¿Libros suyos?

Nemetz asintió.

—¿Habla usted alemán, francés e inglés? —insistió el doctor.

—El alemán muy bien. ¿El francés? Regular. Pero el inglés… No consigo hablarlo. Bueno, al menos lo que hago no es hablarlo, no en justicia —Nemetz se puso de pie lentamente y fue hacia la librería —. Pero lo entiendo. No tanto el inglés hablado como el escrito. Hace tiempo, tomé lecciones en la Bertilz. Fui más de un año. Por desgracia, jamás he tenido oportunidad de practicarlo. En cambio, lo leo mucho, principalmente en criminología y… —añadió con una risita— en novelas detectivescas. Viejas y nuevas. Desde Conan Doyle a Mickey Spillane, Agatha Christie, Chandler, Simenon… Leo todo aquello que cae en mis manos.

El doctor dejó de pasearse, pero no se sentó. Estaba de espaldas a la pared, con el cigarrillo entre los dedos, dejando caer la ceniza al suelo.

—Mi madre —expresó más para sí que para Nemetz— era una anglófila terrible. Una de sus tías se casó con un inglés, un terrateniente de Sussex, y de niña, mi madre pasó dos años en Inglaterra. A partir de entonces, creo que jamás volvió a sentirse satisfecha de vivir en Hungría. Claro que no lo decía. Esto habría herido nuestros sentimientos, los de mi padre, mi hermana y yo. Y nunca hizo nada que no estuviese lleno de tacto y amabilidad. Era una Hankiss. Estoy seguro de que conoce este apellido. Hubo varios ministros en la familia, profesores, escritores…, el poeta Lorant Hankiss. La familia perfecta para una *Schöngeist*.

—Gente excelente —alabó Nemetz—. Muy desdichado que sólo formasen una familia. Harían falta muchas más personas de su

clase.

—Tal vez. Este país necesita caudillos, no soñadores. Siempre pensé que los Hankiss estaban atrasados cincuenta años al menos con respecto a su época. Un grupo anacrónico. Destinado a la extinción. ¿Sabe que ninguno de ellos sobrevivió a la guerra, a los nazis ni a los rusos? Sólo quedan algunas viudas.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Nemetz muy convencido.

—Oh, mamá era tan imposible como los demás. Probablemente, más aún, considerando su adoración por todo lo inglés. Y en una época en que había que admirar a los alemanes. ¡El té todas las benditas tardes! ¡Incluso durante el asedio! Abajo, en el sótano, que mide cuarenta y tres metros cuadrados, para treinta personas comiendo, durmiendo, jugando a cartas, haciendo el amor y vaciando sus intestinos.

—En el refugio tuvimos dos casos de tuberculosis durante el asedio —explicó Nemetz—. Uno de ellos, una jovencita, murió dos semanas antes del final. Tuvimos que enterrarla en el sótano. No fue muy agradable, y a los pocos días el hedor era inaguantable. De modo que cogí mis cosas y, cuando el guardián de los ataques aéreos estaba dormido, subí a mi apartamento del cuarto piso y me quedé allí. Prefería una muerte rápida a morir asfixiado.

Todos conocían esas historias de fosas malolientes en el suelo donde se habían refugiado, tratando de burlar a la muerte, mientras encima de sus cabezas, los rusos peleaban con los alemanes por la conquista de la ciudad, durante diciembre de 1944 y enero siguiente. Había constantes altercados entre los asustados y aburridos inquilinos, ocasionales puñetazos y tirones del pelo, pero también amor juvenil y espontáneo, y heroísmo salvaje y desesperado: una vida sacrificada por una botella de leche para un niño, o para un perro que ladraba junto a las ruinas de la casa contigua.

—Yo serví en el Cuerpo Médico en la guerra —continuó el cirujano—, destinado a un tren hospital que corría entre el frente ruso y Budapest. Estábamos descargando un transporte de heridos en la estación del Sur, cuando el Ejército ruso llegó a la ciudad. Era a finales de diciembre, poco antes de Navidad. Por entonces, yo estaba totalmente harto de la guerra, y en lugar de retirarme con los alemanes, deserté. Todavía llevaba el uniforme, por lo que me fui a

casa a ponerme ropas de paisano. Fue un verdadero trayecto desde la estación de Buda a casa de mi madre en Pest. El peligro principal no eran los rusos, sino la S.S. alemana o la M.P. húngara que buscaba a los desertores. Eran las cinco de la tarde cuando llegué a casa, y hallé a mamá en el refugio, sentada en medio de la mayor suciedad, en su sillón Reina Ana, con una auténtica mesita de juego estilo Regencia ante ella, sirviendo té de una tetera Wedgewood, dentro de una taza Crown Derby. Había un mantel de encajes sobre la mesita y bocadillos de tocino hechos con un pan que olía a maíz rancio, en una bandeja de plata. Y Anna estaba de pie, sosteniendo otro pote con agua caliente.

»Era una escena de pesadilla. Mamá ejecutando la ceremonia ritual del té, mientras a unos metros de distancia un niño vomitaba dentro de un cubo, y una mujer freía cebollas en un infernillo de alcohol, en tanto Anna la contemplaba con su uniforme negro y blanco, con el aspecto del ángel de la guarda administrando calmantes para las necesidades de los condenados. Al menos, así se me apareció en aquel momento. Yo había iniciado unos amores con ella durante un permiso, y cuando decidí desertar, lo hice principalmente porque deseaba volver a besarla —calló bruscamente y dio media vuelta para encararse con Nemetz—. ¿Por qué diablos le cuento todo esto? —añadió con una sonrisa corta y desprovista de alegría—. ¿Y usted por qué lo escucha?

Por un momento, el inspector tuvo la desagradable sensación de haber asistido ya a esta escena. Después, se acordó. Sucedió durante los años treinta, mientras investigaba la muerte de una joven, secretaria de un agente de Bolsa, a la que mataron de un tiro en la cabeza en el bosque de Zugliget. Al principio, el caso parecía un suicidio; un pequeño revólver, propiedad de la víctima, hallado junto al cuerpo; señales en la sien de la chica; y una nota garabateada apresuradamente que podía interpretarse como una despedida, hallada en su escritorio. Luego, lentamente, fueron apareciendo incongruencias, y al cabo de seis laboriosas semanas, Nemetz consiguió reunir todas las pruebas necesarias para obligar al culpable a confesar el crimen. Era un individuo del mismo tipo sardónico que el doctor Halmy. Incluso físicamente, se parecían ambos hombres, en el color del pelo y en la esbeltez del cuerpo. Los hombres como el agente de Bolsa o el doctor Halmy, eran un reto,

haciendo que todas las fases de su labor resultasen una gloria. Eran como un libro fascinante, imposible de soltar; de los que se leen de un tirón. Llegar al meollo mismo de la intimidad de tales hombres valía la pena todo el trabajo realizado, todos los quebrantos sufridos, la lectura de documentos, papeles y cartas, declaraciones bancarias, y hasta los restos de las papeleras y los cubos de basura. Con muy rara frecuencia, se presentaba un caso en que un sospechoso excepcional resultase inocente; sin embargo, en tales ocasiones, Nemetz no experimentaba ninguna desilusión. Ya que sólo era el crimen, y no la persona, lo que quedaba sin solucionar, y el primordial interés de Nemetz siempre había sido el misterio humano y no el misterio de la acción. Esta en sí siempre era cruda y tosca…, un cadáver apenas se diferenciaba de otro; todos eran sordos, mudos y perecederos. Era el asesino el que le prestaba a cada caso su matiz especial, sus sonidos particulares, ya que el asesino era el vencedor del duelo entre la vida y la muerte, y el vencedor siempre es más fascinante que el vencido.

—Creo que he sido muy claro, doctor —le espetó Nemetz a Halmy—. Deseo una pintura general del ambiente en que se movía su esposa y su género de vida. De modo, que deseo escuchar todo lo que pueda decirme.

Halmy volvió a reír.

—Es usted un pajarraco muy extraño, inspector. Muy extraño. No concuerda con mi idea de un policía húngaro.

—Tal vez se halle usted equivocado respecto a los policías húngaros. He observado que incluso el descubrimiento de que no todos somos analfabetos fue una gran sorpresa para usted. Bien, vamos —añadió el inspector, cambiando de tema—. Usted me estaba contando que desertó a causa de Anna Toth. Supongo que estaba enamorada de ella.

Halmy sacudió la cabeza.

—No, no enamorado. Estar enamorado… Bueno, opino que este concepto no es más que un engaño, una ilusión. Sólo existe en la ficción. De todos modos, es una noción falta de madurez. Usted quiere acostarse con una chica. O ha dormido con ella y le ha gustado. Algunas personas llaman amor a esto. Bien, yo no…, ni era esto lo que sentía por Anna. No traté de engañarme. No habría servido de nada. Porque… ya había estado enamorado

anteriormente.

—¡Usted ha afirmado que no creía en el amor!

—Hoy no. Pero sí en aquella época. Estuve prometido a una joven que tenía el romántico nombre de Clementina Monghetti. Su familia era de origen italiano, patricia y católica furibunda. Yo también lo soy, por lo que no había oposición por parte de sus padres ni de mi madre. La única condición era que teníamos que aguardar a casarnos a que terminase la guerra. Bien, mi Clementina era la criatura más voluptuosa que podría soñar un hombre, y cada vez que yo estaba en Budapest y la veía, regresaba al frente medio loco. Ella se negaba a dormir conmigo, pero me exigía una fidelidad absoluta. Por tanto, estuve más de un año sin ir con ninguna mujer, lo que convirtió mi vida en un verdadero infierno, considerando que yo era un muchacho sano, de veinticinco años. Estoy convencido de que ella me quería mucho, y que fue sólo su extraña noción de querer continuar intocada hasta la boda lo que la obligó a negarse a ceder a mis instancias. Naturalmente, nos besábamos apasionadamente, lo cual empeoraba el asunto. Además, yo tenía miedo de no acabar la guerra con vida, considerándome como un maldito mártir, sacrificado por lo que ya entonces parecía una causa perdida, por lo que, lo menos que podía esperar de mi novia era que se olvidase de los reglamentos y se acostase conmigo.

»Bien, para abreviar la historia, acabé la guerra sin sufrir el menor daño, pero durante un ataque aéreo aliado, la villa de los padres de Clementina fue alcanzada por una bomba y quedó literalmente pulverizada. No quedó nada, nada, ni una onza de materia corporal, de toda la familia, ni siquiera un mechón de cabellos de Clementina, ni una pierna, ni un trozo de hueso. Toda aquella belleza y dechado de perfecciones que fuera en vida Clementina se había evaporado, convertido en humo. Fueron los ingleses tan amados de mi madre los culpables. El hijo de su prima favorita, tal vez fuese quien movió la palanca que soltó la bomba. Nosotros, el primo Freddy y yo, reanudamos nuestra correspondencia al finalizar la contienda, y así me enteré de que él había servido en la R.A.F., habiendo efectuado varias misiones sobre Budapest. Naturalmente, se trata de una idea loca, pero comencé a pensar que era Freddy quien había matado a Clementina. Mamá no se atrevió a escribirme, contándome la

muerte de mi novia, por lo que no me enteré hasta una semana o diez días más tarde, cuando llegué a Budapest con un transporte de heridos. Naturalmente, fue una noticia amarga, pero lo más extraño fue que no me sentí furioso contra los ingleses, los alemanes o los rusos…, no; me sentí lleno de indignación contra la pobre Clementina que me había negado tan obstinadamente su cuerpo, sólo para convertirlo en humo, pese a sí misma. En aquella época no me encontraba muy bien, y ahora comprendo que la muerte de Clementina fue la última gota del vaso, y que me hizo enloquecer por completo. No sé cómo pasé aquel día; recuerdo vagamente haber andado a lo largo del Danubio hasta el extremo del nuevo Pest, y haber regresado, lo que significan al menos veinte kilómetros, si no más. Cené con mi madre, que se acostó temprano, pues había habido una alarma aérea la noche anterior y estaba cansada. Después de cenar escuché un concierto de Beethoven por la radio; Gieseking interpretó el Concierto del Emperador, que por extraña coincidencia, era una de las piezas favoritas de Clementina; yo le regalé el disco una Navidad, por la Orquesta Filarmónica de Viena, con Gieseking como solista. Al terminar el concierto, subí, entré en el cuarto de Anna y me acosté con ella.

El médico calló. Había una expresión de atónita incredulidad en su rostro, como si acabase de recibir una noticia asombrosa. Durante medio minuto estuvo contemplando el vacío, sacudiendo la cabeza, intrigado y con semblante de franca desaprobación.

—Antes, apenas había reparado en Anna —prosiguió con voz casi inaudible—. Para mí era sólo un objeto más de la casa, no mucho más importante que la aspiradora. De pronto, estuve en su cama. De una manera terriblemente natural —calló un instante, y continuó, hablando con voz levemente más alta—. Se me entregó sin remilgos, sin asombrarse por nada y en completo silencio, como un animal joven.

Halmy se acercó a la ventana y contempló el cielo. Nemetz consultó su reloj. Eran las doce y media. Habían transcurrido cincuenta y cinco minutos desde la entrada del cirujano en su despacho, de modo que si tenía que formular preguntas, había llegado el momento más indicado. Reflexionó el asunto y decidió

permitir que el doctor siguiera hablando. Halmy estaba en la ventana, vuelto de espaldas. Cuando dio media vuelta, todavía había la misma expresión de extrañeza en su rostro.

—¿Se lo cree? Era virgen. Durante largo tiempo había ansiado conquistarme, y esperaba que eventualmente yo me fijaría en ella. También había mal interpretado algunas bromas ocasionales mías, y algún regalo de Navidad, como una cinta de seda o un frasco de perfume que compré para Clementina, pero que no le di por habernos peleado. Bien, estábamos todavía en la época Horthy, aunque ya al final, y yo seguía siendo el amo joven y ella sólo la criada. También posiblemente por este motivo me concedió la preferencia sobre sus cortejadores más plebeyos.

»Mamá, en su bendita inocencia, no habría observado nunca nada a no ser por mi hermana, Daisy, que, con el instinto de una bruja, se fijó en el cambio de relaciones entre Anna y yo. Armó tal alboroto como si, para un joven sano, mantener unas relaciones de carácter sexual con la doncella de la familia fuese lo más deleznable en las aberraciones sexuales. Mamá, al principio, se mostró mucho más sensata; creo que se alegró al comprender que la muerte de Clementina no me había destrozado por completo, considerando a Anna como un paliativo inofensivo. Sólo mucho más adelante me confesó que estaba preocupada. Fue el día en que le manifesté que había decidido casarme con Anna. En realidad, todo era culpa de Clementina. Había convertido su virginidad en algo tan sagrado, que yo la consideraba como un tesoro inconmensurable, como un fruto prohibido de poder místico, cuando en realidad no era más que una manzana excesivamente madura, que se suaviza en su corazón y está a punto de caer de la rama a los pies del primero que pase bajo el árbol.

Halmy calló para recobrar el aliento y siguió hablando:

—Tal vez no fue sólo culpa de Clementina, sino de la nueva paz, casi tan intolerable como la guerra, acarreando consigo la desintegración total del orden social y la civilización en que me había criado. Ya sabe a qué me refiero…, usted también vivió en aquella época. La hora del té de mamá por las tardes había acabado por ser tan grotesca como las fiestas de la Reina Blanca, porque no había bollos, ni bocadillos, ni azúcar, ni leche, ni siquiera té; sólo agua caliente vertida encima de paquetitos de camomila, o en rama,

aunque todavía servido con la tetera Wedhewood, dentro de la taza Crown Derby, siempre con Anna, embutida en su uniforme negro y blanco, y un delantal fruncido. Al otro lado de la calle, los marines rusos se alojaban en un antiguo club reservado, y por las noches les veíamos maravillarse ante las grandes arañas de cristal, jugando con los interruptores, apagando y encendiendo la luz, apagándola y encendiéndola, hasta que por fin se fundió. Y naturalmente, lo que más me pesaba era mi soledad. Mi anuncio del casamiento con Anna ejerció un efecto sobrecogedor en mamá. Ella, que siempre se había mostrado tolerante con las debilidades ajenas, consideró a mi presunta novia con la cólera de una Erinia. Jamás la había visto en tal estado, ni antes ni después. Me dijo que yo era un loco, que el matrimonio con Anna sería el fin de mí como ser civilizado, que Anna era vulgar, perezosa, estúpida y mentirosa, y que me haría descender a su propio nivel. Sin embargo, cuanto más gritaba, menos la creía. Si Anna era una criatura tan despreciable, ¿por qué no la había despedido? Bien, mamá concedió que en esto yo tenía razón, pero durante la guerra era muy difícil encontrar servicio doméstico, y había que conservar lo que se tenía.

»De modo que una mañana del mes de febrero decidí que lo único que mamá tenía en contra de Anna era su condición pobre, cosa que a mí no me importaba, y después de arroparla con mi abrigo negro, la única pieza que los dos monosilábicos rusos que habían registrado nuestra casa habían pasado por alto después de la liberación, me llevé a Anna a la oficina del Juez, y me casé con ella, oficiando como testigos el alguacil y el novio de la boda siguiente.

El doctor calló unos instantes. En su rostro flotaba una sonrisa, la primera alegre, desprovista de cinismo o burla.

—Hubiese debido asistir a aquella boda —prosiguió riendo—. Con el abrigo que a Anna le llegaba a los tobillos, con las mangas hacia arriba para que pudiera firmar los documentos, estaba conmovedora. Muy indefensa, muy bajita, muy delgada, muy vulnerable. Al menos, esto me pareció aquel día. Durante la media hora que pasamos en aquel despacho, creo que estuve enamorado de ella. Realmente enamorado. Nunca jamás después ni antes de aquella media hora. Clementina era también la responsable de esto. Había hablado demasiado del casamiento que celebraríamos, con una iglesia resplandeciente de luz y lirios blancos, yo de chaqué y

ella de satén blanco; y ahora, allí había una joven que se casaba con sobretodo negro, de hombre, en el despacho de un magistrado, con las ventanas ennegrecidas aún y una sola bombilla pendiente del techo. Y no es que las demás personas vistiesen mucho mejor que ella. El otro novio, nuestro testigo, llevaba una chaqueta deportiva de color verde, con unos pantalones de infantería y botas de paracaidista; su novia, un vestido azul con una capa de pieles. Y yo, me estaba helando a pesar de las tres capas de ropa interior que llevaba.

Halmy se sentó en el sofá, sacó el paquete de «Camel» del bolsillo, eligió uno y lo encendió.

—Después de la ceremonia, dejé a Anna en el piso de un colega —continuó—, y volví a casa. Mamá estaba en su habitación. Fui a verla y sin pronunciar palabra, dejé el certificado de matrimonio encima de su mesa. Lo contempló largo tiempo, a mí me hizo el efecto de varias horas, lo dobló y me lo devolvió. Con voz baja, sin mostrar el menor resentimiento, me comunicó que, puesto que me había casado con Anna, ella y yo ocuparíamos su propio dormitorio con el lecho conyugal, en tanto que ella pasaría a mi habitación. Naturalmente, me sentí sumamente culpable, y protesté, pero ella se limitó a sonreír y llamó a Rose, nuestra cocinera, para que la ayudara a realizar el cambio. Cuando más tarde llevé a Anna a casa, la besó y la obsequió con un broche antiguo como regalo de bodas. A partir de aquel día, no volvió a proferir ni una sola palabra en contra de Anna ni de su familia. Jamás se mostró crítica ni autoritaria; sólo paciente, a veces amable, otras humilde. Esto puede darle una idea de lo sensible que solía ser mamá.

Miró su reloj de pulsera y se puso de pie como picado por una avispa.

—¡Jesucristo! —exclamó—. ¡Las doce y media! Mi chófer me estará esperando. Probablemente, maldiciéndome y con razón. Lamento haber hablado tanto —volvía a mostrar su cínica sonrisa —. Que me aspen si sé por qué lo he hecho.

—Alguna vez nos vemos obligados a descargar nuestras penas en otra persona —observó Nemetz.

—Pero este lugar no era el más apropiado, ni tampoco el momento más adecuado, para contar la historia de mi vida —replicó Halmy, yendo hacia la puerta. Se detuvo en seco—. No le he

dado la oportunidad de formularme preguntas.

—Seguramente, no habría podido decirme nada .aparte de su expediente bélico.

—Ya le conté que estuve en el Cuerpo Médico.

—¿Nunca en combate?

El cirujano sonrió.

—¿Maté a alguien en la guerra? ¿Esto es lo que quiere saber? Bien, la respuesta es, ¡no! Ni con una bayoneta, ni con una granada, o un fusil. Ni siquiera disparé contra ningún soldado enemigo. Yo ya había iniciado mi internado en la Clínica de Cirugía, con el profesor Heim, cuando me reclutaron en enero de 1942. Primero me destinaron al Hospital de Veteranos, y a partir de 1944, al tren hospital del que le hablé. No, inspector, puedo haber matado a algunos desdichados en la mesa de operaciones, pero nunca en la guerra. ¿He contestado a su pregunta?

—Sí, gracias —asintió Nemetz—. Sólo una cosa más. ¿Sabía que su esposa llevaba un Diario?

—¿De veras? —Halmy parecía sorprendido.

El inspector avanzó hacia un archivador y sacó el montón de cuadernos con las cubiertas a cuadros.

—¿Los había visto?

—Oh, ¿estos cuadernos? —exclamó Halmy—. No, pero conocía su existencia. En realidad, no forman un Diario. Son la compilación de mis pecados. Una sentencia de culpabilidad. Prueba A en la demanda de divorcio que iba a pedir contra mí. Servirían para demostrar ante el tribunal que yo le causaba angustia mental y grandes humillaciones. Yo…

—¿Quiere decir que ella ya pensaba en divorciarse en 1952? —indagó Nemetz.

—Tal vez. Aunque ignoro hasta qué punto. Recuerde que Anna era una embustera y una intrigante. Constantemente tendía trampas, constantemente planeaba algo, alguna conspiración. Estoy seguro de que había momentos en que no podía discernir la verdad de lo imaginado —el cirujano cogió los cuadernos y los hojeó—. Dios mío, qué molestias se tomaba… —estudió las fechas de las anotaciones—. ¡Y durante tanto tiempo! Jamás la habría creído tan perseverante.

—¿Quién puede ser X? —preguntó Nemetz—. Hay unas cuantas.

Aunque no en las últimas anotaciones.

Halmy estudió nuevamente los cuadernos.

—De acuerdo —murmuró, y la piel de sus pómulos enrojeció—. Podría significar las fechas en que me acosté con ella por aquella época.

—¿Quiere decir que estaba dispuesto a acostarse con ella, pero no a dirigirle la palabra?

La tez del doctor iba siendo cada vez más colorada.

—Exactamente —dio media vuelta como para ocultar su confusión—. Bien, si quiere saberlo todo, inspector, su cuerpo era mucho más perfecto que su gramática —miró el reloj—. ¿Otras preguntas?

—No, gracias. No, por el momento.

Se estrecharon las manos. El doctor habló desde el umbral.

—No le digo que puede visitarme cuando guste —sonrió—, ¡porque tendrá que obtener un mandato antes de poder hablar conmigo!

Poco después de salir el doctor Halmy, penetró en el despacho una pequeña comisión de colegas y superiores, ofreciéndole la Presidencia del Consejo Revolucionario del Cuerpo de Policía. Este inesperado honor, llegando a hora tan tardía de de su carrera, le dejó tranquilamente divertido. Era interesante contemplar los rostros ávidos, y saber que le habían elegido, no porque confiasen demasiado en su talento y capacidad, sino porque le consideraban lento, pesado y débil y, además, y esto importaba por encima de todo, una nulidad en política. Jamás había demostrado preferencia alguna por la derecha o la izquierda, de modo que fuese cual fuese el giro que tomase la revolución, ningún bando tendría que agradecerle nada. En el grupo que había delante de su mesa había liberales, comunistas, conservadores y gallitos emplumados, pero aparte de los credos, todos estaban de acuerdo en una cosa: en que era preferible jugar sobre seguro, al menos por el momento.

Simón Lauber, el jefe del Departamento de Detectives, efectuó lo que resultó un discurso. Se refirió complacidamente al expediente de servicios distinguidos de Nemetz, a su intachable reputación, a su devoción a todas las causas justas, y a su popularidad entre los

obreros. Nemetz dejó que la aterciopelada voz concluyera su discurso, les agradeció a todos el honor y lo rechazó con unas frases breves y directas. Dio como excusa su edad, su falta de salud, y su carencia de experiencia en los asuntos administrativos.

La delegación abandonó el despacho de Nemetz. Unos minutos más tarde, el inspector oyó cierta conmoción en la antesala y al ir a mirar halló a Lehotzky discutiendo agriamente con Irene. Al parecer, Lehotzky había pedido ver inmediatamente al inspector. Sin embargo, Irene se negó a anunciarle, añadiendo que se sentase y aguardase. Lehotzky ignoraba que detener a la gente en la antesala, especialmente cuando tenían prisa, era uno de los pequeños placeres que Irene extraía de su monótono trabajo.

—¡Vaya perra! De no haberse asomado usted, me habría tenido enfriándome los pies una hora entera —resopló el ratero al penetrar en el despacho de Nemetz—. ¿Por qué la aguanta? ¡Es una bruja!

—Formamos una buena combinación. Ella procura que la gente no se aproveche de mi buen corazón. La aguanto por la misma razón que otros tienen ¿a perro policía.

—¡Como si usted lo necesitase! —rió el joven ladrón—. Usted es capaz de hacer subir a una persona a un árbol mucho más aprisa que cualquier perro.

Nemetz sacó una botella de *schnapps* y un vasito, con marcas de labios, del cajón de su mesa. Tras limpiarlo con una servilleta de papel, lo llenó hasta el borde.

—Bueno, toma esto para olvidarte de la señorita Lestak —le entregó el vaso a Lehotzky. Cuando éste hubo tomado un sorbo, volvió a llenarlo—. Bien, ¿qué sucede? —preguntó después de vaciar el joven el vaso.

—Se sentirá orgulloso de mí, inspector. Tendría que ofrecerme un puesto en el Cuerpo. Especialmente, ahora que tantos están de vacaciones.

—Primero sepamos las novedades.

—Está bien —suspiró el joven—. La mujer por quien usted se interesó ha muerto y la enterraron, desde el sábado.

—Esto no es noticia —replicó Nemetz.

—Me lo imaginaba —sonrió Lehotzky—. Quiero decir que ya me imaginaba que usted estaba enterado de su muerte. Lo que me enfurece es porque los policías nunca hablan claro. ¡Ni siquiera

cuando solicitan ayuda!

En su voz había una nota de malhumor sincero.

Nemetz pensó que la situación requería una palabra conciliadora.

—Tienes razón y te pido disculpas —dijo. Luego, añadió—: Conociendo tu caballerosidad, temí influir en ti contándote que la mujer había muerto. Podías, en tal caso, pensar que *De mortuis nil nisi bonum*.

Lehotzky meneó la cabeza, riendo.

—Me gusta este *mortu-mortis*, signifique lo que sea. Habla usted de manera muy refinada. Como un obispo. No como algunos gorilas de este edificio.

—Bien, Ernoe, ¿qué has averiguado de esa dama?

—Primero, que no era una dama. Esto es seguro —rió—. Una mujer de negocios, pero no una dama. Una amiga mía, Imre Kelen, la conocía muy bien. Imre está especializada en café, nylon, té, cigarrillos, perfumes… material importado. Parte del mismo contrabando, parte comprado a las personas que reciben paquetes del extranjero. Esa Halmy solía conseguir artículos de nylon y otras cosas de Imre, pero sólo para su uso personal. Su propia línea era la piel. Su padre es el encargado de la fábrica «Veritas Leather»[2]. De ahí procedía la mercancía. Ella vendía las pieles que su padre robaba en la fábrica a la gente que trabajaba en artículos de piel.

»Imre dice que hizo una fortuna en el mercado negro, aunque tenía que repartirse las ganancias con los compañeros de su padre. Este no podía afanar sólo las pieles. Imre también dice que la Halmy sabía muy bien encontrar gangas. Y le gustaba estrujar a sus parroquianos. Y si éstos se enfadaban o la amenazaban con buscarle líos, ella les devolvía el golpe. Imre conoce al menos a dos a quienes la Halmy fastidió, pero bien fastidiados. Aquí tengo los nombres —sacó del bolsillo una maltratada cartera y extrajo del mismo un abono del tranvía—. No tenía papel —se disculpó—. Sí, aquí están, Jozsef Bartha, calle Baross, 74. Zapatero. Y Klein. También zapatero y también Jozsef. Plaza Stalin, 36. Incidentalmente, han cambiado el nombre de la plaza Stalin. Cuando pasé por allí, estaban arrancando las placas y meándose en ellas —hizo una pausa y continuó—: Este Bartha perdió su licencia por culpa de la Halmy. Lo llevó ante un sindicato laboral acusado de no sé qué. Klein

también se vio acusado, pero salió del trance con una multa. Imre afirma que la Halmy debía de poseer muy buenas relaciones, de lo contrario no habría logrado sus propósitos.

—¿Y ese Jozsef Bartha? ¿Aún vive en la calle Baross? —quiso saber Nemetz.

—No lo sé —Lehotzky se encogió de hombros—. Lo averiguaría en su obsequio, inspector, pero he de volver con los de mi grupo. Tenemos escasez de municiones y yo he de apoderarme de todo lo que pueda en el cuartel Petoefi.

—¿Todavía seguís en el mismo tejado?

—Sí, pero no por mucho tiempo. Ya no quedan rusos en aquel distrito. De forma que de nada sirve quedarnos allí como una bandada de cuervos.

—Bien, Ernoe —Nemetz colocó una mano sobre el hombro del joven—, cuando esta revolución haya terminado, quiero que busques un trabajo honrado. Tú tienes un oficio, ¿verdad?

—Seguro. Fui buen tallador de piedras antes de verme en embrollos con los comunistas. Luego, una cosa trajo otra y… Ya sabe lo que pasa.

Nemetz dejó pasar por alto la palabra «embrollos».

—Tallador de piedras —asintió—. Buen oficio. Te verás abrumado de trabajo. Piensa en todas las losas funerarias que harán falta cuando esto concluya. Todavía te harás rico, Ernoe.

Lehotzky le dirigió una mirada triste, profunda.

—Usted lo ha dicho, inspector, Buscaré un trabajo honrado y viviré feliz hasta que alguna estúpida mujer pase por mi lado con el bolso al aire, colgado del brazo, indolentemente, como diciéndome: «¡Vamos, anda por él!»

Jozsef Bartha vivía en la calle Baross, donde se hallaba su taller. No había ningún letrero en la puerta; debían de habérselo arrancado cuando perdió su licencia. Habían tachado una inscripción del escaparate con pintura blanca; no obstante, las palabras *Bartha Jozef, zapatero. Artesanía y Remiendos*, todavía podían leerse con claridad. En el interior del escaparate colgaba una cortina de algodón beige, y sobre la estrecha entrada había bajado un cierre metálico. Estaba cerrado y Nemetz tuvo que golpear varias

veces antes de que abriera una mujer ya de edad. Fuera, la calle estaba iluminada por los rayos de un caprichoso sol de octubre que jugaba al escondite entre las rápidas nubes, pero dentro de las casas ya reinaba la oscuridad. La mujer dejó entrar a Nemetz y volvió a cerrar. Se quedó de pie, silenciosa, aguardando a que el inspector hablase. Los ojos de éste podían ya vislumbrar el local en penumbra. Lo que veía era un intermedio entre tienda y dormitorio. El banco de trabajo seguía allí, pero también había dos camas, medio escondidas por un armario que se utilizaba como divisoria del cuarto, una mesa de comedor con cuatro sillas y un sofá. Había dos personas más en la estancia: una joven delgada, envuelta en un chal y acurrucada en el artrítico sofá, y un hombre de cabello gris con pantalones y un abultado suéter, evidentemente el zapatero Bartha. Éste se puso de pie y avanzó cojeando hacia Nemetz. Era alto, ligeramente encorvado, y tenía una pata de madera. También pareció aguardar a que Nemetz expusiese el motivo de su visita. La joven también le miraba, conteniendo la respiración.

Nemetz se presentó y dijo que deseaba hablar con Jozsef Bartha.

—Yo soy Jozsef Bartha —asintió el zapatero.

—¿Cuándo vio por última vez a la señora Halmy? —le interrogó Nemetz, sin andarse con rodeos.

El zapatero parpadeó ligeramente. Luego, movió la cabeza.

—No conozco a ninguna señora Halmy.

Dio media vuelta y retrocedió hacia el fondo de la estantería, indicando que la entrevista había terminado.

—Creo que se equivoca —le detuvo Nemetz—. La conoce muy bien. Usted mantuvo con ella ciertas relaciones comerciales durante un tiempo.

El hombre se encogió de hombros.

—Digamos entonces… que no la recuerdo.

—Señor Bartha, no perdamos el tiempo. Usted le compraba pieles curtidas a esa señora. Al menos, hasta que le suspendieron la licencia.

—De acuerdo, le compré algunas pieles. Lo mismo que a mucha gente. ¿Cree que puedo acordarme de todo el mundo?

—Ciertamente, ha de acordarse de esa señora. Ella tuvo la culpa de que usted perdiera su licencia.

El zapatero contemplaba una grieta del rincón.

—¿Y en tal caso, qué? —preguntó con voz cansada, falta de expresión.

Nemetz estudió el rostro de su interlocutor. Su expresión era severa, como si le hubiesen tallado en un bloque de madera verde, dejándolo secar y encogiéndose con el paso de los años. Era un rostro tremendamente feo, incluso grotesco con sus orejas enormes, de murciélago, y la nariz ganchuda, y con el aire de tristeza que invadía todo su ser. Por alguna razón ignorada, le recordó a Nemetz unos versículos del Génesis:

«Dios creó al hombre a semejanza suya. Según la imagen de Dios, Éste lo creó.»

—Señor Bartha, ¿dónde estuvo usted entre las ocho cuarenta y cinco y las nueve cuarenta y cinco del sábado por la noche? —le preguntó al zapatero.

La pregunta fue inesperada y el rostro tallado en madera cobró vida. El hombre miró al inspector con una mezcla de asombro y curiosidad.

—Salí —declaró—. Con unos amigos. A celebrar la victoria obtenida por ellos contra los rusos en el cine «Corvin».

—¿Y dónde efectuaron la celebración?

—Bueno, empezamos en la cafetería «Rado» de la esquina, y continuamos en la cervecería de la avenida Rakoczi. Naturalmente, no estaban abiertos los dos locales, pero entramos por la puerta trasera. Luego… ¡diablo, no lo sé! Lo siguiente que recuerdo es que mi mujer me quitaba los zapatos.

Señaló a la anciana que había abierto la puerta.

Era baja y regordeta y tenía una mirada vidriosa, con una boca redonda, semejante a una carpa.

—¿Se llevó consigo un revólver? —quiso saber Nemetz.

—¿Un revólver? —Bartha frunció el ceño y después se enojó—. ¿Qué quiere de mí? ¡No puede simplemente entrar en mi casa y aplicarme el tercer grado! Los tiempos han cambiado. Podía haberlo hecho cuando me quitaron la licencia hace dos años… con una acusación cualquiera, porque esa chica —señaló a la joven que se hallaba sentada en el sofá— trabajaba para mí. ¡Sí, tenía una empleada sin declarar! Es sobrina de mi mujer y está tuberculosa.

—¿Dónde estuvo usted el sábado por la noche —repitió Nemetz— entre las ocho y cuarenta y cinco y las nueve y cuarenta y cinco?

Es lo único que deseo saber.

—¿Para qué? —replicó el zapatero.

—Porque es la hora en que mataron a la señora Halmy.

Jozsef Bartha no mostró ninguna reacción en su semblante. Sin embargo, la mujer dejó oír un respiro. Nemetz la miró rápidamente. Ella le miraba petrificada, moviendo sólo la boca. La abría y la contraía con gestos rítmicos. La joven tuberculosa se estremeció ligeramente y se ciñó más el chal sobre los hombros.

Al fin, Bartha se movió. Se volvió hacia Nemetz y le miró directamente a los ojos.

—Yo no la maté.

—Algunas personas afirman que usted la amenazó después del juicio —manifestó Nemetz.

—Tal vez —asintió Bartha—. Y con muy buenos motivos. Fue ella quien me denunció. Yo estaba decidido a declarar que las pieles que ella me vendía las robaba su padre en la fábrica donde trabajaba; aunque ello hubiese sido incriminarme, estaba dispuesto a declararlo. Sin embargo, el juez me hacía callar cada vez que yo pronunciaba el nombre de esa mujer. Y mi abogado me advirtió que no debía mencionarla. Tenía instrucciones del Partido. El mismo me lo contó cuando me encontré con él la semana pasada. Se sintió muy aliviado cuando concluyó el caso. Todos tenemos que hacer el juego a los comunistas si queremos seguir viviendo. Yo me convertí en un bribón y el abogado en un encubridor. Pero ahora todo ha terminado. ¡Y pronto volveremos a ser lo que fuimos una vez: *hombres*!

De repente, la esposa empezó a sollozar. Dejaba oír unos sonidos guturales, casi graciosos, que más bien parecían risitas reprimidas.

—¡Mi marido es un buen cristiano, incapaz de matar ni a una mosca, sobrio o bebido! Ni siquiera mataría a un ruso. Dice que también son seres humanos. Y tan jóvenes… Todos tienen una madre, esto es lo que dice.

—Entonces, ¿por qué llevaba un revólver? —insistió Nemetz.

—¡No dije que lo llevase! —proclamó el hombre.

Nemetz fingió no haberle oído.

—¡Enséñeme el arma! —Al ver que Bartha no parecía dispuesto a cumplir la orden, añadió con cierta impaciencia—; Sé que la tiene escondida aquí. No andemos jugando. No quiero pasar el resto de la

noche registrando su casa.

Bartha no se movió.

—¿Y si se la enseño y le mato con ella? —preguntó.

Su esposa emitió un nuevo suspiro penoso, asmático.

Nemetz volvióse hacia ella.

—No se preocupe, no disparará. Es un buen cristiano. No mataría ni a una mosca. Mucho menos a un policía. ¡Y aún mucho menos estando sereno!

Bartha cojeó hacia el armario y sacó una *Browning* que se hallaba sobre un montón de sábanas dobladas. Volvió al lado del inspector y, sin pronunciar una sola palabra, le entregó el revólver. Nemetz lo envolvió en su pañuelo y se lo guardó en un bolsillo.

Antes de irse, trató de nuevo que Bartha le diese cuenta detallada de sus movimientos en la noche del sábado, pero el zapatero sostuvo que no recordaba nada después de la entrada en la cervecería.

El inspector no tenía motivos para dudar de su palabra, y sin embargo, los largos y obstinados silencios del zapatero resultaban sospechosos. Nemetz apuntó los nombres y señas de los amigos de Bartha y le conminó para que se presentase en su despacho a las diez de la mañana siguiente.

—Y no intente largarse, porque uno de mis hombres le vigilará, hasta que se demuestre su inocencia o sea usted arrestado.

Tras esta advertencia salió de la tienda. Lloviznaba cuando se dirigía a la Jefatura. Había más gente en las calles que a primeras horas de la tarde. Algunas tiendas habían abierto, y había en ellas largas colas. En algunos locales, las colas daban la vuelta a la manzana.

Nemetz se preguntó qué le parecerían aquellas mujeres con sus pantalones abombados, y los hombres con camisas tenues, bajo sus remendadas chaquetas, algunos con rifles y otros con granadas de mano al cinto, a un viajero recientemente llegado a Budapest después de veinte y pico de años de ausencia. El viajero recordaba una ciudad donde la vida se deslizaba con la misma placidez que las aguas gris azuladas del ancho y perezoso Danubio bajo sus gráciles puentes. Era difícil creer que toda la calma y el relumbrón que

habían sido la existencia de Budapest se hubiesen transformado en aquellas colas uniformes y larguísimas delante de las tiendas de comestibles.

El rumor de vehículos pesados procedía de la avenida Rakoczi. De repente, la gente de una cola quedóse inmóvil. Nadie echó a correr; se limitaron a pegarse a las paredes, como queriendo desaparecer a su través. Los vehículos dieron la vuelta a la esquina y la gente vio que se trataba de tanques húngaros, que enarbolaban la bandera tricolor con un gran agujero en el centro. En ellos iban jóvenes de ambos sexos, sentados bajo las torretas o a horcajadas sobre los cañones, como gaviotas descansando en la cubierta de un barco. Algunos eran soldados, otros estudiantes, labradores, obreros, todos muy jóvenes, con las mejillas sonrosadas, y una mata de pelo rebelde y alborotado sobre la frente. Nemetz observó que no había una sola calvicie en los cuatro tanques, ni siquiera en forma incipiente.

Alguien de la cola les gritó una pregunta. Nemetz no entendió la respuesta, pero la misma hizo vibrar a los componentes de la cola como agitados por una corriente eléctrica. Hubo risas y aplausos, y una estridente voz femenina entonó de pronto el himno nacional. Un segundo después, todos cantaban en indescriptible cacofonía la tonada solemne y triste del himno. Nemetz se detuvo y se quitó el sombrero. Entonces, sintió las primeras gotas de lluvia en su cabeza, cuyo cráneo apenas estaba cubierto por una sola capa de pelos, y comprendió que el resfriado que llevaba varios días incubando, acabaría por estallar. Miró a la juventud que llenaba los tanques, todos empapados hasta la piel, con sus cabelleras espesas al viento y la lluvia, sin demostrar ninguna molestia física en sus rostros mojados pero felices. Les envidió a todos. La revolución, como el jockey sobre hielo y el amor, era para la juventud. Para un viejo, contiene demasiados azares, junto con la amenaza de una muerte violenta. Aunque las balas le perdonasen, no harían lo mismo los gérmenes.

Martes, 30 de octubre

Alexa Mehely permanecía tendida en su diván, demasiado tensa para hacer otra cosa que contemplar el techo y escuchar atentamente el timbre de la puerta: un timbrazo corto, dos largos… su señal. Además de ella, vivían tres familias más en el apartamento y, para evitar confusiones, cada inquilino tenía su nombre inscrito en una placa, junto con el número de timbrazos que debía dar el visitante.

Por primera vez desde el principio de la revolución, Alexa había dormido en casa, y ahora aguardaba al doctor Halmy, que había prometido ir a verla. Hacía más de diez días que no había estado en su casa. Sólo habían podido verse en el hospital, donde ella no podía hablar realmente con él, ni. siquiera cuando estaban solos, porque él se hallaba demasiado cansado para escucharla o contestar sus preguntas. Desde la última vez que habían estado juntos, él se había convertido en un viudo, por una decisión del destino que ella no podía ni quería sondear, y se hallaba terriblemente ansiosa por descubrir de qué modo este cambio iba a influir en sus relaciones.

Sonó el timbre; la joven se irguió, pero volvió a dejarse caer sobre el sofá porque la llamada era para otro inquilino. Su habitación estaba en el primer piso de una casita próxima al parque. En principio, la casa había sido construida para una familia, pero en 1949 la dividieron en varios apartamentos, cada uno ocupado por varias personas. Las ventanas del de Alexa se abrían a un precioso jardín situado detrás del edificio, lo cual compensaba en parte que ella tuviese que llegar a su apartamento a través del cuarto de baño usado por todos los habitantes de la casa, o por otra habitación donde vivía un obrero con su esposa y un hijo idiota, de dieciocho años, que siempre estaba en cama. Su pasión por la

limpieza no le proporcionaba muchas simpatías con los vecinos, pero esto no la inquietaba en absoluto. Durante más de siete años había vivido sola, aprendiendo a resolver por sí misma, aunque ello significase en algunas ocasiones perjudicar a los demás. Hasta que un día conoció al doctor Zoltan Halmy y se convirtió en su odalisca.

Ello ocurrió en el verano de 1956, unos meses después de entrar a trabajar en el hospital. Al principio, él parecía evitarla deliberadamente, probablemente porque sabía, como todos los demás, que había conseguido el ingreso gracias a la protección de Béla Borbas, el superintendente, un comunista muy borrachín, alto y corpulento, que había saltado de ordenanza a jefe del hospital hacia 1950. A pesar de su filiación política, Borbas experimentaba una gran debilidad por las jóvenes frágiles, de piernas largas, del estamento superior. Cuando se entrevistó con Alexa, no se molestó en leer sus referencias ni examinó sus cualidades, sino que la invitó a cenar la misma noche. Al salir del restaurante, la llevó a la pequeña casita de verano, situada en medio de una huerta, que él poseía en las colinas de Buda. A la mañana siguiente, la joven ingresó en el hospital.

Borbas no era el primer hombre con quien ella había dormido a fin de conseguir un favor o un empleo que, teniendo en cuenta sus antecedentes, no habría podido lograr.

Era hija de Tibor de Mehely, miembro del Parlamento entre 1930 y 1948, ministro de Agricultura en la guerra, y granjero de considerable fortuna. Político respetado por la oposición, era escrupulosamente honrado, sin grandes vanidades ni enormes ambiciones. Para Alexa fue un padre maravilloso, y un esposo amante de su esposa, una mujer muy bella, aunque anticuada, casi tan alta como él, esbelta y poseedora de unos ojos azules muy límpidos, cabello negrísimo, y una sombra aterciopelada sobre el labio superior. También procedía de la buena sociedad húngara, con el título de baronesa, y acaudalada por su familia.

Vivían en Hangony, una granja situada en la parte occidental de Hungría. Alexa todavía recordaba los viajes que los tres habían realizado a los lagos de Baviera y a las montañas suizas, durante su infancia. Le habían dejado una añoranza insaciable hacia el mundo soleado, divertido y libre que se hallaba más allá de su país, ahora rodeado de espinos y alambradas.

El timbre volvió a sonar en el apartamento de Alexa, con una señal de un timbrazo corto y dos largos. La joven saltó al suelo y corrió a través del cuarto de baño que, en aquel momento, no estaba ocupado. Mientras corría sintió cómo se le aceleraba el corazón, y tuvo que detenerse para recobrar el aliento. Era enojoso que, a pesar de haber dormido con Halmy durante unos cinco meses, todavía se agitase de aquella manera siempre que le veía.

Al abrir la puerta, le sorprendió desagradablemente la terrible palidez y el cansancio retratados en el rostro del médico. Tenía ojeras en torno a sus ojos y hasta el cabello rubio parecía haber perdido su resplandor.

No pronunciaron ni una sola palabra en el pasillo, ni se besaron. La muchacha jamás sabía si alguno de los inquilinos se hallaba espiando tras una puerta entornada. Como ella era la única joven de la casa, la única agraciada, era el principal objeto de la curiosidad general.

Condujo a Halmy a su cuarto y cerró la puerta. Luego, se detuvo y aguardó la reacción de su amante. Le había visto la noche anterior en el hospital y, no obstante, no podía adivinar su humor. Era enloquecedor lo poco que ella sabía de él. Tal vez por este motivo, se hallaba tan por completo bajo su hechizo. Amar a un hombre era como amar a Dios; hay que temerle y dudar de él, sin saber nunca si te paga con el mismo amor.

—Pareces cansado —murmuró ella, cuando el silencio se hizo demasiado pesado—. Estoy segura de que esta noche no has dormido.

El cirujano sentóse en el sofá.

—No dormí mucho. Cuando creía que todo estaba bajo control, el coronel ruso sufrió una hemorragia. De no haberlo trasladado inmediatamente al quirófano, habría muerto. Sin embargo, apenas le queda una esperanza. Su riñón sano ha empezado a enfermar también. El pobre diablo está hecho cisco.

Alexa se le aproximó. El la atrajo hacia sí. La muchacha se sentía como una niña a la que dicen que por fin puede abrir la caja de bombones de su cumpleaños. Presionó su rostro contra la hombrera de piel de la chaqueta del hombre, que olía a desinfectante, a tabaco y a naftalina. De pronto, experimentó una oleada de absoluta felicidad. Era un éxtasis tan maravilloso que la mareaba.

No deseaba moverse ni hablar, sólo continuar sentada y sentir la proximidad de su amado. Jamás había experimentado nada semejante, y sabía que nunca volvería a suceder.

Desde el primer instante en que comprendió que estaba enamorada de Zoltan, estuvo preguntándose los motivos. El era bien parecido e inteligente, pero también lo habían sido sus demás amantes. Podía ser muy ingenioso y divertido en algunas ocasiones, si bien siempre había una nota de amargura e impaciencia que empañaba su alegría. En su calidad de médico, mostraba más caridad hacia sus pacientes que la mayoría de colegas, aunque podía ser también perturbadoramente frío y despegado. Tenía prejuicios y caprichos que no se avenían con el liberalismo de sus principios. Alexa jamás se permitía especular respecto a su inocencia o culpabilidad en la muerte de Anna, pues conocía tan poco el verdadero carácter de Zoltan que podía prever ambas alternativas.

—Anoche me encontré con un amigo tuyo —comunicó él.

—¿De veras?

Alexa ya sabía por qué no la había besado y por qué se mostraba tan reservado como si se tratase de una visita de cortesía.

—Un individuo llamado Filler. Albert Filler —continuó Zoltan. La cabeza de la joven seguía apoyada en su hombro, y de repente sintió cómo los músculos del doctor se ponían rígidos y hostiles—. Nos trajo un herido de Tata. Sabía que tú trabajabas en el hospital. Y parecía muy ansioso por verte. Incluso preguntó tu dirección, aunque yo creí preferible averiguar antes si tú deseabas verle.

—Puedo vivir estupendamente sin él —repuso ella, enderezando la cabeza.

—No te reprocho —rió Zoltan—. Un tipo un poco alborotador. Parece una cucaracha negra.

Alexa estuvo de acuerdo con este símil. Albert Filler, una cucaracha negra con pijama. Así le recordaba ella, de pie en el centro de la habitación, abrumado, alarmado, casi digno de lástima.

Fue en el verano de 1949, el año en que Hungría se convirtió oficialmente en una República del Pueblo. Alexa se había graduado en el instituto a principios de junio. Fue la primera en su clase, si

bien la rechazaron despiadadamente cuando intentó matricularse en la Universidad de Budapest. La política del Gobierno sólo permitía que obtuviesen buena educación los hijos de los campesinos y los obreros.

Después de la muerte de sus padres, Alexa vivía con su tía, la hermana de su madre, en las ruinas de la casa urbana de dicha mujer, situada cerca del bombardeado Palacio Real. Tenía una magnífica vista al Danubio, y más allá se extendía la ciudad gemela de Pest. Sólo resultaban habitables la cocina y las dos habitaciones del sótano. Alexa pasó más de tres años con su tía, odiando su estancia allí. De haber sido aceptada su solicitud para la Universidad, habría ido a vivir a un hotel para estudiantes, con cama y comida prácticamente gratuitos. En cambio, se vio obligada a trabajar en una fábrica de conservas, con un sueldo tan miserable que le impedía abandonar las paredes medio derruidas de la casa de su tía, con su ambiente de tristeza y decadencia.

Pasaba por un período de abatimiento general cuando, en una playa pública del Danubio, tropezó, nadando, con Albert Filler, un campesino que también era natural de Hangony, si bien no pertenecía a la granja de su padre, sino que era hijo del propietario del almacén general. Ella le recordaba como un chico bajo y azotado por el acné, con una voz estridente y una gran amargura contra el mundo de los aristócratas. Seguía siendo bajo y feo cuando él la abordó en la playa, pero el acné había desaparecido, dejando sóki leves señales. Tampoco parecía amargado a menos que dicho sentimiento estuviese profundamente enterrado bajo su exuberancia como miembro del Partido. Desde la época en que Alexa le viera esperando a los parroquianos de la tienda de su padre, el joven había dado un gran salto adelante. Tenía un buen empleo en el Ministerio de Educación, y pertenecía al círculo íntimo del ministro.

Encontró a Alexa en el preciso instante en que ésta fluctuaba entre la tentación de ahogarse en el Danubio o ir a ver la última película de Varkonyi en el cinema Corvin. Contra el intento de suicidio se hallaba el hecho de ser muy buena nadadora, y contra la película, el hecho de que las entradas no eran baratas. Al divisar a Albert Filler, casi aquella visión trajo a su mente recuerdos de Hangony. Pero al final, decidió ir al cine con él.

A partir de entonces, se vieron con cierta frecuencia. El podía llevarla a la Opera, a los conciertos, al teatro y a los restaurantes de lujo, lugares todos que hasta entonces le habían estado prohibidos a la muchacha. Asimismo, Albert prometió conseguirle una beca en la Universidad, y una habitación en una pensión estudiantil.

Fue en setiembre cuando él sugirió que pasaran dos semanas en los Montes Matra. Por entonces, Albert estaba enamorado de ella, tratándola con la ternura de una perforadora automática. Iban a permanecer en un hotel adoptado por el Partido como lugar de vacaciones para la nueva clase dirigente. Después de muchas noches de insomnio, ella accedió a ir. El empleo en la fábrica de conservas la enloquecía. Ansiaba estar con personas de su misma edad e intereses, en lugar de pasar la vida entre las muchachas de la fábrica, hurañas y mal habladas. Además, su tía era cada vez más difícil de soportar. Se mostraba dura e impertinente, y conservaba una serie de costumbres que a Alexa le enardecían.

Cuando le anunció que se marchaba por dos semanas, tuvieron una enconada disputa que terminó con la salida de Alexa de la casa para siempre.

Se hallaba ya en el tren cuando comprendió el significado de su decisión. Miró a Albert Filler sentado a su lado en el atestado compartimiento, susurrando tiernas palabras de cariño que surgían de entre sus labios como gotas de mercurio, saliendo de un termómetro roto, y de pronto experimentó un gran temor.

Alexa iba ya camino de un hotel situado entre montañas, para pasar dos semanas junto a un hombre cuyo contacto aborrecía.

Por un momento, pensó seriamente en arrojarse del tren en marcha. Sin embargo, ahuyentó aquella idea y permitió que los acontecimientos siguieran su curso.

Vivió aquellas dos semanas en un estado de estupor.

Durante los tres años vividos entre ruinas, había a menudo anhelado la libertad de las verdes campiñas. Ver ponerse el sol o salir la luna desde su ventana le habían parecido el pináculo de la felicidad. Mas ahora, apenas contemplaba el mundo exterior, y si pasaba media noche en la terraza a la luz de la luna era para no tener que acostarse al lado de su adormilado amante.

Las horas que pasaba lejos de aquella habitación tampoco eran agradables. La multitud de personas de ínfima categoría, de escasa

cultura y menos educación, la irritaba y aburría, con lo cual empezó a experimentar una gran añoranza por el círculo íntimo de su tía, cuyos componentes pertenecían todos al *ancien régime*.

Albert Filler observó aquel estado de ánimo, pero lo achacó al torbellino interior sufrido por las jóvenes cuando pierden la virginidad. Se sentía inmensamente orgulloso y delirantemente feliz por ser su primer amante. Alexa Mehely era la criatura más exquisita que había conocido, aparte de ser la hija del propietario más acaudalado de Hangony. Para él, se trataba de una victoria mucho mayor que haber conquistado el Premio Lenin.

Regresaron a Budapest y ella continuó con él porque no sabía donde ir. Su ingreso en la Universidad sufrió cierto retraso, ya que Albert Filler necesitaba la ayuda del ministro, y no lograba encontrar el momento oportuno de sacar a luz el asunto. Unas semanas más tarde lo arrestaron. Un destacamento de la Policía secreta llamó a su puerta a medianoche y lo sacó de la cama sin ceremonias. Fue aquélla la última vez que Alexa le vio: asustado, tembloroso, desdichado, llevando solamente la chaqueta del pijama, como una pequeña cucaracha negra bajo la bota del sistema totalitario. Según averiguó más tarde, Albert Filler había sido una víctima de la revolución en los estratos superiores del Partido. El ministro cayó y él lo acompañó en la caída. Durante varios años, Alexa no supo si Albert estaba vivo o muerto… hasta 1955, en que reapareció en el escenario político. Mas por entonces, ella ya había obtenido el diploma de bioquímica en la Universidad de Budapest, y gozaba de un empleo bien retribuido en una factoría farmacéutica, de modo que evitó verle.

El hombre que finalmente hizo posible que ella asistiese a la Universidad pertenecía al círculo vicioso de los políticos del Partido que ostentaron el poder hasta la primavera de 1956. Tenía unos cincuenta años, estaba casado y se hallaba muy ocupado, por lo que no le pedía a la joven ni mucho tiempo ni una gran atención. Como ella no estaba, ni siquiera vagamente interesada por ningún otro hombre, este amorío fue un arreglo complaciente, especialmente si se considera que la muchacha ya estaba reconciliada con esta forma de vida. No la juzgaba ni inmoral ni pecaminosa. Por un lado, no era ella quien la elegía. La nueva sociedad con la que tenía que convivir se lo exigía como el precio de su educación, de los empleos

deseables, de una seguridad relativa y de las pequeñas pero necesarias comodidades de la existencia. Naturalmente, ella podía haberse negado a pagar tal precio, pero ello habría significado tener que trabajar en una fábrica o en el campo. Todavía cabía la posibilidad del matrimonio, mas como no había hallado ningún hombre a quien pudiera amar, no deseaba casarse simplemente por motivos egoístas, perdiendo con ello su independencia.

No era promiscua y no cambiaba de amante más de lo preciso. El último fue Borbas. Rompió con él cuando se enamoró de Zoltan Halmy.

Se conocieron unas cuantas semanas después de empezar ella a trabajar en el hospital. El doctor tenía una reputación de puritano, al menos en lo concerniente a toda intimidad con las mujeres del personal hospitalario. Su indiferencia era como un reto para las enfermeras, pero ninguna consiguió quebrantar el muro de alejamiento con que el cirujano se rodeaba, manteniendo, incluso a sus colegas masculinos, a cierta distancia. Al tratar de encontrar la clave de su carácter, todos decidieron finalmente que era un esposo fiel y amante, a pesar de no ir jamás acompañado de su mujer a las recepciones y fiestas. Las pocas personas que conocían a la señora Halmy afirmaban que era una joven muy atractiva, por lo que la fidelidad de su marido parecía una explicación satisfactoria.

Zoltan Halmy se interesó por ella cuando la vio almorzando en la cantina. Cuando conversaron por primera vez, que de modo extraño él había tratado de evitar en lugar de buscar la ocasión, el médico estaba ya familiarizado con la historia personal de Alexa, o al menos con los capítulos conocidos por los demás miembros del hospital. En sus primeros encuentros, él empleó un tono de ligereza y chanza que comportaba cierta camaradería hacia ella, tal como se habla con una chiquilla muy encantadora, pero traviesa. Jamás le reprochó, ni casi aludió, a su pasado, ni pronunció ningún «¿por qué lo hiciste?» o «¿cómo pudiste?», tratándola simplemente con una nota de divertido sarcasmo, como si discutieran alguna costumbre ya olvidada de la niñez de la muchacha, tal como haberse mordido las uñas o haberse mojado en la cama. Sin embargo, ella le escuchaba atentamente, gracias a lo cual consiguió detectar una sombra de amargura en su charla, amargura que fue creciendo a medida que sus relaciones adoptaban un matiz más

formal.

—Aseguro que fue él quien logró que te admitieran en la Universidad —manifestó Zoltan Halmy, refiriéndose aún a Albert Filler.

—Esto es una condenada mentira —replicó Alexa con más odio de lo deseado—. Y la primera vez que le veas, díselo de mi parte.

El médico le dirigió una de sus medio divertidas, medio escrutadoras sonrisas que, sin saber por qué, tanto la asustaban y molestaban.

—De acuerdo, se lo diré —asintió él, presionando su rostro contra el grácil cuello de la joven—. ¡Caramba, qué bien hueles! Casi había olvidado que un cuerpo humano no siempre tiene que oler a sudor y pus.

Alexa se relajó y volvió a experimentar aquella sensación de felicidad. Era como estar dentro de una bañera que fuese llenándose lentamente de agua caliente.

—Me gustaría salir contigo esta noche —murmuró él—. Escuchar un conjunto de jazz, bailar, emborracharnos. Pero no hay un solo local abierto en toda la ciudad. ¿No es una condenación? La única vez que estoy de humor para divertirme y no hay nada abierto.

Nunca le había oído hablar de este modo. Algunas veces habían bailado, especialmente en el festival de verano celebrado en honor de un grupo de médicos rusos. En realidad, aquélla fue la única ocasión en que pudieron comportarse como unos jóvenes amantes.

—¿Crees que podríamos ir juntos a Venecia? —quiso saber ella.

En el cuarto de baño alguien tiró de la cadena del *water closed*. De pronto, Venecia pareció estar en otro planeta.

—Quiero decir, si ganamos la revolución. Y si las fronteras occidentales quedan abiertas —prosiguió ella—, y si es posible viajar como antes de la guerra.

—Lo he estado meditando —repuso Zoltan lentamente—. Entre otras cosas, lo de Venecia. Tal vez no vayamos inmediatamente a la ciudad de los canales. Pero sí a su debido tiempo. París, Venecia y tal vez Nueva York. 0 Florida…, o California.

Ella le miró fijamente.

—Tú deseas ir hacia el Oeste —estableció firmemente.

—Sí. ¿Vendrías conmigo?

La joven sintió que la cabeza le daba vueltas.

—¿Ir contigo? ¿No lo sabes? ¡A China, a Tombuctú, al Polo Sur! ¡Adondequiera que vayas!

—Lejos de aquí, ahí es donde quiero ir —contestó Zoltan Halmy —. Sólo lejos de aquí.

—¿Cuándo…, cuándo será…, mañana, hoy…, ayer?

El se puso de pie y empezó a medir el suelo con sus pasos.

—No será mañana. Ni pasado mañana. A menos que el profesor Lendvai y su compañero Foster regresen. Aunque temo que no será así. Sospecho que a estas horas ya deben de estar en Austria. Y yo no puedo dejar el quirófano en manos solamente del doctor Soos. No sería justo. Por tanto, tendremos que aguardar a que el profesor Balint me halle un sustituto. Ya he hablado con él y se ha mostrado muy comprensivo.

—Oh, pero no podemos esperar mucho —protestó Aleza—. ¿Quién sabe hasta cuándo estarán abiertas las fronteras? Tú has de pensar en ti… ¡No puedes sacrificarte por los demás!

El cirujano la miró con un destello divertido en los ojos.

—¿A qué tanta prisa? Hace un instante ni siquiera sabías que íbamos a marcharnos de aquí. ¡Dios mío, qué mujer tan impetuosa! Me sorprende que no hayas hecho ya el equipaje.

—Dilo y estará listo en un minuto.

El fue hacia la ventana y se colocó de espaldas a la joven, acodado en el alféizar.

—Te comportas como si te hubiese dicho que nos íbamos esta tarde a un parque de atracciones. Y lo que he dicho es que vamos a abandonar este condenado país. Y también dije que vendrías conmigo. Lo cual me recuerda que hay otra faceta a considerar muy cuidadosamente por tu parte, porque el viejo inspector cree que yo maté a Anna.

Ella le miró sin poder hablar. Sólo al cabo de unos segundos recobró el ánimo suficiente para protestar.

—¡Está loco! ¡O es un canalla!

—No, es un tipo muy decente. Y también muy inteligente. Te sorprendería saber lo instruido que es. Para ser policía, claro. Asimismo, sus razonamientos son sumamente notables.

La joven se mostró extrañamente perturbada.

—¡Aunque fuese otro Sherlock Holmes! ¡Tú no mataste a tu mujer!

—Bien, no se trata de eso. Si él llega a la conclusión de que yo lo hice, ¿quién demostrará lo contrario?

—¡Tú! ¿Quién, si no?

El médico se sentó en el diván y lentamente con circunspección, encendió un cigarrillo. Un «Camel». Fumó con visible deleite.

—Pero no puedo demostrarlo. Sólo puedo negar haberlo hecho. Es mi palabra contra la suya. Y su problema consistirá en no saber a cuál de las dos creer.

Alexa comprendió por fin cuál era el objetivo propuesto por Zoltan.

—Bueno, ¿cómo puede él afirmar que tú la mataste? ¿Cómo puede saber lo que sucedió entre tú y tu esposa? ¡El no estuvo presente!

—Ni tú tampoco. Y, sin embargo, afirmas que yo no la maté. ¿No lo entiendes? Nos iremos de aquí, y allí donde estemos, dentro de un mes, de un año, de diez años, podrá llegar una carta, un telegrama, una llamada telefónica, asegurando que se ha encontrado una prueba circunstancial de que yo asesiné a mi mujer.

—No habrá ningún telegrama. Después de todo, en el mundo también existe la verdad.

Zoltan Halmy aplastó el cigarrillo.

—No, no existe. Al menos, en el sentido que tú le das. Y menos en mi caso. El sábado por la noche sucedió algo que, según todas probabilidades, sólo dos personas saben con seguridad: el asesino y su víctima. Esta murió. Y el asesino no hablará. En lo que respecta a ti, al viejo inspector y al resto del mundo, la verdad es lo que cada cual crea. Yo puedo decirte que no maté a mi mujer hasta que la cara se me ponga morada, pero a menos que consiga demostrarlo, nunca podrás saberlo con absoluta certeza. Y tal como están las cosas, jamás podré probarlo.

Hablaba quedamente, sin la menor emoción. Sin embargo, su calma irritó a la muchacha.

—¡Esto es lo más idiota que haya oído nunca! —exclamó—. Incluso discutir ésta… ésta… ¡Oh, al diablo! Ya sabes lo que quiero decir. Llevamos siglos sin estar juntos y sólo Dios sabe cuándo

volveremos a estarlo. Y aquí estamos perdiendo un tiempo precioso.

Zoltan encendió un nuevo cigarrillo. Ella observó que estaba fumando en cadena.

—Queremos marcharnos de aquí. Pero tú solamente podrás venir conmigo si te amoldas a la idea de que yo pude matar a Anna. De lo contrario, no sería justo ni para mí ni para ti.

—¿Estás confesando que la mataste?

—¡No, en absoluto! —sonrió al mirarla—. No pienses ni por un instante que esto sea una confesión. No entra en mi carácter hacer confesiones. Por un lado, siempre consideré una falta de tacto la confesión de un delito por parte del criminal, a una persona inocente. Es como obligar a un amigo a esconder una bomba de relojería en su armario. Es plantearle el dilema de denunciarle a la Policía para quedar a salvo con la ley, o ser leal al amigo culpable y vivir constantemente entre dudas y remordimientos. Esto sería un verdadero infierno. ¿Recuerdas que Judas se ahorcó?

—Por favor, cambiemos de tema —suplicó ella.

—Pero aún no hemos llegado a una conclusión —sonrió él.

—Oh, sí… —susurró Alexa obstinadamente—. Tú has tratado de asustarme, sin conseguirlo. Me iré contigo. ¡Y sé que no mataste a tu mujer!

Zoltan Halmy suspiró.

—La odiaba. Quería deshacerme de ella. Estuve en casa durante la hora crítica. Tenía una pistola. De modo que por mucho que te lo diga, nunca podrás estar segura de mi inocencia. Por esto deseo que supongas que no soy inocente. Tienes que aceptarme con este defecto, como si yo tuviese once dedos o un fallo en la garganta.

—No es lo mismo.

—De acuerdo, entonces no me aceptes. Digamos que no podrías vivir con un hombre sospechoso de asesinato, y lo comprenderé. Dilo y cruzaré el umbral de esa puerta para no volver a verte nunca más.

—Bueno —contestó ella tras una larga pausa—, el problema es sólo tuyo. A mí no me importa que seas un segundo Landrú. Deseo ir contigo adonde vayas y estar a tu lado hasta que ya no me necesites.

—Así es mejor —asintió él.

Durante varios segundos reinó un profundo silencio.

—¿Es a causa del inspector que has decidido irte? —quiso saber ella al fin.

—No, míralo por el otro lado. El inspector entró en el cuadro porque yo quería marcharme. No es esto exactamente…, pero existe cierta relación. Anna descubrió que yo estaba disponiendo la marcha junto contigo y…

—¿Conmigo? —le interrumpió Alexa.

—Sí, tú y yo. Por esto, ella se marchó de casa y fue a ver al inspector, a fin de denunciarme.

Alexa calló un minuto entero. Trataba de reunir las piezas del rompecabezas. Algunas encajaban y otras no.

—Estabas disponiéndolo todo para marcharte conmigo. Pero no me habías dicho nada. Bueno, nunca me lo dijiste hasta ahora.

—Iba a comunicártelo, cuando ocurrieron varias cosas. Preferí, por tanto, aguardar y orientarme. Decidir seriamente si de veras quería irme de aquí o no.

La joven fue hacia él y le rodeó con sus brazos.

—¿Quieres decir que decidiste irte conmigo cuando tu mujer aún vivía?

—Sí, claro.

—Pero ella jamás te habría concedido el divorcio.

—Lo sabía.

—Y no hubiésemos podido casamos.

—¿Dónde está la diferencia? La gente no ha de estar casada para vivir unida. No somos menores de edad. Ni estamos en la Edad Media.

La joven dejó caer los brazos y se apartó de Zoltan. Cuando habló, lo hizo con un tono natural, libre de inquietudes.

—¿Y ahora qué? ¿Te sientes libre? ¿Qué te pasa ahora?

—Me siento igual que antes. No hay necesidad de apresurar las cosas. Las oficinas del registro están abiertas cinco días a la semana. Y allí siempre están dispuestos a casar a la gente.

Naturalmente, esto no era ninguna noticia para ella. Jamás había considerado la perspectiva del matrimonio, y nunca había sacado ninguna conclusión, aparte del significado escueto de estas tres palabras: «irnos juntos lejos». Sin embargo, sentíase dolida y defraudada, y en sus ojos había la salazón de las lágrimas. Sin embargo, contuvo su amargura.

—¿No crees que el casamiento simplificaría todas las cosas? —indagó cautelosamente.

Luego se ruborizó. Ella era la mujer y, sin embargo, le estaba proponiendo a él el casamiento.

—No, no lo creo —repuso Zoltan con firmeza—. Empezaremos una nueva vida porque deseamos ser libres. Si nos casáramos ahora seríamos como dos convictos que tratan de escapar juntos de la cárcel.

Alexa le miró, tratando de comprenderle. De pronto, su rostro se iluminó.

—¡Pero si no pensabas casarte conmigo, ella no se interponía en tu camino!

—¿Quién? —preguntó el médico, aunque debía de saber bien a quién se refería la joven.

—Anna. ¿No es verdad que no se interponía en tu camino?

Repitió la pregunta con voz chillona, como el aullido de un coyote.

—Claro que no se interponía. ¿Quién ha dicho lo contrario?

—Nadie, pero estoy segura de que el inspector lo piensa.

—Olvídate del viejo. Y ahora soy yo quien desea cambiar de tema.

Se sentó en el diván y se desperezó, con los ojos cerrados y los músculos relajados, como descansando después de un esfuerzo físico.

—Dime una cosa —preguntó ella, al ver que la mano del doctor se dirigía hacia los botones de su vestido—: ¿te marcharías si yo no fuese contigo?

La mano se detuvo y él la miró alarmado.

—¿No quieres venir?

Su voz tenía la resonancia de un eco.

—¡Responde! —insistió ella—. ¿Te irías?

El vaciló un instante.

—No —respondió. Luego añadió—: No podría. Yo…, me siento tremendamente atado a ti. Es ridículo, ¿verdad?

—Algunas personas lo llaman amor —asintió ella, mirándole.

—Estabas bromeando, ¿eh? ¿Vendrás conmigo?

—Claro que sí. Y tú lo has sabido siempre.

Zoltan Halmy desabrochó el vestido. La piel de la joven aún

conservaba rastros del bronceado del verano.

—No, no lo sabía. Y por un momento, me has asustado realmente.

Cuando Nemetz llegó aquella mañana al despacho, Kaldy ya aguardaba con el informe de que Jozsef Klein, el otro zapatero víctima de la venganza de Anna Halmy, se había trasladado, mucho antes de estallar la revolución, a Komárom, una ciudad próxima a la frontera checoslovaca, de modo que podía ser eliminado de la lista de sospechosos. Nemetz escuchó la noticia con un suspiro de alivio. Tenía un poco de fiebre, sólo unas décimas por encima de lo normal, pero esto le irritaba lo bastante como para desear pasar un día sin problemas. Le entregó a Kaldy una lista con los nombres de los compañeros de juerga de Bartha, con la orden de enviar a cualquier detective que estuviese de servicio a localizarlos. Kaldy tenía que ocuparse de una misión mucho más espinosa, o sea la búsqueda de la niña a la que Nemetz había visto sentada junto a la rubia difunta, delante de la panadería el sábado por la noche.

Paciente y cumplidor, Kaldy había estado vigilando la panadería prácticamente todo el lunes, interrogando a todos los parroquianos de la misma. De este modo se enteró de que la rubia muerta se llamaba Kovacs, Takacs o Sakacs. Esto no era una gran ayuda, ya que los tres apellidos eran muy vulgares, pero también supo dónde vivía la mujer; no la dirección exacta, sino sólo que poseía un apartamento en una calle situada detrás del Parlamento. Aquel sector se hallaba en manos de los rusos, aunque estaba lleno de revolucionarios. A pesar de las repetidas apelaciones del Gobierno, los hombres de aquellos nidos no mostraban intenciones de soltar las armas, permaneciendo tercamente detrás de las barricadas. Atravesar tales barreras comportaba sin lugar a dudas bastante peligro, pero Kaldy lo realizó sin preguntarse por qué a Nemetz le interesaba tanto localizar a la niña. Su completa falta de curiosidad en los casos de que se ocupaba era asombrosa, y a menudo irritaba a Nemetz. Le parecía inexplicable que un hombre pudiese, año tras año, cumplir su deber con la indiferencia mecánica de un autómata. Cuanto con más eficiencia trabajaba Kaldy, tanto más repulsiva le parecía a Nemetz su forma de actuar.

Poco antes de las diez, Irene se asomó al despacho del inspector, para informar que Jozsef Bartha aguardaba en la antesala. No estaba solo, sino con su esposa y su tuberculosa sobrina. Los tres vestían de negro y mostraban el aire perplejo y dolorido de un cortejo funerario. Nemetz hizo pasar a Bartha a su despacho. Las dos mujeres se quedaron fuera, sentadas en un banco. Al lado de la señora Bartha había una caja de cartón. Probablemente, llevaba en ella la ropa interior y el cepillo de dientes de su marido.

Nemetz le ofreció un asiento al zapatero, y éste se acomodó, exhalando un suspiro. Hubo un largo silencio, al cabo del cual el inspector le preguntó si tenía algo que añadir a sus actividades del sábado por la noche.

—Nada que no le dijese ayer —fue la respuesta—. Fui a ver a dos amigos de los que me acompañaron entonces. Y los dos me manifestaron lo mismo. Empezamos la juerga en la taberna «Rado», y luego fuimos a la cervecería. Estuvimos allí hasta las nueve.

—¿Y después? ¿Adonde fueron? ¿No lo recuerdan? ¿O estaban ya todos demasiado borrachos?

—No —el zapatero sacudió la cabeza—. No estábamos demasiado borrachos… Pero… —calló y respiró profundamente—. Pero afirman que se separaron de mí al salir de la cervecería, dejándome solo. Y nadie sabe adónde me fui.

—¿No intentaron detenerle, al ver lo bebido que usted se hallaba?

—Creo que no.

—Oiga, señor Bartha, hemos examinado su revólver. Ha sido disparado últimamente. O sea, hace sólo cuatro o cinco días.

El hombre levantó la cabeza.

—Esto podía habérselo dicho yo mismo. Seguro, lo disparé. La semana pasada hice prácticas de tiro al blanco en el patio de 254 casa. Caramba, todo el mundo lo hace.

—¿Por qué posee un revólver? —interrogó Nemetz.

—¡Todo el mundo tiene uno! Escondido detrás de un espejo, o en una bolsa impermeable, detrás de las tuberías de la cocina. Ahí es donde suelo guardar el mío. Supongo que todos sabíamos más o menos que un día necesitaríamos tener un arma a mano, y por esto la tenemos junto con algunas municiones. Esta es la única forma de explicar cómo, de repente, esta ciudad estuvo armada hasta los

dientes.

—Señor Bartha —le interrumpió el inspector—, ¿no pudo ser que, bajo la influencia del licor, usted recordase sus motivos de resentimiento contra la señora Halmy y decidiese ajustarle las cuentas? Usted sabía dónde vivía…, ya que había estado anteriormente en su casa. Señor Bartha, no es usted el único sospechoso de este caso. Hay otros. Y usted podría ahorrarles a los demás una serie de molestias si…

—¿Si confesase haber liquidado a esa mujer? —le atajó el zapatero. Se puso de pie y miró directamente al rostro de Nemetz—. Lo confesaría si lo hubiera hecho. Juro por Dios que lo confesaría. Pero no lo hice. Era una mujer malvada y ruin, que destruyó mi vida entera. Tenía muchísimos motivos para odiarla. Solía soñar que la mataba de una paliza. Noche tras noche soñaba en esto. Sin embargo, jamás he pegado a nadie, ni siquiera a mi esposa, salvo en sueños. Toda mi vida he sido un hombre pacífico. Un cristiano. De haberla matado, lo confesaría. Juro que sí. Pero no lo hice… Bueno, en realidad, no lo sé.

Nemetz no tenía más remedio que enviar a Bartha a su casa, con la advertencia de que estuviese dispuesto a comparecer para otro interrogatorio. Nemetz le indicó la puerta y le vio reunirse con las dos mujeres en la antesala. Cuando Bartha le comunicó a su mujer que podían marcharse, ella reaccionó con una mezcla de sorpresa e incredulidad; luego, recogió la caja, y con la impaciencia de un perro liberado de pronto, empujó a su marido y a la chica hacia la puerta, como si temiese que el inspector cambiase de idea.

«Ella piensa que su marido mató a Anna Halmy —se dijo Nemetz —. Tal vez, ese zapatero no sea tan pacífico ni tan cristiano como afirma.»

Cuando los tres estuvieron ya fuera de la antesala, el inspector levantó el teléfono y le ordenó a Irene que debían continuar vigilando estrechamente a Bartha. No quería que el zapatero se uniese al éxodo existente hacia la frontera austríaca.

Solo en su despacho, Nemetz conectó la radio. Un portavoz del Sindicato de Obreros Independientes manifestó que había recibido seguridades del Gobierno. Según las cuales iban a adoptarse

medidas conducentes a aliviar las mayores quejas del sindicato, especialmente la injusta distribución de materias primas. Nemetz no pudo reprimir una torva sonrisa. Esta disposición resultaba ya tardía para Jozsef Bartha y Anna Halmy. Esta se hallaba irrevocablemente muerta, y tocante a Bartha, era dudoso que pudiese reconstruir su vida, aunque el Gobierno aliviase todos sus males.

Estaba desenvolviendo el paquete del almuerzo frío que su hermana le había preparado, un bocadillo hecho de pan rancio y una tajada de solomillo de cerdo, de la noche anterior, que se había olvidado de aderezar con mostaza y un poco de escabeche, tal como a él le gustaba. Cuando entró Kaldy e informó con su voz ligeramente nasal que había logrado localizar a la niña en cuestión, si bien no había podido traerla a Jefatura porque se había negado tercamente a acompañarle, Kaldy no había querido emplear la fuerza sin consultar con el inspector. Sin embargo, si éste deseaba interrogar a la niña, conseguiría un coche patrulla y acompañaría al inspector a las señas indicadas. Nemetz asintió a esta sugerencia, añadiendo que ya podían marcharse. Se comería el bocadillo por el camino.

La chiquilla se llamaba María Kovacs, mas todo el mundo la llamaba Mimi. Vivía en una avenida bordeada de árboles, no muy lejos del edificio del Parlamento. Era una calle muy bonita, aunque ahora tenía el pavimento levantado y formando barricadas, con la mitad de sus casas perforadas por las granadas y las bombas rusas, oliendo a podredumbre y desesperación.

Mimi tenía catorce años, casi quince. La gente la encontraba sumamente madura para su edad, no por el aspecto sino por los modales y su conducta.

Mimi apenas recordaba a su padre.

Y ahora, tanto él como su madre, a la que quería con el mismo ardor, habían muerto; uno estaba enterrado en suelo extraño, y la otra en el recinto del parque de la ciudad.

Cuando Nemetz llamó a la puerta, Mimi estaba calentando una lata de carne sobre un infiernillo de alcohol. En su casa siempre efectuaban la principal comida a mediodía. Su madre solía prepararla antes de marcharse a trabajar por las mañanas, terminando de arreglarla durante la hora que disponía para el

almuerzo. Siempre se trataba de algo caliente y sustancioso que los mantenía bien alimentados hasta la hora del té con pan, mantequilla y jalea. El té lo preparaba Mimi, ya que su madre trabajaba hasta las nueve de la noche. Luego, los tres tomaban, contentos y dichosos, la cena.

Al principio, Mimi contempló, aterrada y confusa, a Nemetz, incapaz de recordar dónde le había visto. Luego, todas las desdichas del sábado por la noche volvieron a su memoria, y se echó a temblar, teniendo que tomar asiento.

—No temas, pequeña —la tranquilizó Nemetz. No pasó del umbral, aguardando a que la niña se calmase—. Nadie te hará daño.

Mimi le miraba con hostilidad e inquietud. El sábado por la noche se hallaba demasiado entontecida para darse cuenta de lo que se decía a su alrededor, pero ahora aquellos retazos de conversación acudían a su mente. De pronto, comprendió que aquel hombre era un detective. Había estado buscando a alguien, efectuando interminables preguntas, y al final quiso llevársela a ella a la Jefatura. Evidentemente, todas sus preguntas no eran más que una añagaza. Aquel hombre les perseguía a ella y a Joey. A éste querían meterle en un orfanato o un hogar adoptivo; y a ella, la enviarían a una granja colectiva o a una escuela industrial.

Reunió todo su valor y miró a Nemetz directamente a los ojos.

—Mi hermano y yo estamos bien —declaró—. Yo puedo cuidar de mí misma. Y tenemos dinero suficiente para aguantar otra semana. Mientras tanto, escribiré a mi tía, que vive en Debrecen, y ella nos enviará más. Cuando termine la revolución, hablaré con el encargado de la carnicería donde trabajaba mamá, y él me dará trabajo. Quiero quedarme aquí, con mi hermano. No quiero que me obliguen a dejar esta casa.

—Yo no quiero que abandones tu casa —le aseguró el inspector —. Sólo necesito tu ayuda en un caso del que me ocupo.

—No es esto lo que dijo el otro detective —se obstinó la chiquilla—. Trató de llevarme a Jefatura.

Los cristales de las ventanas rotos habían sido reemplazados con cartulinas. De pronto, una súbita ráfaga de viento arrojó al suelo una de ellas. La niña la recogió, sacó un bote de pasta de un cajón y rápida y eficientemente volvió a colocarla en su lugar.

—Eres muy lista —observó Nemetz.

Mimi no contestó. Se quedó junto a la ventana, de espaldas al inspector. Del pote que se hallaba encima del infiernillo surgía un rumor sibilante.

—Creo que tu guiso necesita un buen meneo —sonrió Nemetz.

La niña corrió a destapar la ollita.

—¡Dios mío, por poco se quema! —miró a Nemetz con expresión de reproche, censurándole como autor de la pequeña catástrofe—. ¿Por qué no se va? —preguntó coléricamente.

—Me iré si antes me prometes escucharme.

La niña removió el guiso y añadió un poco de agua.

—De acuerdo —asintió.

En el feo rostro del hombre, con su larga cicatriz, haljía algo tranquilizador.

—¿Puedo sentarme? —preguntó el inspector, con la misma cortesía que si hablara con una verdadera mujer,

—Sí —gruñó la «mujercita». Al cabo de un momento de silencio, añadió con tono más amable—. Sí, por favor.

—Bien, como dije, necesito tu ayuda —explicó Nemetz—. Sí, soy detective y tengo que descubrir a un asesino. Al asesino de la mujer del suéter verde que estaba tendida en la esquina, delante de la panadería el sábado por la noche.

—¿Era una buena mujer?

La pregunta sonó en el umbral. El niño, con una chaqueta de cuero forrada de piel, debía llevar varios minutos allí. Tenía un semblante redondo y jovial, con el cabello muy rubio y unos ojos pequeños y muy negros. Su nariz estaba muy colorada y constantemente aspiraba con fuerza.

Nemetz apenas supo qué contestar.

—Bueno…, esto no importa. Aunque fuese mala, fue un crimen matarla.

—¿Quién la mató? —quiso saber el chiquillo, acercándose al inspector.

—Esto quiero averiguar.

—¿Por qué?

—Para castigar al criminal.

—A mamá también la mataron y nadie ha castigado a sus asesinos —masculló la niña, entrando en la discusión. Luego, miró a su hermano y añadió, casi sin respirar—: ¿Por qué no te suenas? Te

di un pañuelo, ¿verdad?

El niño sacó del bolsillo un pañuelo muy arrugado y procedió a sonarse solemnemente.

—A vuestra madre la mató la revolución —estableció Nemetz. Sabía que debía aclarar ciertos conceptos morales, de lo contrario no lograría la colaboración de la muchacha—. Una revolución es como una guerra. No es el individuo quien paga por sus crímenes, sino toda la nación.

La niña asintió y Nemetz continuó:

—Eres demasiado pequeña para acordarte de Hitler, pero habrás oído hablar de él. Su ejército y su fuerza bruta destruyeron prácticamente a todos los países de Europa. Al final, también las ciudades alemanas fueron destruidas, y murieron millones de personas.

—¡Esto es lo que también les ocurrirá a los rusos! —exclamó el niño.

—¡No seas rencoroso, Joey! —le riñó la hermana—. A mamá no le gustaría.

Nemetz creyó preferible volver a ocuparse de su asunto.

—Quisiera que tú me contases qué viste el sábado por la noche, pequeña. Tenemos varios sospechosos, y si tú me ayudas a encontrar al culpable, los inocentes podrán descansar tranquilos.

Mimi se sentó y cruzó las manos sobre sus rodillas.

—¿Quiénes son? —indagó, añadiendo rápidamente—. Bueno, los sospechosos.

—Uno es un zapatero, el otro un médico. Un jovencito… y aún hay otros.

La niña respiró hondamente.

—No vi que nadie la matase —respondió—. Ya estaba muerta cuando la volcaron allí.

—¿Volcaron? —preguntó Nemetz—. ¿A qué te refieres?

—Bueno, fue una mujer cao una carretilla. Una carretilla grande. Como las que usan los albañiles. La señora del suéter verde iba en la carretilla, y la mujer la venía empujando por la esquina de la calle, y luego la volcó junto a las demás. Después, volvió a marcharse con la carretilla.

—¿Una mujer? ¿Estás segura de que era una mujer?

—Sí.

—¿Te vio ella a ti?

—No lo sé. Yo me hallaba de pie en el portal del número 10. Es la casa contigua a la panadería. Antes de llegar la mujer, pasaron dos camiones cargados de rusos, de modo que me oculté en el portal. Estuve allí mucho tiempo. Yo… estaba terriblemente aturdida. Y asustada. Todavía no creía que mamá hubiese… hubiese muerto. Estaba tan… atontada…, que en realidad no recuerdo muy bien lo que pasó.

—Pero te acuerdas de la mujer de la carretilla.

—Sí. Luego me dormí y tuve pesadillas. Pero ella no fue un sueño sino algo real. Igual que los camiones rusos.

—¿La reconocerías si volvieras a verla?

—Creo que sí.

—¿Era baja y regordeta? —preguntó Nemetz.

Pensaba en la señora Bartha.

—No —negó Mimi—. Era alta, y no tenía nada de gorda. Tampoco era delgada. Una mujer corriente. No llevaba abrigo ni chaqueta. Oh, sí…, llevaba un delantal. Encima del vestido.

La descripción eliminaba a la señora Bartha y a Tiny, pero dejaba dentro del cuadro a la sobrina tuberculosa y a Alexa Mehely.

—¿Querrías acompañarme? —preguntó Nemetz—. Tengo un auto en la esquina. Te llevaré a casa del zapatero, donde verás a varias personas y tal vez reconocerás a la mujer.

Mimi vaciló unos instantes.

—Primero debo darle a Joey la comida. Mamá Siempre quería que comiese a las horas debidas.

—¡Y también decía que no debías ir nunca con desconocidos! —chilló el niño.

—No seas tonto —se burló su hermana—. Este señor no es un desconocido, sino un detective.

—Está bien —se conformó el chiquillo. Al cabo de unos momentos, volvióse hacia Nemetz para preguntarle—: ¿Podría ir en el coche yo también?

De este modo, el inspector se enteró de que, después del escrutinio a que le habían sometido ambos niños, éstos le consideraban persona de fiar.

Primero visitaron a los Bartha. Kaldy y el niño se quedaron en el coche, mientras Nemetz se llevaba a Mimi, cogida de la mano, llamando a la puerta de la tienda. Fue también la mujer la que abrió. Bartha surgió de detrás del armario, que se hallaba delante de las camas. La sobrina estaba en el sofá como en la otra ocasión, si bien ahora tenía una revista en la falda.

Nemetz le pidió a Bartha que encendiese la luz, y obligó a ambas mujeres a situarse bajo la bombilla desnuda, frente a Mimi. La niña, con la frente arrugada profundamente y los labios muy apretados en honda concentración, las contempló atentamente durante dos minutos largos. Luego, volvióse hacia Nemetz y lenta, pero autoritariamente, sacudió la cabeza.

Nemetz les dio las gracias a los Bartha por su colaboración y se marchó con la niña.

—¿Estás absolutamente segura de que no fue ninguna de esas dos señoras? —le preguntó a Mimi, ya en el coche.

—Sí, lo estoy —afirmó la chiquilla—. Aquélla era mucho más alta y muy distinta de esas dos. Parecía una verdadera señora. No lo digo por sus ropas…, pues no llevaba ninguna prenda bonita o elegante, sino un vestido feo con el delantal, sino porque… porque parecía una señora.

—¿Qué edad debía tener?

—Oh…, era muy vieja —repuso Mimi—. Al menos, tanto como mi abuela.

—¿Qué edad tiene tu abuela? —quiso saber Nemetz.

—¡Al menos cien años! —exclamó Joey, sin poder contenerse.

Mimi le miró con severidad.

—¡No seas tonto! ¡Sólo tiene cincuenta y cinco!

Miércoles, 31 de octubre

A las ocho y media de la mañana, Nemetz llamó al timbre del apartamento de los Halmy. Tocó tres veces. Al fin, oyó cómo alguien hurgaba con la cadena de seguridad, y la puerta se abrió. Ataviada con una bata de lana de color azul de Londres, con el pelo atado en la nuca por medio de una cinta, Alexa Mehely se enfrentó con el inspector en el umbral. Parecía enfadada y soñolienta.

—Oh, usted otra vez —exclamó a modo de saludo.

—Sí —asintió Nemetz—. ¿Podría hablar un momento con el doctor? —antes de que ella respondiese, añadió rápidamente—: Llamé al hospital y me dijeron que pasó la noche en casa.

—En efecto —escupió ella las palabras, más despierta y furiosa a cada segundo transcurrido—. Por primera vez en una semana. Aún duerme y no pienso despertarle.

—En tal caso, aguardaré a que se despierte.

—Como guste —respondió Alexa, a punto de pegar un portazo en las narices de Nemetz. Luego, lo pensó mejor—. Está bien, entre. Ahí fuera hay mucha corriente de aire. Es mejor que espere en el vestíbulo.

—Gracias —articuló el inspector, entrando en el apartamento.

—Siéntese, por favor —indicó ella una silla.

El inspector no tomó asiento, pues de hacerlo, ella habría tenido libertad para dejarle solo.

—¿Dónde está Tiny? —indagó.

Ella le dirigió una mirada en blanco.

—¿Quién? —entonces se acordó—. ¿Se refiere a la criada? Se ha ido. El domingo. Después de hablar usted con ella. Debió de asustarla —agregó con una leve sonrisa—. El doctor tiene sus señas por si necesita usted ponerse en contacto con ella. Estoy segura de

que le encantará volver a verle —al observar que Nemetz ignoraba el sarcasmo, continuó—: ¿Qué quiere usted del doctor? Tal voz yo pueda ayudarle, y de esta forma no tendrá que esperar.

—No me importa.

Ella se encogió de hombros y se internó por el largo túnel que conducía a la cocina y los dormitorios. Durante más de media hora nada se agitó en el apartamento.

—Ya se ha despertado —anunció Alexa finalmente, volviendo al vestíbulo—. Pero no permito que se levante. Necesita reposo. Entre usted y hable con él mientras le preparo el desayuno.

El doctor Halmy, con pijama, el cabello alborotado todavía, se hallaba sentado en la cama conyugal. No había ninguna duda respecto a las dos partes de la cama en que habían dormido, pues la almohada del otro lado también permanecía arrugada. Una puerta del armario estaba abierta y Nemetz observó que había pocas prendas femeninas colgadas, distintas además de las que viera el domingo por la mañana. Todos los objetos personales y de tocador pertenecientes a te» Halmy habían desaparecido del tocador y el armario.

Las ropas cuidadosamente dobladas se hallaban sobre una silla. El ambiente olía a limpieza probablemente a causa de algún aceite o crema de baño, y un perfume penetrante y acre.

—¿No es un poco temprano, inspector, para una visita social? —le saludó Halmy.

—Temo que sí —sonrió Nemetz—. Digamos, pues, que se trata de una visita de negocios. Tengo que formularle algunas preguntas. Pero, si no le molesta, prefiero aguardar a la señorita Mehely. Seguramente, podrá ayudarme también.

Zoltan Halmy enarcó una ceja, mas no replicó. Conectó la radio y ambos escucharon un nuevo boletín de noticias dado por el Gobierno. Las últimas unidades rusas mecanizadas estaban a punto de abandonar Budapest durante la mañana, anunció el locutor, pidiendo a la población que se abstuviese de provocar incidentes, dejando que los rusos se retirasen en paz.

—Esperemos que sepan lo que dicen —observó Nemetz—. Al salir de casa, los tanques rusos todavía seguían estacionados frente al Parlamento.

—Tienen que irse —masculló Zoltan—. No pueden desafiar a la

opinión mundial. Su farol ya ha terminado.

—Temo que a los rusos les importa un bledo la opinión mundial —replicó Nemetz—. Occidente permitió que levantaran un telón de acero impenetrable en torno a su esfera de intereses, pero ahora los húngaros han conseguido hacer un agujero en dicho telón. El camarada Kruschev sólo tiene una preocupación por el momento: remendar ese agujero, a toda costa. Un Occidente enojado no le molesta, pero sí el agujero en el telón.

Entró Alexa con el café, tostadas y tres tazas con sus correspondientes platillos en un carrito de servicio.

—¿Tomará una taza de café con nosotros? —le preguntó al inspector con tono festivo—. Un buen café.

Los tres formaban un cuadro extraño, sentados como tres viejos amigos en el dormitorio desordenado, pensó Nemetz.

—Gracias, no acierto a rechazarlo. Huele muy bien.

—¿Tostadas y confitura? —siguió ella—. La confitura es realmente maravillosa. Hecha en Escocia. Al menos, esto dice el frasco. ¿Cómo posees tales tesoros?

—Deberías de preguntárselo a Anna —repuso Zoltan, encogiéndose de hombros—. Claro que ahora ya nunca lo sabremos.

En su tono había cierto reto, sin duda dirigido a Nemetz.

—Pregúntenselo a Imre Kelen. Ella lo sabe —afirmó el inspector. Luego, volvióse hacia la joven— Bien, creo que podría comerme una tostada.

El doctor soltó la cucharilla.

—¿Quién es Imre Kelen? —preguntó.

—¿No lo sabe? —Nemetz le dirigió una mirada de asombro—. Uno de los enlaces de su difunta esposa en el mercado negro.

Halmy frunció el ceño.

—Por lo visto, se ocupa usted a fondo de este caso, inspector. Está descubriendo cosas que yo no sabía. Aunque naturalmente, la compra no entraba en mis funciones. Y sinceramente, no comía tan a menudo en casa como para darme cuenta de la variedad de los platos. Tal vez la comida fuese terriblemente mala. Anna era una cocinera malísima y Tiny no era mucho mejor —suspiró y miró a Alexa—. ¡Ni ésta tampoco!

—Temo que tengas razón —sonrió la muchacha.

—Siempre elijo a las peores mujeres —continuó Halmy—. Alexa

es muy mala cocinera y una terrible ama de casa. Desordenada. Sin sistema. No sé cómo viviré a su lado.

—¿Piensa usted llevar esta casa, señorita? —preguntó Nemetz.

—Sí. Me trasladé ayer. ¡Y soy muy feliz! La intimidad es el gran invento de la civilización. Cosa que jamás tuve antes. Compartía un apartamento con nueve personas. Mi habitación daba al cuarto de baño. Algunas parejas se bañaban juntas para ahorrar agua caliente. ¡Jesús! Esto es una bendición.

—Es una suerte que no crea usted en fantasmas, señorita Mehely —observó el inspector.

Ella le contempló un segundo y lentamente dejó la taza.

—¿Opina que es una cosa horrible que yo duerma en la misma cama de una mujer que murió hace cuatro días? —preguntó calmosamente.

—No. Aunque algunas personas tal vez lo pensaran.

—Naturalmente, cambié las sábanas —sonrió ella burlonamente —. Hallé dos docenas de sábanas norteamericanas en un cajón. Sin estrenar, envueltas todavía —se puso de pie y cogió la taza del inspector—. ¿Un poco más de café?

No engañaba a Nemetz, el cual comprendía que la joven estaba creando deliberadamente la impresión de ser dura y depravada. La información que Kaldy había logrado desenterrar sobre su pasado era bastante perjudicial para sostener esta impresión. Sin embargo, a Nemetz le parecía una chica que, en un súbito estallido de resentimiento contra el mundo de los mayores, les arrojaba guijarros, mientras que por debajo de su actitud impúdica apenas conseguía ahogar los sollozos de una niña asustada.

Y el reciente viudo, con su pijama de seda de China, guardado para las ocasiones especiales, los cigarrillos fumados en cadena y heredados de la esposa muerta, no era tan deshonesto, tan diabólico, como quería aparentar. La primera noche en aquel lecho amplio y blando no había sido una aventura terriblemente camal, como parecía indicar el estado arrugado de las almohadas, sino el abrazo medroso de la pareja Hánsel y Gretel asustados por la bruja malvada.

—No, gracias —repuso Nemetz, levantándose—. El café es delicioso, pero es preferible que me ocupe de mis asuntos. Como dije antes, he de formular algunas preguntas —calló un instante y

continuó—: Hemos recibido la información de que el cadáver de la señora Halmy fue llevado a la esquina de Perc Koez en una carretilla.

El doctor se irguió al instante.

—¿En una carretilla? —repitió con incredulidad.

—Por una mujer —manifestó Nemetz—. Una mujer de elevada estatura y cierta edad, que llevaba un delantal. Nuestro informante cree que tenía todo el aspecto de una dama. ¿No recuerda a nadie que concuerde con esta descripción?

Nemetz esperaba que el médico reaccionase con la alarma del criminal cuyo cómplice ha sido descubierto, pero sólo observó en la juvenil cara del cirujano una expresión de auténtica extrañeza.

—No —musitó Halmy—. ¿Está seguro de que su informante no trata de engañarle, o está borracho?

—No. Se halla completamente sereno —rió Nemetz.

—Una anciana que parece una dama y va de noche por las calles transportando personas muertas en una carretilla. —Halmy sacudió la cabeza—. Lo siento, inspector… esto me parece muy raro.

—Ya le pregunté si la señora Halmy tenía enemigos —recordó Nemetz tras una pausa—. Usted no nos ayudó y tuvimos que investigar por nuestra cuenta. Bien, hemos hallados a dos hombres.

Halmy no pareció interesado.

—¿De veras? —cogió su paquete de cigarrillos.

—Hemos interrogado a Bartha y Klein… y les hemos declarado inocentes.

—¿Quiénes son?

Era obvio que el médico oía aquellos nombres por primera vez.

—Zapateros los dos. Y ambos clientes de su esposa.

—Querrá decir que ella era parroquiana de VII ambos —le corrigió Halmy.

—No, al revés.

En pocas palabras, Nemetz explicó las actividades de la señora Halmy en el mercado negro.

—No tenía la menor idea de todo esto —Halmy parecía sinceramente asombrado—. Naturalmente, debí comprender que no podía comprar tantas ropas y cosméticos con mi sueldo. Pero me aseguraba que lo conseguía todo por intermedio de su padre, a precio de fábrica. Y esto me satisfizo. Durante años, yo estuve

viviendo mi vida y ella la suya. Tal vez me negaba a hacerle preguntas, por miedo a que las contestase —hizo una ligera pausa y nerviosamente apagó su recién encendido cigarrillo—. Debe de saber usted, inspector, que soy un débil y un cobarde.

—¿No lo somos todos acaso? —Nemetz se puso de pie—. Bien, será mejor que me marche. De modo que, realmente, no conoce a ninguna mujer que concuerde con la descripción de la que empujó la carretilla aquella noche.

—Lo siento, pero en esto no puedo ayudarle. Además, todo el asunto me parece prefabricado, muy estilo Edgar Poe —añadió Halmy.

Tanto él como Alexa se sentían aliviados de que la visita tocase a su fin. El apretón de manos de Halmy fue vigoroso y cálido, y Alexa volvió a ser la graciosa y amable anfitriona. Acompañó al inspector a la puerta del piso y le agradeció la visita. Pero Nemetz estuvo seguro de que tan pronto como él desapareciese, la joven correría hacia el dormitorio para abrazar fuertemente a su amante y tal vez llorar a su lado.

Mientras descendía de la escalera Nemetz mantuvo la vista fija en los sucios peldaños, como esperando hallar en ellos una pista. Esto le recordó a su abuela, que siempre andaba de este modo, vigilando el suelo con la esperanza de encontrar un tesoro, o al menos un par de guantes, un pañuelo o unas monedas.

Si alguien le hubiese preguntado qué buscaba exactamente no habría podido dar una respuesta satisfactoria. Habría sido una tontería pensar que detectaría una evidencia de importancia en una escalera por la que habían pasado varios centenares de pies desde el sábado por la noche. Pero al llegar al final y echar una ojeada hacia el patio de la casa, amplio y rectangular, divisó algo que le dejó clavado en el sitio.

Se trataba de un cajón de arena y un montón de ladrillos nuevos. Estaban reconstruyendo un apartamento de la planta baja, con vistas al patio, y una de las ventanas estaba siendo reemplazada por una puerta. No había ninguna carretilla a la vista, aunque debía de existir alguna, ya que todas las herramientas necesarias para tales obras se hallaban donde los obreros las habían dejado.

Buscó el cuchitril del portero y lo halló, en el lugar de costumbre en todas las casas de Budapest: junto al último rellano, frente a la escalera. Desde las sombras de su cubículo, el portero podía observar todas las actividades del inmueble, a los visitantes que entraban y salían, y las cartas y paquetes entregados.

Nemetz llamó a la puerta, y poco después apareció una mujer alta que, por un motivo desconocido, le recordó a un álamo desnudo por una tormenta. Cuando se presentó y añadió que deseaba ciertos informes relativos a unos inquilinos de la casa, la mujer pareció trastornada y poco dispuesta a hablar. Su actitud sorprendió a Nemetz, porque siempre encontraba a las porteras y sus familias dispuestas a hablar. Asimismo, no logró alejar la idea de que no era la primera vez que veía a aquella mujer. Su voz también le resultaba familiar: profunda, algo ronca, y sin embargo melodiosa y con un acento levemente extranjero.

La cocina servía también de salón y comedor para la familia. Que la mujer tenía familia lo dedujo el inspector por la gran cantidad de platos y copas sucios en el fregadero. Una puerta que daba a otra estancia se hallaba entreabierta. Y a través del resquicio, Nemetz distinguió dos camas sin hacer.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó a la mujer—. Me gustaría tomar unas notas.

Ella no contestó, limitándose a señalar con una mano mugrienta una de las sillas en torno a la mesa de cocina.

—¿Puedo sentarme? —repitió el inspector.

—Claro está —sonrió ella, sentándose también—. Perdone si estoy tan confusa. Estoy demasiado sorprendida. ¡Un policía que emplea frases corteses! No me había ocurrido en muchos años. ¿Es la revolución o es su costumbre, inspector?

¡La voz! Nemetz continuaba diciéndose que no se armonizaba con una portera. Era demasiado culta, demasiado alambicada. Se acomodó en una silla.

Aunque sólo había una bombilla encendida en el techo, iluminaba bastante a la mujer para que Nemetz pudiera estudiarla a placer. Tendría de cincuenta a sesenta años, y su cuerpo era aún delgado y erguido. Su rostro debió de ser bello en tiempos pasados: unos huesos perfectos bajo una tez aún poco arrugada. sólo manchada por leves pecas y lunares. Sus ojos poseían el color y la

suavidad del terciopelo marrón, aunque se hallaban bajo unos párpados gruesos y cansados. En torno a su mentón y encima de la boca había una ligera vellosidad resuelta y retadora. Su cabello se tornaba gris. Peinado en forma de aureola, lo llevaba extremadamente limpio y recortado, considerando el resto de su sucio aspecto. No llevaba un vestido sino una especie de túnica larga, abrochada por la espalda. Sin duda era una mujer nerviosa, casi asustada, aunque no de manera truculenta como suelen estarlo las mujeres de su clase. Dominaba completamente las inflexiones de la voz, sus gestos, sus reacciones, si bien sus respuestas siempre eran dadas tras un momento de vacilación, y con cierto temblor en las notas altas.

Nemetz le pidió una breve descripción de todos los habitantes del inmueble y, en relación con los Halmy se enteró de que, si bien el doctor era considerado con indiferencia o amabilidad, los Toth y los Zloch eran odiados por todo el mundo. Especialmente Toth que, como representante del bloque, molestaba constantemente a todos los inquilinos. Cuando el inspector empezó a interrogar a la portera respecto a las relaciones entre los Toth y su propia familia, se puso visiblemente nerviosa.

Nemetz estaba ya casi seguro de que había descubierto a la dama anciana del delantal. No le había preguntado aún el nombre porque deseaba adivinarlo. Se trataba de un juego que emprendía a veces para saber si aún podía confiar en la agudeza de su memoria. Al no lograr recordarlo, abandonó el juego.

—Señora Moller —repuso ella—. Señora de Rudolf Moller.

De repente, el inspector supo quién era, aunque ella había tratado de engañarle diciéndole solamente la mitad del nombre. En realidad, se trataba de la señora de Rudolf Maray-Moller, y la había conocido siendo él un joven detective destinado a la asistencia a las fiestas y recepciones del *haut monde* de Hungría. Fue durante los años veinte, cuando la corteza superior ya se había recuperado de las heridas de guerra y las sucesivas revoluciones, hallando una existencia de seguridad y paz, falsas a todas luces. Escogieron a Nemetz porque, a pesar de la cicatriz de su rostro, no le sentaba mal el smoking, y poseía buenos modales y gran rapidez mental para

manejar cualquier situación delicada o peligrosa.

Nemetz solía encontrarla en las ocasiones brillantes en que él tenía que figurar en su capacidad de sabueso. La mujer siempre llegaba en el momento oportuno, cuando su tardanza todavía resultaba un lujo y no una rudeza, exquisitamente ataviada, envuelta en pieles de marta o chinchilla, y unas joyas fabulosas. Iba acompañada por su guapo marido, y se veía alabada por todos los caballeros, los distinguidos, los célebres, los advenedizos y los oscuros.

A Nemetz le gustaba más que todas las damas cuyas joyas y seguridad estaba encargado de vigilar. Era la única que siempre le dirigía la palabra o, al menos, un saludo. Si él asistía a una fiesta dada en su casa, la mujer procuraba personalmente que estuviese bien atendido y comiera a gusto.

Después de 1924, trasladaron a Nemetz a la Brigada de Homicidios, con lo cual pudo guardar el smoking y el abrigo de gala, y apenas volvió a ver a la dama, si bien continuó *au courant* de su actividades gracias a la Prensa, las columnas de chismes de sociedad, y los rumores ciudadanos. Uno de los reyes destronados de Europa empezó a frecuentar Budapest a causa de ella. En 1930, le dio a su marido una hija, Margit, y en 1933, dos gemelos, Miklós y Mihaly. Ambos bautizos, el de la niña y el de los chicos, se contaron entre las ceremonias más importantes de aquellos años, habiendo asistido el Regente y su esposa, el archiduque con la archiduquesa, la aristocracia con sus familias, y el rey destronado sin su reina.

Durante un segundo, Nemetz sintióse tentado a preguntarle el motivo de su descenso desde Catle Hill al cuchitril de un portero, pero calló a tiempo. Obviamente, la mujer prefería guardar silencio, y él tenía que respetar tal deseo. Además Nemetz ya estaba familiarizado con los elementos básicos de la historia.

Rudolf Maray-Moller era medio judío, por lo que su caída en desgracia empezó en 1938 cuando perdió sus acciones austríacas a causa de Hitler. El resto de su imperio industrial se lo anexionaron los nazis en los años siguientes. Rudolf estuvo preso en Dachau desde junio de 1944 hasta la llegada de los norteamericanos. En aquel momento, tuvo que escoger entre instalarse en Occidente o regresar a Hungría. Eligió la patria. Durante el asedio habían casi

destruido su casa, si bien sus Renoir, Van Gogh, Utrillo y Modigliani, no habían sido milagrosamente dañados. Con el corazón sangrando, se separó de ellos y empezó a reconstruir su hogar y su vida. El año 1949 se hallaba en otro campo de concentración. Esta vez no como judío, sino como capitalista. Desde entonces, nada había vuelto a saberse de él. En realidad, era probable que hubiese muerto. Lo mismo debía de pensar su esposa que, al fin y al cabo, no había huido antes del diluvio con su rey, sino que había permanecido leal a su esposo. Y ahora, estaba sentada delante de Nemetz, en una cocina infestada por las cucarachas, con el rostro tiznado, los dedos encorvados por el artritismo, y su mentón aristocrático arruinado por una leve vellosidad bastante plebeya.

—He oído decir, señora Moller —comenzó Nemetz a interrogarla—, que sus hijos y su marido no tenían mucha simpatía hacia los Toth.

Naturalmente, nadie se lo había dicho.

—Cierto.

—¿Por qué? ¿Qué tenían contra ellos?

—En realidad, nada. Bueno, fue Toth quien inició las hostilidades —no había llamado a Toth ni «señor» ni «camarada»—. Supongo que no le gustaba que mis hijos gemelos trabajasen en la misma fábrica que él. La fábrica «Veritas Leather». Oh, anteriormente ya habíamos chocado con él. Desde que vinimos a esta portería en 1952. Era el representante del bloque y, en calidad de tal, tenía derecho a… bueno, a olisquear en todo. ¿Estaba bien fregada la escalera? ¿Vaciamos los cubos de basura a la hora indicada? ¿Espiábamos a los visitantes de cierto inquilino? —calló y añadió rápidamente—. No se trataba de nada grave. Nosotros procurábamos evitar todo motivo de fricción, para que la situación no empeorase.

Nemetz observó que la mujer ansiaba quitarle importancia a la tensión existente entre ambas familias. Guardó silencio unos instantes y él tuvo que animarla a continuar.

—Adelante, señora Moller.

La mujer respiró profundamente.

—Todo fue bien hasta que mis dos chicos entraron a trabajar en

la fábrica «Veritas». De esto hace dos años. A partir de entonces, Toth se mostró realmente… —calló.

—¿Realmente…? —la alentó Nemetz.

—Realmente determinado a echarnos de esta casa y a los muchachos de la fábrica. Durante un tiempo no lo consiguió. Aun cuando fue ascendido a encargado. El capataz de los chicos les tenía mucha simpatía y siempre daba la cara por ellos. Pero finalmente, Toth venció. Los acusó de sabotaje. Exhibió media docena de testigos falsos, y el tribunal sentenció por fin a mis mellizos a dieciocho meses de trabajos forzados. Llevaban allí catorce meses cuando fueron liberados por los revolucionarios.

—¿Por qué los odiaba Toth? —quiso saber Nemetz.

La señora Moller se encogió de hombros.

—No lo sé. Por lo visto, los chicos descubrieron algunas irregularidades en la fábrica. Pero esto sólo es una suposición mía —añadió rápidamente—. Los muchachos nada me dijeron.

A Nemetz le hubiese gustado acariciarle la estropeada mano, mas de pronto recordó quién era él y quién era ella: un policía y una presunta cómplice, y detuvo el gesto.

—Lo siento —prosiguió ella—, ya sé que esto suena a maternal. Estas cosas, me refiero a las falsas acusaciones y sentencias irregulares, son cosas cotidianas. Producto de la época en que vivimos. Hay jefes aún peores que Toth. Nosotros, los chicos y mi marido, jamás le guardamos rencor —su voz adquirió cierta fiebre —. ¡Ya lo hemos olvidado todo! En realidad, no sé por qué lo he contado ahora. Tal vez por miedo a que usted averiguase lo de la sentencia y obtuviese una falsa impresión de mis hijos. Son unos chicos estupendos, muy inteligentes, de gran talento. Es una lástima que hayan de ser obreros. Tal vez ahora, si ganamos, bueno, si triunfa la revolución, podrían continuar sus estudios. Aún son jóvenes, pues sólo tienen veintitrés años. Llevaban ya dos semestres en el Politécnico cuando… —calló de nuevo, temiendo haber dicho demasiado.

Nemetz había planeado marcharse y volver con Mimi, pero ahora estaba seguro de que aquello no era necesario. Lo que realmente delataba a la señora Moller era aquello que ella esperaba engañase a Nemetz: su afán por demostrar que no existía ninguna animosidad por su parte, ni la de sus hijos, en contra de los Toth, y

que los catorce meses pasados en el campo de concentración no habían dejado huellas de amargura en los jóvenes ni en sus padres.

—¿Dónde están ahora los Toth? —quiso saber. ,

—No tengo idea. Desaparecieron cuando estalló la revolución.

—¿Y la señora Halmy?

La mujer le dirigió una mirada de sorpresa.

—La mataron. La mataron los rusos delante de la panadería de Bozsan.

—¿Qué obras están haciendo en el patio? —Nemetz cambió bruscamente de tema.

Ella le miró fijamente, tratando de comprender la trampa.

—Oh… —exclamó finalmente—, se trata de un apartamento que van a dividir en dos, pero los obreros no han aparecido por aquí desde que empezó la revolución.

—¿No dejaron ninguna carretilla?

La portera palideció visiblemente.

—No sé… no lo he mirado.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está… qué?

—La carretilla. ¿Dónde la dejó usted el sábado por la noche?

—No… no sé a qué se refiere —tartamudeó ella.

Nemetz se puso de pie, rodeó la mesa y se enfrentó con la señora Moller.

—Sabe usted muy bien a qué me refiero, señora.

No le gustaba aprovecharse del trastorno de los sospechosos. La amarga verdad era que, a pesar de la compasión que experimentaba en la mayoría de casos, siempre extraía cierta satisfacción, cierto placer de tales momentos. Era como el cazador de zorras que ahorra crueldad hacia los animales, y no obstante no dejaría de matarlos por nada del mundo.

—Señora Moller —continuó—, alguien la vio. Usted llevó el cadáver de la señora Halmy hasta la esquina de Pere Koez y lo dejó allí. En sí, esto no es ningún acto criminal. No sabemos quién la mató. También podía haberlo hecho usted.

La mujer se puso rápidamente de pie.

—¡Oh, no, no! —chilló.

—U otra persona. Tenemos que averiguarlo, y usted podría ayudarnos confesando todo cuanto sabe.

—¡Yo no la maté! —gritó la mujer—. Yo… la encontré muerta… la hallé muerta, sí, en la escalera. ¡Estaba muerta, inspector! ¡Tiene usted que creerme! ¡Estaba muerta!

Su voz contenía la impaciencia chillona de un timbre telefónico.

—La creo, señora Moller —concedió Nemetz—. Cuénteme sólo todo lo que sepa. Dice que la encontró. ¿Cómo y cuándo?

—Bueno, la encontré y estaba muerta. Es todo lo que puedo decir.

Nemetz meneó la cabeza.

—No. Puede decirme mucho más. Por ejemplo, ¿dónde estaba usted el sábado? ¿Cuándo vio viva por última vez a la señora Halmy? ¿Cuándo habló con ella por última vez? Descanse… Si lo único que hizo fue coger su cadáver y transportarlo hasta la esquina, no tiene nada que temer.

La mujer le miró con una sonrisa fatigada y tomó asiento.

—Fui a ver a mi hija —empezó a contar—. Vive en Budaorsi, y tiene dos niños pequeños. Estaba preocupada por ella, pues sabíamos que casi todas las casas de aquel barrio habían sido alcanzadas por las balas. El sábado por la mañana no pude aguantar más la incertidumbre. Crucé el Danubio por el Puente de la Cadena… no lo creerá usted, en un tanque ruso. Estaba tan desesperada que me acerqué al tanque y pedí que me llevasen. Hablo ruso, lo bastante para hacerme entender. Los muchachos eran muy jóvenes; uno tenía el mismo cabello rubio que mis mellizos. ¿No es una pena que tengan que estar en bandos contrarios cuando básicamente todos son iguales? Bien, pasamos el puente y ellos se dirigieron a la Facultad de Agricultura a luchar contra los estudiantes. Al fin, llegué a casa de mi hija. Ella y los niños estaban bien. Aunque llevaba varios días sin ver a su marido; lo último que sabía de él era que peleaba con el grupo de la plaza Zsigmond. El vecindario estaba tranquilo, aparte del tiroteo en la Facultad, a ocho manzanas de distancia, de modo que dejé a mi hija y regresé. Esto fue un poco después de las seis. Quería estar de vuelta por si acaso venían los chicos. Me olvidaba decirle que se han unido a un grupo rebelde. Les supliqué que no hicieran tal cosa, mas no me escucharon. Se marcharon el miércoles. El viernes a mediodía estuvieron aquí, mas sólo para cambiarse de ropa. Desde entonces no he vuelto a verles. Les aguardaba el sábado porque oí decir que

algunos grupos se habían deshecho, ya que no quedaban rusos en todo el distrito. Algunos muchachos regresaron a sus casas, y otros se unieron a la Guardia Nacional. Los demás han huido a Austria.

—¿Y su esposo? ¿Dónde está? —quiso saber Nemetz.

—Oh, por toda la ciudad. Hablando con la gente. Buscando a los antiguos amigos. Para él, la revolución era un tiro en un brazo. Yo estaba preocupada por él. Durante los últimos años se mostró aletargado, atontado, abatido… Estaba sentado el día entero en un rincón, sin hacer nada, mirando al vacío. Ahora ha vuelto a recobrar los ánimos.

—¿Dónde estuvo el sábado por la noche?

—Tendrá que preguntárselo a él. Sólo sé que pasó parte de la noche con un tal Laaci Tarjan. Los rusos le mataron a su único hijo. Estaba tirando ladrillos contra un tanque. Tenía trece años. Mi marido no volvió a casa hasta el domingo por la mañana.

—¿A qué hora regresó usted el sábado por la tarde?

La señora Moller se puso de pie y se acercó al fogón, donde se calentaba un pote con agua y añadió unos carbones al fuego. Era un gesto innecesario, ya que las llamas eran vivas y brillantes. Sin duda, deseaba ganar tiempo, pues había llegado al punto crucial de su historia.

—Bueno —reanudó finalmente al volver a sentarse, esta vez en su decrépito sillón—, debían ser las nueve y media. El regreso no fue tan sencillo. Aunque al aproximarse al puente Margit tuvo un poco de suerte. Logré subir en otro vehículo, una ambulancia de la Cruz Roja, Iban hacia el hospital de San Rokus, y me dejaron en la esquina del bulevar. Desde allí, no tuve preocupaciones, aparte de que estaban apagados todos los faroles de esta calle. Se encendieron más tarde, pero cuando llegué a casa estaban apagados. El portal estaba cerrado debido al toque de queda, pero llevaba la llave. Abrí y empecé a cruzar el vestíbulo a tientas cuando tropecé con algo. Lo recogí y comprendí que se trataba de un bolso de señora. Una vez ya aquí dentro, encendí una vela y vi que era el bolso de la señora Halmy. Se lo había visto muchas veces. Me pareció raro que lo hubiese dejado caer en el vestíbulo, de modo que salí con la palmatoria y hallé el cadáver —acabó con un encogimiento de hombros.

—¿Y luego qué ocurrió? —la apremió Nemetz.

—La metí en la carretilla y la llevé a la esquina de Perc Koez, donde la dejé. Luego, escondí la carretilla en el sótano.

—¿Por qué a Perc Koez?

—Me imaginé que la recogerían junto con las demás.

—Un momento, señora Moller —Nemetz se puso de pie—. Usted ha dicho que salió de casa por la mañana. Y a las otras cuatro mujeres las mataron el sábado por la tarde. ¿Cómo sabía que estaban si estuvo fuera todo el día?

Una sonrisa triunfal iluminó el rostro de la portera.

—Oh, ya le dije que la ambulancia me dejó en la esquina. Pasé por delante de las mujeres asesinadas al volver a casa.

—La calle estaba a oscuras. O al menos, eso dijo usted.

—Nuestra calle, sí. No la Perc Koez. Allí las luces estaban encendidas.

—¿Sabía que se trataba de unas víctimas de los rusos?

—Entonces no. Sólo divisé a cuatro mujeres muertas en la acera. No fueron las únicas que vi el sábado. La ciudad estaba llena de cadáveres. Usted lo sabe igual que yo.

Nemetz se le aproximó.

—Señora Moller, usted llegó a su casa desde el otro extremo de la ciudad. Realizó un viaje peligroso. Pero inmediatamente se dispuso a correr otro riesgo aún peor. ¡De noche, después del toque de queda y con una mujer muerta en sus manos!

—No inmediatamente. Tardé algún tiempo en decidir qué podía hacer —ella le devolvió la mirada y su semblante adquirió la severidad de una mascarilla—. Primero, pensé no hacer nada hasta que mi marido regresara a casa.

—¿Y los gemelos? ¿Estaban aquí?

—No, claro que no. ¿Le dije lo contrario? No los he visto desde el viernes.

—Sí, lo recuerdo —asintió Nemetz.

—Y vuelvo a repetírselo —la mujer parecía hostil por primera vez—. Les esperé levantada todo el sábado por la noche. Pero no supe ni una palabra, nada. No tengo la menor idea de dónde están ahora. Por lo que sé, igual pueden haberse ido a Occidente. Conecté con radio Europa Libre, esperando un mensaje suyo, como lo han hecho los que han cruzado a salvo la frontera.

—¿Cree posible que se hayan ido sin despedirse de usted?

—Señor Nemetz —repuso ella con irritación—, cuando uno huye no tiene tiempo de despedirse. Esto sólo se ve en el cine.

Nemetz guardó silencio. La aceptación de la huida de los muchachos por parte de la madre era algo más que una suposición.

«Cuando uno huye», había dicho. Evidentemente, suponía que había huido. Suponía que habían matado a Anna Halmy en venganza por los catorce meses transcurridos en el campo de concentración.

—Por qué no dejó el cadáver donde lo encontró? —inquirió tras una pausa.

—No podía —ahora, la mujer se expresaba nerviosamente—. Yo soy responsable de las condiciones de este inmueble. En tiempo normal, habría llamado a una ambulancia. Pero ni pensé en ello. Sólo quería sacarla de casa. Aquí viven varios niños. No quería que los pequeños bajasen por la mañana y hallaran un cadáver en la escalera.

—Pero se lo contó al doctor Halmy ¿verdad?

Ella le miró fríamente.

—Creo que no estaba en casa.

—¿Está segura? ¿Llamó a su puerta?

La mujer se repantigó en su sillón.

—¿Qué más quiere de mí, inspector? Juro que no le hice el menor daño a la señora Halmy. La encontré muerta. La llevé a un sitio donde yo sabía que la recogerían. Nada más.

—¿No intentó llamar al doctor Halmy al hospital?

Ella meneó la cabeza.

—Fue un error. Todos cometemos errores.

Hubo un largo silencio. La mujer se frotaba la frente y miraba medrosamente a su alrededor. Su mirada acabó por posarse en los platos sucios del fregadero. Frunció el ceño como si los viera por primera vez.

—Este cuchitril está hecho una leonera —rió nerviosamente—. Quería asear esto un poco antes de llegar usted. Como ve… —no terminó la frase como comprendiendo que los platos sucios no eran el problema más urgente por el momento—. ¿Qué más, inspector? —añadió en desafío.

Nemetz se puso el abrigo y enrolló la bufanda en torno a su cuello.

—Temo que tendrá que venir conmigo, señora Moller.

La mujer fue al fregadero y empezó a restregarse las manos con piedra pómez.

—Me lo imaginaba —asintió. Volvióse hacia él—. ¿Puedo dejarle una nota a mi marido? No sabría dónde estoy y…

—No es necesario —replicó Nemetz—. Uno de mis muchachos le esperará aquí y lo acompañará a mi despacho.

—Entiendo —sonrió ella fatigadamente.

Empezó a desatarse el delantal. Una vez se lo hubo quitado, sacó un abrigo de piel de camello del armario y permitió que Nemetz la ayudara a ponérselo. Después, sacó un bolso de un cajón de la cómoda.

—¿Qué hizo con el bolso de la señora Halmy? —se interesó Nemetz.

—No me creerá —repuso ella sonriendo otra vez torcidamente, aunque ahora con cierta ironía—. Iba a arrojarlo dentro del primer cubo de basura, cuando pasé por delante de la tienda de artículos de piel de Kumicz. Tenía todos los escaparates destrozados. Bien, dejé el bolso de la señora Halmy en uno de ellos. Seguro que aún sigue allí. Es gracioso cómo se ha vuelto la gente honrada tan de repente. En otras ocasiones, habrían robado todos los objetos de una tienda tan destruida. Pero ahora no. La gente no roba. Tienen hambre y se sienten peor que nunca, pero no cogen nada que no sea suyo.

Por la mañana, cuando Nemetz salió de casa para visitar al doctor Halmy y descendió por la calle de la Akademia, distinguió un círculo de tanques rusos en torno al Parlamento. Ahora, mientras caminaba con la señora Moller hacia Jefatura, había una larga fila de vehículos blindados rusos en dirección a Buda, por el puente de la Cadena. Convergían de todas direcciones hacia el puente, como unos monstruos de un verde acerado, que rodaban estruendosamente sobre sus perezosos neumáticos oruga.

Al llegar a la oficina, conectó la radio. Eran las doce del mediodía en punto, la hora del resumen de noticias. La emisión de Budapest era tranquilizadora. La ordenada retirada de los soviets de la capital había empezado la noche anterior y se hallaba en pleno

progreso. Dirigiéndose a la multitud delante del Parlamento, el Primer Ministro Nagy parecía «triunfalmente confiado».

—Nuestro Gobierno nacional no tolerará ninguna injerencia en los asuntos húngaros —proclamó—. Continuaremos sobre una base de igualdad con nuestros vecinos y sabremos defender siempre nuestra soberanía y nuestra independencia.

Después añadió:

—He obtenido del señor Mikoyan, el primer Viceprimer ministro de la URSS en Budapest desde el veinticinco de octubre, la seguridad de su Gobierno de que todas las tropas rusas serán retiradas del país antes del quince de enero de 1957.

Acto seguido se refirió a los vuelos del Oeste hacia Hungría» que funcionaban sin el menor fallo. Al aeropuerto de Ferihegy llegaban grandes cantidades de medicamentos. Las emisoras de radio más próximas a la frontera del Nordeste no se mostraban tan optimistas y aseguraban que, si bien algunas unidades del Ejército ruso salían de Budapest, otras entraban en el país.

Exhalando un suspiro, Nemetz desconectó la radio. Había enviado a Irene a la cantina en busca de salchichas y panecillos e invitó a la señora Moller a comer con él. La mujer aceptó sin remilgos y comió con apetito consciente, sin restricciones.

Estaban casi al final del almuerzo cuando Irene manifestó que Kaldy se hallaba en la antesala y deseaba hablar con Nemetz.

—¿Adivina quién vio al doctor Halmy anoche? —preguntó Kaldy con una nota de excitación en su voz, cuando Nemetz le recibió—. ¡Lori Kun! —todas las señales de interés por un caso era muy raras en Kaldy—. Lo descubrí por casualidad. El inspector Koller, bueno, siempre se me olvida llamarle jefe, decidió de pronto hacer una redada de contrabandistas Hoy día, naturalmente, el principal contrabando es de personas. El tráfico por la frontera austríaca es tremendo. De modo que el jefe destacó a un hombre en los lugares donde los muchachos suelen encontrarse con sus clientes. El hombre del jefe Koller halló el rastro de Lori en el café «Cubano», y lo siguió todo el día. Kun no se dio cuenta, de lo contrario, ese hijo de perra se habría esfumado.

—¿Qué tiene Koller contra Kun? —quiso saber Nemetz, interrumpiendo a su subordinado.

—Nada nuevo. Sus antiguas hazañas. El jefe creyó que era un

buen momento para atraparle. Sus protectores han desaparecido o están demasiado ocupados, de forma que pensó que la oportunidad era estupenda.

Lori Kun era un contrabandista, probablemente el más atrevido y de mayor éxito, que operaba bajo las mismas barbas de la Policía y los guardas de la frontera, a menudo con la ayuda clandestina de éstos. Antes de la revolución, se había especializado en artículos de lujo, como cachemires de Escocia, perfumes de Francia, zapatos italianos, cámaras alemanas, y relojes suizos; de todo lo más fino, y nada tan vulgar como cigarrillos o medias de nylon. Sus mejores clientes eran rusos de alta jerarquía, civiles y también militares, y su protección era la sangre del dragón que la convertía en un pequeño Sigfrido, intocable e invulnerable. Ocasionalmente, ayudaba a alguien a huir a Austria, pero el contrabando de carne humana no era su jugada favorita. Además, resultaba demasiado arriesgado, y sólo se dedicaba a ello si el precio era irresistiblemente elevado. Sin embargo, ahora que las alambradas habían sido derribadas como cizaña, y las minas desenterradas como patatas maduras, y los proyectores estaban ciegos como atacados de cataratas, un joven podía amasar una gran fortuna con facilidad. La gente de todo el mundo libre volaba a Viena para pagar desde quinientos a cinco mil dólares por cabeza a los diversos Lori Kun, los modernos Hermes, que permitían la reunión de padres, hermanos, hermanas y amigos.

Lori Kun mantenía un verdadero despacho en un pequeño café, donde sus clientes podían entrar en contacto con él. Sus servicios eran tan solicitados que no llevaba ya a los fugitivos por unidades a la frontera, sino en grupos, lo que le permitía ganar en cada viaje de cinco a quince mil dólares. Tenía diecinueve años, estaba soltero, era huérfano y poseía el *summa cum laude* de un correccional de adolescentes.

—¿Dónde se encontró Lori con el doctor Halmy? —quiso saber Nemetz.

—Fue a ver al médico al hospital. Llevaba una servilleta en la cabeza como si estuviera herido y necesitase una cura de urgencia. Los dos estuvieron encerrados en el laboratorio durante unos diez minutos. Cuando salió, Lori llevaba aún el vendaje, pero se detuvo en la estación confortante de la avenida Rakoczi y se lo quitó.

Nemetz llamó a Koller y le pidió que continuara siguiendo a Lori, y le mantuviera informado de todos sus movimientos. Luego, concentró de nuevo su atención en los Moller y le ordenó a Kaldy que iniciase una búsqueda exhaustiva de los mellizos, y hablase con las personas que podían haber visto a la señora Moller el sábado por la noche.

La misión de Kaldy no era fácil; en realidad, era como buscar la clásica aguja en un pajar. Sin embargo, unas horas más tarde volvió e informó, victoriosamente, que sabía dónde se hallaban los mellizos. Halló sus nombres entre la lista de heridos de la Cruz Roja. Los habían conducido al hospital de San Istvan, cerca del Parque del. Pueblo.

Nemetz consultó su reloj. Eran las seis. Su cuñada le había obligado a prometer que cenaría en casa. Si quebrantaba el compromiso .podría interrogar a los mellizos y, con un poco de suerte concluir con el caso Halmy. La señora Moller estaba encerrada en un despacho vacío, aguardando la decisión del inspector. Ignoraba que habían localizado a sus hijos, pues Nemetz deseaba hablar con ellos antes de comunicárselo. Por tanto, decidió olvidarse de su cuñada Lilla y dirigirse al hospital de San Istvan.

Kaldy, el hacedor de milagros tenía un coche patrulla y lo llevó hasta allí. El hospital se hallaba en los arrabales del nordeste de la ciudad, y el trayecto resultó pesado, y lleno de baches, con muchos rodeos para evitar los sitios donde el pavimento estaba levantado a causa de las bombas o el paso de los vehículos pesados. Por todas partes reinaba el sosiego. No vieron a ningún ruso con vida, y sólo a algunos muertos. El treinta y uno de octubre era la víspera de Todos los Santos, y ardían centenares de velas sobre las tumbas más recientes de los parques públicos.

El hospital de San Istvan estaba compuesto por un conjunto de edificaciones protegidos por espesos árboles, todo rodeado por una alta tapia. Después de preguntar en diversas dependencias, se informaron por fin por la recepcionista de la sala de cirugía, que uno de los mellizos había fallecido varias horas antes. Su cadáver se hallaba en el depósito de urgencia en el sótano. El otro joven sólo estaba ligeramente herido, y podía ser dado de alta.

La recepcionista envió a un ordenanza en busca del superviviente, mientras Nemetz bajaba al sótano. Había allí más de una docena de cadáveres, envueltos entre losas de hielo, sobre mesas de zinc, que debían haber cogido de la cantina. Al pie de cada uno había una cartulina con el nombre, la dirección, la edad y la causa y hora de la muerte. Varias tarjetas ostentaban la inscripción «hombre o mujer desconocido». No se oía otro sonido aparte del goteo del agua desde las mesas al suelo, debido al hielo fundido. El aire era húmedo, frío. Del techo colgaban varias bombillas, que arrojaban una luz amarillenta sobre los cadáveres.

Nemetz descubrió al hijo de los Moller sin tener que consultar la tarjeta. Tenía el perfil alargado y clásico de su madre. Con extremidades estilo Greco. Estaba desnudo, con su propia camisa a guisa de mortaja. Era una camisa barata, desteñida, con las iniciales MMM bordadas por una mano amorosa. Alguien había colocado un manojo de flores frescas sobre su pecho. Desde lejos, daban el efecto de una gran herida abierta.

Cuando unos minutos después Nemetz subió a la planta baja, se encontró de pronto con el joven que acababa de dejar encima de la mesa de zinc. Naturalmente, no era él, sino Mihaly, no Miklós, llevando una gabardina manchada de sangre. Llevaba también el brazo izquierdo en cabestrillo. La semejanza entre él y su hermano era estremecedora. Miklós, el fallecido, parecía estar en paz, con el semblante suavizado por una expresión de contento, de dicha. Mihaly parecía torturado y desdichado, con sus juveniles ojos vidriosos por el dolor.

Cuando Nemetz le llamó por su nombre, reaccionó sobresaltado.

—¿Por qué no le comunicaron a su madre que estaban heridos? —le reprochó el inspector después de darse a conocer—. No sabía dónde estaban ustedes y está terriblemente inquieta.

—Mi hermano ha muerto —replicó Mihaly tristemente.

Su dolor era como un muro a prueba de ruidos que ninguna voz exterior lograse penetrar.

Nemetz le cogió del brazo derecho.

—Venga conmigo; lo llevaré junto a su madre. La enfermera me aseguró que ya estaba usted bien para salir.

—Mi hermano ha muerto —repitió el joven.

—Lo sé —asintió Nemetz—. Y tenemos que comunicárselo a su

madre. No será fácil. Pero aún le queda usted y esto aminorará el golpe.

Después de cierta vacilación, el muchacho consintió en acompañar a Nemetz, mas sólo después de bajar al sótano para despedirse de su hermano. La recepcionista explicó que era ya su décimo viaje al sótano. El joven regresó muy pálido, mas sin lágrimas en los ojos. Durante la primera parte del trayecto de vuelta a la ciudad, estuvo sentado muy erguido en la trasera del coche. Luego, al pasar delante del «Palace Hotel», pareció volver a la vida.

—¿Ve aquel tejado? —señaló una casa de cinco plantas situada al otro lado de la calle. La fachada estaba destrozada, como un rostro sin nariz, comido por la lepra—. Ahí fue donde nos instalamos el miércoles. Éramos unos cincuenta…, y casi todo el mundo tenía un fusil o un revólver, con gran cantidad de granadas y mucha munición. El viernes habíamos perdido ya a la mitad de los hombres y el edificio estaba prácticamente destruido. Sin embargo* continuamos allí. Destruimos al menos dos docenas de tanques. Luego, el sábado por la tarde nos faltó la munición y tuvimos que abandonar el tejado. La mitad de nosotros se marchó a su casa para comer y cambiarse. Nosotros también, pero luego un fulano nos dijo que en el cinema «Corvin» necesitaban refuerzos. Mi hermano, yo y otros cinco decidimos ir allí, pero dos manzanas antes tropezamos con una bolsa de rusos. No teníamos ni un solo cargador, por lo que no nos quedó más remedio que rendirnos. Nos cargaron en un camión y bajamos por el bulevar. Creíamos que nos llevaban a la *Kommandatura*, cuando de repente pararon el vehículo y nos hicieron saltar. Casi todas las casas de por allí estaban en ruinas, excepto una charcutería. Nos llevaron hacia allí a punta de fusil. Uno de los rusos se acercó a un gran escaparate y lo rompió de un culatazo, Otro ruso, un capitán, nos ordenó en muy mal húngaro que cogiésemos todo lo que quisiésemos del escaparate. Primero, no captamos el significado de aquella orden, pero después vimos otro camión ruso con una cámara de cine montada en un trípode. Los muy canallas iban a tomar fotografías de nosotros asaltando la tienda, para poder demostrar ante el mundo que los húngaros no somos más que un puñado de ladrones. Le contestamos al capitán que se fuese al infierno. Contestó que contaría hasta tres y dispararía. Lo hizo y nos barrió con una ametralladora. Cuatro del

grupo murieron en el acto. Otro falleció media hora después. Nosotros, Miklós y yo, fuimos recogidos por una mujer húngara que conducía un coche particular y nos llevó al hospital.

Nemetz aguardó a que el joven callara.

—¿Ocurrió esto el sábado por la tarde? —preguntó después.

—Sí, hacia las tres.

—El sábado por la tarde —musitó Nemetz.

A la señora Halmy la habían asesinado el sábado por la noche. Bien, el inspector ya sabía que se había equivocado. Ya podía borrar a los hijos de la señora Moller de la lista de sospechosos. De manera extraña, en lugar de estar enojado o desalentado, sentíase muy aliviado. Podía permitir ya que la señora Moller regresase a su cubil, al anonimato que había elegido para terminar su existencia.

En Jefatura, permitió que el joven hablase a solas con su madre. En tensión, él aguardó que un alarido perturbase la quietud del edificio. Pero no hubo ninguno. Halló una nota de Kaldy, redactada con su caligrafía limpia y fácilmente legible, sobre el despacho.

> «Rudolf Moller pasó las horas de siete a doce del sábado por la noche en compañía de su amigo Laci Tarjan, que corroboró la coartada.»

Nemetz hizo acopio de todo su valor para ir en busca de la señora Moller. La encontró sentada en un banco al lado de su hijo Mihaly, fuertemente abrazada a él. Tenía los ojos enrojecidos, pero no se mostraba en absoluto histérica.

—Ya puede irse a casa, señora Moller —manifestó el inspector —. Y lamento mucho la muerte de su hijo Miklós. Y, por favor perdone todas las molestias que le he causado.

Lentamente la mujer se puso en pie y le miró con una sonrisa de agotamiento.

—No he de perdonarle nada, inspector. Créame, a pesar de las circunstancias, me ha encantado verdaderamente volver a verle. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez, ¿verdad?

Alargó la mano. El la cogió y ambos permanecieron inmóviles unos instantes, contemplándose mutuamente, pero viendo en realidad a otras dos personas que habían pertenecido a un mundo ya enterrado tan profundamente como las cenizas de Pompeya o

Herculano.

Jueves, 1 de noviembre

Alexa salió a la calle. Se detuvo un momento y respiró profundamente la fresca brisa de la mañana. La inhaló con el ansia del alcohólico al saborear el primer trago del día. Una brisa occidental con aromas del río. Una fila de mujeres barría los detritus dejados por la revolución en la plaza Jozsef. Sin duda, se trataba de voluntarias, que iban mejor vestidas, y estaban más alegres y entusiasmadas con su trabajo que las limpiacalles profesionales. Una de ellas, muy joven, cantaba, siendo coreada por las demás. Esto le prestaba a la escena una cualidad irreal, teatral. Sólo en las comedias musicales, barren las coristas las calles con tan poca eficiencia y tanto ímpetu.

Durante un segundo, el sol desgajó unas nubes, y su cono tembleante de luz envió un mensaje de esperanza después del destino mortal de la semana anterior. La tragedia había terminado y sus restos eran barridos, amontonándose en una pila perfecta. La paz se hallaba al doblar la esquina, con todos los pequeños placeres de la existencia: teatros, cines, conciertos, restaurantes, paseos, cruceros por el río Danubio… Era extraño cómo la gente echaba todo eso de menos en tan poco tiempo.

Si los rusos dejaban realmente el país, y éste podía ser libre como lo era Austria por ejemplo, Budapest no sería muy mal lugar al fin y al cabo, pensaba Alexa dirigiéndose al bulevar. Con tal que pudiese tener a su lado a Halmy, claro.

Al llegar al bulevar, el sol había desaparecido y empezaba a lucir una luminosidad sombría. Casi en todas las casas ondeaban banderas tricolor destrozadas. También se veían crespones negros en recuerdo de los caídos. Todos los cirios del día de Todos los Santos ardían en las ventanas y balcones, con llamitas temblorosas

y brillantes, ahora que su competidor, el sol, les había cedido el sitio.

Alexa irguió el rostro y dejó que la lluvia azotase su cara un momento. Era uno de esos días en que nada puede estropear la sensación de bienestar. Era la segunda noche en que ella y Zoltan Halmy habían dormido juntos en aquel amplio lecho. Desde la época en que, de niña, le habían permitido arrastrarse hasta la cama de sus padres, jamás se había sentido tan maravillosamente segura y cómoda. Era como si todas las camas y todas las noches que ella había conocido hubiesen de repente dejado de existir, o al menos perteneciesen al pasado de otra persona.

Cuando se entregó a Halmy por primera vez, fue como una novia virgen ignorante de la vida sexual. Esto le sorprendió al médico, y también le irritó, pues creyó que su reserva era fingida. Por desgracia, los hombres que ella había arrojado por completo de su memoria, seguían fijos en el recuerdo del cirujano. Aunque éste no mencionaba nunca sus nombres, estaban grabados en su cerebro, formando una pared invisible, un seto alto con distintos rostros pintados en él, y esto impedía que Zoltan se rindiese a la joven sin condiciones. Por un lado, en los cinco meses de sus relaciones, la frase «te amo», la frase más simple y concisa para expresar por qué un hombre quiere comer, hablar, escuchar música, ir al cine, de paseo, y dormir con una mujer, jamás había salido de sus labios. Exclamaba: «¡Eres bonita!» o «¡Tú me gustas!», o bien «¡Te necesito!», y hasta «¡Eres buena conmigo!». «Te echo de menos cuando no estás a mi lado», o «Te quiero» y «Estoy loco por ti». Pero jamás «Te amo».

Antes de la muerte de Anna, la muchacha pensaba que era el matrimonio lo que se interponía entre ambos. El no amaba a su mujer, y no obstante, el divorcio, incluso la separación de una mujer molesta y cargante, estaba completamente fuera de programa. Hay hombres para los que el matrimonio es un lazo para toda la vida, debido a la religión, la superstición, la costumbre, la cobardía o la psicosis. Sin embargo, Anna Halmy llevaba muerta varios días y la proposición de casamiento no había sido aún formulada. Alexa decidió que Zoltan era un moralista, un hombre de virtudes severas y grandes prejuicios; un ateo con el código y los principios de un beato, incapaz de desprenderse de la idea de que

una mujer, que había tenido una serie de amantes, no podía dedicarse para el resto de su existencia a uno solo.

Llegó a la avenida Rakoczi, frente al «Hotel Astoria», escenario de las luchas más enconadas de la última semana. Había allí la imagen familiar de los escaparates rotos, con los artículos medio enterrados bajo las ruinas, aunque sin que ninguna mano ladrona los hubiese tocado. En uno de los escaparates, encima de una exhibición de artículos de nylon importados, alguien había dejado un cartelito escrito en tinta roja: «¡Nosotros también nos hemos unido a la huelga general!» Y debajo: «Sindicato de Ladrones y Rateros.»

Al lado, el escaparate de una joyería estaba vacío. En una estantería había cartón, y con una caligrafía infantil alguien había dejado un mensaje:

> «Mi querido, señor: le he quitado la mercancía y, con un inventario de la misma, se la he entregado al portero. El se la devolverá. Con saludos patrióticos, Sandor Gelb, soldado de la libertad.»

Alexa leyó el recado y sintió que una oleada de emoción recorría todo su cuerpo. Oh, cómo amaba a este desconocido Gelb, y cómo amaba a todos los otros, a todos los locos, insensatos, ruidosos, retadores de la muerte, a su pueblo, que se había enzarzado en una lucha anacrónica, que de ninguna manera podía terminar bien.

Un hombre de mediana edad, un desconocido, se detuvo a su lado, y al leer aquellas líneas, la miró fijamente. En sus pupilas se reflejaban las mismas emociones que la agitaban a ella. Por un momento, permanecieron inmóviles ambos, contemplándose mutuamente con intensa comprensión. Luego cada cual continuó su camino para no volver a encontrarse jamás, fue uno de aquellos grandes momentos de solidaridad, de sentimientos patrióticos, de intoxicación libre de alcohol, una especie de droga por amor a la patria.

Alexa prosiguió su camino. No muy lejos del hospital, un grupo de tres hombres pasó por su lado. El de en medio, bajo, rubio, de mejillas coloradas, le pareció vagamente familiar. Llevaba un traje de estambre, color gris arenque, tan limpio y planchado como si

acabara de estrenarlo. Su elegancia hacía que los hombres que le acompañaban pareciesen más desaseados de lo que iban en realidad. Los otros dos se hallaban muy cerca de él, casi tocando su cuerpo. El hombre hablaba solo, girando la cabeza de derecha a izquierda, como queriendo sorprender las reacciones de sus oyentes, pero éstos miraban directamente al frente en una especie de sordera. Alexa pensó que serían policías de paisano que llevaban a un criminal.

La muchacha era muy buena observadora, porque esto es precisamente lo que eran. Habían arrestado a Lori Kun, el joven contrabandista, en casa de su amante, y le conducían a Jefatura para que le interrogase el inspector Nemetz respecto a sus relaciones con el doctor Halmy.

El motivo de que Lori Kun le pareciese familiar a la joven era haberlo vislumbrado en el hospital, cuando el contrabandista fue a ver a Halmy. Su elegancia y aseo en medio de los despojos de la revolución constituía una imagen rara, que se grabó en el cerebro de Alexa hasta mucho después de haber desaparecido Lori por un corredor. Ahora, al verle de nuevo en la calle, Alexa experimentó la sensación de déjà vu, sin recordar el lugar del primer encuentro. Por alguna razón inexplicable, su fallo en recordarlo todo exactamente la perturbó, y hasta llegar al hospital no dejó de estrujarse el cerebro.

Entró en el edificio y subió al segundo piso. Al llegar al descansillo vio al doctor Halmy, seguido por la señora Schulz, la enfermera jefe, y los doctores Soos y Wirth. Halmy aparecía fresco y descansado, y hablaba con los otros con una animación que no había logrado mostrar desde el comienzo de la rebelión. Alexa se detuvo, sintiéndose de pronto mareada, sobrecogida por la enormidad de su amor hacia él. Se habían separado dos horas antes, pero incluso tan corta separación parecía agudizar en ella la necesidad de tenerle a su lado, aumentando su deseo físico, tan intenso y violento que le producía un verdadero dolor físico en el abdomen. Se preguntó si sería conveniente huir del envenenamiento producido por aquel hombre, intoxicación que debía leerse claramente en su semblante. Cuando sus ojos encontraron los del

doctor Halmy, éste sonrió con una expresión de placer comparable a la de ella.

«¡Dios mío, cómo me ama! —pensó Alexa. Estas palabras flotaron por su mente, de igual modo que un gavilán cruza por el cielo—. ¡Se casará conmigo y me dará hijos, y estará a mi lado por el resto de nuestras vidas!»

—¿Qué novedades hay? —le preguntó a la enfermera Schulz, pero sólo para ocultar su agitación.

—Nada bueno —fue la respuesta—. Temo que el coronel no esté muy bien.

Esta noticia le hizo tocar de pies en el suelo.

—¿Qué tiene? —preguntóle a Halmy.

—Su único riñón. Me preocupa. Por lo visto, no quiere colaborar.

Era el coronel ruso que habían llevado al hospital terriblemente herido, el segundo día de la lucha. Todos estaban de acuerdo en que sólo un milagro había hecho que el doctor Halmy le hubiese salvado la vida extirpándole un riñón, y cosiéndole maravillosamente los intestinos. El coronel se hallaba en un rincón de la sala, en el mejor lecho que las enfermeras pudieron encontrar, separado del resto de pacientes por un biombo. El día anterior, casi una semana después de la operación, había comido ya carne y verduras, y parecía sufrir poco y hallarse muy animado. De repente, su estado había empeorado.

Tenía casi cincuenta años, y era un hombre sensible y culto, autor de libros para lectores jóvenes. Tanto Alexa como Halmy le apreciaban mucho.

—¿Puedo verle? —inquirió la joven.

—Sí, si está despierto —repuso el cirujano—. Cuando fui la última vez estaba dormido.

Alexa fue hacia la sala donde los heridos se hallaban encima de camas, camastros y colchones, y hasta en el suelo. De los seis jóvenes soldados rusos que Nemetz había visto el domingo por la mañana, quedaban sólo cuatro, pues uno había fallecido y otro, ya restablecido, se había incorporado a su unidad. Los cuatro restantes estaban en buen estado y sin deseos de marcharse. Parecían contentos con la comida y las atenciones de los médicos y enfermeras, y demostraban una gratitud y un cariño infantiles. Eran

ya amigos de los demás pacientes y los dos ambulatorios a menudo ayudaban a las enfermeras en sus tareas.

El coronel estaba completamente despierto cuando Alexa se situó al pie de su cama.

—Oh, Mademoiselle Mehely —sonrió débilmente, mas con afecto—. ¡Cuánto le agradezco esta visita!

Hablaron en francés entre sí, ella con la fluidez que le había enseñado Mademoiselle, y el coronel con un francés cauteloso, académico y anacrónico, intercalando expresiones aprendidas en las obras de Racine, Corneille y Molière. La muchacha observó cuán demacrado se hallaba el militar. Yacía en una postura extraña, bajo la manta gruesa cedida por el hospital. Alexa se inclinó hacia él.

—¿Cómo se encuentra? —preguntóle tratando de mostrarse alegre—. A mí me parece que está muy bien —añadió, con una piadosa mentira.

—Me encanta que usted lo crea así —repuso él lentamente—. A mí no me gusta mi estado —hizo una breve pausa—. Pienso que me estoy muriendo.

—Tonterías —consiguió ella forzar una carcajada—. El doctor Halmy ha asegurado que dentro de unos días podrá usted levantarse.

—No. Voy a morir. Y no es esto lo peor. Todos tenemos que morir un día u otro. Es…, bueno, algo sumamente gracioso.

—¡Gracioso?

—Sí, morir aquí, en Budapest, matado por los húngaros —levantó la mano como disculpándose—. No tengo nada contra sus paisanos. Yo sabía que iba a suceder. No es posible ir contra las enseñanzas de la historia. Pero es gracioso. A mi padre lo mataron los fineses, y a mi madre los alemanes. Yo muero a manos de los húngaros. ¿Quiénes matarán a mi hijo? ¿Tal vez los norteamericanos? A mi hijo le gustan, como a mí me gustan los húngaros. Cuando un hombre pasa seis años en un país extranjero, aprende a amar o a odiar a sus habitantes. Yo aprendí a quererles.

Diminutas gotas de sudor, como escamas de pescado incoloras, aparecieron en la frente del coronel. Alexa le secó con su pañuelo.

—¡Qué fragancia tan deliciosa! —comentó el viejo militar con su francés anticuado—. Las mujeres rusas jamás huelen tan bien. Sólo huelen a tierra y sudor. Yo soy un gran admirador de las mujeres

húngaras. ¡Seis años en este país! Y he disfrutado constantemente, pensándolo bien, han valido la pena.

—¡Se arrepentirá de esto! —amenazó Lori Kun, sentado frente a Nemetz—. En esta ciudad tengo buenos amigos. ¡Y ellos le harán arrepentirse de haber nacido!

Estaban en el despacho del inspector, éste detrás de su escritorio y el joven en un banco, con sus cortas piernas cruzadas indolentemente, y un habano entre los dedos. Sus uñas tenía un aspecto satinado.

—No sea frescales, Lori —gruñó el inspector.

—Oiga, viejo —continuó Lori, afectando un tono semiamenazador, semiofendido—, deje que me largue y me olvidaré de todo esto. No soy mal chico y sólo busco jarana cuando me veo forzado a ello. Pero se lo advierto: yo soy un titiritero. Tiro de una cuerda o de otra, y usted se verá arrojado de este despacho antes de que…

No pudo continuar porque Nemetz se puso de pie y profirió un grito que hizo temblar las paredes.

—¡Cállese, maldito canalla!

El aterrador alarido, apenas humano, procedente de un hombre tan tranquilo y callado como Nemetz, produjo, como siempre, el efecto apetecido. Lori abrió la boca estupefacto, y miró al inspector, mudo y petrificado, como un juguete mecánico al que le falta cuerda.

—Usted fue a visitar al doctor Halmy a su apartamento el sábado por la noche, 27 de octubre. ¿Por qué? —Nemetz seguía hablando en voz alta, aunque con menos fuerza—. ¿Qué negocio tenía con él?

El nombre de Halmy, pronunciado por primera vez desde que el joven había entrado en el despacho, obligó a Lori a parpadear intensamente. Había meditado respecto a diversos motivos como causa de su detención, pero el asunto Halmy no se contaba entre ellos. No comprendía la relación y esto le preocupaba. ¿Cómo podía defenderse ignorando la acusación?

—¿Qué negocio? —repitió. De pronto sonrió—. Un médico, ¿eh? Me sentí enfermo y fui a visitarle.

—¿Cuál era la enfermedad, Lori? —preguntó Nemetz, mirando al contrabandista con mezcla de disgusto y diversión.

—Oh, no puedo decirlo. El juramento de Hipócrates, ¿sabe?

—Se equivoca, amiguito, es al revés —rió Nemetz—. Es el médico el que se ve atado por el juramento, no el paciente. Además, a usted se le ve tan fresco como una rosa. ¡De modo que hable! —al ver que Lori seguía obstinadamente callado, añadió—: Usted se ofreció a llevarles a él y a su amiguita a Austria. Fue a su casa hacia las seis de la tarde. El no se hallaba allí, pero sí su esposa. Y le contó a ésta los planes de su marido, si bien averiguó después que ella no estaba enterada de nada. El doctor se encolerizó con usted y lo echó de su casa.

Nemetz calló, aguardando la reacción del joven.

—Si lo sabe todo —se encogió Lori tristemente—, ¿por qué quiere freírme?

—Usted salió de casa del doctor antes de las siete. ¿A qué hora regresó al apartamento aquella noche?

—¿Cómo a qué hora? ¡No volví!

Nemetz no hizo caso de la objeción.

—¿Cuál fue el pago concertado con el doctor? —inquirió.

—Lo normal —repuso Lori. Su voz sonaba inquieta. Todavía ignoraba cuál era la finalidad del interrogatorio—. ¿Le contó alguien que yo volví allí? En tal caso, le mintió. ¡No habría vuelto ni por mil dólares! ¡No, después de la forma cómo la mujer le chilló a su marido! Si es que odio algo son las escenas familiares. Además, ¿qué me importaba a mí la persona con la que él quería marcharse? La mitad de mis clientes no desean huir de los rusos sino de sus esposas.

—No ha contestado a mi pregunta. ¿Cuánto iba a cobrar?

—Bueno, primero me ofreció diez mil forints, pero luego subió hasta veinte mil. Sin embargo, los forints no valen nada ya. Viena está inundada de ellos. Los refugiados salen cargados de forints. En el mercado negro, suelen vender un dólar por cuarenta forints. Pero hoy día, el dólar se cotiza a quinientos y más.

—Está bien —asintió Nemetz—. Usted no acepta forints. ¿Qué acepta?

—Dólares, marcos alemanes, francos suizos, libras inglesas…, divisas, claro —de pronto calló y miró fijamente a Nemetz—. Eh,

¿por qué me sonsaca? De acuerdo, me pagan para acompañar a la gente al otro lado de la frontera. Sí, esto es ilegal. Pero matar a los rusos y disparar contra sus tanques también lo es, y en cambio todo el mundo lo hace. En todo el país. Hay una revolución y yo formo parte de ella. ¡Como todos los buenos patriotas!

—No exactamente —replicó el inspector, la cabeza—. Bien, no importa. Todavía no me ha contado cuál fue su trato con el doctor Halmy.

Lori estaba absorto volviendo a encender su cigarro. Era un proceso complicado, que tardó mucho en terminar. Nemetz perdió la paciencia, se puso de pie, le arrebató el cigarro de la mano, lo aplastó y lo arrojó a la papelera.

Lori le dedicó una mirada asesina.

—¡Eh, no haga esto! ¡Este cigarro me costó dos dólares!

Nemetz volvió a su asiento.

—Deje de hacer el tonto, Lori. ¡Y conteste a mis preguntas!

—El doctor no tenía dólares —explicó el joven de mala gana—. Por tanto, accedió a pagarme con unas joyas. Heredadas de su madre. Por esto fui a su apartamento, para valorarlas. Pero no nos pusimos de acuerdo, debido a su mujer. Bueno, a causa del alboroto que ella armó. ¿Está ya satisfecho? He contestado a su pregunta —se levantó y cogió el sombrero tirolés que se hallaba encima del archivador—. ¿Puedo irme?

—Aún no. ¿Cuándo volvió a ver al doctor?

—Me echó de su casa, ¿recuerda? ¿Por qué tenía que volver a verle? Yo tengo mi orgullo. Además, clientes no me faltan. Tengo más trabajo del que puedo atender.

—Usted le vio anteanoche en el hospital.

—¿Y qué? ¿Qué demuestra esto?

—Que el trato sigue en pie.

Lori asintió desdichadamente.

—Entiendo. Esta ciudad está llena de piojosos chivatos. No existe la menor intimidad. ¡De acuerdo! Le contaré lo que sé. Fue así. Estuve fuera de aquí casi toda la semana, y al regresar el lunes por la tarde, mi patrona me dio un recado de parte del doctor Halmy. En la nota decía que debía ver al doctor inmediatamente. De modo que al día siguiente, martes, tuve mucho trabajo y no pude ir a visitar al doctor hasta la tarde. Se hallaba aún en el

hospital. Me ofrecí a llevarles a él y a su chica al otro lado de la frontera en mi próximo viaje. Esto debía de ser esta noche. Pero replicó que no podía abandonar tan pronto el hospital, de modo que concertamos la fecha para la próxima semana.

—¿Qué día?

—El cuatro…, domingo.

Nemetz no estaba sorprendido. Si el doctor había proyectado anteriormente huir de Budapest, ahora tenía mejores motivos para querer marcharse. Antes, deseaba abandonar una existencia que despreciaba; ahora, huía de la muerte. La sombra de su esposa planeaba sobre él, una sombra de mal presagio.

—¿Discutió con él los detalles del viaje?

—Sí —asintió Lori, encogiéndose de hombros casi imperceptiblemente. Nemetz lo observó, comprendiendo su significación. Lori había decidido traicionar las confidencias del doctor Halmy a cambio de su libertad—. El domingo por la noche, el doctor y su chica han de estar en casa de cierta persona que conozco. Este les meterá en un camión junto con otros varios. Supongo que llegarán a Gyoer antes del amanecer del lunes. Se quedarán en casa de otro amigo y por la noche serán trasladados a Hegyeshalom. Yo me reuniré allí con ellos. En una granja. Pertenece a un tercer amigo. Si todo sale bien, cruzaremos la frontera aquella noche. De lo contrario, les esconderemos todo el día y probaremos de nuevo después de anochecer.

—Es usted muy buen organizador, Lori —comentó Nemetz con sinceridad.

El joven sonrió.

—Es preciso. Yo no trabajo a cambio de cacahuetes.

—¿No ha pensado jamás aplicar su talento a alguna empresa que esté dentro de la legalidad? —preguntó Nemetz bromeando, pues conocía la respuesta.

—No me haga reír, inspector. ¿Dentro de la legalidad? Oh, la ley es como una jaula. Uno puede pasearse por un espacio muy reducido, sin hacer nada, y lo alimentan con semillas. Pero, ¿a quién le gusta vivir de ese modo?

—¿Usted no cree en la necesidad de la ley?

En el rostro de Lori apareció una sonrisa de incredulidad.

—Oh, sí, inspector, claro que sí —se burló—. ¿Qué sería de mí si

no hubiese leyes? Cualquier bribón podría competir conmigo. ¡Es la ley la que les impide actuar como yo! A los tontos demasiado cobardes o menos listos. Por Cristo, inspector, si declarasen legal el contrabando, tendría que suicidarme. ¡No, no diga que no me gusta la ley!

Nemetz se tomó algún tiempo para asimilar y saborear esta muestra de ingenio y volvió a la carga.

—El sábado, la tarde del 27 de octubre, ¿a qué hora salió de casa del doctor Halmy?

Lori frunció el ceño antes de responder.

—¿No se lo dije ya? Poco después de las siete.

—Esto lo dije yo. Quiero que usted lo confirme.

—Hacia las siete, sí.

—¿Y a qué hora volvió allá?

Lori le miró con enojo.

—Ya dije que no volví. ¿Qué pasa? ¿Se trata de una idea fija, inspector? ¿Por qué tenía que volver?

—Por las joyas. Usted sabía que el doctor iba a regresar al hospital, y que en la casa no habría más que la señora Halmy.

Lori respiró hondamente, exhalando un gruñido de desesperación.

—¿Qué persigue, inspector? —preguntó con los dientes apretados—, ¿Intenta colgarme algo? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué pretende de mí? —elevó la voz con un timbre metálico, insultante —. ¿Qué diablos es esto? ¿El tercer grado? De acuerdo, dígame el precio. ¿Cuánto? Tengo a once personas aguardándome cerca de la frontera. Si no salgo para allí hoy mismo, esas personas se verán en un grave apuro, y yo perderé una fortuna. De modo que dígame su precio. ¡Pagaré! ¡Pagaré lo que sea, pero déjeme ir!

Nemetz continuó sentado .observando la pirotecnia de Lori con mirada perspicaz y crítica.

—¿Cómo puedo dejarle ir, Lori? —inquirió quedamente—. A menos, que demuestre usted que no volvió aquella noche a casa del doctor Halmy y que no mató a su esposa.

Mientras hablaba mantuvo fijos los ojos en el muchacho. Al principio, el rostro de éste no indicó nada, aparte de la cólera que le embargaba. Luego, lentamente, muy lentamente, comprendió el significado de las palabras de Nemetz. Sacudió la cabeza como

tratando de apartar una avispa. Abrió los ojos y la boca con intensa sorpresa.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho? —preguntó con voz chillona—. ¿Qué mataron a la señora Halmy? —volvió a sacudir la cabeza y añadió—: ¿Está muerta?

—Ya me ha oído —asintió Nemetz—. La mataron aquel sábado por la noche. Entre las nueve y cuarenta y cinco y las diez y cuarenta y cinco. ¿Dónde estuvo usted mientras tanto?

El contrabandista abrió la boca, como intentando decir algo, aunque no surgió ningún sonido de su garganta. Una acusación de asesinato es fatal en cualquier momento, pero en esta ocasión era un desastre para él. Se quedó inmóvil, mirando a Nemetz vacuamente.

—¿Puede presentar una coartada, Lori? —le apremió el inspector.

El sonido de su voz pareció reanimar al joven.

—De modo que esto, una acusación de asesinato… Bien, ¿cuáles son sus términos, inspector?

—Oiga, de una vez por todas: no acepto sobornos. Usted es libre de confesar o de presentar una coartada. Estos son los términos, ¿entendido?

Lori se puso verde. Apretó los dientes y compuso una mueca que parecía una máscara de carnaval.

—Debería de tenerme un poco más de consideración, inspector —dijo finalmente—. Algún día me necesitará. ¡Y muy pronto! Los rusos volverán, desde Rumania y Checoslovaquia. Lo sé, los he visto. Todos los aeropuertos están rodeados por ellos, lo mismo que todas las estaciones de ferrocarril del Este. Muy pronto, la gente despertará de su sueño y echará a correr. Se producirá el mayor éxodo de la historia, y entonces yo podría serle muy útil a usted.

Nemetz meneó la cabeza.

—Olvídese de los rusos. Todavía no ha contestado a mi pregunta. ¿Dónde estuvo usted y con quién la noche del veintisiete, entre las diez menos cuarto y las once menos cuarto?

Lori suspiró resignadamente.

—Estuve con un matrimonio, de apellido Simay. Camino de la frontera austríaca. En motocicleta. Fui a buscarlos inmediatamente de separarme del doctor Halmy. Aquella misma noche llegamos a la

frontera.

—Está bien —asintió Nemetz—. Lo único que ha de hacer usted es traerme a los Simay y que corroboren su declaración.

—¿Cómo quiere que los traiga? —gritó Lori—. ¿Quién sabe dónde están? En algún campo de refugiados de Austria…, de Francia…, de América. Yo los dejé al otro lado de la frontera y volví aquí. No volví a verlos, naturalmente —en su frente aparecieron diminutas gotas de sudor—. ¡Por Dios, inspector! En Viena me aguarda un norteamericano millonario. Desea que traslade hacia allá a diecisiete personas de aquí. ¡Son diecisiete mil dólares! Hoy la frontera está abierta. ¿Quién sabe lo que ocurrirá mañana?

Nemetz agitó la campanilla de su mesa.

—Hoy es un mal día, Lori —decidió—. Mañana charlaremos un poco más.

Cuando entró Kaldy le ordenó que mantuviera encerrado a Lori toda la noche. Mientras el joven era sacado del despacho, siempre protestando, Nemetz se preguntó cómo reaccionaría el doctor Halmy al enterarse del arresto de su presunto guía.

Viernes, 2 de noviembre

Nemetz se despertó con tortícolis y un dolor sordo en la espalda. El constipado con el que llevaba luchando casi una semana estaba alcanzando sus músculos y sus huesos. Meditó sobre la conveniencia de quedarse al menos un día en cama, y apelar a una cura casera y drástica, como té caliente con *schnapps*, tomado bajo tres mantas al menos y un edredón…, o probablemente *schnapps* sin té ni edredón. Pero luego pensó en las indebidas atenciones que le prodigaría su cuñada, y esto le decidió a vestirse y a marchar al despacho. En tanto se calzaba, conectó la radio y escuchó de nuevo el discurso del primer ministro Nagy respecto a la «Declaración de Neutralidad». Nagy explicaba las razones de la retirada de la nación del Pacto de Varsovia.

> «El pueblo húngaro, sobre la base de la independencia y la igualdad, y de acuerdo con el espíritu de la Carta de las Naciones Unidas, desea vivir en verdadera amistad con sus vecinos, la Unión Soviética y con todos los países del mundo.»

Parecían circular más trolebuses que el día anterior. Nemetz acortó por la plaza de la Libertad, esperando poder subir á uno, pero encontró una inmensa cola en la parada y prefirió ir a pie. En todas las calles se veía una ingente muchedumbre, y varias tiendas se hallaban ya abiertas.

Irene estaba ya ante su mesa cuando el inspector pasó por la antesala.

—¿Sabe una cosa, inspector? —exclamó al verle—. Lori ha avisado que desea verle. Tiene algo importante que decir. El

sargento Polovitzer, que trajo el recado, parece saber de qué se trata, pero no quiso decírmelo.

Nemetz reflexionó un instante. Proyectaba ir a ver al doctor Halmy e interrogarle respecto al plan de fuga. Sin embargo, decidió aguardar y ver antes a Lori, aunque no esperaba ninguna revelación vital por parte del muchacho.

Este penetró en el despacho, tan bien afeitado y elegante como el día anterior, cosa extraña después de haber pasado la noche en un calabozo del sótano, cosa que normalmente ponía grandes ojeras y muchas arrugas en los pantalones de los sospechosos. Naturalmente, le faltaban el cigarro, los cordones de los zapatos, la corbata y el cinturón.

—He estado pensando, inspector y he decidido ser franco con usted —empezó cuando estuvieron a solas—. Ayer le mentí. Sí, el sábado por la noche volví a casa del doctor Halmy. La mujer estaba sola, como dijo usted. Le notifiqué que quería llevarme las joyas…, y me pegó. Me pegó con fuerza. Bien, me volví loco…, y la maté.

Nemetz le escuchó aturdido. Aquella confesión era lo último que esperaba oír. Para ser sincero consigo mismo, tenía que admitir que nunca había creído en la culpabilidad de Lori ni aun en su complicidad en el asesinato de Anna Halmy. Y ahora veía que se había equivocado por completo.

—De modo que usted la mató…

—Exacto —afirmó Lori con tono triunfal.

Fue el tono lo que perturbó a Nemetz. Fue el tono lo que le hizo meditar. Lori parecía un actor que se ha aprendido los versos sin tomarse la molestia de leer toda la comedia, y que, por tanto, los recita sin darles el énfasis que requiere la situación.

—Dice usted que mató a la señora Halmy. ¿Dónde tuvo lugar el crimen?

—En el apartamento. ¿Dónde, si no?

—Pero, Lori, el cadáver lo encontró la portera del inmueble, en el descansillo de la planta baja.

Lori se encogió de hombros.

—¿Y qué? Sólo la herí y ella consiguió bajar por la escalera antes de morir. ¿Qué le pasa, inspector? Usted quería una confesión y la tiene. En cambio, parece como si desease que me retracte de lo dicho.

—¿Se hallaba ella frente a usted cuando la mató? —quiso saber el inspector, ignorando la observación del otro.

Lori meditó un instante.

—No lo sé. Estaba oscuro. Además no recuerdo bien cómo ocurrió todo. Sólo sé que me abofeteó con fuerza y que disparé. Luego, no recuerdo nada más.

—¿Por qué?

Lori pareció desorientado. Luego, recobró la compostura.

—A causa del disparo, perdí la noción de todo. Incluso me olvidé de mi nombre. Amnesia, creo que es esto.

—Sí, sobre todo en las películas —asintió Nemetz.

Es notable de qué manera las películas amplían el vocabulario de la gente que conculca la ley.

—Sí, igual que en el cine —asintió Lori ingenuamente—. Lo único que recuerdo es que, poco después, estaba en la calle.

A pesar de la insistencia mostrada por Nemetz en querer averiguar más detalles, Lori se aferró a su historia: la bofetada, el disparo, la amnesia, y una carrera por las calles.

Al final de una hora de trabajo infructuoso. Nemetz llamó a Irene, que tomó la confesión en taquigrafía para pasarla a máquina; Lori, después de leerla, firmó la declaración. A mediodía, Nemetz informó al jefe Koller, éste ordenó que trasladasen a Lori Kun al despacho del juez investigador, en la calle Marko.

Alexa estaba sentada en una silla plegable al lado de la cama del coronel ruso, esperando que falleciera. Nadie podía hacer nada para salvarle; el fallo de su único riñón había originado un envenenamiento urémico, que le estaba matando. En realidad, hubiese debido estar ya en coma, mas no era así. Agotado por las convulsiones intermitentes, tenía el cuerpo destrozado y macilento bajo las mantas. Había momentos en que abría los ojos lúcidamente y miraba a Alexa con un esbozo de sonrisa en sus agrietados labios. De pronto, se le contrajeron los músculos y un último y terrible calambre retorció su cuerpo y sus temblorosos miembros. Abrió los ojos y extendió una mano huesuda hacia la joven. Fue el gesto del hombre que cae y desea detener el impulso asiéndose a una rama. Al coger su mano Alexa, el cuerpo del coronel se relajó y su cabeza,

con todos sus conocimientos, sus pensamientos y sus ideas de autor de libros infantiles, cayó sobre la almohada, sin moverse ya, con la boca entreabierta y los ojos fijos en la muchacha, pero sin verla.

Alexa dejó que la enfermera Shulz cerrase aquellos párpados y cubriera el feo semblante del difunto coronel con la sábana, y fue en busca de Halmy. Lo encontró en el quirófano, quitándose los guantes de goma después de una operación, la tercera de la mañana. Estaba pálido y cansado, pero no triste. Por ello, Alexa dedujo que la operación había tenido éxito. Era una lástima que fuese portadora de tan mala noticia y que debiese estropear aquel momento de triunfo. Antes de hablar, Halmy la miró y comprendió cuál era el motivo de su aparición.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Ahora, hace un minuto.

Halmy metió los guantes en el lavabo.

—¡Maldición! ¿Por qué tuvo que meterse en todo este lío? No era su revolución. ¡Y la bala no iba dirigida contra él! ¡Era para el camarada Mikoyan y el general Grebenick! Dios mío, ¿cuándo acabará en el mundo la matanza de los santos inocentes?

La joven cogió una toalla, la mojó en agua tibia y borró de la frente del cirujano la película de sudor. El la atrajo hacia sí, presionándola contra su pecho.

—Tu piel es como el terciopelo —murmuró.

—Oh, no me amas a mí, sino a mi piel —exclamó ella, aunque inmediatamente se arrepintió de sus palabras.

Halmy la contempló con el ceño fruncido.

—Has dicho una tontería —comentó—. Debo ir a ver al número cuatro —continuó, yendo hacia la puerta—. Estoy preocupado por la niña que trajeron el lunes por la noche con las piernas destrozadas. Tal vez haya que cortarle la izquierda. Pero prefiero esperar. A lo mejor, aún podemos salvarla. A veces, me parece que no sé nada de nada. Un día soy un neurocirujano, otro un especialista en huesos, después un urólogo, y siempre tengo que enfrentarme con decisiones de vida o muerte. ¡Esto es demasiado!

Salió de la sala arrastrando los pies y Alexa corrió tras él.

—He pedido el almuerzo y nos lo servirán en el laboratorio. No tardes. Tienes que comer algo caliente, por favor.

Como todo el personal estaba sobrecargado de trabajo. Alexa

solía traer ella misma la comida en una bandeja. La cocina del hospital no era precisamente la del palacio de Lóculo, pero servían una buena sopa de guisantes y un filete de ternera bastante aceptables, y el médico dietista había logrado incluso añadir una botella de cerveza para Halmy. Todo el personal sanitario apreciaba al cirujano, sabiendo que si no le atendían, probablemente se pasaría todo el día sin comer, acabando por morir de desnutrición.

Después de almorzar, Halmy se tendió en el diván del laboratorio y Alexa se dedicó a examinar unas muestras de sangre. Deseaba que él durmiese, pero Halmy se hallaba demasiado agitado para pegar un ojo. Parecía nervioso y angustiado. Y fumaba sin cesar.

—Los dados están echados —exclamó de repente—. ¡Nos marcharemos el domingo!

La mano de la joven se apartó del microscopio y ella se volvió hacia el médico.

—O sea el día cuatro. Pasado mañana —respiró profundamente como deseando formular una pregunta, pero él habló antes.

—Discutí el asunto con el profesor Balint.

Se trataba del Presidente del Consejo Revolucionario que por el momento regía el hospital.

—Se ha mostrado sumamente comprensivo —continuó Halmy—. Cree que a partir del domingo podrá prescindir de mí. El profesor Hoddossy de la universidad de Debrecen ocupará el sitio de Lendvai. Llega mañana con dos ayudantes.

Alexa le miró, sorprendida.

—¿Tenías que contarle que te marchas?

—¡No podía abandonarle sin más!

Alexa volvió a concentrar su atención en una platina.

—¿Estás absolutamente decidido a irte? Por lo visto, estamos ganando. Los rusos se marchan. Y la vida será diferente. Hungría se convertirá en un país neutral, como Austria. Habrá libertad y prosperidad. Ayuda económica del Oeste y…

—Esto no altera mi decisión —la atajó Halmy. Su voz sonaba fría, casi helada—. ¡No me quedaría ni aunque nadásemos en dólares! Sólo quiero irme. ¡Estoy harto! Si tú sientes dejar esto, dilo. No vengas. No vengas por mi causa.

La joven sintió paralizársele el corazón.

—No eres muy amable, ¿eh? Sabes que no podría vivir sin ti.

Había lágrimas en sus ojos. El trabajo, las tensiones y la excitación de la semana anterior empezaban a cobrarse la deuda. Alexa empezó a sollozar como una niña algo aturdida por su falta de control.

—Entonces, no digas tonterías. Ya sé que empezar de nuevo en un país desconocido no es marcharse de excursión, pero no me queda otra elección —se incorporó en el diván, relucientes sus pupilas con una extraña fiebre—. Mi vida era como una camisa barata. Al principio, sienta muy bien, fría y nueva sobre la piel, pero después uno la lleva descuidadamente y acaba por arrugarse y mancharse. Mas no importa, porque después la tela puede limpiarse, si no con jabón, con un detergente más poderoso. Sin embargo, después de lavarla varias veces, la camisa pierde el apresto y al final hay que remendarla una y otra vez, hasta quedar inservible. Al fin se tira y hay que comprar otra.

Alexa le escuchaba sorprendida. Ante ella jamás había Zoltan Halmy mostrado tanta amargura. Siempre había aparecido como desinteresado de todo, sin tomarse la vida completamente en serio, ni siquiera a sí mismo.

—Bien, empezaré a hacer el equipaje —balbució ella.

—¿Equipaje? Por favor, no podemos llevarnos un guardarropa, ¿entiendes?

La joven le miró coléricamente.

—Naturalmente. Pero hemos de llevarnos algo. Ropas, papeles… —se levantó y le miró con desafío—. No me importa que te burles de mí, pero hay ciertas cosas de las que no quiero desprenderme. Una bombonera de mi madre, y el retrato de papá. Tú no lo has visto porque está colgado en casa de mi tía.

—¿Qué más? —indagó Halmy con una sonrisa de mofa.

—No puedo decírtelo ahora mismo. Pero estoy segura de que también tú posees algunas cosas que no quieres abandonar.

—Claro —asintió Halmy, poniéndose de pie y sentándose en una butaca cercana a la mesa de trabajo—. Por ejemplo, los abanicos japoneses de mi suegra, o la escupidera del hermano Zloch, que adorna un rincón del comedor, o la bolsa de baño de mi mujer, que siempre aparecía colgada en el baño, cuando acababa de hacer el amor conmigo. ¡O un retrato de Anna! ¡No podría empezar una

nueva vida sin todo esto!

Al principio, ella se echó a reír, pero ante la mención del nombre «Anna», calló de repente. Él lo observó y reaccionó con súbita irritación.

—Sin embargo, pensándolo bien —añadió—, tal vez no necesite nada de eso, considerando que me llevó a la amiguita del camarada Borbas conmigo.

Alexa no tuvo tiempo de replicar porque al pronunciar la última sílaba, Zoltan Halmy estaba ya a su lado, abrazándola con tanto afán y desesperación como si hubiese querido estrangularla. La joven sintió los labios del cirujano, hambrientos, cálidos, apasionados, que cubrían su rostro, su garganta, su cabello, con besos febriles, casi de excusa.

—Cariño, pequeña, perdóname. ¡No quise hacerte daño! ¡Dios es testigo que no quise hacerte daño! ¡Y menos a ti, entre todas las personas de este mundo!

Alexa se hallaba demasiado aturdida para rechazar el abrazo, por lo que permaneció entre los brazos del doctor, inmóvil, aunque fría y distante.

—Di algo, por piedad —suplicó él—. Di que olvidarás lo que acabo de decir. ¡No sé qué me impulsó a pronunciar unas palabras tan estúpidas!

Al fin, ella recobró la voz.

—Sé lo que te obligó a pronunciar esas palabras —suavemente, se libró de él, retrocediendo un paso—. Has estado pensando en ello constantemente, por eso lo has dicho. Y en realidad, no existe la menor diferencia entre proclamarlo o no, mientras esté en tu mente.

—Por favor, perdóname y olvídalo.

Alexa meneó la cabeza.

—No quiero. Necesito hablar de este asunto. Hemos de discutirlo. Es la única forma de olvidarlo —calló un momento antes de continuar—. No eres el primer hombre en mi vida. Hubo otros. Y esto es algo que ya no puede cambiarse. De haber sabido que iba a conocerte, te habría esperado, te juro que te habría esperado. Te amo. Te amo tanto que parece una locura. Creo que el motivo de amarte es precisamente por haber conocido antes a otros, haber derivado de uno a otro. Encontrarte a ti me pareció el milagro de milagros. Y deseo depender de ti, aunque sé que tú no sientes lo

mismo por mí.

—¡Estás muy equivocada! —protestó él.

—No es verdad, lo sé. Pero necesito algún pequeño indicio de que te importo un poco. De que me aceptas con todos mis… mis defectos. Porque de lo contrario, vivir a tu lado… sería aún más penoso que vivir sin ti.

Halmy fue hacia la ventana y permaneció de espaldas a la muchacha.

—Soy un tonto —murmuró—. Tú has sido maravillosa, y eres el único motivo de que yo desee irme de esta ciudad, de este país. Deseo que los dos empecemos de nuevo. Y jamás lo lograría sin ti. ¡Oh, no, jamás! Por otra parte, tampoco me quedaría aquí, ni contigo. Aquí hay… hay demasiadas bomboneras, tanto en mi casa como en la tuya, y demasiados retratos de personas muertas. Por esto hemos de irnos y abandonarlo todo. Como si jamás hubiese existido nada de ello —la agarró por los hombros—. ¿No entiendes? También yo tengo mis camaradas Borbas. Sólo que sus nombres son distintos, si bien significan lo mismo. ¿Sabes qué pienso? ¿Lo que llevo algún tiempo pensando? Que la revolución estalló no sólo porque la gente odiaba a los rusos y a los comunistas, sino porque aún se odiaba más a sí misma. Han vivido demasiado tiempo sin respeto y dignidad. Y no pudieron soportarlo más. La única forma de librarse de su vergüenza era matar o morir. ¡Arrojar piedras a los tanques y morir redimidos!

La soltó y sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos. Era un paquete de «Camel» sin abrir. Empezó a quitar el celofán y, de repente, con ademán colérico, tiro todo el paquete a la papelera.

—Dame uno de los tuyos —pidió.

La joven encendió un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Luego, procedió a extraer el paquete de «Camel» de la papelera.

—Estás loco al echar un paquete de cigarrillos buenos. Con ellos puedes hacer feliz a alguien.

Halmy inhaló profundamente.

—No quiero hacer feliz a nadie más que a ti —hubo una leve pausa—. Lo primero que hemos de hacer es cruzar la frontera. Luego, casarnos.

La declaración era demasiado casual e inesperada para que Alexa captase todo su significado. Al cabo de unos segundos,

comenzó no obstante a grabarse en su cerebro.

—¿Quieres de veras casarte conmigo? —inquirió sintiendo que le faltaba la respiración.

El médico comenzó a decir algo, pero hubo una llamada a la puerta. El sanitario Janos asomó la cabeza.

—Ya está otra vez aquí ese guindilla —anunció—. Ya sabe, el de la cicatriz en la cara. Quiere verle a usted. Le aseguré que estaba usted descansando, pero afirma que es importante.

—¿Qué querrá ahora? —gimió Alexa.

Halmy reflexionó un instante.

—Dígale que le veré en seguida.

—¿Por qué no te lo quitas de encima? —quiso saber Alexa cuando hubo desaparecido el sanitario—. Es un pesado.

—Al final, tendría que verle de todos modos —meneó Halmy la cabeza—. Ten en cuenta que soy sospechoso de asesinato. Por tanto, no hemos de asombrarnos de que la Policía nos visite de cuando en cuando.

Cuando entró Nemetz, ella fingió estar absorbida en su labor para no prestarle atención, Nemetz la saludó, mas ella contestó con un breve:

—Buenos días.

—¿Cuál es la nueva feliz, inspector? —preguntó Halmy con una sonrisa.

—Sí es feliz —asintió Nemetz—. Le hemos encontrado.

—¿A quién?

—Al hombre que mató a su mujer.

Halmy digirió la información sin demostrar sorpresa o un interés especial. Las manos de Alexa se inmovilizaron sobre la platina, y escuchó tensa y sin moverse.

—Espero que sea el verdadero culpable —observó Halmy.

—Creo que sí —asintió Nemetz—. Ha confesado, de modo que existen muchas probabilidades de que se trate del criminal.

Hubo un largo silencio. Halmy se acercó a la mesa y cogió el paquete de «Camel» salvado por Alexa. Lenta, cuidadosamente, como si se tratara de un objeto precioso y frágil, lo abrió.

—¿Le conozco? —preguntó en tono casual, como el dueño de

casa que trata de mantener una conversación de cumplido durante una visita inoportuna.

Nemetz no apartó los ojos de su rostro.

—Sí, en efecto. Es su amigo… Lori Kun.

—¡No! —gritó, dejando caer los cigarrillos—. ¡No es posible! ¡Está usted equivocado!

Nemetz estaba gozando con la situación. Era esta parte de su trabajo la que más le gustaba, este juego mental del gato y el ratón, la partida de ajedrez en que la habilidad de un viejo profesional se enfrentaba con el vigor de un joven aficionado.

—Ha confesado —repitió, esperando la reacción del médico.

Halmy la demoró deliberadamente unos instantes.

—¿Dónde está? —quiso saber.

—Arrestado. En la cárcel de la calle Marko —sacó el reloj y lo consultó—. Ahora ya debe de estar allí. Probablemente, estará siendo interrogado por el juez investigador.

—¿Y qué le ocurrirá?

—Quedará detenido hasta la vista del juicio.

Halmy estaba paseándose por la sala. De pronto se detuvo y se enfrentó con Nemetz.

—¡Esto es ridículo! El no mató a mi esposa. No sé cómo ha conseguido usted sacarle esta confesión, pero es una necedad. Ese chico no tenía nada contra mi mujer. Sólo la vio una vez y muy brevemente.

—Dos veces. Afirma que volvió por las joyas.

El doctor le contempló un momento.

—Otra locura. De todos modos, las hubiese tenido. ¡No tenía ninguna necesidad de matar para obtenerlas!

—En un crimen nunca hay que atenerse a la lógica —replicó Nemetz—. El noventa por ciento de los asesinatos son el resultado del razonamiento equivocado de alguien.

Halmy estaba pálido como si sufriera una grave enfermedad.

—Ese muchacho no necesitaba correr riesgos tan estúpidos. Gana más dinero del que usted o yo reuniremos en toda nuestra vida. ¡Maldición —estalló—, no puede usted arruinar a un hombre sólo porque necesita un culpable! Usted sabe que él no lo hizo. Entonces, ¿por qué no le suelta?

—¿Cómo está tan seguro de que él no lo hizo?

Halmy volvió a detenerse junto a la ventana y estuvo más instantes contemplando los estropeados edificios de la calle. Nemetz contenía la respiración. Si en aquel momento alguien le hubiese ofrecido una apuesta, habría aceptado cualquier envite a cambio de que en los próximos minutos el caso de Anna Halmy iba a llegar a una conclusión.

De repente, sonó el teléfono. Alexa levantó el receptor y preguntó quién llamaba.

—¿Está aquí el doctor Halmy? —preguntó una voz metálica, muy chillona.

La joven, al principio, no supo si era una voz masculina o femenina.

—¿Quién le llama?

—Dígale que es importante. Muy importante.

Alexa comprendió ya que se trataba de un hombre, probablemente falto de respiración.

—Es para ti, Zoltan —al ver que el médico no iba hacia el aparato añadió—. Cógelo, ¿quieres?

Halmy le dirigió una mirada inquisitiva y alargó la mano hacia el auricular.

—Aquí Lori —se anunció la voz—. Hemos de efectuar algunos cambios en lo concertado. Usted no puede aguardar hasta el domingo por la tarde; tiene que marcharse por la mañana. Un amigo mío le verá a usted y a su chica en el hospital, entre las ocho y las once. Se llama Joska Jordán. Pero que nadie sepa que le he llamado. Y vigile sus pasos. Es posible que le sigan a partir de ahora.

Halmy escuchaba trastornado. Miró furtivamente a Nemetz, que se hallaba sentado a unos cinco metros de distancia. No había en su rostro el menor indicio de que sospechara la identidad del comunicante.

—¿Está usted ahí? —inquirió Lori, nerviosamente—. He de colgar porque…

—¡Un momento! —le atajó el médico—. ¿Qué le pasa a usted? Me han dicho que no está muy bien… Que ha sufrido un accidente… —buscaba las palabras adecuadas para que Lori pudiera entender que no le era posible hablar con claridad, sin despertar al mismo tiempo las sospechas de Nemetz.

—Conque ya lo sabe —rió Lori—. Sí, he tenido un poco de jaleo. Pero ya estoy bien. No se preocupe por mí. Ningún maldito bofia podrá jamás hacerle daño alguno a Lori Kun —hizo una pausa y preguntó en tono más bajo—: ¿Quién se lo dijo? —al ver que Halmy no contestaba, continuó—: ¿Qué le dijeron exactamente?

—No mucho —el tono de Halmy le hizo comprender a Lori que aquél no estaba solo.

—¿Hay alguien con usted? ¿Por esto no puede hablar? —quiso saber Lori, bajando la voz a un leve susurro.

—Exactamente —repuso Halmy.

—Entonces, será mejor que cuelgue. Y no lo olvide, Joska Jordán le visitará en el hospital el domingo por la mañana, de ocho a once.

Hubo un clic y el doctor colgó.

—¿Quién era? —preguntó Alexa.

La expresión del médico le dijo a la joven que su pregunta era indiscreta.

—Un viejo amigo, no le conoces —era una mentira sencilla, pero Halmy no logró tornarla convincente. Se volvió hacia Nemetz—. Lamento la interrupción. ¿De qué hablábamos?

En su semblante volvió a aparecer la antigua sonrisa.

—Hablábamos de Lori Kun —le recordó Nemetz—. Y le he preguntado por qué está tan seguro de que no mató a su esposa.

—Oh, sólo le estoy concediendo el beneficio de la duda. Al fin y al cabo, conozco poco al muchacho. Sin embargo, no me pareció un asesino en potencia.

—Un hombre no tiene que parecer un criminal para serlo —sentenció Nemetz.

—Bueno, no soy un experto en la materia. Y menos aún lector del pensamiento. Traiga aquí al muchacho y le haré un diagnóstico bastante acertado respecto a su estado físico. Le haré una radiografía del pecho, el estómago y la cabeza. Pero no podré hacérsela de su conciencia.

De pronto, Nemetz conjeturó que existía una relación entre la llamada telefónica y el cambio de actitud del médico. Antes de dicha conversación, había defendido apasionadamente a Lori, pero después se mostraba indiferente. El comunicante debía de haberle pasado un mensaje o alguna información, causante de tal cambio.

—¿Desea hablar de algo más? —preguntó Halmy, indicando que deseaba dar por terminada la entrevista.

—Usted dijo que había concertado un trato con Lori…

—Sí, en efecto —le interrumpió el doctor—. Ese joven tenía que llevamos a la señorita Mehely y a mí al otro lado de la frontera austríaca. Por desgracia —de nuevo volvió a asomar la sonrisa a sus labios—, este viaje tendrá que aplazarse. Gracias a su notable perspicacia.

Nemetz no tenía otro remedio sino despedirse y marcharse. Y es lo que hizo. Sin embargo, de regreso a la Jefatura no logró despojarse de la sensación de que le habían estado engañado. En conjunto, empezaba a sentirse hastiado del caso Halmy. Era como el boxeo: un buen ejercicio para un hombre joven, pero un agotamiento innecesario para un anciano.

Penetró en la antesala de su despacho y una simple mirada al rostro de Irene le previno que debía prepararse para una sorpresa.

—Tengo noticias para usted —manifestó la mujer. Parecía extremadamente amable, lo que significaba que la novedad era mala—. ¡Lori Kun se ha despedido a la francesa! ¡Se ha ido! ¡Ha huido!

—¿Cómo? —vociferó el inspector, sin captar plenamente el significado de las palabras.

—Camino de la calle Marko. Se marchó de aquí en un coche patrulla, con dos guardias, Blasko y Polovitzer, a la una y diez. Son ya las tres, pero ni él ni los guardias han llegado al despacho del juez. Kaldy ha estado en la cárcel, comprobando asimismo todas las rutas posibles que pueden haber tomado, pero no hay la menor señal de ellos ni del coche. Ahora, Kaldy ha ido a investigar en los apartamentos de los guardias, para hablar con sus familiares. Tal vez sepan algo.

Kaldy regresó con la noticia de que no sólo no había podido encontrar a los dos guardias, sino que también habían huido sus familias. Blasko tenía esposa y cuatro hijos. Polovitzer mujer e hijo, y los siete habían salido de sus casas respectivas poco antes de las once de la mañana. Llevaban todos maletas y paquetes, y parecían tener mucha prisa, afirmaron los vecinos. Considerando que Blasko vivía en el bulevar Ferenc y Polovitzer en Zugliget, la hora de su partida significaba que habían obrado de acuerdo con un plan

preestablecido.

—Están camino de la frontera —aventuró Irene—, guiados por Pied Piper Lori Kun. ¡Qué vergüenza! —añadió—. Después de los malos ratos que pasó usted para arrancarle la confesión.

Nemetz no contestó. Dio media vuelta y entró en su despacho, cerrando la puerta a sus espaldas. Experimentó cierto consuelo al pensar que ni por un instante había creído en la confesión del joven. Sospechaba que era un truco, lo cual había resultado ser verdad. Lori había concertado un trato con los guardias para ayudarles a ellos y a sus familiares a escapar al Oeste. Naturalmente, no podían simplemente abrir su celda y dejarle salir, por lo que decidieron que era preferible que confesase el asesinato, lo que automáticamente significaría su traslado al despacho del juez. En ese momento, lo único que tenían que hacer los dos guardias era ofrecerse voluntarios para escoltar al prisionero.

Nemetz se maravilló ante la ingeniosidad del plan. Luego, recordó la llamada recibida por el doctor Halmy estando él en el laboratorio, y comprendió que el comunicante no era otro que Lori. También comprendió que la decisión del doctor de abandonar el país era firme aún, más que nunca. Llamó a Kaldy y le ordenó que mantuviese al doctor bajo una discreta pero estrecha vigilancia.

Sábado, 3 de noviembre

Fue un día de gran confusión, de informes contradictorios, de esperanzas, de alegrías, de desesperación. A las diez de la mañana, Radio Kossuth radió la noticia de que una delegación de dieciséis miembros de las Naciones Unidas aterrizaría en el aeropuerto Ferihegy. El gabinete del primer ministro Nagy sufriría grandes cambios, con la mayoría de comunistas apartados del poder, y el general Maleter, vencedor de la batalla del cuartel Kilian, nombrado ministro de Defensa. Según otra noticia de las tres y dieciocho minutos de la tarde, el camarada Andropov, embajador ruso, había informado al primer ministro Nagy que el Gobierno de la URSS estaba deseoso de aceptar la proposición de retirada de las tropas soviéticas de Hungría, y respecto al mediodía, delegaciones de ambos bandos empezaron a discutir los puntos técnicos de la retirada.

Alexa estuvo en casa toda la mañana. Aunque detestaba los quehaceres domésticos, fregó, limpió y quitó el polvo con entusiasmo. Al fin y al cabo, ahora era su hogar, suyo y de Zoltan. El día en que ella efectuó el traslado de domicilio, el doctor empaquetó todos los objetos pertenecientes a Anna, así como a las familias Toth y Zloch, y los metió en cajas y cajones, que guardó en el antiguo dormitorio de los Toth. Quitó las dos placas con los nombres de la puerta del piso, los abanicos japoneses, los calendarios, y con ello no quedó ningún recuerdo del paso de las dos familias por el apartamento. Ejecutó aquella limpieza con un entusiasmo sólo igualado por el de los hombres que dos días antes habían derribado la estatua de Stalin de su pedestal en el parque urbano. Alexa nunca le había visto tan joven y dichoso como aquel día; en su rostro había la expresión triunfal del sacerdote, que

después de larga lucha, consigue exorcizar los malos espíritus de su iglesia. Aguardaba en secreto que ahora que el apartamento había quedado despojado de todos los recursos ofensivos, y era de nuevo el hogar de Halmy, éste abandonaría la idea de emigrar.

Estaba demasiado absorta en su tarea para darse cuenta inmediatamente de que dos mujeres acababan de penetrar en el apartamento. Sólo cuando habló la mayor comprendió que no estaba sola. Las contempló asombrada.

—Buenos días —saludó la de más edad.

Era baja y tan cuadrada y sólida como la losa de una tumba. Los pantalones de esquiar y el abrigo tres cuartos que llevaba le daban el aspecto de un eunuco viejo. Su compañera era más alta, más delgada y mucho más joven; tenía una nariz afilada, una barbilla afilada, y el cabello rubio ceniza, que le caía descuidadamente y sin peinar en torno a los hombros. También llevaba pantalones. En ambas se leía una expresión de beligerancia. Parecían dos soldados de patrulla, asustados pero dispuestos a apretar el gatillo con suma facilidad.

—¿Buscaba a alguien? —inquirió Alexa.

—¿Está en casa la señora Halmy?

Había hablado la más joven. Poseía una voz profunda, potente, y teñida con el acento de la provincia de Bihar.

Alexa no supo qué contestar. Comprendió que se hallaba delante de la madre y la hermana de Anna Halmy, y que evidentemente ignoraba la muerte de ésta.

—La señora Halmy —tartamudeó—, ya no está aquí.

—¿Cómo dice? —la hermana levantó la voz—. Vive aquí, ¿no?

Sus ojos del color del fango estaban clavados en Alexa. La madre también la miraba, con ojos divertidos, como apuntándola por detrás del cañón de un fusil.

Alexa se recobró y decidió contarles la verdad.

—Tengo malas noticias para usted. La señora Halmy ha fallecido.

La madre no se movió. La hermana lanzó un grito.

—¿Cómo?

—Fue una tragedia terrible —continuó Alexa—. Ocurrió el sábado, hoy hace una semana. La señora Halmy se hallaba en la cola que se había formado delante de una panadería. Pasó un

tanque ruso y abrió fuego contra la cola. La mataron. Junto con otras cuatro mujeres.

Era la primera versión que había oído de la muerte de Anna Halmy y prefirió contarla de este modo.

Al fin, la madre se movió. Sus labios empezaron a temblar y unas gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Hija mía! —gimoteó—, ¡Mi preciosa hijita, mi pequeña! ¡No debí irme…, no, no debí irme!

Emitido un sonido extraño, como si se ahogase.

—Siéntese, por favor —Alexa la asió del brazo—. ¿Quiere tomar algo? ¿Un vaso de agua?

—Yo iré a buscarlo —se ofreció la hermana—. Vivimos aquí —parecía aguardar una discusión al respecto. Al ver que Alexa no replicaba, agregó—: ¿Y usted quién es? ¿Qué hace aquí?

La pregunta y el tono molestaron a la joven. Sin embargo, comprendió que debía responder.

—Bueno, estaba haciendo un poco de limpieza. El médico está en el hospital. Sí, estoy limpiando esto —repitió, sin hallar una respuesta más plausible.

Su explicación, aunque no del todo satisfactoria, al menos por el momento hizo callar a la hermana, que se refirió de nuevo a la muerte de Anna.

—¿Dice que la mataron delante de una panadería? ¿La mataron los rusos delante de una panadería?

—Sí, así es cómo ocurrió —asintió Alexa.

No le gustaba el énfasis dado por la señora Zloch a las palabras «rusos» y «panadería».

—¿Cómo lo sabe? —indagó la señora Zloch—. ¿Estaba usted allí?

Su gramática no era mejor que su acento.

—Esto es lo que oí decir —repuso Alexa, reprimiendo su irritación.

—¿A quién?

—A la Policía. La encontraron delante de la panadería, a ella y otras cuatro más.

Las recién llegadas intercambiaron miradas suspicaces. Alexa sintió que la sangre afluía a su rostro. Se preguntó cómo conseguiría deshacerse de ellas.

—Si quieren ver al doctor, se halla en el hospital. No regresará hasta últimas horas de la noche. Pero será mejor que le llamen por teléfono antes de ir allí. Estos días se halla tremendamente ocupado.

Las mujeres dejaron pasar la última observación sin comentarios.

—¿Cuándo se celebró el funeral? —inquirió la madre—. ¡Dios del cielo! —gimió de pronto—. ¿Por qué no me lo dijo nadie? ¿Por qué no me permitieron verla por última vez?

—No hubo funeral —explicó Alexa—. Recogieron a las víctimas aquella misma noche. Por lo que sé, la enterraron en un parque. Cuando todo haya vuelto a la normalidad, exhumarán los cadáveres y les concederán un entierro apropiado.

—¡Mi niñita…, mi pequeña! ¡Era tan hermosa…! —de repente calló y sus dedos se asieron a la tela de su abrigo, a la altura del corazón—. Agua… —musitó.

—Te traeré un vaso —se ofreció su hija, saliendo del cuarto. Un segundo después regresó sin el agua. Estaba lívida—. ¡Han desaparecido todas nuestras cosas! —anunció con tono rosa—. ¡Las de papá, las nuestras y las tuyas! ¡Hasta nuestra cama! ¡Todo;

—El doctor lo guardó todo —explicó Alexa—. Pensó que ustedes se habían marchado de la ciudad… —añadió al fin— para siempre.

—¿De veras? —preguntó la señora Zloch, volviéndose hacia ella —. Bien, permítame decirle que… —de pronto calló—. Vámonos, mamá, pero antes será mejor que nos llevemos algunas cosas de Anna antes de que también desaparezcan.

Miró aviesamente a Alexa y salió de la estancia. Se movió tan de prisa que estuvo en el dormitorio antes de que la joven pudiera impedirlo.

—Ahí no hay nada —le gritó Alexa.

Empezaba a sentirse realmente enojada. Pero además estaba asustada, como si las visitantes no fuesen mujeres ordinarias, sino malos espíritu, furias modernas dispuestas a la venganza y la destrucción.

—¡Claro que están! —exclamó la señora Zloch, apartándola y yendo hacia el armario, cuyas puertas abrió de par en par.

Estuvo allí un momento, contemplando los dos vestidos de lana, el traje marrón y la bata. Todas las ropas eran de Alexa.

—Las cosas de su hermana han sido guardadas —explicó la

muchacha—. Se hallan en el segundo dormitorio. Donde también están las demás cosas.

Pero la señora Tech ya había entrado en la habitación y se hallaba detrás de las dos jóvenes. Su hija volvióse hacia ella.

—¿Quieres saberlo? ¡Esta fulana vive aquí! —exclamó señalando a Alexa con el pulgar—. ¡Es la amante del doctor!

—¡Fuera de aquí! —chilló Alexa. No estaba ya asustada, sino enloquecida, loca de furia—. ¡Fuera de aquí las dos!

—Esto le convendría, ¿verdad? —la señora Zloch se rió en su cara.

—¡Salgan o llamaré a la Policía! —repitió Alexa, porque no se le ocurría ninguna otra amenaza.

—No me haga reír —replicó la otra—. Estamos en nuestra casa. Y la Policía no nos echará. Al contrario, preguntará qué hace usted aquí.

Miró a Alexa con maligna satisfacción.

A Alexa le daba vueltas la cabeza. Fue hacia el teléfono, levantó el receptor y llamó al inspector Nemetz. Las dos mujeres la contemplaban expectantes. Hubo un zumbido y finalmente una voz contestó al otro extremo del hilo.

—Soy Alexa Mehely, inspector —balbució la muchacha—. Siento molestarle, pero me hallo en el apartamento del doctor Halmy y esas dos mujeres, la madre y la hija de la difunta señora Halmy, han entrado aquí y se comportan de modo abusivo. Antes vivían aquí, pero se marcharon al estallar la revolución. La señora Toth era informadora de la policía secreta y por esto tuvieron que desaparecer.

Las dos mujeres se habían apartado unos pasos, en silencio. Cuando Alexa mencionó a la policía secreta, la señora Zloch se movió como queriendo arrojársele encima, pero la madre alargó la mano y la contuvo.

—¿Qué quieren? —preguntó Nemetz.

El sonido de su voz tranquilizó a Alexa.

—Son muy rudas e insultantes y no quieren irse.

—Ahora iré para allá —afirmó el inspector.

—Gracias —repuso Alexa, soltando el receptor. Se volvió hacia ambas mujeres—. El inspector vendrá en seguida.

No sabía por qué había llamado a Nemetz, un hombre al que

consideraba una amenaza y una molestia.

—No me importa quién sea su inspector —gritó la señora Zloch—, pero será mejor que se aparte de nuestro camino o deseará no haber nacido. ¡Y esto también va con usted! —añadió con tono perverso.

—Vámonos, Rosa —dijo la madre.

—¿A qué tanta prisa? —rio la hija. Se volvió hacia Alexa—. ¿Dónde están las cosas de mi hermana?

—Ya se lo dije. En el segundo dormitorio.

Alexa permaneció en el pasillo mientras la madre y la hija hurgaban entre los objetos de la difunta. Hablaban en voz baja, pero a veces elevaban la voz sin darse cuenta.

—¡Dieciocho pares de medias de nylon! ;Su abrigo de castor! ¡No veo el impermeable verde! ¡Fíjate en esto, seda auténtica! ¡Ni siquiera sabía que las tuviera! ¡Seis botellas de colonia! ¡Y este jabón…!

Alexa oía estas frases como entre sueños, con varias maletas y abrigos de piel y vestidos al brazo.

—Volveremos en busca de lo demás —aseguró la señora Toth.

—Estas cosas son de Anna —agregó la hija—. Las compró con su propio dinero. El doctor no tiene derecho a quedarse con ellas.

—Estoy segura de que no las quiere —replicó Alexa coléricamente—. Sin embargo, será mejor que envíen a alguien a buscarlas y no vuelvan ustedes. Sé que el doctor no las dejará entrar.

—No, ¿he? —gruñó la señora Zloch—. Bien, no tardará el día en que no tendrá otro remedio que dejarnos entrar aquí.

Al fin se marcharon. Durante largo tiempo, Alexa tuvo la mirada fija en la puerta, como ofuscada. Después se acordó de Nemetz, y fue hacia el teléfono para llamar a Jefatura y comunicarle que ya no era necesaria su presencia porque el problema se había solucionado por sí solo. Fue en aquel instante cuando Nemetz tocó el timbre.

—Las mujeres se han ido —le explicó Alexa al abrir—. Lamento terriblemente haberle molestado, pero tuve miedo y no sabía qué hacer.

Permanecían de pie en el umbral… Nemetz, sombrero en mano,

en tanto la corriente de aire hacía revolotear sus escasos cabellos, y ella dentro del apartamento.

—No tiene importancia —replicó el inspector, dejando una amistosa sonrisa—. Siempre me alegra prestar un servicio.

Dio media vuelta para irse.

La joven alargó una mano y le tocó en el brazo.

—¿No quiere entrar, inspector? Tome una taza de café conmigo. ¡Café auténtico!

—Bueno, atenta usted contra mi debilidad —rió Nemetz, pasando al interior del piso—. Además, usted sabe hacer café.

—Gracias.

Alexa guió a Nemetz al saloncito, ofreciéndole una butaca. Después, pasó a la cocina y colocó la cafetera sobre el fogón.

—Ha sido usted extremadamente amable —expresó cuando volvió junto al inspector—, y se lo agradezco muy de veras. Esas mujeres son personas terribles. ¡No sé cómo pudo convivir el doctor tanto tiempo con ellas!

—Igual que otras personas que han tenido que convivir con individuos indeseables —observó Nemetz—. ¿Qué querían?

—Pienso que los maridos las enviaron en calidad de exploradoras. Ya sabe, de igual modo que Stanley enviaba a sus porteadores cuando pasaba por una aldea africana. Si el porteador regresaba con vida, también él entraba en la aldea. Si se comían al porteador, Stanley pasaba junto a la aldea a toda marcha. Creo que los camaradas Toth y Zloch querían averiguar si podían abandonar su escondrijo.

En la cocina, el café hervía ya con un sonido sibilante y al momento su fragancia inundó el apartamento. La joven corrió hacia allí y un minuto más tarde regresó empujando un carrito. Estaba lleno de tacitas de porcelana inglesa, y Alexa sirvió el café de una cafetera de plata de Georgia.

—¡Muy amable! —agradeció Nemetz—. Pero no debió tomarse tantas molestias.

—Me alegra poder usar esas cosas tan preciosas. Eran de la madre de Zoltan. Naturalmente, se rompieron muchas piezas de porcelana. Temo que Anna Halmy no las apreciaba demasiado: No la conocí, pero a juzgar por lo que he oído, no fue una mujer demasiado inteligente.

—No, no lo era.

—Oh, pero entonces… ¿por qué…? —calló de pronto, y sus mejillas se tornaron de color púrpura.

Nemetz contempló aquel rostro encendido.

—Iba usted a preguntar por qué deseo convertir en un caso policíaco su muerte, ¿verdad? Porque no me olvido de todo, pensando que merecía la muerte ¿eh?

—Bueno —sonrió Alexa—, estaba pensando, sí.

—Bien, no, no era una persona simpática. Era avara, corrompida y tonta. Le gustaba perjudicar a la gente. Incluso quebrantaba la ley. Pero yo no soy un juez, soy un policía. Mi tarea consiste en hallar a la persona que la mató y entregarla a los tribunales para que éstos determinen la sentencia.

—Usted cree que Zoltan la mató, ¿verdad? —Nemetz iba a responder, pero la joven continuó—: Aunque no posee otra prueba que las palabras de la muerta. ¿Por qué lo que dijo un difunto siempre ha de considerarse tan cierto como el evangelio? Anna Halmy era una mentirosa. Una mentirosa y una mujer vengativa. Y una de sus víctimas decidió eliminarla. ¿No podría usted entender por qué lo hizo?

—Incluso entiendo por qué un hombre puede perjudicar a una niña —contestó Nemet —. Mas esto no significa que yo perdone al criminal, o lo deje suelto.

—Si yo le preguntase algo, inspector, ¿me contestaría la verdad?

—Se lo prometo.

—De no haber pasado usted aquella noche por delante de la panadería y haberse fijado en el cadáver de la señora Halmy, ¿habría habido una investigación sobre las causas de su muerte? ¿O la habrían considerado una víctima más de la revolución y la habrían enterrado con las demás?

—Creo que habría sido tomada por una víctima de la revolución —afirmó Nemetz—. Sí, dudo que ahora hubiese un caso Halmy en marcha.

—Bien, entonces —Alexa se inclinó hacia adelante—, ¿no puede usted fingir que no pasó aquel sábado por la noche por delante de la panadería?

—Temo que esto sea imposible —suspiró el inspector.

La joven se apartó de él con un movimiento de frustración.

—Por favor, olvide mi pregunta —cogió la cafetera—. ¿Un poco más de café?

—No, gracias. He de irme ya —se puso de pie.

—Espero que no se haya enfadado conmigo.

—No, cielos… Y si alguna vez necesita mi ayuda, no vacile en llamarme.

—Muchas gracias —sonrió Alexa—. Lo recordaré cada vez que mate a alguien.

Ambos se echaron a reír. La joven le acompañó hasta la puerta y le despidió con un «adiós» amistoso. Luego, permaneció en el umbral, con la puerta abierta hasta que el inspector desapareció por la escalera; después, exhaló un suspiro y silenciosamente deseó no volver a verle nunca más.

Domingo, 4 de noviembre

El teléfono sonó tres veces antes de que Otto Koller consiguiera desvelarse lo bastante para coger el receptor.

—Venga inmediatamente al despacho, jefe —gritó el hombre al otro extremo del hilo sin molestarse antes en identificarse.

No obstante, Koller le reconoció como uno de los muchachos del servicio nocturno.

—¿Qué ocurre? ¿Qué sucede? —tartamudeó estupefacto.

—Los rusos avanzan sobre Budapest. Desde todas direcciones. Acabamos de recibir el informe de que todos los aeropuertos y todas las estaciones de ferrocarril del país se hallan en sus manos. Corren rumores de que el general Maleter ha sido arrestado. Se hallaba en Toekoel, negociando la retirada rusa con el general Malinin. A medianoche, el general Serov, jefe de la Policía de seguridad de los soviets, se unió a la asamblea. Desde entonces, no ha habido noticias sobre la delegación de Maleter. En el Parlamento reina una gran confusión. Nadie sabe qué ocurre. Por el momento, el primer ministro Nagy ha ordenado que todos los revoltosos suspendan el fuego. Y aguarda noticias de Maleter.

En la otra cama, la señora Koller se agitó cambiando su enorme mole de la izquierda a la derecha.

—¿Qué le pasa? —preguntó en italiano. Todavía conservaba la voz melodiosa y suave que veinte años atrás hacía estremecer a Koller de delicia—. Seguro que se trata de otra de tus prostitutas —gruñó—. ¡Qué caradura!

—¿Sabes una cosa, Edda? —sonrió Keller, después de soltar coléricamente el auricular y saltando de la cama—, acabarás deseando que fuera una de mis prostitutas quien ha llamado. Los rusos vuelven —empezó a vestirse—. Bien, baja a la bodega y no te

muevas de allí. Si es necesario, quédate allí toda la noche.

—Aquello está muy húmedo…

—No tanto como cuando uno se halla enterrado bajo dos metros de tierra —replicó él, saliendo del cuarto.

Halmy se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Desde el comienzo de la revolución vivía a base de benzedrina, durante el día, y somníferos por la noche, y esas drogas empezaban a dominarle. Se preguntó si debía tomar una aspirina, pero esto habría significado molestar y despertar a Alexa. La joven yacía de espaldas a él, con el espinazo presionado contra el pecho del cirujano, las piernas entrelazadas con las de él, como para asegurarse de que no podía escapar durante su sueño. Tras varios años de un estado semejante a la soltería, estar unido a otro cuerpo era una experiencia nueva para el doctor… en algunos momentos un gran placer, y en otros una molestia.

Llevaba unos cinco minutos despierto cuando oyó la primera explosión. El sonido procedía de muy lejos, probablemente de los montes de Buda. Por un momento, estuvo inmóvil, contemplando la oscuridad que precede al alba. Cuando después de varios minutos de silencio se repitió la explosión, apartó suavemente a Alexa, desenredó sus piernas y saltó de la cama. La muchacha se agitó y murmuró unas palabras incoherentes, pero continuó durmiendo. El médico anduvo de puntillas, fue a su despacho y conectó la radio. Las estaciones interiores no fucionaban; luego, sintonizó música en el extranjero, y una voz hablando rápidamente en ruso. A medida que el rumor de la batalla se generalizaba, se iban encendiendo las luces en las casas del vecindario. Las explosiones parecían emanar de diversos puntos de los arrabales de la ciudad.

«Lo que temía», pensó Halmy.

De manera extraña, se sentía tranquilo, sin experimentar la menor sorpresa. Sin saber por qué, siempre había pensado que el desastre era inevitable; la historia era demasiado hermosa para ser verdad. Pasó al cuarto de baño, se limpió los dientes, se afeitó, tomó una ducha fría y se vistió. En una bolsa puso su traje azul marino, algunas mudas, las joyas de su madre, una vieja foto de familia y varios documentos, entre los cuales su certificado de

nacimiento y su diploma de medicina. También eligió algunos volúmenes de su biblioteca médica y los ató en un paquete. Luego, despertó a Alexa.

—Vístete, hemos de irnos al hospital —le comunicó—. En Buda se ha reanudado la lucha. Es posible que se trate de los comunistas o de los rusos. Si llegan aquí tal vez no pudiéramos llegar al hospital, de modo que es mejor que salgamos cuanto antes. Lori dijo que su amigo iría a vernos de ocho a once. No podemos dejarle escapar.

Mientras se vestía Alexa, él hizo café, frió unos huevos, y tostó pan. Después de desayunarse, ella quiso lavar los platos, pero él no se lo permitió. Cuando la gente abandona la vida anterior, irnos platos sucios no tienen la menor importancia. Luego, Halmy le ordenó que preparase una pequeña maleta, lo antes posible, y con poco peso.

—Recuerda que tendrás que llevarla durante varias horas, por bosques y campos enlodados.

—¿Estas determinado a que nos vayamos hoy?

—Sí. Nada podrá retenerme aquí.

—Pero si los rusos vuelven a atacar, habrá más bajas que antes, y nos necesitarán en el hospital.

—Pues tendrán que pasarse sin mí —gruñó el médico.

Salieron, cargados con las maletas, y él, además, con los libros. El cielo estaba aún muy negro, salvo hacia el Sudoeste, donde la oscuridad quedaba aliviada por un resplandor rojizo.

Las calles estaban llenas de gente, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, la mayoría armados hasta los dientes. Delante del Ayuntamiento, un coronel de infantería y unos treinta muchachos, algunos apenas adolescentes, practicaban el tiro al blanco con cartuchos vacíos. La acera que ya habían reparado frente al «Hotel Astoria», volvía a ser desmantelada por un grupo de paisanos, soldados y chicas, que empezaban a levantar varias barricadas. Al otro lado de la calle, varios vehículos blindados húngaros, con cañones y antitanques, tomaban posiciones estratégicas.

En la avenida Rakoczi, un largo convoy de camiones con cajas de munciones pasaba por la calzada, en dirección a la estación de ferrocarril del Este. En la esquina de la calle Dohany habían erigido una verdadera fortaleza con sacos de arena y coches destrozados. La

estructura de un color rojo llameante de un antiguo coche «Porsche» relucía como un ramo de amapolas entre el acero retorcido de los destruidos vehículos militares. La esquina familiar de color dorado viejo de la calle Dohany, alumbrándose para sostener una lucha a muerte, tenía la irrealidad de una pesadilla, o de un estudio cinematográfico.

En el vestíbulo del hospital, cuando llegaron Halmy y Alexa, había una docena de personas. Como el transporte era esporádico y poco de fiar, los parientes de los enfermos habían pasado la noche enroscados en los bancos. Algunos no habían dormido, y estaban sentados muy erguidos, mirando a la escalera que conducía a los pisos superiores donde un hijo, un marido o un padre, luchaban por conservar la vida.

El médico se hallaba en mitad del vestíbulo cuando observó una figura de corta estatura, que llevaba una chaqueta color guisante y un gorro de visera, que le seguía. Recordó haber visto a aquel hombre cuando él y Alexa cruzaron el portal.

—¡Doctor Halmy! —el hombre se le acercó—. Soy Joska Jordán. Me envía Leri —miró a Alexa de reojo—. ¿Es la damita? —al ver que Halmy asentía, sonrió aprobadoramente—. Doctor, tienen que venir ahora mismo conmigo. Dentro de una hora será tarde. Todos los caminos están ya tomados, pero aún podremos pasar por caminos vecinales y vericuetos ocultos. Tenemos que darnos prisa, porque dentro de una hora hasta los bosques estarán atestados de rusos.

Halmy calló. Sabía que había llegado el momento de tomar una suprema decisión. Miró a Alexa, como aguardando la respuesta de la joven. Ésta también le miró, a la expectativa, aunque al mismo tiempo pronunciando sin palabras su sumisión a cualquier determinación que el doctor adoptase.

Halmy estaba respirando a fin de dictar sentencia, cuando la señora Schulz, la enfermera jefe del quirófano, bajó corriendo la escalera.

—¡Le esperábamos, doctor Halmy! —anunció—. Le dije al portero que me avisase tan pronto le viese. El profesor Balint desea verle al momento. Hemos de estar preparados para recibir otro cargamento de heridos. Ya hay varias ambulancias de camino desde la calle Budaorsi.

Halmy no se movió. Estaba en el centro del vehículo con la maleta en la mano derecha, los libros en la izquierda, y un maletín colgando de dos dedos de la misma mano, junto con un abrigo de invierno echado al hombro.

—¿Y el profesor Hodossy? —inquirió—. ¿No ha llegado aún?

—No, no ha llegado. Todavía está en Debrecen. Hace media hora telefoneó. No sabe cuándo podrá salir de allí, si llega a poder. Ayer lo intentó en coche, pero sólo consiguió llegar hasta Karkag, y los rusos le obligaron a retroceder. Todos los caminos están bloqueados, y los trenes no funcionan. El profesor Balint estaba llorando cuando soltó el receptor. Nunca le había visto en tal estado.

—Está bien, Edna, ahora subo —asintió Halmy.

—¡Está en su despacho! —gritó aún la enfermera, por encima del rumor del vestíbulo.

Luego, desapareció escalera arriba.

—Ahora no puede ver a nadie —intervino Jordán nerviosamente —. Yo tengo mucha prisa… Aún he de recoger a otras dos parejas. No puedo esperarle.

—Pues no me espere —repuso calmosamente el doctor—. Hoy no puedo marcharme. Probablemente, lo haré la próxima semana. A finales, tal vez.

Exasperado el joven se rascó la cabeza.

—Pero doctor, ¿quién sabe lo que ocurrirá de aquí a finales de la semana próxima? Quizá estemos todos muertos —reflexionó un momento—. A Lorí no le gustara que usted le falle. Por última vez. ¿Viene o no?

—Ahora no.

—¿Y la joven?

—Si quiere, puede irse con usted —el médico miró inquisitivamente a Alexa.

—La joven no quiere irse —repuso ella.

—Bien, esto deja zanjado el asunto —sonrió Zoltan Halmy.

Jordán miró a ambos coléricamente.

—He perdido una hora entera por su culpa. Estoy en este maldito hospital desde las cinco.

—Yo no le pedí que viniese —replicó Halmy—. Al menos tan temprano. Lori dijo que usted vendría de ocho a once.

Dio media vuelta, en dirección a la escalera.

—Por si acaso —se interpuso Jordán en su camino— cambia de idea, le daré mi dirección: Ronda Béker, 120. Cuando desee marcharse de este país, avíseme. Yo sé cómo ponerme en contacto con Lori. Estoy seguro de que él conseguirá hacerles cruzar la frontera en cualquier momento. Cuando quiere algo, nada ni nadie puede impedírselo.

—De acuerdo, de acuerdo —asintió Halmy con impaciencia—. Dígale a Lori que lo siento, pero no es culpa mía. Y gracias.

Inmediatamente corrió escalera arriba.

El joven aún le siguió hasta el pie de la misma.

—¡No lo olvide! ¡Ronda Béker, 120!

—Toma nota —le ordenó Halmy a Alexa por encima del hombro.

Después, ascendió de dos en dos peldaños, haciendo un gran esfuerzo, considerando todo lo que llevaba en las manos.

—¿No podría imbuirle un poco de sentido común, señorita? —preguntó Jordán, con tono quejoso—. Me duele que pierda esta oportunidad. Y él también acabará por lamentarlo.

—Lo sé —Alexa se encogió de hombros—, pero yo nada puedo hacer en este caso.

—Lori lo sentirá mucho —suspiró Jordán.

Lenta, vacilante, se volvió hacia la salida. A medio camino miró hacia atrás, pero la joven también había desaparecido.

El Comité Revolucionario del personal sanitario había elegido como presidente al profesor Balint cuando comprendieron que tanto el camarada Borbas como su protegido el profesor Lendvai se habían marchado a la francesa. Balint tenía unos sesenta años, era especialista en medicina interna, el mejor diagnosticador del país, y abierta y obstinadamente un entusiasta del ancien règime.

Halmy le halló hurgando en los mandos de su radio portátil. De repente, del aparato surgió una voz fatigada, desesperada. Era Imre Nagy, el primer ministro, que se dirigía a la nación.

—… al amanecer, las tropas soviéticas atacaron nuestra capital con la clara intención de derribar el Gobierno legal y democrático de Hungría. Nuestras tropas están combatiendo. El Gobierno está en su sitio. Y yo estoy en estos momentos aquí para informar de los acontecimientos a mi país y al mundo entero.

—Tenía que ocurrir —masculló el profesor Balint, bajando el volumen del aparato—. Tengo que enviar a sus casas a todos los heridos de menor importancia a fin de conseguir más sitio. Naturalmente, a pesar de ello aún nos faltarán camas. Los próximos días serán peores todavía que los pasados, incluyendo los del asedio. ¡Si al menos apareciese Hodosy! Lástima que los rusos no aguardasen otro día… Incidentalmente, ¿cómo está su sala de antibióticos?

—Tengo buena provisión —repuso Halmy—, pero si ingresan tantos heridos como en la semana del veintitrés de octubre, se agotarán pronto.

—No sea pródigo con ninguna droga, ni con los sedantes —el profesor se puso de pie y empezó a pasearse por la estancia—. Lo peor es la escasez de personal. Si al menos Lendvai tuviese la decencia de regresar… Ya sé que es un fantoche, pero necesitamos a todo el mundo. También me gustaría ver de nuevo al doctor Forster, aunque sé que es un necio y un hijo de zorra, capaz a veces de fallar en una simple apendectomía.

—Bien, ya nos arreglaremos —le animó Halmy—. Lo conseguimos antes y lo conseguiremos ahora.

Afectuosamente el profesor le palmeó el hombro.

—Gracias, hijo mío —dijo, añadiendo—: Sé que es un gran sacrificio, pero debo rogarle que aplace el viaje que planeaba hacer.

—Ya lo he aplazado —repuso Halmy escuetamente.

A Nemetz le despertó el trueno del cañón, pero no salió de casa hasta después de escuchar el discurso del primer ministro Nagy. Mientras tanto, Otto Koller le llamó varias veces para notificarle las últimas novedades.

Al parecer, los que se hallaban en el Parlamento, entre los cuales el propio Nagy, no aguardaban ya el regreso del general Maleter desde Toekoel.

—Los muy canallas le tendieron una trampa —rezongó Koller enfurecido.

Profería una brillante serie de maldiciones, de la clase que sólo una lengua asiática como la húngara puede inventar.

—Cuando venga a la oficina pase por las calles laterales —le

aconsejo a Nemetz—. Los tanques rusos han conseguido romper varias barricadas y se acercan al Danubio. Avanzan en formación de combate, con sus carros blindados, los tanques pesados, la artillería y los aviones de caza. ¡No habrían reunido un ejército más fuertemente armado de tener que luchar contra toda la NATO; —prorrumpió en otro estallido de juramento magiares, con uno solo de los cuales maldijo a la vez a Nikita Kruschev, a su madre, a su abuela y a todas las mujeres rusas en general—. Temo —concluyó con tono desapasionado— que a mediodía se hayan apoderado ya de casi toda la ciudad.

Nemetz colgó el teléfono. Cuando iba a levantarse sintió que le flojeaban las piernas y tuvo que volver a sentarse en la cama. En su frente habían gotas de sudor y le temblaban las manos. Por un momento, estuvo inmóvil, asombrado por aquellos síntomas; por primera vez en toda su vida, sentíase paralizado por el miedo. La sensación era demasiado nueva e inesperada para resistir un análisis. Al fin y al cabo, había logrado asistir al primer acto de la tragedia de horror con un completo despego y una calma formidable, por lo que no comprendía por qué su compostura se resquebrajaba como un objeto de loza barata en el momento de levantarse el telón del segundo acto. Era una experiencia totalmente humillante y ridícula, y sin embargo se veía obligado a permanecer sentado y aguardar a que pasara la crisis.

Por suerte, de la cocina provenía el ruido de platos, lo que significaba que su cuñada se había levantado y estaba entregada a sus tareas de costumbre. Esto acabó por sacarle de su estupor. Terminó de vestirse y pasó a la cocina.

—¡Qué espantoso! —gimió su cuñada sin darle siquiera los buenos días—. ¡Han vuelto los rusos! Pero no me sorprende. Sabía que ocurriría esto. Te lo dije, ¿recuerdas?

Naturalmente, no se lo había dicho, pero el inspector juzgó que era una pérdida de tiempo convencerla de su error.

—Te daré café solo —continuó ella—, pues no tengo leche. Como es domingo, no hay ninguna tienda abierta, aunque trataré de entrar en la de Frank por la puerta de atrás.

—No hace falta —replicó Nemetz. La mujer le irritaba más que nunca, probablemente porque no parecía asustada, y él sí lo estaba —. Viste a los niños y bájalos al sótano. Y quédate a su lado.

Durante los próximos días, o al menos mientras se luche en las calles. Pasaremos con lo que haya en casa.

Salió poco después de las siete. Por entonces, las calles de Buda eran ya el campo de batalla. Los cazas «MIG», como bandadas de aves de presa, dejaban caer su carga de bombas de pequeño calibre sobre algunos reductos del distrito Octavo, probablemente encima del cuartel Kilian. Cuando Nemetz llegó a Jefatura, los rusos cañoneaban ya a Pest, al otro lado del Danubio. A las ocho, se habían apoderado de las cabezas de puente y estaban cruzando el río. Avanzaron después por los principales bulevares, cercando el edificio del Parlamento y apoderándose de la emisora de radio. Poco antes de las nueve, cuando Nemetz atisbo por la ventana de su despacho, vio la plaza donde se alzaba la Jefatura hormigueante de tanques rusos.

Dentro del recinto silencioso reinaba una extraña calma. Hasta Otto Koller tuvo que admitir que toda resistencia era inútil. El edificio no podía resistir un asedio, les faltaban municiones, incluso hombres, ya que solamente una mínima parte del personal había logrado abrirse paso por entre la interminable serpiente de tanques que se retorcía por la ciudad. Poco después, encima de la entrada de Jefatura ondeó una bandera blanca. Jamás se supo quién dio la orden ni quién procedió a izarla.

Nemetz quedó acodado en la ventana. A pesar de que en la calle había una docena de tanques apuntándole, no experimentaba ningún temor, y sí únicamente el horror impotente y lleno de culpa que experimentan los espectadores que asisten a una ejecución.

Como obedeciendo a una voz de mando, varias dotaciones abandonaron los tanques y, con las metralletas en la mano, avanzaron hacia Jefatura. Los mandaba un coronel de figura corpulenta, aunque de corta estatura, y un capitán joven, con aspecto de aguilucho hambriento. Se acercaban al edificio con precaución, como si se tratase de un colmenar, dirigiendo nerviosas ojeadas a la bandera blanca para ver si aún seguía allí y no la había arrebatado la mano de algún patriota húngaro.

De pronto, a espaldas de Nemetz se produjo un extraño ruido. Era como el gorgoteo de una tubería atascada. Dio media vuelta y vio lo que jamás había esperado ver: Irene Lestak lloraba a lágrima viva. Estaba en el umbral y los lagrimones resbalaban por sus

mejillas. En realidad, una Irene alegre no era una imagen que pudiera animar a unos ojos doloridos, pero llorosa era algo inolvidable, ridículo y al mismo tiempo terriblemente conmovedor en su incurable fealdad. Era como si de repente Nemetz acabase de descubrir que la Medusa no era un monstruo, sino una mujer de carne y hueso, con el corazón sangrando. Hubiese deseado decirle algo, consolarla, pero al no hallar las oportunas palabras se alejó de ella, como trastornado por su propia torpeza.

Abajo, los soldados rusos penetraban ya en el edificio. El sonido de sus pesadas botas resonó en el vestíbulo y por la escalera, produciendo un ominoso eco por toda la casa. Nemetz se preguntó por qué las pisadas del enemigo siempre suenan más fuertes que las de los soldados propios. Llegaron al tercer piso y se desplegaron por el corredor, donde se hallaban situados los despachos del jefe y los funcionarios de alto rango.

Alguien se acercó a la puerta de Nemetz. Tanto éste como Irene dieron media vuelta, y se sintieron sumamente aliviados al reconocer a Kaldy. Al aproximarse, Nemetz se quedó ingratamente sorprendido ante la sonrisa que animaba aquel rostro sin barbilla.

—¿Qué pasa en el tercer piso? —inquirió el inspector.

La sonrisa se acentuó.

—Los rusos interrogan a los miembros del Comité Revolucionario. Para algunas personas esto será el final.

Nemetz le miró, anonadado. En su subordinación había un aspecto de regocijo y perversidad desconocido. Por lo general, solía moverse cautelosamente, como una mujer llevando una falda muy ajustada. Ahora, en cambio, era un joven oficial de caballería andando briosamente, o balanceándose sobre un caballo imaginario.

Irene dejó de llorar y le miró colérica.

—¡Aún no ha terminado! —proclamó—. ¡Volveremos a vencerles! ¡Aguarde y verá! —buscó sus ojos inquisitivamente—. ¿Por qué dice una cosa tan estúpida y malvada?

Kaldy encogióse de hombros y se volvió hacia Nemetz.

—Algunas personas no quieren reconocer los hechos. Cuatro mil tanques y doscientos mil hombres. ¿Cómo es posible combatirles? ¿Arrojándoles aire caliente? —la sonrisa huyó de su semblante, dando paso a una expresión de impaciente enojo—. ¿Sabe qué dijo

ayer el general Gremennik? Que sus soldados sólo saldrían de Hungría cuando los cangrejos silben y los peces canten.

—¿Cómo sabe lo que dijo ayer? —le increpó Irene con voz chillona!—. Yo oí decir que cuando los comunistas se largaron, dejaron detrás a sus malditos retoños. ¡Y usted debe de ser uno de ellos!

Kaldy no contestó, pero su cara cambió de color, primero a una palidez enfermiza y después, lentamente, a un tono púrpura, grotesco y poco natural. Nemetz le contemplaba, y recordó con profunda satisfacción que aquel hombre jamás le había sido simpático.

Del piso superior les llegó el ruido de fuertes pisadas y voces rusas.

—¿Se marchan? —preguntó Nemetz sin dirigirse a nadie en particular. Hablaba sólo para romper el silencio.

—No lo creo —repuso Kaldy. Su tono era cortés nuevamente—. Por ahora, hasta que se restablezca el orden, el Mando Militar Soviético se encargará de la administración del país. Lo cual también nos incluye a nosotros.

—Se halla usted muy bien informado, ¿eh? —se burló Irene.

—Kaldy ignoró la observación.

—Han decidido terminar con tanta tontería —continuó—, y no se lo censuro. Serían unos necios si permitieran que matasen a sus hombres un puñado de chicos que juegan a ladrones y serenos.

—Ya está bien, Kaldy —replicó Nemetz.

De pronto, anhelaba desembarazarse de aquel hombre, pero Kaldy no parecía ansioso de marcharse.

—Fue usted muy listo, inspector, como siempre —observó.

—¿A qué se refiere?

—A haber creado el caso Halmy y aferrarse a él. De esta manera consiguió permanecer al margen de la política. Fue una genialidad, inspector. Que además le ahorrará muchos trastornos.

La implicación era demasiado grosera para merecer una protesta. Nemetz sintió una oleada de furor en la boca del estómago. Pero la digirió. Su saliva era caliente y amarga.

—¡Lárguese, Kaldy! —murmuró—. ¡Y no vuelva nunca más a este despacho!

Le ardían los ojos. Los cerró y cuando volvió a abrirlos, el

subordinado se había marchado.

—¡El muy granuja! —gritó Irene—. Sólo quisiera saber si siempre ha sido espía… o si es que ahora se ha vuelto comunista.

Nemetz se encogió de hombros.

—¿Cuál sería la diferencia?

Su cólera ya se había evaporado. Durante sus años de policía había asistido a demasiados cambios semejantes.

Era mediodía y no se había filtrado aún ninguna noticia respecto al resultado de la conferencia entre el Comité Republicano y el coronel ruso. La incertidumbre y la larga espera empezaban a enervar a Nemetz. De repente se puso de pie y, apartando a Irene, que trató de retenerle, salió al corredor.

En su extremo más alejado había algunos soldados, y otros estaban sentados en los peldaños de la escalera. Nemetz decidió entrar en el despacho de Koller, hablar con su secretaria y averiguar si tenía noticias suyas. En aquel instante, empero, se abrió ruidosamente una puerta del tercer piso, y el inspector volvió a oír las fuertes pisadas y las voces rusas.

Koller y cinco miembros del Comité Revolucionario aparecieron por la curva de la escalera. Iban escoltados por una docena de soldados a las órdenes del capitán de pico de águila. Los húngaros no llevaban sombreros ni abrigo, y la primera idea de Nemetz fue que Koller, a quien sabía muy susceptible a los resfriados, atraparía uno si salía sin bufanda que le protegiese del viento helado del exterior.

Echó a andar hacia la escalera. Al llegar allí, la expresión de los rostros de captores y capturados le dio a entender que la situación era mucho más grave que el temor a coger un simple resfriado.

—Otto, ¿adonde le llevan? —preguntó.

El capitán le dijo algo a uno de los soldados de la escalera, el cual se volvió hacia Nemetz, hundiéndole el cañón de su metralleta en las costillas.

—¡Atrás! —gritó.

—Otto, ¿qué ha ocurrido? —insistió Nemetz, cogiendo el cañón de la metralleta y desviándola. Estaba demasiado excitado para darse cuenta de que el arma le había producido algún dolor justo a

la altura de la novena costilla.
—¡Avise a nuestras familias! —gritó uno de los húngaros.
—A la *Kommandatura* —respondió Koller—, o al menos eso creo.
—¡Muévanse… y a callar! —les conminó el capitán en mal húngaro.
Pasaron al segundo piso y descendieron hasta el vestíbulo. Nemetz iba a seguirles, pero el mismo soldado que le había interceptado el paso le asió por un hombro. Otro, con la cabeza en forma de bala de fúsil, que olía a cebolla, a estiércol y a sudor, le cerró el paso, sosteniendo su rifle horizontalmente ante él. Fue entonces cuando Nemetz divisó a Kaldy que bajaba apresuradamente por la escalera. Llevaba el abrigo abrochado, y un sombrero y guantes de piel.
—¿Qué pasa? —le interrogó Nemetz por detrás de los soldados —. ¿Adonde se llevan a Koller?
—¡Esto no importa! ¡Y no se meta en esto si no quiere…!
El resto de la frase murió bajo la cacofonía de distintas órdenes y el estruendo de las pesadas botas. Los seis hombres y sus captores acabaron de bajar, cruzaron el vestíbulo y salieron por la puerta principal. Nemetz intentó de nuevo seguirles, pero el soldado maloliente volvió a empujarle hacia atrás. Al fin abandonó toda resistencia y regresó a su despacho sintiendo un ciego furor que mordía como una fiera sus entrañas. Cuando Irene le preguntó qué sucedía, se limitó a mover la cabeza y le cerró la puerta bruscamente.
No era la primera vez en su vida que sufría porque unos hombres a los que respetase fuesen enviados a un destino fatal ante su propia impotencia, viéndoles desaparecer en el recodo de una carretera o detrás de una puerta. Pero esto era peor que todo lo ocurrido antes, porque el hombre arrebatado por un poder insensible y encallecido, incapaz de atender a razones ni a la compasión, era el único y verdadero amigo que había tenido.
Se quedó en la ventana hasta que el carro blindado soviético desapareció llevándose a Koller. No supo si habían pasado varias horas o sólo unos minutos cuando sonó el teléfono de la antesala.
—Es su cuñada —le anunció Irene—. Dice que es urgente.
—Está bien, póngame —gruñó Nemetz.
Le había advertido repetidas veces a Lilla que no le llamase a

Jefatura a menos que se tratase de un asunto de extrema importancia, aunque ella siempre conseguía hallar una excusa para molestarle.

—¿Qué pasa, Lilla? —rezongó.

—¡Los niños! —gritó la mujer, sollozando—. ¡No sé dónde están!

—¿Cómo que no sabes dónde están? —repitió el inspector, experimentando un súbito pánico en su corazón.

—No lo sé. Estábamos todos en el sótano… como nos ordenaste —lloriqueó ella—. Todo estaba tranquilo y bajaron varias personas, explicando que el Parlamento estaba en llamas. Fuimos a mirar y…

—¿Permitiste que los niños subiesen a contemplar el incendio?

—Pues… sí —tartamudeó Lilla—. Fuimos todos. Todos los vecinos. Reinaba una calma absoluta… sin un solo disparo ni rusos por allí… pero al llegar a la plaza del Parlamento vimos de repente una columna de tanques soviéticos avanzando desde el muelle. No sé si los tanques dispararon antes contra los hombres del tejado… ¡Oh, Dios mío, me olvidaba decirte que el tejado del número 6 todavía estaba a favor nuestro! Aquellos hombres tenían granadas y ametralladoras y…

—¡Maldición! —la interrumpió Nemetz—. ¿Y los niños?

—Cuando empezó el tiroteo les grité llamándoles, pero en lugar de venir hacia mí atravesaron la calle. Bueno, caminaban un poco delante de mí, ¿sabes? No pude seguirles porque los tanques me lo impidieron, cortándome el paso, de modo que tuve que apretujarme en un portal junto con otras varias personas. No me sentí inquieta por los niños, pues les había visto cruzar la calle y los tanques no disparaban en su dirección. Pero de repente, el tanque que iba en cabeza voló por el aire, y poco después otros tres de la columna. Yo estaba acurrucada en el portal…

—¿Qué les sucedió a los niños? —insistió Nemetz.

—Te lo estoy diciendo —chilló Lilla—. No pude buscarlos inmediatamente. Hasta mucho después. Era horrible. Los rusos disparaban contra el tejado y sólo cesaron el fuego cuando destruyeron todo el edificio. Entonces, cinco muchachos, todos heridos, salieron con las manos en alto. Eran unos niños, ninguno tenía ni dieciocho años.

—¿Y nuestros niños? —insistió Nemetz.

—Tan pronto como los rusos se marcharon —Lilla parecía

enferma—, aunque tardaron bastante, pues se entretuvieron en recoger a sus muertos y heridos…

—¡Lilla, por amor de Dios… qué les ha ocurrido a los niños!

—Los busqué por todas partes. El señor Galambos estaba conmigo, ya le conoces, es el encargado de la tienda de comestibles de la calle Hold; su hijo, Sandor, se sienta en el colegio al lado de Peter… Ah, Sandor también ha desaparecido…

—¿No es el chico que mató a un ruso en el bulevar Jozsef?

—Sí.

—¿Y permites que los niños vayan con él?

—Pero, Lajos, se trata de un chico muy bueno.

Nemetz dejó pasar la observación sin respuesta.

—¿Dónde viste exactamente a los niños por última vez?

Ella le describió el lugar y Nemetz dio por terminada la charla. Pasó el resto de la tarde recorriendo las calles que daban a la plaza del Parlamento. Por la mañana, había pensado que la lucha había terminado y que la causa rebelde se hallaba condenada irremediablemente a la derrota, pero de pronto se dio cuenta de que los combates continuaban. No se trataba de una resistencia planeada y organizada, sino de peleas esporádicas, salvajes, desesperadas y, según los acontecimientos, sin la menor esperanza de victoria. Pero continuaban. Una ciudad moderna de más de un millón de habitantes había aceptado la guerrilla de la jungla, no como una condición extraordinaria, sino como su forma de vida natural… como una costumbre tan difícil de romper como ensuciar las calles o conducir por la izquierda.

El sol, un globo amarillento que se asomaba de cuando en cuando por detrás de las nubes de noviembre, se iba poniendo hacia Castle Hill, y Nemetz todavía buscaba a Peter y Agnes. El viento intentaba, con sus helados dedos, introducirse por las mangas de su abrigo y las perneras del pantalón, para llegar hasta su cuerpo. Maldijo en silencio a Lilla y se preguntó si habría tenido, al menos, el sentido común de ponerles abrigos de invierno.

A las cinco abandonó la búsqueda y regresó a Jefatura, pero antes pasó por su apartamento. Encontró a Lilla rodeada de amigas compasivas, sin noticias de los niños. En la estancia reinaba la tristeza, y la puerta del piso se abría y cerraba constantemente, con silenciosos apretones de manos, abrazos, susurros trágicos y, de

cuando en cuando, una risotada súbitamente reprimida, seguida por una mirada avergonzada.

Nemetz entró en su habitación y llamó a todas las comisarías en busca del niño y la niña, advirtiendo que en caso de hallarlos lo comunicasen a la Jefatura. También llamó a los hospitales, pero ninguno los tenía inscritos entre los heridos. No se atrevió a llamar al depósito ni al equipo de la Cruz Roja encargado de la recogida de cadáveres.

La distancia de un kilometro entre su casa y Jefatura solía llevarle unos veinticinco minutos de camino. Pero aquella tarde la recorrió en quince, lo cual constituía su mejor récord. El viento soplaba con más furia, mas cuando entró en la antesala de su despacho, tenía la camisa pegada a la espalda y todo el cuerpo húmedo por el sudor. Al quitarse el sombrero, por su frente resbalaron algunas gotas.

—¿Han llamado de alguna comisaría? —quiso saber al instante.

—No —contestó Irene—. No sabemos nada, inspector —señaló un banco adosado a una pared—. Esas personas le están aguardando.

Sólo entonces el inspector se fijó en dos hombres y una mujer, acomodados en el banco en un silencio helado, ominoso. El más viejo tendría unos sesenta años, y era bajo y de piernas arqueadas. Su cara afilada, con los ojillos negros y muy móviles, así como su expresión de acecho le recordaron a Nemetz el ratón que acaba de atraparse en una alacena royendo un trozo de queso. El otro hombre era más joven, de unos cuarenta años, más alto y el doble de corpulento. Tenía una cara redonda, de tez oscura y grasienta, de esa clase que jamás parece recién afeitada, ni siquiera lavada. Como la mujer llevaba pantalones de esquiar, una trinchera y un gorro muy hundido hasta las orejas, Nemetz pensó al principio que se trataba de otro hombre. Sólo cuando ella se puso de pie y se fijó en su busto ceñido por la trinchera, comprendió que era una mujer. Los dos hombres también se pusieron de pie y el mayor dio un paso al frente.

—Nos han dicho que te hallas a cargo del caso Halmy, camarada inspector.

Desde el primer instante, Nemetz tuvo la sensación de haber visto antes a aquel hombre, y el nombre de «Halmy» acabó de darle la pista. Había contemplado su rostro en el retrato de boda colgado en el dormitorio del apartamento del médico. Era el mismo que aparecía en la fotografía, o sea, Janos Toth, cuñado del cirujano. La mujer era evidentemente la señora Toth. Nemetz ignoraba quién era el tercer personaje.

—Sí, es cierto, estoy a cargo del caso Halmy —asintió escuetamente.

No le gustaba que le llamasen «camarada».

—Bien, en caso de que aún esté buscando al asesino, yo le diré dónde debe buscar —afirmó Toth.

—¡Fue el doctor! ¡Su propio marido! —proclamó la mujer, avanzando y escupiendo las palabras al rostro del inspector—. ¡Sí, fue él, su propio marido!

El hombre de rostro oliváceo se unió a la pareja, y el terceto se enfrentó con Nemetz, como un muro humano tan impenetrable y amenazador como una falange griega.

—Diantre, esta acusación es muy grave —observó Nemetz—. No es posible acusar a un hombre de asesinato sin pruebas.

—¡Yo tengo pruebas suficientes para llevarle ante un tribunal y acusarle de traición! ¡Por organizar a la gente contra la República del Pueblo, por asociación ilícita con el propósito de derrocar al Gobierno, por ofensas contra la seguridad del Estado, por ser un agente extranjero?

Toth enumeraba los términos judiciales como las cadencias de un cántico.

Nemetz empezó a sentir calor bajo el cuello de la camisa.

—Aquí no nos interesa la política —replicó fríamente—. Esto no es la policía secreta.

—Tenemos muchas cintas magnetofónicas —añadió el hombre de rostro grasiento—. Anna no quiso utilizarlas contra él, pero las conservamos.

—Poseemos pruebas bastantes para hacer que le cuelguen —agregó Toth—. Con esas cintas le colgarían con toda seguridad.

—¿Pueden demostrar pues la culpabilidad del doctor como asesino? —quiso saber Nemetz.

—Las cintas demuestran que es culpable en todo —gritó la

mujer.

—¡Culpable como un demonio! —ratificó el hombre de cara aceitosa.

—Los rusos están ya atrapando a los fascistas. ¡Y él lo es! ¡Claro que lo es! —exclamó la señora Toth con expresión malévola.

—Oiga, buen hombre —gruñó Nemetz, volviéndose hacia Toth —. ¡O trata directamente el asunto o ya puede largarse de aquí! No tengo tiempo para escuchar tonterías. ¿Qué pretenden de nosotros?

—Ya te lo he dicho, camarada inspector —refunfuñó Toth.

—*Usted* no me ha dicho nada. Ni siquiera su nombre. Bien, empecemos por el principio. ¿Cómo se llama?

—Janos Toth, soy el padre de la víctima.

—¿Es su esposa la señora? —Nemetz señaló a la mujer.

Irene estaba haciendo punto de media en silencio y con aspecto de profunda concentración. Pero al oír la palabra «señora» levantó la vista, sonriendo.

—Exacto —asintió ella en lugar de su esposo.

—¿Y quién es éste? —Nemetz indicó al hombre de rostro grasiento.

—Karoly Zloch, mi yerno. Está casado con mi otra hija, Rosa ¿Puede hablar ahora? —quiso saber Toth.

—Primero he de formular algunas preguntas —le atajó Nemetz.

No les ofreció asiento a los Toth, que continuaron de pie en el centro de la estancia, huraños e incómodos.

—¿Dónde estaba usted el sábado, veintisiete de octubre, entre las ocho y las diez de la noche?

—¿Qué tiene esto que ver con la muerte de mi pobre hija? —se sulfuró Toth.

—Conteste, por favor.

—¡Cuidado, o te convertirá en el asesino! gritó la mujer.

—¿Dónde estaba usted? —repitió Nemetz levantando la voz.

—En Toekoel. Anna tenía una amiga casada con un sargento ruso, y cuando empezó la revolución, Anna les pidió que nos dejasen pasar unas noches en su casa.

—Tenía usted motivos para temer a los revoltosos, ¿verdad?

—No tenía motivos para temer a nadie —replicó Toch.

—De acuerdo, no tenía ningún motivo para temer a nadie, pero se escondió —el inspector volvióse hacia la mujer—. ¿Dónde estuvo

usted aquel sábado por la noche, entre las ocho y las diez?

—Con mi marido. Karoly también estaba con nosotros —señaló a Zloch—. Y mi hija Rosa y sus dos hijos. Puedo traer a diez testigos que nos vieron, lo cual deja libre de toda culpa a la familia. Pero, ¿dónde estaba el famoso doctor Halmy? Ésta es la pregunta que tú, camarada inspector, tienes que contestar.

—Ustedes estaban en Toekoel la noche en que murió Anna Halmy —resumió Nemetz, sin hacer caso de la última observación de la señora Toth—. Sin embargo, ustedes saben que el doctor la mató. ¿Quién les dio tal información?

—¿Información? —masculló Toth—. Yo hablo con la gente y ésta siempre me dice algo. Quisieron hacer pasar el asesinato como un homicidio cometido por los rusos, junto con otras cuatro personas, dejando el cadáver delante de una panadería. Pero las otras mujeres estaban allí desde las cinco de la tarde, y mi hija aún vivía a las nueve de la noche. Un vecino la vio subir a su apartamento pocos minutos ante de esa hora. Y la criada también podría afirmar que Anna no estaba cerca de la panadería a la hora de la mortandad. Que estuvo en casa toda la tarde.

—Todavía no me ha dicho en qué pruebas basa su acusación —Nemetz continuaba dirigiéndose exclusivamente a Toth—. La acusación de que el doctor Halmy mató a su esposa.

—Baso mi acusación —respondió Toth con la voz chillona de un estudiante en los exámenes— en la evidencia de que él odiaba a mi hija y no congeniaba con ella, y en que la engañaba con otra.

—¿Engañar? —gruñó su esposa—. ¡Habla claro! ¡Se acostaba con ella!

—Tenemos unas cintas magnetofónicas que pueden ayudar a colgarle —remachó Zloch.

Éste, obviamente, poseía una mente simple. Una vez embarcado en un tema, nada lograba apartarle del mismo. Nemetz decidió que, si quería desembarazarse del terceto, sería mejor discutir el asunto.

—O sea que ustedes grabaron las cintas sin saberlo el doctor —no era una pregunta, sino una afirmación.

—Exacto —repuso el hombre del rostro grasiento—. A mí siempre me ha gustado la electrónica, inspector. Es una verdadera afición. Además, tengo el oficio de electricista. Construyo aparatos de radio, magnetófonos y objetos de esta clase.

—Cuando Anna empezó a pelearse con su marido .—intervino Toth—, creí que sería una buena idea protegerla.

—¿Ocultando micrófonos en sus habitaciones y grabando las observaciones y frases pronunciadas por su esposo en la intimidad de su hogar? —inquirió Nemetz, sin disimular el asco que sentía.

—Pues…, sí —vaciló Toth.

El tono del inspector parecía afectarle.

—¿Y cuándo efectuaron esas grabaciones?

—Oh, las primeras —manifestó Zloch— en mil novecientos cincuenta y dos, aunque no salieron muy bien. En aquella época, el sonido se grababa en un disco y el procedimiento resultaba excesivamente ruidoso. Temimos que el doctor se diera cuenta. Por esto, lo dejamos correr. Luego, cuando fue posible en cinta, insistimos.

—¿Y qué hay de tales cintas? —quiso saber Nemetz—. ¿Alguna prueba de que el doctor desease perjudicar a su esposa físicamente?

—Ya le he dicho que se trata de un asunto político. Alguien le molestó en el hospital, y él se enfureció y gritó que detestaba al partido, al Gobierno y a todo el sistema. Pero últimamente no decía nada que Anna pudiese grabar. El doctor apenas le dirigía la palabra.

—Sí —añadió la señora Toth con resentimiento—, ella le hablaba y él daba media vuelta y se marchaba del cuarto.

—¿Dónde están las cintas? —indagó Nemetz, aunque no estaba interesado en el asunto.

—¡Las tengo en sitio seguro! —replicó Toth cautamente.

Nemetz empezaba a experimentar la tensión bajo la que había estado el día.

—Está bien, buena gente —exclamó cansinamente—, permitan que la señorita Lestak transcriba todo lo que acaban de declarar, y ustedes lo firmarán.

Irene puso a un lado su labor, su suéter a medio terminar de lana, suéter que antes era azul y que ella había teñido al deshacerlo para reformarlo y posó las manos sobre el teclado de la máquina de escribir.:

—Vamos —gruñó—, obedezcan al inspector. Ya le han hecho perder bastante tiempo.

Los tres tomaron asiento de malhumor, en tanto Nemetz se dirigía a telefonear a su cuñada. Ésta no tenía noticias de los niños y tampoco las comisarías ni los hospitales… Era increíble cómo dos niños que, al fin y al cabo, conocían algo la ciudad, podían desvanecerse sin dejar rastro. Meditó un momento qué podía hacer, pero acabó por rechazar la idea de llamar al depósito.

Cuando volvió a su despacho, Irene había terminado de escribir y estaba de nuevo con su labor de punto. Sentada allí, hosca y abstraída, moviendo mecánicamente las agujas que se alimentaban del ovillo de lana que había dentro de una cestita colocada a sus pies, se parecía más que nunca a una de las tres Hadas tejiendo el destino humano. Nemetz esperaba, en cualquier momento, verla coger las tijeras y cortar el hilo de la vida de los Toth.

El inspector cogió el documento mecanografiado y lo leyó ligeramente.

—Está bien —comentó, dirigiéndose a los Toth—. ¿Quiere firmar usted, por favor?

Toth se puso de pie, se acercó a la mesa y lenta, circunspectamente, firmó al pie de la página.

—¿Le arrestarán ahora? —preguntó.

—¿A quién? —replicó Nemetz, fingiendo no comprender.

—Al doctor, claro está —se irritó el otro.

La mujer estaba garabateando su nombre, y de pronto soltó la pluma.

—Usted dijo que necesitaba pruebas. ¿No tiene ya bastantes?

—No —Nemetz meneó la cabeza—. Tiene que entender bien una cosa, señora Toth. Ustedes y yo, todos deseamos lo mismo. Encontrar al asesino de su hija. Por esto les agradezco que hayan venido a verme, aunque no hayan podido ofrecerme ninguna información nueva. Desde el principio supe que su hija no formaba parte de aquella desdichada cola de la panadería, y he interrogado ya a varios sospechosos, entre los cuales se cuentan sus conexiones del mercado negro.

Ante la expresión «mercado negro» los Toth parpadearon. Luego cambiaron entre sí miradas furtivas e inquietas.

—¡Oh, sus conexiones del mercado negro! —exclamó desdeñosamente la mujer. Evidentemente, había decidido que el ataque era preferible a la defensa—. Primero nos ha preguntado

dónde estábamos nosotros aquel sábado por la noche. ¡Y ahora nos habla de sus conexiones con el mercado negro! Por suerte está muerta, usted no desea descubrir a su asesino, ¿verdad, inspector? Porque esto no le agradaría a su amiga, la señorita Mehely.

Nemetz estaba de pie, inmóvil, inclinado sobre la mesa y esperando plácidamente a mujer terminase. Resultaba una triste imagen su bulbosa nariz, y sus ojillos de expresión fija y malévola. Carecía de cuello lo que le daba un aspecto de seta.

«Sin duda —pensó Nemetz—, si alguien le propinase un puntapié, estallaría como un globo, descargando una nube apestosa y ponzoñosa de esporas.»

—¡Oh, son muy buenos amigos, el inspector y la señorita Mehely! —prosiguió la mujer, dirigiéndose a sus dos acompañantes —. Ella le telefoneó ayer. Le pidió que fuese a caas para echarnos de allí. A mí y a Rosa. Sí, señor, esa chica pretendía echarnos de nuestra propia casa… ¡Y el inspector accedió a ello! ¡Se presentó en el piso! Rosa y yo aguardamos un buen rato a que el inspector se marchase, pero no fue así. Oh, lo mismo hubiésemos podido esperar todo el día… Naturalmente, se quedó con ella para cobrar su recompensa…, y un hombre de su edad necesita cierto tiempo para esas cosas.

—Creo que eso es todo —articuló Nemetz—. Les llamaré si les necesito.

La señora Toth enrojeció de ira.

—¡Vámonos, papá, vámonos! ¡Ya te dije que perdíamos el tiempo viniendo!

Nemetz empezaba a perder la paciencia.

—¡Basta, señora Toth! ¡Y salgan todos aquí antes de que yo les eche!

—¡Directamente a la *Kommandatura*, ahí nos vamos! —amenazó Toth. Iba a salir cuando dio media vuelta para volver a enfrentarse con el inspector—. Allí no nos preguntarán dónde estuvimos el sábado por la noche. Porque no necesitan tantas tonterías de pruebas y evidencias.

—¡Fuera! —gritó Nemetz.

Como siempre, el estallido de su vozarrón dio resultado. Los Toth le dirigieron una mirada de sorpresa y salieron del despacho.

Nemetz suspiró aliviado, mas de pronto observó que el yerno no

había seguido al matrimonio, sino que se demoraba en el umbral.

—¿Desea algo más? —le preguntó el inspector con aspereza.

El otro sonrió en plan de excusa. Pertenecía a la clase de individuos rastreros, que siempre se comportan educadamente delante de la autoridad.

—Olvidó decirme, señor, si también yo he de firmar la declaración, o si no es necesario.

—Como guste —Nemetz se encogió de hombros.

—En tal caso, prefiero no firmar —sonrió Zloch—. Es uno de mis principios. No firmar nunca nada a menos que sea absolutamente necesario. Hemos sufrido demasiados cambios. Vivir para aprender. ¿No está de acuerdo conmigo, inspector?

Al fin se marchó. Irene recogió su cestita y se puso de pie.

—¿Qué cree? —le preguntó a Nemetz—. ¿Que el doctor mató a su esposa?

—Aún no estoy seguro —replicó el inspector—. Pero si la difunta era como su madre, creo que la hubiese matado yo mismo.

Irene cogió la hoja de la declaración de los Toth.

—¿Guardo esto?

—Ya sabe que no es menester. Rómpalo.

Y ella obedeció.

Lunes, 5 de noviembre

Eran las nueve de la mañana cuando sonó el teléfono. La noche antes, Nemetz se marchó a casa, pero estuvo allí sólo una hora porque se vio arrojado de allí por la orgía romana de simpatía que todavía llenaba el apartamento con ruido, humo, olor a ropa mojada, y a *wieners* cocidos con *sauerkraut*.

Anduvo por varias calles que no hubiesen estado más muertas de pertenecer a la Luna. En la ciudad ardían diversos fuegos, con llamas que lamían el cielo ennegrecido, como otras tantas lenguas luminosas. En los suburbios resonaba el cañón. Sus explosiones estaban subrayadas por intermitentes ráfagas de ametralladora y los esporádicos disparos de solitarios fusiles. Sin embargo, aquel barrio estaba tranquilo. Con los portales cerrados, las persianas corridas y ni un alma en la calle. Sólo un agotado policía del departamento de Homicidios.

Los tanques rusos todavía vigilaban la plaza, con los cañones apuntados contra Jefatura. Nemetz corría el riesgo de recibir un tiro al despertar de aquellas dormidas detonaciones. Por fortuna, los soldados rusos no cumplieron la orden de disparar antes y dar el alto después, por lo que el inspector llegó ileso al despacho. Ya allí, se tumbó en el diván y se quedó dormido.

Cuando sonó el teléfono llevaba despierto varias horas. Llamaba un capitán de la comisaría Octava. Acababa de recibir una lista de heridos recogidos por la Cruz Roja aquella noche en su distrito. Entre los heridos había dos niños, Peter y Agnes Nemetz, hallados ambos cerca del cinema «Corvin» y habían sido conducidos al Hospital Municipal.

Nemetz le dio las gracias y aseguró que marcharía rápidamente para allá.

Desde Jefatura al «Hotel Astoria», las calles estaban relativamente desiertas, pero en la avenida Rakoczi había un tráfico muy denso en ambas direcciones, con gran aglomeración de vehículos: tanques rusos, unidades blindadas, artillería motorizada, ambulancias, bombas de incendio, camiones, coches de la Policía y algunos automóviles particulares. Nadie dirigía la circulación ni regulaba la afluencia, y cuando se producía un embotellamiento, los tanques subían a las aceras, obligando a los transeúntes a correr para no ser atropellados. Esto parecía divertir mucho a los rusos que iban a bordo de los camiones o tanques. Reían con sumo desdén, con ese desdén tan peculiar de los que se sienten odiados.

En la ancha acera, delante de la portalada del hospital, había al menos diez ambulancias aguardando para descargar. Los heridos leves formaban cola ante el Departamento de Curas de Urgencia. A lo largo de las paredes, los heridos acostados sobre chaquetas y abrigos, mantas y edredones, aguardaban su turno. El conjunto parecía irreal, cinematográfico; resultaba difícil creer que la humedad rojiza de los vendajes fuese sangre auténtica, y que la terrible palidez de los rostros no se debiese al maquillaje, sino a la sombra de la muerte.

En el primer piso, Nemetz se encontró con su viejo amigo, el sanitario Janos. El joven le reconoció inmediatamente y murmuró una grosería, pero su actitud cambió en otra más humanitaria cuando Nemetz le explicó que buscaba a dos niños heridos, sus sobrinos en realidad.

—El profesor Balint ha instalado una sala aparte para los niños —respondió el sanitario, mostrándole a Nemetz el paso a través de los corredores que de nuevo se habían transformado en salas—. A los mayores no les conviene ver morir a los pequeños. Es horrible ver cómo caen, uno tras otro como moscas en otoño. Los médicos no pueden impedirlo. Algunos ni siquiera están malheridos. Uno va a llamarlos por la mañana para darles el caldo, y descubre que se han muerto.

La sala de los niños era un habitación larga y estrecha, con ventanas que daban al patio. Había allí unas cuarenta camas y literas. Dos enfermeras, una joven y una vieja, iban de paciente en paciente. Había varias mujeres con ropa de calle, obviamente madres, a los pies de las camas, con las manos cruzadas, inmóviles

y en silencio, como si escuchasen una música lejana.

Considerando el gran número de niños de aquella sala, el silencio resultaba abrumador. Hasta las voces de los pocos que se quejaban o hablaban sonaban apagadas. Algunos rostros estaban muy colorados, y otros muy pálidos. El contraste hacía que las caras coloradas lo pareciesen más, y las pálidas casi blancas.

Nemetz encontró a Agnes y al niño al extremo del pasillo central. La niña estaba en una verdadera cama, y Peter en una litera demasiada corta para él. A primera vista, el chico parecía tan sano como siempre, pero luego, Nemetz se fijó en el vendaje del hombro izquierdo, debajo de la camisa cedida por el hospital.

—Eh, muchachito, ¿qué te pasa? —preguntó el inspector, tratando de dar a sus palabras una entonación animosa.

Peter sonrió tristemente, con cierto temor, pues ignoraba si su tío había decidido jugarle una buena reprimenda.

—Poca cosa —contestó—. Sólo una herida superficial… poca cosa.

Nemetz volvióse hacia la niñita que yacía bajo el grueso edredón. Aunque estaba tapada hasta la barbilla, la palidez grisácea de su carita pregonaba inconfundiblemente que estaba malherida. Abrumado por una nueva oleada de ansiedad, y también por la vergüenza de haberse ocupado antes del chico, se inclinó sobre la cama. La niña abrió los ojos y le miró.

—Tío Lajos… —murmuró—, ¿hace mucho que ha venido, tío Lajos?

—No, pequeña, acabo de llegar. ¿Cómo estás?

—Muy bien —repuso ella. De pronto, sus labios esbozaron una sonrisa de importancia—. Tío Lajos, ¿sabe quién tiene la mayor herida de la sala?

—No, no lo sé —denegó Nemetz, aunque ya lo sospechaba.

—¡Yo! —anunció la niña solemnemente—. Desde aquí —por debajo del edredón, la niña señaló el costado derecho, bajo la axila, y trazó una línea hasta el muslo—. El médico dijo que yo tendría que llevar unas grandes agujas de acero en la cadera para sostenerla.

—¿Te lo dijo él? —quiso saber el inspector.

—Oh, no, se lo dijo al otro doctor. Pensó que yo dormía. Además… —calló, agotada por el esfuerzo de hablar.

Nemetz consultó el diagrama al pie de la cama.

«Nefrectomía», leyó. Tendrían que extirparle un riñón e insertar agujas en la cadera y proceder a otras manipulaciones desconocidas para el inspector. Recordó las palabras del sanitario: «Caen como moscas en otoño.»

La enfermera joven llegó a la cama, en su vuelta por la sala.

—Bien, Peter, tienes una visita —sonrió.

Los ojos de la muchacha se posaron en la cara del niño, como descansando en ella, buscando consuelo y alivio en aquel seráfico encanto después de todo el horror del que había sido testigo desde el veintitrés de octubre.

La enfermera se acercó a la niña y su semblante se ensombreció. Volvió a mostrarse ajetreada y triste. Tomó el pulso de la herida y luego le obligó a tragar una cucharada de un líquido marrón. Cuando la mirada de la joven tropezó con la inquisitiva de Nemetz, respondió con un encogimiento de hombros de frustración.

—Soy el tío y tutor de esta niña —se presentó Nemetz—. ¿Sabe cuándo la operarán y quién lo hará?

—Creo que el doctor Makray. Pero no sé cuándo. Tienen que esperar y ver si la niña… —no acabó la frase—. Nos hallamos tan horrorosamente faltos de personal… Ahora que han vuelto los rusos, todos aguardamos a que regrese el profesor Lendvai. Y hasta el doctor Forster. Jamás pensé que llegaría el día en que desearía su regreso. Pero así es. Todos lo deseamos. ¡Los médicos de aquí ya no pueden ocuparse de tantos heridos!

—¿Está segura de que no será el doctor Halmy el que operará a mi sobrina?

—No, el doctor Makray. Y supongo que más adelante tendrán que intervenirla nuevamente, por la cadera. Pero esto será mucho más tarde.

La enfermera se refería a que las demás intervenciones se llevarían a cabo si la niña continuaba con vida.

Nemetz salió de la casa para ir en busca del doctor Makray y preguntarle qué posibilidades tenía Agnes de salir con vida del trance. En el corredor del primer piso encontró a Alexa Mehely.

—¡Dios mío, usted aquí otra vez! —exclamó la joven, con inquietud.

Luego, cuando el inspector le explicó el objeto de su visita, la

muchacha se ofreció a ayudarle a encontrar al doctor Makray, que se hallaba en la enfermería operando, para cambiar un estómago angustiado y no una herida de bala.

El diagnóstico del doctor Makray respecto a la pequeña Agnes fue tan desalentador como temía Nemetz.

—¡Pobre niñita! —comentó Alexa cuando ambos volvieron a hallarse en el corredor—. Es terrible lo que les sucede a estos niños. Creen que la ciudad se ha convertido en un parque de atracciones con casetas de tiro en cada esquina. Se tumban detrás de las barricadas y apuntan contra los soldados rusos como si se tratase de conejitos de madera. Pero los conejos son quienes les matan a ellos.

—¿Es bueno el doctor Makray? —quiso saber Nemetz—. Él operará a mi sobrina.

—Es el mejor —le aseguró Alexa—. Pidió un permiso a causa de su úlcera de estómago, pero hoy ha vuelto al hospital.

Ella le acompañó de nuevo a la sala infantil. Hallaron a Agnes dormida, tan inmóvil que tuvieron que contemplarla con atención para observar su respiración.

Peter estaba sentado en su litera, dándole a la enfermera joven un relato detallado de su fatal escapada. La enfermera, que debía de haber escuchado muchas historias semejantes, le oía fascinada, probablemente no por las palabras, sino por la musicalidad de aquella vocecita fresca, seductora.

—¡Qué chico tan encantador! —murmuró Alexa—. ¡Qué suerte tuvo de salir casi ileso! —miró hacia la niña—. Es gracioso que los dos sean hermanos y no se parezcan en absoluto —rectificó inmediatamente—: claro que también ella es bonita, pero de modo diferente.

Nemetz asintió. Se alegró de que Agnes no hubiese oído el comentario.

Hubo una conmoción en la puerta. Alguien acababa de entrar y estaba hablando con la enfermera mayor en voz demasiado alta para el sosiego de la sala. Nemetz miró hacia allí y divisó a su cuñada.

Antes de salir para el hospital le había rogado a Irene que telefonease a Lilla que ya había localizado a los niños. Y ahora la mujer avanzaba hacia las camas. Jadeaba, como si hubiese corrido durante todo el trayecto. Por sus mejillas resbalaban gruesas

lágrimas. Siempre había sido una persona emotiva y Nemetz deseó poder impedir que se acercase para que no asustase a los niños con sus sollozos.

—No ocurre nada, Lilla, los niños están bien —mintió, tratando de cogerla del brazo y acallar su llanto.

—¡Peter! —gimió ella—. La enfermera de la recepción me dijo que está en la lista de los malheridos.

El niño la miró con aire de superioridad.

—¡No es verdad! ¡La gente no dice más que mentiras!

La madre empezó a temblar.

—¡Estás herido! ¡Dios mío, estás muy herido!

La enfermera vieja corrió hacia ella enojada, pero Lilla la ignoró.

—¡Vaya recepcionista! —refunfuñó airadamente—. Decirle a una madre que su hijo está muy grave, cuando no es cierto.

Nemetz vio que Agnes estaba despierta, contemplándola.

—Se refería a mí, mamá —murmuró la niña con voz baja, pero con claridad.

Lilla dio media vuelta y la miró, perpleja y llena de remordimientos, como si sólo en aquel momento se hubiera dado cuenta de que también tenía una hija.

—¿Tú…? —preguntó estúpidamente—. ¿Tú estás muy malherida?

—Sí, mamá. No Peter, sino yo —repuso la niña con resignación, lo mismo que una persona mayor, ya cansada de la vida.

Se produjo una larga pausa. Lilla Nemetz empezó a llorar de nuevo.

—¿Por qué os marchasteis ayer? ¿Dónde demonios os metisteis? ¿No sabíais que yo os estaba buscando? ¡Que estaba como loca!

—No la riñas —susurró Nemetz, coléricamente—. ¿No ves que está…, está… —buscó la palabra apropiada—, muy cansada?

—Nos fuimos con Sandor Galambos —repuso Peter en vez de su hermana—. Y él nos llevó por el bulevar Farenc. Quería enseñarnos los tanques rusos que su amigo voló ayer por la mañana. Pero de pronto, los rusos lo llenaron todo. Y tuvimos que meternos en un sótano. No habría pasado nada, si otros chicos no hubiesen empezado a arrojar granadas a los rusos para matarlos.

—A mí también me dejaron tirar —intervino Agnes—. Maté a dos rusos.

—Oh, no… —murmuró el muchachito, sin que le oyese la niña—. No la dejaron disparar. Ni tampoco quería ella. Estaba demasiado asustada —calló unos instantes y añadió pensativamente—. Y yo también.

Agnes falleció a las seis de la tarde. Nemetz convenció a su cuñada de que se marchase a casa, entretanto se quedaba en el hospital para proceder a los preparativos del entierro. A Peter lo enviaron a casa con su madre, porque otro niño aguardaba ya para ocupar su litera.

—La muerte de su sobrina me ha destrozado el corazón —manifestó la enfermera joven cuando Nemetz se despidió de ella—. Era una niña maravillosa. Estoy seguro de que usted la quería mucho.

—Oh, sí, todos la queríamos —repuso él mecánicamente.

Nemetz tuvo que hacer cola ante la ventanilla de la administración donde expedían los certificados de defunción. La cola se componía de hombres y mujeres que acababan de perder a un padre, un hijo o un amigo; pero no se oían sollozos ni lamentos; todo el mundo tenía los ojos embotados y enrojecidos, pero se contenían, sabedores de que los demás también albergaban un dolor tan grande como el propio.

Una hora más tarde estaba ya descendiendo la escalera del hospital hacia el vestíbulo. Por un momento pensó ir a ver al doctor Halmy, pero luego descartó tal idea. El día pasado, junto a la cama de la niña, le había afectado profundamente.

Se hallaba ya al final de la escalera cuando una mano se posó en su hombro. Volvióse y vio a Alexa. La joven debía de haberle seguido, aunque él estuvo demasiado preocupado para darse cuenta. La muchacha parecía trastornada, y el miró con expresión de claro resentimiento.

—Me he enterado de lo de su sobrina —expresó con voz jadeante y ronca—. Lo siento muchísimo por la pobre niña. ¡No por usted, no, no puedo lamentarlo por usted! ¡Por un hombre como usted!

Nemetz la escuchó aturdido. La última vez que se habían visto, a las cuatro de la tarde, la joven se había mostrado amistosa, amable

y compasiva.

—¿Qué ocurre, señorita Mahely? —inquirió.

—Ha informado usted a los rusos.

—¿A quién?

Su tono le hizo comprender a la muchacha que el inspector se hallaba verdaderamente intrigado. Calló un momento.

—Usted ha denunciado al doctor Halmy a los rusos —medio preguntó, medio afirmó Alexa, con voz más baja y menos colérica.

—¡No! —meneó el inspector la cabeza—. ¿Qué diablos le ha hecho pensar tal cosa?

—Ha recibido una citación de la *Kommandatura* —explicó la joven, no ya colérica, sino asustada—. En realidad, no ha sido una citación. Hace unos diez minutos se presentó aquí un capitán. Quería llevárselo inmediatamente. Pero Zoltan se hallaba operando. El capitán llamó a la *Kommandatura* y han accedido a aguardar hasta mañana por la mañana. El doctor Halmy tiene que estar allí a las nueve en punto. De lo contrario, vendrán a buscarle.

Nemetz reflexionó unos instantes.

—¿Dijo el capitán por qué desean verle?

—Mencionó cierta acusación contra Zoltan. Y yo pensé que usted… —calló como falta de energía repentinamente—. Si no fue usted, ¿quién pudo ser? —preguntó con voz torturada.

—Creo saberlo.

Rápidamente, Nemetz le contó a la muchacha la visita de los Toth en su despacho la tarde anterior.

La joven sonrió disculpándose.

—Perdone que le atacara con tanta furia… y más en estos instantes en que el dolor debe agobiarle.

De pronto se echó a llorar. Pasaba gente por su lado, nadie le dirigió ni una sola mirada. Seguramente habría extrañado a todo el mundo una súbita carcajada, pero los sollozos en público se habían convertido en algo tan corriente que ya no arrancaban ni un solo gesto de sorpresa.

—Esto es ya inaguantable —gimió ella desesperadamente—. Catorce días de horror…, y con Zoltan bajo sospechas… Oh, yo sé que él no la mató… ¡Sé que no lo hizo! Pero estoy angustiada por él… Zoltan finge no importarle nada, pero le importa. Al fin y al cabo, cualquier hombre estaría trastornado al verse acusado de

haber asesinado a su mujer.

—No está aún acusado oficialmente de nada —le recordó Nemetz.

—Sí lo está —replicó ella, moviendo violentamente la cabeza—. Fue una venganza de Anna. Le hizo la vida insoportable, y una vez muerta sigue igual. Alguien la mató, y ella desea que él pague por un crimen del que es inocente. ¡Y lo conseguirá! ¡Ya lo verá usted!

Nemetz la condujo a un banco del vestíbulo y se sentó a su lado.

—Haré cuanto esté en mi mano para descubrir qué quieren los rusos —la consoló—. Dígale al doctor Halmy que mañana no vaya a la *Kommandatura*. Lo mejor que puede hacer es permanecer escondido hasta que tenga noticias mías… Sí, esto es lo que debe hacer. Que se oculte en algún sitio donde no puedan encontrarle. Donde ni siquiera yo sepa dónde está. Pero que me llame a Jefatura mañana por la mañana, muy temprano.

Después de marcharse el inspector, la joven permaneció sentada aún en el banco unos instantes. Se sentía cansada y vacía, pero mucho más tranquila que antes. De forma rara e inexplicable, su conversación con el inspector la había sosegado. No cabía duda de que Nemetz era un enemigo, y no obstante la muchacha experimentaba por él un sentimiento casi filial. El inspector tenía aproximadamente la edad de su padre, de haber éste vivido, lo cual probablemente era uno de los motivos de que su presencia resultase tan consoladora para ella. Con su rostro feo y cicatrizado, con su cuerpo frágil, con sus ropas arrugadas, con la chaqueta y el abrigo colgándole por los hombros, como si se tratase de una percha decrépita, el inspector no se parecía en absoluto a su esbelto y bien parecido padre; y, sin embargo, la tranquilidad de sus modales y la rectitud de todas sus acciones hacían que su figura le fuese familiar.

Se puso de pie lentamente y marchó escalera arriba. Hallo a Halmy en el laboratorio, tendido en el sofá, descansando pero despierto.

—No fue Nemetz quien te acusó ante los rusos —le explicó—. Con toda seguridad, es una hazaña de tu estupendo suegro. Estuvieron en Jefatura ayer por la tarde. Toth y su mujer. Querían que el inspector te arrestase.

El médico levantó la vista.

—¿Arrestarme? ¿Por qué?

La muchacha vaciló un momento antes de contestar con voz débil.

—Por culpa de Anna… —sintió que la sangre afluía a su semblante—. Te odian… Tú mismo lo dijiste. Lo has dicho infinidad de veces, ¿verdad? —estaba enfadada consigo misma por demostrar tanta inquietud—. ¡Oh, diablo, no me mires así! Sólo te repito lo que dijo Nemetz. Bien, se pondrá en contacto con los rusos para averiguar qué desean. Por lo visto, piensa que te hallas en un aprieto. Y quiere que pases la noche en algún lugar seguro donde no puedan encontrarte. Y que no vayas mañana a la *Kommandatura* —continuó hablando velozmente, como si los rusos estuviesen ya aporreando la puerta—. ¿Dónde podríamos ir? A mi casa no, no estaríamos a salvo. Tal vez la señora Schulz te dejase dormir en su apartamento. O los Bandi Soos… No, imposible. Demasiado obvio. Ahí es donde los rusos te buscarán primero. Maldición, ¿no existe un lugar completamente seguro en toda la ciudad?

Él la escuchaba en silencio, apoyado sobre un codo, y sus ojos, fríos e inquisitivos, fijos en su rostro.

—No maldigas, no es elegante. Y no te pongas frenéticas, porque no pienso ir a ninguna parte. Me quedaré aquí.

Ella no le oyó, atenta sólo a su idea.

—¡Qué tonta soy! —exclamó de repente—. ¡Claro! En el veintiuno de la Ronda Béke. ¡Joska Jordán! ¡Ahí, ahí es donde iremos! —se acercó al sofá, se inclinó hacia el médico y susurró en su oído, como si alguien estuviera escuchando detrás de la puerta—. Joska Jordán, Ronda Béke, veintiuno —al ver que Halmy no la comprendía, añadió—: Ahí es donde vive el agente de Lori Kun. Dijo que sabía cómo ponerse en contacto con éste. Iremos a verle esta noche. Y mañana cruzaremos la frontera. O el miércoles. ¡Fíjate, el jueves podremos estar en Austria!

—No —respondió él con acento de finalidad en el monosílabo.

—Pero Zoltan, no te entiendo… Hace dos días estabas dispuesto a marcharte. Incluso a pesar de que las cosas parecían ponerse mejor, con un futuro más optimista. Y ahora que todo ha empeorado de nuevo, y se ha esfumado la esperanza de un futuro agradable, tú quieres quedarte.

—Exactamente —asintió él.

—Sé lo que piensas. Que aquí te necesitan. Y es cierto. Mas, ¿y si te arrestan los rusos? De todos modos, tendrás que dejar igualmente el hospital.

—No me arrestarán. No por una falsa acusación. Esto no sería razonable. Y los rusos pueden ser crueles, pero no son estúpidos. Una vez hayan recuperado las riendas con mano firme, querrán que todo vuelva a la normalidad lo antes posible. Hungría se ha convertido en una fea mancha en su escudo. Y querrán que el mundo entero se olvide de esta revolución. Reconstruirán los edificios, quitarán las ruinas, enterrarán a los muertos y sanarán a los heridos. Necesitamos todos los albañiles, todos los barrenderos, todos los sepultureros y todos los médicos que puedan disponer.

—Zoltan, no seas loco. No eres el único médico de la ciudad. Habla con el profesor Balint. El conseguirá hallarte un sustituto.

Halmy se puso de pie y empezó a pasearse coléricamente.

—¡Está bien, haré lo que quieras! Soy un pobre mártir. Un santo moderno. Quiero quedarme aquí, cuando hay más piernas y brazos que cortar, y más vientres que coser y pieles que injertar… Me quedo porque soy la buena samaritana de la Biblia. Porque me siento lleno de caridad cristiana y amor hacia mis semejantes… Porque… —calló de pronto y se dejó caer en una silla.

La joven le contemplaba con enojo.

—¿Por qué te enfadas tanto conmigo? —inquirió.

—No me enfado contigo.

—Oh, sí… A veces —añadió ella—, creo que me odias…, o aún peor: que te disgusto.

—No. Ni te odio ni me disgustas. Ojalá fuera así.

—Dios mío, ¿por qué?

Había lágrimas en los ojos de la muchacha. Nunca sabía cuándo él hablaba en serio o en broma.

—Porque entonces sería libre. Libre de tomar decisiones. Sin que tu…, tu hechizo, me obligase a adoptar otras peores.

—¡Mi hechizo! Vaya, esto es una novedad… ¡Mi hechizo! ¡No sé a qué te refieres!

—Oh, sí lo sabes —Halmy se levantó, fue hacia ella y la cogió por los hombros, sosteniéndola a la longitud de los brazos—. Sabes perfectamente que ejerces un gran poder sobre mí. Todas las

noches, cuando te desnudas y te contemplas al espejo, mides tus armas. Tu cara, tus senos, tu piel, tus piernas… Sabes muy bien que, a pesar de que otras mujeres se han desnudado ante mí, ninguna ha sido como tú. Cuando te veo andar por ahí, enfundada en esta bata blanca, me digo: «¿Qué tiene de especial esta mujer? ¿Por qué ella, y no otra cualquiera?» Y de pronto pienso en lo que hay bajo la bata, y este solo pensamiento hace que te desee.

Alexa le miró, con incredulidad.

—¿Y no es maravilloso que sientas todo eso? ¿Por eso estás enfadado conmigo?

—No es maravilloso, ni mucho menos. Esto lo dificulta todo. Hace dos días que lo medito: ¿me marcho o me quedo? Tengo treinta y siete años, y destruí mi vida al casarme equivocadamente. Ahora, once años más tarde, estoy de nuevo en el buen camino. Mañana por la noche podría cruzar contigo la frontera, y dejaría a mis espaldas esos treinta y siete años de amarguras y dolores. Naturalmente, también la nueva existencia podría proporcionarme pesares y tristezas. Por ejemplo, un día podrías darte cuenta de que no soy para ti el hombre soñado y largarte con otro.

—¡Estás loco! —rió ella.

—Mas todo esto no debe inquietarme porque no nos iremos. Escucharé la llamada del deber y me quedaré, lo cual me enorgullecerá y me premiará con el profundo sueño de los justos. Por desgracia, una conciencia tranquila no siempre induce al sueño. A veces te mantiene despierto, y te obliga a preguntarte si en lugar de un justo no eres un idiota.

Martes, 6 de noviembre

Durante los doce años de dominio ruso en Hungría, Nemetz había aprendido que ningún caso era sencillo. Que jamás debía esperar colaboración de los soviets, aunque los abordase por los canales oficiales. A menudo sospechaba que el mero hecho de presentárseles una solicitud por la Policía regular húngara bastaba para que los procedimientos se eternizasen. Lenta y cautelosamente, con la insistencia de un topo al cavar su túnel a través de las raíces retorcidas y entrelazadas de un árbol corpulento, Nemetz edificaba vías de acceso hasta el alto mando de la omnipotencia denominada Fuerzas Soviéticas Temporalmente Establecidas en Hungría.

Uno de sus enlaces en la *Kommandatura* era un tal Fedor Alekseyevich Blavatsky, un paisano cuyos deberes jamás resultaron claros para Nemetz ni otros húngaros.

Nemetz conoció a Fedor Alekseyevich Blavatsky en la investigación de un asesinato en que todas las pruebas señalaban a un oficial soviético de alta graduación. Naturalmente, nunca pudo establecerse claramente la culpabilidad del sospechoso, y el caso quedó archivado como tantos otros referentes al personal militar ruso.

Después de aquel primer encuentro, que no fue totalmente desagradable debido a cierta semejanza en sus preferencias, Nemetz consiguió hacerse el encontradizo con Blavatsky en las tabernas, los bares y los cafés, hasta que se hicieron amigos. Naturalmente, nunca se fiaba por completo del ruso. Incluso en medio de sus borracheras, Blavatsky sabía refrenar su lengua, y Nemetz también mostraba una gran prudencia, cosa que jamás hacía, en cambio, delante de su gran amigo Otto Koller. Sin embargo, se trataba de una amistad valiosa para ambos. Y los dos se aprovechaban de ella.

Nemetz siempre podía contar con alguna información confidencial del ruso, o de un pequeño favor, y a cambio, Blavatsky veía abrírsele algunas puertas que normalmente estaban vedadas a otros rusos.

El lunes por la noche, al salir del hospital, el inspector telefoneó a la villa donde Blavatsky había alojado a su familia, pero le contestaron que Fedor Alekseyevich había salido y no le aguardaban a cenar. Después, Nemetz probó en casa de la amante del ruso, una camarera húngara, una chica delgada que padecía un trastorno glandular que le producía un enorme apetito. Fue su hambre constante lo que la condujo hasta Blavatsky y la obligó a quedarse con él en los días de la revolución, porque ningún húngaro podía tener como amiguita a una joven con su estómago tan insondable. Su teléfono no contestó, por lo que el inspector abandonó su búsqueda y decidió esperar al día siguiente.

A las ocho de la mañana se dirigió directamente a la *Kommandatura*, o mejor dicho, al edificio cercano donde se hallaba el departamento de Blavatsky: una villa amplia, de tres plantas, situada a unos cien metros de la arbolada avenida, y rodeada de parque. Sólo una hilera de coches soviéticos estacionados delante, y el tráfico de los rusos al entrar y salir apresuradamente, tanto militares como civiles, portadores de abultadas carteras de mano, revelaba que la casa albergaba una colmena de despachos. Nadie, ni siquiera Nemetz, conocía sus funciones exactas, salvo que se trataba de un enlace entre la NKVD, la policía secreta rusa, y la AVO, la policía secreta húngara.

Ser admitido al interior del edificio era un proceso bastante largo y fastidioso. Nemetz tuvo que llenar un cuestionario, enseñar sus credenciales, y sólo después le preguntaron por teléfono interior a Blavatsky si podía recibir a un tal Lajos Nemetz. Tras haber cumplido todas las formalidades, el inspector subió al segundo piso.

Los corredores superiores estaban llenos de gente que aguardaba ser recibida. Por doquier reinaba una febril actividad: gritos, órdenes, charlas, el cliqueo de los receptores telegráficos, el tecleo de las máquinas de escribir, repiqueteos de teléfono, arrastrar de pies, portazos, emisiones radiadas, y el ruido del agua al caer en los retretes.

Blavatsky era de estatura media, con tez pálida, cabello rubio

ceniciento, y ojos incoloros, casi albinos. Su cara sin mentón y su largo y huesudo cuello, que sobrasaba de un cuello de camisa casi el doble de lo necesario, le daba un aspecto semejante al de una tortuga de Walt Disney. Llevaba gafas con montura de acero que se quitaba para examinar algo a corta distancia. Por su apariencia, era anémico, dispéptico, probablemente tuberculoso, y gran bebedor.

—Ah, mi querido amigo, Lavrov Petrovich —saludó a Nemetz—. Estaba pensando en ti. Me preguntaba qué tal te habría ido estos días de confusión.

Hablaba un alemán con acento, aunque gramaticalmente correcto, y siempre se dirigía a Nemet con acuerdo al ruso. Traducía Lajos por Lavrov y añadía el Petrovich, que significa «hijo de Peter».

—También pensé en ti, Fedor Alekseyevich —sonrió Nemetz. Miró a su alrededor—. No ha habido cambio aquí.

—Ninguno, gracias a Dios —suspiró Blavatsky—. Como sabrás, probablemente, evacuamos el departamento el treinta de octubre y nos trasladamos a Goedoelloe, el antiguo castillo real. Y hasta ayer no regresamos. Temíamos encontrar la villa destruida, pero por suerte no ha sido objeto de la atención de la chusma.

A Nemetz no le gustó la palabra «chusma», pero la dejó pasar, pues sabía que habría sido inútil protestar. Había temas que jamás discutía con Blavatsky, aunque el ruso fuese hombre de cultura y erudición. Aparte del alemán, hablaba algo francés e inglés, lo suficiente para leer autores en su lengua original y formarse su propia versión del mundo occidental. Nemetz siempre se preguntaba por qué aquel hombre, al cabo de tantos años de camaradería, le resultaba tan alejado de sí mismo, y finalmente había decidido que ello se debía a su falta total de respeto hacia la inviolabilidad de la vida humana, aparte de la suya propia. No se trataba de una actitud claramente definida, mas una vez Nemetz hubo efectuado este descubrimiento, poseyó la clave de la mentalidad rusa. Era un rasgo característico de los orientales y los revolucionarios, y Blavatsky era ambas cosas. De cuarenta y tantos años, luchó en la guerra contra los alemanes, y se convirtió en policía secreta durante el reinado de Stalin, por lo que casi toda su vida de adulto la pasó en la época en que morir con una bala en la nuca se consideraba más normal que de cáncer o pulmonía.

Nemetz, por otra parte, a pesar de su familiaridad profesional

con la violencia, matar seguía siendo un crimen contra la humanidad. Abogaba de todo corazón por la abolición de la pena de muerte. En su opinión, ningún hombre tiene derecho a destruir una casa que no pueda volver a edificar, a quemar ningún libro que no pueda reeditar, ni a extinguir un fuego que no haya de reavivar.

Esta era la diferencia básica entre los dos hombres, el muro invisible que los separaba.

—Bien, mi querido amigo, ¿en qué puedo servirte?

—Necesito tu ayuda —repuso Nemetz—. Hay un hombre, un cirujano, que como todos los doctores es muy necesario estos días en el hospital, y alguien trata de causarle un gran perjuicio. Ayer recibió una citación para presentarse a la *Kommandatura*. Deseo averiguar por qué le citan. Tal vez el asunto pudiera arreglarse sin su presencia personal.

Blavatsky escuchaba inmóvil. Cuando Nemetz terminó, se inclinó hacia adelante.

—Ese médico… ¿es amigo tuyo?

—No —respondió rápidamente el inspector. Luego pensó que esta negativa exigía una explicación—. Le conocí en el curso de una investigación. Su esposa sufrió un accidente… un accidente mortal. Algunas circunstancias sugieren que pudo ser asesinada. Me asignaron el caso…

—¿Fue asesinato? —le atajó el ruso.

—Aún no lo sabemos —expresó el inspector cautelosamente—. Hallamos algunas insinuaciones… pero en los últimos días ha sido muy difícil hacer averiguaciones…

Blavatsky se puso en pie y le entregó a Nemetz un cuaderno y un lápiz.

—Escribe los datos del médico. Veré qué puedo hacer.

Cuando Nemetz le devolvió el cuaderno y el lápiz, el ruso se dirigió a la puerta. Sobre la mesa había tres teléfonos, pero evidentemente prefería no utilizarlos. Se hallaba ya en el umbral cuando se detuvo.

—¿Y tú qué? —preguntó en tono causal—. ¿Te va todo bien? Supongo que no tendrás dificultades ahora que todo vuelva a la normalidad.

Nemetz le dirigió una mirada de sorpresa.

—No lo creo —replicó. Luego agregó—: Naturalmente, seguí con

mi trabajo mientras estuvo en marcha el Comité Revolucionario —elevó un poco la voz—. Sin embargo, juzgo que era lo mejor bajo aquellas circunstancias.

—Opino lo mismo —asintió Blavastky.

—Alguien tenía que cuidar de la tienda mientras vosotros estabais de vacaciones en el castillo real —añadió Nemetz, con una nota de resentimiento en la voz.

Los dos se contemplaron fijamente, sabiendo que el muro que eternamente les separaba se había convertido de pronto en una especie de rascacielos. Luego, Blavatsky torció los labios en una sonrisa.

—¡Todos los húngaros sois iguales! —gruñó, saliendo del despacho.

Regresó a los diez minutos.

—Bien, mi querido amigo —manifestó—, por lo visto, tu doctor está en un buen apuro. Una acusación de asesinato no es ninguna broma.

Nemetz se puso en pie de un salto. Nunca había supuesto que su cuerpo, viejo y agotador, fuese aún capaz de tanta movilidad.

—Mira —respondió—, hemos investigado el caso a fondo y no existen pruebas concluyentes contra él. Su esposa tenía una gran cantidad de enemigos y…

—Oh, pero esto no tiene nada que ver con su esposa —le interrumpió Blavatsky—. La *Kommandatura* sospecha que es el responsable de la muerte de un tal… —consultó una hoja de papel que llevaba en la mano—, un tal coronel Mikhail Sergeyevich Milyukov.

Nemetz estaba estupefacto.

—Debe tratarse de un error. Precisamente, yo estuve en aquella sala al menos seis veces. Vi allí a varios rusos heridos y puedo asegurarte que todos recibían el mismo trato y las mismas atenciones que los húngaros. Tal vez más.

—Es posible. Pero el coronel Milyukov ha muerto. Y fue el doctor Halmy quien le operó. Sabemos asimismo que el coronel se hallaba en trance de recuperación cuando de pronto empeoró y falleció. Ningún otro médico se había acercado al coronel.

—Dices que se estaba recuperando. Si el doctor Halmy hubiese sido un imprudente o mal intencionado, habría podido matarle en

la mesa de operaciones. ¡O no operarle en absoluto!

—Cierto. Pero existe una circunstancia sospechosa. Su estado empeoró precisamente cuando todos suponían que iba a mejorar.

—Oh, vamos, Fedor Aleseyevich, sabes muy bien que esto es pura especulación… ¡El doctor habría tenido que ser un monstruo para matar a un paciente cuya vida acababa de salvar!

Blavatsky estaba contemplando el suelo.

—¿En este país enloquecido? —gruñó—. ¡De modo que tendría que ser un monstruo! ¡Si lo son todos! Todos ellos. ¡Una nación entera convertida en un puñado de maníacos homicidas! Esta mañana, cuando venía a la oficina, por poco me matan. Doblé una esquina y de pronto sonó una ráfaga de ametralladoras balearon mi coche e hirieron al chófer. Luego, los tanques que nos seguían barrieron a aquel nido de asesinos. ¿Y sabes que ninguno de ellos tenía más de dieciséis años?

Nemetz no se atrevió a preguntar cuántos de aquellos adolescentes habían muerto en la refriega. También se abstuvo de recordarle al ruso que las tácticas de guerrilla que tanto criticaba ahora, se las habían enseñado a los niños en los colegios de Budapest, en clases especiales a las que tenían la obligación de asistir, a fin de prepararles para luchar contra los sistemas capitalistas. Guardó silencio, ya que había venido a pedirle un favor a Blavatsky y no quería indisponerle en contra.

—Bueno, como el doctor es un protegido tuyo —continuó Blavatsky—, veré qué puedo hacer por él. Iremos a ver al camarada Stambulov. Es el jefe del departamento que se ocupa del caso. ¡Grebori Aleksandrovitch Stambulov…!

¡Grebori Aleksandrovitch Stambulov…! Nemetz sabía lo que ignoraban muchos compatriotas suyos, o sea,…! que aquel hombre era un «consejero» delegado de la NKVD para la policía secreta húngara. Era fácil verle en la calle, entrando y saliendo de su enorme coche «Ziv», comprando en las charcuterías, tomando café en cualquier bar de la ciudad; un gigante de aspecto inofensivo, con un paso muy pesado y el hocico y el pelo de un tapir.

Stambulov apareció en la escena húngara, por primera vez, en 1949, y desde entonces hasta el 53 fue la fuerza impulsora situada

detrás de las actividades de la policía secreta en relación con el espionaje, la conspiración, los sabotajes y las traiciones. Cuando, entre los años 53 y 55, el cielo político pareció despejarse un poco, recibió un permiso indefinido, pero volvió a comparecer en Budapest antes de concluir el año 1955.

Y ahora estaba sentado detrás de su elegante escritorio, de estilo barroco, cuyos delicados contornos aún tornaban más grosera su burda figura. Todo el despacho estaba amueblado como el tocador de una dama, pues tal había sido aquella habitación antes de que la villa fuese requisada por la NKVD. Stambulov llevaba un traje gris oscuro, camisa de seda blanca y una corbata italiana, y exudaba el olor de un perfume de Schiaparelli. A pesar de sus gustos afeminados, no existía la menor duda respecto a su virilidad, cosa que muchas secretarias, coristas y esposas e hijas de subordinados podían atestiguar. Las mujeres eran la mancha negra existente entre sus hombros, la mancha que la sangre del dragón no había tornado en invulnerable. Sus enemigos deseaban que las mujeres provocasen precisamente su caída. Sin embargo, aquella espera parecía vana.

Nemetz le repitió que todos los soldados rusos habían recibido el mejor trato posible en la sala del doctor Halmy. Habló en húngaro, pues Stambulov entendía muy bien aquel idioma, casi demasiado para ser extranjero. Esto formaba parte del misterio que le rodeaba. O era el resultado de un largo entrenamiento para su misión en Budapest, o un indicio de su origen húngaro.

—Bien —exclamó después de escuchar a Nemetz—, estudiaré el asunto. Pero puedo decirle algo ahora mismo. Ese doctor Halmy no es un hombre útil para nosotros. Y ahora más que nunca necesitamos gente en la que podamos confiar.

—Ustedes necesitan buena gente en su trabajo —replicó Nemetz —. Cierto, el doctor Halmy no es miembro del Partido. Principalmente, porque no le interesa la política. Pero…

—Eso no interesa —le interrumpió Stambulov—. Y además no es cierto. Se halla lo suficientemente interesado en nuestra política para rugir contra nosotros a la menor provocación. No, mi querido inspector, ese hombre es un enemigo.

Nemetz acababa de comprender que las cintas magnetofónica de Karoly Zloch se hallaban ya en poder de Stambulov.

—La gente, en un momento de cólera, dice cosas que no siente

en realidad —refutó Nemetz—. También existe una gran diferencia entre hacer un discurso en público o enfurruñarse sólo ante la familia. Especialmente, cuando a un hombre se le pincha para que lo haga.

Calló, aguardando la reacción del ruso, pero no hubo ninguna. Ni siquiera cambió la expresión de los ojuelos de tapir del gigante.

—Su comandante general dictó una orden esta mañana —continuó Nemetz—, pidiendo que todos los húngaros se reintegrasen en sus puestos de trabajo. ¿Desea usted que un médico, sumamente necesario, no cumpla con tal orden sólo porque su suegro lo odia?

Stambulov consultó varios papeles de su mesa.

—Toth… Janos Toth… ¿es su suegro?

—Correcto —asintió el inspector—. Y también hay una tal señora Toth… la suegra.

—¿Tiene usted suegra, inspector? —preguntó Stambulov en tono casi cordial.

—No —sonrió Nemetz—, tengo la suerte de ser soltero.

El ruso se echó a reír.

—¡La suerte! ¡Muy bien dicho! —exhaló un profundo suspiro—. ¡Esa señora Toth podría ser una de las arpías, y aún sería una paloma de la paz comparada con mi suegra. Si muero diez años antes de lo previsto, será por culpa —calló un momento para reflexionar sobre la magnitud de su 304 desgracia y acabó por encogerse de hombros filosóficamente—. Bueno, todos llevamos nuestra cruz a cuestas. Dígale al doctor Halmy que no se preocupe —prosiguió afablemente—. Enviaré a uno de mis hombres al hospital para que investigue el caso. Y si sus hallazgos corresponden a lo que usted me ha contado…

—Hay un detalle que no comprendo —le interrumpió Nemetz—. Los Toth no se han acercado por el hospital en muchas semanas. ¿Cómo pueden, pues, afirmar que el doctor Halmy fue el responsable de la muerte del coronel?

La alegría abandonó el rostro del ruso. Se fundió como la última capa de nieve en la ladera de una montaña bajo la caricia del sol de marzo, sin dejar más que la pelada superficie de las rocas.

—No lo sé —replicó—. Esta información salió del hospital.

—Muchas gracias, señor —expresó Nemetz, poniéndose de pie

—. Y no vacile en llamarme si necesita algo de mi departamento.

Naturalmente, sabía que el ruso jamás recurriría a él.

Stambulov alargó la mano. Fue como tocar una masa de harina blanda y pegajosa. Cuando Nemetz intentó retirar su mano, el ruso apretó con más fuerza; debajo de la suave piel había tendones de acero.

—Puede usted hacer algo ahora mismo —manifestó Stambulov, soltando por fin la mano del inspector.

Acto seguido, descolgó el teléfono interior y le ladró una orden a su secretaria.

La chica entró al momento con media docena de abultados sobres de papel manila. Stambulov los tomó y los entregó a Nemetz.

—Aquí hay los efectos personales de los hombres que estaban en su equipo. Me imagino que sus familiares querrán conservarlos.

—¿Efectos personales?

—Bueno… carteras, plumas, relojes… —en su voz se notaba impaciencia e indignación—. Deseamos devolvérselo todo a sus familias. Ya estamos hartos del burdo cuento de que los soldados rusos roban a sus prisioneros cuando los fusilan. Nosotros también matamos a nuestros muchachos si son culpables de tales robos.

El horrible significado del contenido de aquellos sobres empezó a serle revelado a Nemetz. Los miró, temiendo el instante en que tendría que abrirlos.

—Esto ha de ser confidencial —prosiguió Stambulov—. Por esto no los hemos enviado a Jefatura por el conducto regular. Dejaré que maneje usted este asunto —hizo una breve pausa—. Alguien sugirió que debíamos destruir el contenido de estos sobres, pero yo me negué. Por muy criminal que sea un hombre, hay que guardar ciertas consideraciones a sus familiares. ¡Al fin y al cabo, nosotros no somos salvajes!

Nemetz miró a Stambulov de soslayo para descubrir si hablaba en serio. Así era. Otro apretón de manos, y el inspector abandonó el despacho.

Antes de salir del edificio se despidió de Blavatsky, si bien el inspector no logró más tarde recordar dónde había tenido lugar, ni cuando la despedida.

En lugar de encaminarse hacia la ciudad, fue en dirección opuesta, hacia el parque. Sentóse en el primer banco que encontró y abrió los sobres.

En el tercero encontró la cartera de Otto Koller, con sus tarjetas personales, la pluma estilográfica, y el anticuado reloj de oro con la gruesa cadena que solía adornar su prominente panza de su siempre bien abotonado chaleco. Nemetz escudriñó los departamentos de la cartera, esperando hallar algún mensaje, una nota de despedida, alguna línea que dijese al menos: «No lo creáis. Todo ha sido una broma, y sólo me han tenido preso dos noches. Mañana volveré al despacho, o pasado… o el otro.»

No había mensaje, no había nota de despedida. Sólo unos pases, billetes del tranvía para la temporada en curso, para el circo, el Palacio de los Deportes, y el estadio Nep, y, finalmente, la tarjeta que le acreditaba como jefe del Comité Revolucionario de la Policía Nacional. En un departamento había retratos de sus dos hijos, de cuando eran bebés. Nemetz apenas los conocía, porque ni él ni Koller solían visitarse en sus respectivos hogares, salvo cuando uno de ellos estaba enfermo. Se preguntó si sus hijos le echarían tanto de menos como él.

Había una foto, arrugada y amarillenta, de una joven de aspecto angelical, con ojos de Madonna y una larga cabellera negra cayendo en cascada sobre los hombros. Nemetz ya la había visto, pues siempre que él y Koller tomaban una cerveza en algún café, era inevitable que su amigo sacase aquel retrato y lo enseñase, como un recién casado, a todo el que quería verlo.

—Mi esposa —proclamaba, y siempre había algunas exclamaciones de admiración en torno, y alguien le palmoteaba en la espalda, asegurándole que era un granuja muy dichoso, mientras Koller resplandecía y lenta, cuidadosamente, volvía a guardar la foto en la cartera.

Nemetz estudió la foto. Poco tiempo atrás había visto a la pobre mujer, Edda Koller, hinchada como un monstruo de cien kilos. Sin embargo, de manera extraña, Edda continuaba siendo un ángel gracias a aquella foto. Era de otra época, casi de otro siglo. Los retratos de entonces eran como flores artificiales, no envejecían con dignidad. Cuanto más viejos, peores estaban.

Nemetz se puso de pie lentamente y se dirigió a la ciudad. Se

estremeció al pensar en la tarea que debía cumplir. Visitar a seis familias y entregarles los sobres. Sin embargo, sabía que lo haría sin demora. La peor certidumbre es preferible a una fútil esperanza. La muerte en una familia es como el punto final de una frase. Una vez escrito, puede empezarse un nuevo párrafo, una nueva frase, un nuevo capítulo.

Consultó el reloj. Las diez en punto. Alexa Mehely debía de haber llamado ya a su despacho. Seguramente habría llamado varías veces, cada vez más inquieta. Jefatura se hallaba a más de cuarenta y cinco minutos de camino. El hospital sólo a veinticinco. Decidió no volver a Jefatura hasta haber pasado por el hospital.

Durante toda la mañana se había escuchado el tronar de los cañones, lo cual, desde la segunda intervención rusa del día 4, formaba ya parte cotidiana de los ruidos callejeros, como la música de fondo de una película. Algo que se oye sin escucharlo, a menos que el sonido sea tan alto que domine al argumento.

Llegó al hospital sin el menor tropiezo, aunque falto de respiración. Se dirigió directamente al laboratorio, y cuando le dijeron que la señorita Mehely acababa de salir, se sentó a esperarla.

Debió dormitar, ya que no oyó abrirse la puerta. Al levantar la vista, divisó al doctor Halmy delante.

—Bien, bien, inspector… no está bien dormirse de día… —bromeó el cirujano—. Eso le ocurre por trabajar demasiado. ¿Por qué no se lo toma con más calma? ¿Qué importa que algunos asesinos escapen? Con tal que queden algunos presos…

—Precisamente vengo de hablar con uno de los grandes —replicó Nemetz—. ¿Significa algo para usted el nombre de Stambulov?

El doctor sacudió negativamente la cabeza. Se hallaba demasiado cansado para mostrarse interesado.

—No, jamás oí ese nombre.

—Bien, pues él sí ha oído el suyo. Por esto quería verle. Alguien le ha denunciado a usted… como responsable de la muerte del coronel Milyukov.

El doctor Halmy miró al inspector con suma estupefacción.

—¿Cómo? —preguntó roncamente.

Nemetz le contó su entrevista de la mañana.

—¡Esto es una insensatez! —estalló luego—. ¡Hicimos todo lo posible para salvarle la vida! ¡Estaba terriblemente herido y habría sido un milagro que sobreviviese! Con aquella operación sólo tenía un diez por ciento de posibilidades de salvarse. Sin la operación, las posibilidades eran nulas. No existen los milagros, y no pudimos salvarle. Pero lo intentamos. ¡Dios Todopoderoso, le aseguro que lo intentamos!

—Pues por lo visto alguien desea perjudicarle —replicó Nemetz—. Alguien de este mismo hospital. ¿Tiene algún enemigo aquí dentro?

El doctor se encogió de hombros después de meditar.

—Probablemente. No es posible estar aquí trabajando sin pisar a alguien… En tiempos normales, los ofendidos ofenden a su vez; ahora, en cambio, se dedican a clavar cuchillos por la espalda —su voz volvía a mostrarse apasionada—. ¡Pero urdir semejante embuste…! ¿No podía pensar ese canalla algo mejor?

—Usted ha dicho «canalla», o sea que tiene alguna idea de quién es.

—Sólo una vaga sospecha.

—Naturalmente, no está solo, sino apoyado por los parientes de su difunta mujer.

Halmy apretó los dientes.

—¡De modo que han vuelto a la carga! Creí que no se atreverían a regresar a Budapest —hizo una pausa para encender un cigarrillo—. Alexa me contó que le visitaron a usted en su despacho. ¿Por qué a usted?

—Porque todavía estoy a cargo del caso Halmy.

—Naturalmente —sonrió el doctor—. Caramba, casi lo había olvidado —dio media vuelta y se acercó mucho al inspector, hasta el punto de tocarse casi sus cuerpos—. Tiene usted que aclararme un punto. Al parecer, yo soy su principal sospechoso en el llamado caso Halmy; y, sin embargo, usted estuvo en la cueva del dragón y le impidió devorarme. ¡Inspector, es usted un misterio para mí, un verdadero enigma!

—Tal vez no desee que le crucifiquen por algo que no hizo.

—Entonces, supongamos que usted se convence de que yo maté a Anna. ¿Querría que me ahorcasen por ello?

—No —negó Nemetz—. Yo querría que le arrestasen por ello,

porque ésa es mi misión. Naturalmente, el arresto aparejaría el castigo consigo. Pero no una ejecución. No, no me gusta que ahorquen a nadie. En principio, estoy en contra de la pena capital. Admito que esto puede parecer extraño, viniendo de un hombre que ha ayudado a enviar a más de un individuo al cadalso. Y no obstante, es la pura verdad.

Hubo una larga pausa. El médico echó una ojeada al reloj de la pared.

—Diantre, son más de las once. Tiene que perdonarme, pero tengo que dejarle ahora.

Se dirigió a la puerta.

—Una cosa más, doctor —le detuvo Nemetz—. Acerca del coronel Milyukov… ¿cómo demostrará que la acusación es falsa?

—Es cosa suya demostrar que yo no le maté.

—Usted ya sabe que eso no sirve con los rusos. Especialmente en la actualidad.

Halmy meneó la cabeza como tratando de alejar una mosca inoportuna rondando a su oreja.

—No puedo perder el tiempo en tales bagatelas. Todavía tenemos media docena de rusos enfermos en nuestras memos. ¿No es más importante para la *Kommandatura* que nos dediquemos a curar a sus hombres, y no sacar a colación ahora el caso del pobre coronel? ¡Ningún humano poder podría traerle ya a la vida!

Una idea cruzó por el cerebro del inspector.

—¡Un momento! ¿Había ya algunos rusos heridos en el hospital cuando falleció el coronel?

—Unos tres o cuatro. Si mal no recuerdo, los trajeron junto con Milyukov. Su unidad se vio obligada a retroceder, y ellos se encontraron abandonados. Por esto, nuestras ambulancias los recogieron.

—¿Les gustaba esto? ¿Le apreciaban a usted?

—Oh, eran muy buenos chicos. Al principio estaban aterrados, verdaderamente asustados. Luego, vieron que los atendíamos y se calmaron. Primero eran seis y el coronel, pero murió un soldado antes del coronel. Otro sanó y le dimos de alta. Estoy seguro de que todos ellos saben de qué modo trabajamos para salvarlos.

—¿Cree que lo declararían de esta manera si les interrogaban sus comandantes?

—Parecen agradecidos. Incluso han aprendido algunas palabras en húngaro, para poder darnos las gracias.

—Bien, escuche. Quiero que anote los nombres, graduación y números de serie de esos hombres. Y no se demore, porque podría costarle la vida.

—No, claro, lo haré inmediatamente —el médico volvió a ir hacia la puerta. De pronto, se paró en el umbral—. Casi se me olvidaba decírselo. Lamento muchísimo lo de su sobrina. Y quiero que sepa que aquí hicimos todo lo humanamente posible por salvarla. Por desgracia, no pudo ser.

Salió al corredor y empujó la puerta tras de sí. Mas de repente se inmovilizó.

—¿Qué diablos ocurre? —gritó.

Durante unos segundos, miró en dirección al vestíbulo y después volvióse hacia Nemetz.

—¡Inspector, no pueden hacer esto! ¡Hay que detenerles! ¡Dios mío, alguien tiene que impedírselo!

Corrió hacia el vestíbulo. Un destacamento de soldados rusos, de ojos oblicuos y piernas cortas, de raza kalmuca, bajo el mando de un mayor ruso, estaban llevándose casi a rastras a nueve jóvenes pacientes, hombres y mujeres, todos con el pijama del establecimiento, hacia la salida. Dos hombres de paisano, uno alto y otro bajo, ambos con chaqueta y botas, formaban parte del grupo. Algunos de los enfermos parecían demasiado débiles para andar y sus compañeros tenían que ayudarles.

El doctor Halmy había corrido tan de prisa, que Nemetz le alcanzó cuando aquél blandía ya su puño ante las narices del mayor. Además, gritaba en alemán.

—¡No puede sacar a esos pacientes de sus camas! ¡Se morirán! ¿No ve lo enfermos que están?

El mayor le miraba vacuamente. No entendía las palabras, pero sí su significado. El modo en que finalmente esquivó la mirada del médico, recordaba a un perro a quien se riñe por haberse meado en la alfombra. Era un tipo alto y corpulento, que al menos pesaba noventa kilos, mas de pronto pareció un peso pluma junto al joven delgado de la bata blanca, manchada de sangre y sudor. El más alto

de los paisanos asió el brazo del médico.

—Será mejor que no se meta en esto —masculló en húngaro. Era miembro de la antaño abolida, mas ya reinstaurada policía secreta húngara, el AVO—. Nos han ordenado que hiciésemos una redada de fascistas. Órdenes de la *Kommandatura*. De modo que apártese de aquí.

El doctor Halmy se sentía demasiado ultrajado para dejarse intimidar.

—¡Maldición, estas personas se hallan gravemente enfermas! ¡Algunas están en la lista crítica! ¡No pueden llevárselas! ¡Morirán en sus manos!

—Que mueran —sonrió el otro—. De este modo los rusos no tendrán que fusilarlos.

El doctor Halmy se soltó del apretón.

—Dígale a esa hogaza de pan —señaló al mayor ruso—, que o les deja libres o le volaré la cabeza. ¡Dígale que no permitiré que se lleve a esos pobres enfermos! ¡Y que haga lo que haga, primero le mataré!

El agente de la AVO le dirigió una mirada de extrañeza.

—Debe de estar loco, doctor. ¡Sabe muy bien que no puede decir tal cosa!

Por entonces, un corro de espectadores se hallaba en torno a ellos. Era un gran corro, porque la gente, principalmente mujeres y miembros del personal, se mantenían a más de diez metros de distancia de los rusos. Pero del modo que estaban allí, en tres filas de fondo, con los ojos llenos de odio y amenaza, en la mente de los rusos no podía existir la menor duda respecto a sus sentimientos.

—¡Vamos, moveos todos! ¡No os quedéis aquí! ¡Esto no es un desfile de carnaval! —gritó el paisano más bajo por detrás de la muralla protectora de las anchas espaldas asiáticas, pero nadie le hizo caso.

Los soldados habían hecho alto cerca de la salida y allí estaban. Furtivamente, miraban con hostilidad a la gente que les rodeaba. Un grito, un gesto brusco habría bastado para que levantasen sus fusiles y tirasen contra la multitud.

Nemetz cogió el brazo de Halmy.

—Ceda, doctor. Hace ya unos días que están llevando a cabo la misma maniobra. Cogen a los jóvenes allí donde los encuentran. En

las calles, en sus casas, en los dormitorios. No existe ningún poder en el mundo que pueda detenerles. Abandone. De lo contrario, sólo conseguirá salir mal librado.

—¡No me importa! —el doctor volvió a soltarse. Tenía los ojos negros de rabia—. No puedo quedarme aquí, contemplando semejante ultraje. Yo soy su médico y ellos son mis pacientes. No me importa que…

No terminó la frase porque le distrajo el sonido de unos gritos y unas pisadas en la escalera. Otro pelotón de rusos arrastraba a tres jóvenes y a un chica, escalera abajo. Se trataba de casos ambulatorios, y llevaban las batas del hospital encima de sus propios pijamas. Los cuatro forcejeaban desesperadamente, pero los kalmucos los dominaron. La chica le pareció conocida a Nemetz; cuando observó que la manga izquierda le colgaba flojamente desde el hombro, supo que era la paciente a quien había oído quejarse a una enfermera de dolor en los dedos de una mano que ya no tenía.

La chica vio al doctor Halmy y lo llamó con su único brazo:

—¡Doctor, doctor! ¿Adónde nos llevan? ¡Por favor, no deje que se nos lleven! ¡Por favor, no…!

De dos zancadas, dos saltos en realidad, el médico se colocó nuevamente frente al mayor ruso.

—¡Suéltelos! ¿No me oye? ¡Están heridos, enfermos! ¡Ya no pueden combatir contra ustedes! ¿Qué buscan ahora?

Tomado por sorpresa, el mayor se hizo a un lado. Miró a Halmy con unos ojos inexpresivos, vidriosos, como los de un borracho o un imbécil. Tres soldados rusos se hallaban junto al médico, que todavía chillaba, no ya frases inteligibles, sino palabras y maldiciones sin ilación. No había forma de calmarle, pues permanecía en un estado de furor incontrolable, sordo y ciego a todas las consecuencias. No le importaba en absoluto atacar a un oficial de servicio del ejército que acababa de invadir Budapest. Levantó el puño e iba ya a abatirlo sobre la cabeza del mayor cuando los tres soldados lo cogieron, arrojándole al suelo.

—Dígale al mayor que el doctor está enfermo —le conminó Nemetz al paisano más alto—. Que no sabe lo que hace.

Luego, sin aguardar a que el agente del AVO hablase, trató de explicar con su pobre ruso que el doctor Halmy estaba actuando bajo un ataque de locura pasajera.

Nemetz no supo si el ruso le escuchaba, porque el rostro redondo y flácido, con la nariz bulbosa, parecía una montaña limar en su inexpresividad. Mientras tanto, Halmy se había puesto de pie trastabillando. En sus pupilas se asomaba aún la agresividad del boxeador que se levanta súbitamente antes de que la cuenta llegue a diez. De no haberle contenido los soldados, habría vuelto a abalanzarse contra el mayor.

El oficial dijo algo a los tres rusos, y éstos empezaron a llevarse al médico hacia la salida. Alarmado, Nemetz volvióse hacia el agente del AVO.

—¡Ordénele al mayor que lo suelte! ¡Es el cirujano en jefe! ¡El hospital no puede funcionar sin él!

En el vestíbulo, la gente estaba inmóvil, como posando para un cuadro. Dos de los pacientes con pijama se habían desmayado y estaban postrados sobre el suelo de piedra. Yacían con la cabeza acostada sobre el brazo de uno de sus compañeros. Uno de los tres jóvenes que habían arrastrado abajo junto con la chica del brazo amputado se hallaba inclinado sobre un cubo, vomitando. La muchacha estaba a su lado, acariciándole el cuello, pero con los ojos clavados en el médico.

—Le aconsejé que se mantuviera al margen de esto —rezongó el agente del AVO—. Tiene suerte de que no le hayan ya matado. ¿Qué le pasa? ¿Cree que podría luchar contra nosotros con las manos vacías?

—Está enfermo —explicó Nemetz, sin cejar en su empeño. Insistió—: Medio loco. Por favor, hágaselo comprender al mayor.

—Si está enfermo, ¿por qué trabaja? ¿Cómo pueden confiar las vidas de los pacientes a un enfermo? O es un médico o es un paciente… no puede ser ambas cosas a la vez.

—Claro que sí, maldito canalla —murmuró Nemetz, apartándose a un lado.

Había que hacer algo sin pérdida de tiempo. El doctor era un tonto y se había conducido como tal. Era difícil creer que un hombre, aparentemente frío y tan dueño de sí, pudiera haber sido atacado con un furor tan incontrolable y caliente como el chorro de un surtidor. Naturalmente, todos los hombres tienen su punto flaco, y algunos lo presentan con más facilidad que otros. Era fácil comprender que el doctor no cedería por el momento.

El tiempo parecía haberse detenido en el vestíbulo del hospital. La gente no se movía, ni tampoco los rusos y los prisioneros. Nemetz miraba a su alrededor, buscando a alguien del personal que pudiese ayudarle. De repente, se le ocurrió que no se hallaba presente ninguno de los jerarcas del establecimiento. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaba el profesor Balint— ¿Y sus ayudantes? ¿Qué les mantenía alejados de allí? ¿Por qué no protestaban contra aquel abuso de autoridad? Y si lo habían intentado sin éxito, ¿por qué no acudían en apoyo del doctor Halmy?

Divisó al sanitario Janos entre un grupo de enfermos y enfermeras, entre las cuales se hallaba la señora Schulz. Fue hacia allí.

—¿Dónde está el profesor Balint? —indagó sin preámbulos.

Janos y la señora Schulz cambiaron sendas miradas de sorpresa. Nemetz se impacientó.

—Tiene que bajar y hablar con los rusos. Obligarles a que suelten al doctor Halmy.

—Oh, ya no está aquí —gruñó la enfermera Schulz—. Lo han… —calló de pronto.

—¡Lo han echado como si fuese un vulgar curandero! —gritó una enfermera, sin importarle que la oyeran—, ¡A un gran médico como el profesor Balint! ¡Echado a patadas!

—Bien, entonces, ¿quién está al frente del hospital?

—Es inútil —meneó tristemente la cabeza Janos—. Es el camarada Borbas quien dirige nuevamente el hospital. Y es mejor que no le avisemos porque no levantarla ni un dedo.

—Haría más daño que bien —agregó la enfermera Schulz.

Nemetz recordó el nombre de Borbas de los días anteriores a la revolución. Los gusanos regresaban a sus agujeros.

—¿No hay nadie que pueda ayudar un poco? ¿Un médico…, un profesor? ¿Alguien que esté en buenos términos con los rusos?

—No, señor —negó Janos.

Nemetz observó por primera vez que el sanitario le daba el tratamiento de «señor», lo que equivalía a aceptarlo como aliado.

—No hay nadie —continuó Janos—. El profesor Lendvaí ha regresado, pero no abriría la boca para protestar aunque el doctor Halmy fuese su hermano. Hoy día hay muchos hombres asustados en Budapest, pero Lendvai es el más asustado de todos. Creo que se

pasa el día pellizcándose para convencerse de que aún está vivo y no se lo ha tragado la revolución. No, no abriría la boca ni para salvar a su hermano.

Más soldados soviéticos descendían por la escalera arrastrando a otros jóvenes. Entre ellos había un chico que no tendría más de catorce años.

—Aquél es Peti —dijo el sanitario, indicando al chaval—. Luchó con un grupo de la plaza Szena durante la revolución —en el lenguaje de Budapest, la palabra «revolución» se refería a los días transcurridos entre el 23 y el 31 de octubre. La segunda intervención rusa, iniciada el 4 de noviembre, se denominaba «la guerra». Janos continuó—: Estaba medio muerto cuando nos lo trajo su madre. Lo encontró debajo de las ruinas de una casa, lo sacó y lo metió en una carretilla, que empujó todo el camino desde Buda. Lo trajo prácticamente en piezas. Y fue un milagro que el doctor Halmy pudiera recomponerlo.

El mayor había estado aguardando evidentemente a los recién llegados, porque de pronto dio orden a sus satélites de ponerse en marcha. Obligaron a los enfermos a ponerse de pie, y todos juntos se encaminaron a la salida. Dos enfermeras, con mantas y abrigos, salieron de un pequeño almacén e, ignorando las amenazas de los soldados, distribuyeron las prendas entre el grupo de los pijamas. Los tres kalmucos que todavía sujetaban a Halmy, parecían no saber qué hacer, si llevárselo o dejarlo. Estaban inmóviles, mirando al mayor, el cual se hallaba absorto en el asunto de la marcha general, como habiéndose olvidado del médico. Finalmente, uno de los soldados le dirigió una pregunta. El mayor levantó los pesados párpados y enfocó su mirada sobre Zoltan Halmy. Era una escena reminiscente de la arena romana, con el aburrido emperador calculando el destino del gladiador vencido; escena que se había repetido innumerables veces a través de los siglos, en distintos lugares, con disfraces diversos, desde Nerón a Stalin; la misma escena que culminaba en el momento de suspense, en que el pulgar emergía de entre el puño cerrado, para orientarlo hacia arriba o hacia abajo.

Esta vez el pulgar se dirigió hacia abajo. Tal vez si el doctor hubiese sido capaz de eludir la mirada del mayor, y no sostenerla orgullosamente, el ruso lo habría soltado. Al mismo tiempo, el

mayor no sabía de qué modo consideraban los dos agentes del AVO su actuación y cuál sería su informe. Por tanto, era más seguro arrestar al hombre que había desafiado las órdenes de un oficial del Ejército ruso, que dejarle en libertad.

Nemetz y los demás lo contemplaban todo inmóviles, sin atreverse apenas a respirar, en tanto el doctor y los jóvenes eran arrastrados hacia la salida. Al llegar al umbral, Peti, el más joven de todos, dio media vuelta y gritó con voz casi infantil, pero firme:

—¡Viva la Patria!

Aquel grito heroico procedente de la desmembrada figura del muchacho, envuelta en una manta excesivamente grande, añadió un toque ridículo a la escena, y una mujer de mediana edad se echó a reír. Aquel inesperado sonido cortó el aire con la agudeza de una sierra al morder en la madera. La mujer recibió varias miradas ultrajadas, pero su risa fue creciendo de punto hasta convertirse en un ataque casi epiléptico. Las enfermeras se la llevaron al punto; otras mujeres sollozaban y, por un instante, reinó el peligro de un ataque de histerismo en masa. Sin embargo, el momento pasó y la multitud empezó a dispersarse lentamente.

—Señor, ¿qué le ocurrirá al doctor Halmy? —quiso saber Janos, dirigiéndose a Nemetz.

—Espero que nada malo —repuso el inspector en tono vago.

Había observado cómo el médico, entre los tres kalmucos, cruzaba el portal, ya sosegado, casi apático. Si el doctor perdía la voluntad de vivir, la culpa sería de Nemetz. Existían muchas posibilidades de que Halmy fuese inocente. Otras diez personas podían haber matado a Anna. Incluso una bala errabunda. Sin embargo, él había acosado al doctor con el empeño de un Inquisidor General.

—Hay que decírselo a la señorita Mehely —fue la enfermera Schulz quien rompió el silencio.

—¿Dónde está? —preguntó el inspector.

Era extraño que la hubiese olvidado tan por completo.

—Creo que se halla arriba, en la guardería —respondió la enfermera—. La madre del doctor Torda tuvo que irse a casa; últimamente, ella se cuidaba de los pequeñuelos, y le pidió a la señorita Mehely que la reemplazase en su ausencia. Seguramente, la señorita Mehely aún ignora lo sucedido. Sí, hay que comunicárselo

—añadió, mirando a Janos.

El aludido dio un paso atrás.

—¡Yo no, yo no! —gritó roncamente—. ¡No me gusta darle a nadie este clase de noticias! Además —agregó lenta y pensativamente—, no estaré mucho tiempo aquí.

—¿Cómo? —inquirió la enfermera, muy sorprendida—. Pues, ¿dónde estarás?

Janos meneó la cabeza. Parecía un niño gigantesco fingiendo ser el reloj del abuelo. Dio media vuelta y se dirigió con paso firme a la salida.

—¿Adónde vas? —le gritó la enfermera Schulz.

—¡Al Oeste! —contestó él sin detenerse.

Su figura enfundada en una bata blanca desapareció por el mismo portal que se había tragado al doctor y a diecinueve jóvenes pacientes.

Alexa Mehely se hallaba en la guardería, que era en realidad el antiguo despacho del doctor Halmy, convertido en tal para los niños más pequeños de la sala de pediatría. Se alegraba de poder estar, aunque fuese sólo por unas horas, lejos del laboratorio, donde no le era posible olvidar ni por un instante el flujo compasivo de humanidad que atestaba el hospital.

Le gustaban los niños, especialmente los bebés. Su favorita entre todos era una pequeñuela de unos diez meses de edad, color café, un paquetito dejado por un joven estudiante africano, cuya madre era camarera. A la pequeña le habían extirpado las amígdalas, pero la madre no se había presentado a buscarla el día en que la dieron de alta. Alexa quería saber qué sería de la pequeña si su madre no volvía, si se había marchado al Oeste, si permanecía enterrada debajo de un edificio en ruinas o simplemente si había decidido empezar una nueva vida sin su amante de color.

Naturalmente, estar en la guardería al cuidado de veintidós niños no era ninguna fiesta. No pasaba un solo minuto sin que uno o varios llorasen a pleno pulmón; solamente la niñita color café callaba, o ronroneaba felizmente sin perturbar en absoluto a la joven.

El alboroto de aquella habitación ahogaba todos los ruidos

externos, por lo que Alexa no se enteró de la llegada de los rusos ni lo ocurrido después. Antes había llamado repetidas veces a Nemetz a Jefatura, e Irene le había contestado que el inspector no había ido por el despacho en toda la mañana. Tenía la impresión de que Nemetz estaba ocupado en su caso, o mejor, en el de Zoltan Halmy.

Estaba cambiando unos pañales de un bebé cuando el inspector llamó a la puerta.

—Adelante —invitó alegremente.

De pronto, su expresión se trocó en una mueca de ansiedad al fijarse en el semblante alterado de Nemetz.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Qué le han dicho en la *Kommandatura*? ¿Se halla Zoltan en peligro?

Nemetz respiró profundamente.

—Sí, está en peligro —murmuró.

Acto seguido, procedió a contar brevemente todo lo ocurrido. Sabía que con ello estaba matando a la muchacha, pero tenía que hacerlo, y era más humano contarlo rápidamente que con lentitud y muchas pausas.

Todo el color huyó del rostro de la joven, y cuando por un momento cerró los ojos, el inspector alargó instintivamente la mano, creyendo que iba a desmayarse. Sin embargo, ella volvió a abrir los ojos y continuó poniéndole al bebé los nuevos pañales. Después, lo levantó suavemente, lo besó y lo dejó en su cama.

—¿Por qué no envió a buscarme? —le preguntó a Nemetz—. Yo habría impedido que Zoltan gritase… lo habría contenido.

—No hubo tiempo. Además, nadie habría logrado contenerle, ni siquiera usted. Ojalá supiésemos quién le denunció. Esto sería una gran ayuda. Stambulov dijo que era alguien del hospital.

—Yo tengo una leve idea.

Pero cuando el inspector le preguntó a quién se refería, Alexa se limitó a menear la cabeza, negándose a responder. Varios pequeñuelos empezaron a armar bulla, y la muchacha los fue cogiendo uno tras otro para sosegarlos.

—Este lugar no resulta muy apropiado para un hombre —comentó la joven, desnudando a un bebé—. ¡Oh, el muy cerdito! —suspiró—. Hace diez minutos que lo cambié…, ¡y fíjese! Ya vuelve a estar sucio… Es difícil creer que un día pueda ser un científico, un médico o un profesor… o un asesino —de repente, chilló—:

Inspector, ¿qué le ocurrirá a Zoltan? No le matarán, ¿verdad?

—Claro que no —Nemetz procuró que su voz sonase firme—. Sin embargo, hay que actuar con rapidez. Tiene usted que anotar los nombres, graduaciones y números de serie de los soldados rusos que trajeron aquí junto con el coronel Milyukov.

—Lo haré tan pronto como vuelva la señora Torda a relevarme.

—Hable con ellos y averigüe qué piensan del doctor Halmy. Dígales que tal vez tendrán que declarar en la *Kommandatura*. Pero asegúrese de que no la traicionarán. Tienen que ser testigos favorables, de lo contrario no nos serían de utilidad.

De repente, ella levantó la cabeza y preguntó con tono agudo:

—¿Por qué desea salvarle? ¿Es acaso porque se ha convencido finalmente de que no mató a su mujer?

—Es porque no mató al coronel.

—¿Cómo lo sabe?

—Él me lo dijo.

—También le dijo que no mató a su esposa.

Nemetz meditó un instante.

—No, pensándolo bien, no me lo ha dicho nunca.

—¡Claro que sí! —le contradijo ella—. Tal vez no con tanta claridad… Quizá consideró absurdo defenderse contra una sospecha tan ilógica. Porque lo es, ¿verdad? ¿Ha aprendido ya a conocerle mejor?

—Sí —asintió él caritativamente. No era momento adecuado para causarle más pesares.

Los bebés se mostraban alborotados.

—La hora del almuerzo —suspiró Alexa—. Espero que quede alimento para ellos. Últimamente, aquí falta de todo. ¡De todo! Y en la frontera, los tres que traen alimentos y drogas del Oeste tienen que retroceder ante los requerimientos de los rusos.

Poco después de marcharse el inspector, apareció la enfermera Schulz con una cesta llena de botellas y los bebés tomaron su ración correspondiente. La señora Torda no había vuelto aún, por lo que Alexa tuvo que cambiar más pañales y administrar más gotas para los oídos o los ojos, forzar más medicinas garganta abajo, y administrar más inyecciones en los traseros sonrosados de los

pequeños. Eran casi las seis de la tarde cuando regresó la señora Torda.

—¡Oh, pobrecita! —exclamó compasivamente—. La enfermera Schulz me ha contado lo ocurrido. De haberlo sabido, habría venido antes. Debes estar angustiadísima.

Alexa no estaba angustiadísima. Se sentía atontada, helada. Sabía que siempre recordaría el seis de noviembre de mil novecientos cincuenta y seis, como el día en que ella, una Andrómeda moderna, fue abandonada a la ira de los dioses. A través de las arremolinadas aguas de un mar encolerizado, algo indefinible se iba aproximando, algo horrible, espantoso, sin que ella pudiese huir o guarecerse por estar encadenada a un escollo.

Al fin, pudo salir de la guardería e ir a visitar a los soldados rusos. Habló con ellos y los muchachos le aseguraron que declararían en favor del doctor Halmy. Después, Alexa telefoneó a Nemetz y le transmitió todos los datos pedidos. Cumplido este requisito, decidió efectuar otra misión. Debía de haberla realizado a mediodía, puesto que a las seis de la tarde quizá ya fuese inútil.

Subió al piso superior por la escalera posterior para no encontrar con nadie. Halló desierta la antesala del despacho de la administración, con las mesas sin limpiar, lo que indicaba que los escribientes y secretarias no se habían presentado aquella mañana al trabajo. Empujó una puerta que anunciaba «Administrador del Hospital» sin molestarse en llamar.

Al principio, pensó que el despacho también estaba vacío, mas de repente el crujido de una silla bajo un cuerpo pesado le permitió descubrir al hombre en el rincón más alejado de la estancia. Había perdido peso durante las dos semanas de ausencia, y sus ojos estaban rodeados de sombras. Por el modo como estaba sentado, colgándole flojamente los brazos, las piernas extendidas al frente, postura inusitada para un hombre de su vitalidad, Alexa le creyó muerto. Mas de pronto, Borbas alargó las piernas debajo de la silla y la joven comprendió que seguía vivo.

—¿Por qué lo hiciste? —le espetó.

—¿Hacer qué? —preguntó Borbas sin levantarse.

En su juventud fue camionero, y al ser elevado a la dignidad de administrador del hospital no mejoró sus modales.

Alexa se le acercó.

—¿Por qué denunciaste al doctor Halmy?

Borbas la miró fijamente. Tenía los ojos grandes, húmedos y tristes de una ternura hambrienta.

—Estás muy delgada —comentó lentamente—. ¿Te has dedicado demasiado a practicar el sexo o pasas hambre?

La joven pasó por alto la observación.

—¿Por qué le denunciaste? —repitió, elevando la voz hasta la estridencia.

Finalmente, él se puso de pie. Era alto y gordo, con anchas espaldas y piernas largas, bastante bien parecido a pesar de sus cincuenta años.

—No le denuncié —objetó—. En realidad, no le denuncié. Oh, gatita, los rusos necesitaban varias cabezas. Supongo que es una de sus prácticas tribales. La guerra ha terminado, ellos han ganado… pero, ¿quién se lo creerá, a menos que puedan exhibir las cabezas de los enemigos clavadas en unas picas en los muros de sus fortalezas?

Dio un paso atrás hacia Alexa, lo cual le dio a entender que Borbas estaba borracho. Esto era raro porque jamás le había visto beber más que algún esporádico vaso de vino.

Borbas fue hacia la mesa y se dejó caer en una silla.

—Estoy bebido —anunció sin necesidad.

—No me has contestado —le apremió ella—. ¿Por qué le denunciaste?

—Te lo estaba diciendo. Vinieron aquí y exigieron unas cabezas. Todos los establecimientos han de proporcionarles una cuota de cabezas. Es como un diezmo, sólo que ellos lo llaman «restaurar el orden». Bien, enviaron a un agente de la *Kommandatura*. Esto fue ayer. Quería nombres del personal relacionado con las actividades antisoviéticas. Primero, le contesté que no había ninguno. Pero no se marchó. Volví a consultar la lista de médicos. Luego, el agente de la *Kommandatura* sacó a colación el caso del coronel Milyukov. Lo cual, a su vez, sacó a relucir el nombre de Halmy. Bien, me dije, si hay que sacrificar a uno, ¿por qué no a Halmy? Y di su nombre.

—¡Maldito hijo de perra! —rugió Alexa.

Él la miró largo tiempo. Sus ojos examinaron escrupulosamente su figura, desde el cabello que necesitaba un buen champú hasta los destrozados zapatos. La examinó como si en lugar de un ser vivo se

tratase de una estatua o una res en venta.

—¿Sabías que quería casarme contigo? —preguntó Borbas.

—Te habría dicho que no.

—Nunca me has amado, ¿verdad?

—No, en realidad, no. Aunque tampoco te he odiado.

—Pero ahora sí.

Alexa se le acercó más.

—Béla, por amor de Dios, ¿no puedes lograr que suelten a Zoltan? ¿No puedes ir a la *Kommandatura* y convencerles de que esa acusación es una idiotez?

—Si lo hiciese… ¿qué? —alargó la mano y asió el brazo de la joven con sus dedos gordezuelos y blancos—. ¿Querrías…, querrías…? —buscaba las palabras apropiadas, y al fin las pronunció atropelladamente—: ¿Querrías dormir conmigo?

Apartó la cabeza, temeroso de que ella le pegase.

Alexa, en cambio, lanzó una estridente carcajada.

—¡Dios mío, estamos en pleno segundo acto de *Tosca*! ¿No se te ha ocurrido nunca que estas tragedias actuales pueden compararse con las mejores óperas del siglo pasado? Todo es pasión y heroísmo. Rigoletto encontrando el cadáver de su hija, la pobre Gilda. *Andrea Chenier* subiendo al caballo al final de la obra. *La Juivre* quemada en la hoguera… Conflictos con decorados de cartón… Y ahora, aquí estamos tú y yo: Tú, el barón Scarpia; yo, Tosca, y el pobre Zoltan, Mario Cavadarossi. *E lucevan le stelle…* —entonó en voz baja, volviendo a reír, con una nota de histerismo—. Fantástico, ¿eh?

—No lo sé —gruñó Borbas—. Jamás he visto una maldita ópera. Ni diez caballos salvajes podrían arrastrarme a verlas —se puso de pie con mal humor, fue hacia la librería y extrajo una botella de licor de detrás de dos volúmenes encuadernados en piel, que arrojó descuidadamente al suelo, donde quedaron abiertos, como gorriones muertos.

—Te he hecho una pregunta —tartamudeó él, llevándose la botella a los labios—. Vamos, no me vengas con esas monsergas de chica instruida —tomó un largo sorbo—. ¡Y contesta sí o no!

Alexa levantó la vista al techo, concentrando toda su atención en las grietas y las decoloraciones de la pintura.

—Sí —asintió lentamente—. Si logras que lo suelten, dormiré contigo. Y no te clavaré ningún puñal en la espalda, como la pobre

Lucía de Lammermoor… o Floria Tosca —añadió con una débil sonrisa.

Borbas consultó su reloj. Era de fabricación suiza, muy caro.

—Me marcho a casa. ¿Vienes conmigo?

—¿Ahora? —se alarmó ella.

—Sí, ahora.

—De acuerdo. Iré contigo. Deja que coja el abrigo.

—Tengo el coche estacionado en el patio. El «Skoda» negro.

—Está bien —asintió Alexa.

Era como en los antiguos tiempos. Los tiempos anteriores a Halmy.

Alexa bajó al laboratorio y abrió su taquilla. Junto a sus ropas estaban los objetos de Halmy, su impermeable, su chaqueta, ya que los rusos se lo habían llevado con la bata blanca encima de la camisa. Seguro que cogería un resfriado de muerte, pensó la joven, preguntándose al propio tiempo si le permitirían enviarle prendas de abrigo. Le parecía increíble que hubiesen transcurrido solamente dos días desde el domingo. Entonces, se hallaban a punto de iniciar una nueva vida y dejar atrás el pasado. El por los Toth, y ella por Borbas. Era muy sencillo, y no obstante, los dos habían regresado al abismo del que habían intentado escapar. Los Toth lo habían atrapado a él, y Borbas a ella.

Una vez más, la joven se disponía a hacer el amor, a fin de rescatar al hombre amado. Esta vez, sin embargo, no era para aumentar su bienestar, sino por la libertad del ser querido. Mas ella iba a pagar en la misma moneda que antaño. Esta idea hubiese debido de trastornarla, y en cambio sólo la impacientaba, como si se tratase de una visita normal al dentista. Lo único que la inquietaba era la posible reacción de Halmy ante aquel trato, si llegaba a enterarse. El médico tenía diez años más que ella y había pasado sus años de formación en una época de relativo orden y gran legalidad. Su mujer ideal, la única a la que había amado de todo corazón y sin reservas, había muerto virgen. Había muerto justo a tiempo de escapar al nuevo orden del mundo en donde la supervivencia era sinónima de inmoralidad.

Borbas ya estaba detrás del volante cuando bajó Alexa. Había

viajado a menudo en el «Skoda», un coche grande, ruidoso, torpón, con un acabado inmaculado y brillante, cuidado como si en lugar de un objeto inanimado fuese la Piedra Negra de La Meca, con la que, incidentalmente, poseía una silueta semejante. Sin embargo, ahora se hallaba lleno de polvo y lodo, con los guardabarros oxidados y los parachoques abollados, lo que pregonaba los prolongados trayectos por caminos laterales y bruscas paradas, sin tiempo para un perfecto lavado.

Borbas abrió la puerta y Alexa subió al interior. La superficie suave del tapizado de piel, la aspereza de la alfombrilla de coco del suelo, le resultaron familiar como si los cinco meses transcurridos desde la última vez que había viajado en el coche fuesen solamente una larga noche llena de sueños dignos de olvido. Tan sólo el hombrón instalado ante el volante seguía siendo el mismo desconocido de antaño. Ella conocía el contacto de sus manos, que solían posarse sobre su busto desnudo; el sonido de su respiración que se parecía al zumbido de una polea cuando hacía el amor; el brillo triunfante y afanoso de sus ojos después del acto. Sabía muchas cosas respecto a aquel macho, pero nada sobre el hombre.

El coche se puso en marcha. Cruzó el portal del hospital y se internó por entre la fila del tráfico que se encaminaba hacia el río. Borbas la llevaba a su casa de campo, en las montañas de Buda.

En el puente fueron detenidos por los rusos, que registraban todos los vehículos antes de permitirles atravesar el Danubio. Ante ellos había una larga fila. La joven se recostó contra la ventanilla para ver qué pasaba. El auto que les precedía pertenecía a la clase que los ingeniosos de Budapest calificaban de «lepra», refiriéndose a un vehículo formado por la conjunción de piezas de recambio unidas. Lo conducía un joven, sin sombrero, que fumaba un cigarrillo. Alexa sólo podía distinguir su nuca, con la mata de pelo rubio, exactamente igual que Zoltan Halmy cuando necesitaba un corte de pelo. De repente, la muchacha experimentó un intenso temblor en la boca del estómago, que lentamente subió hasta su garganta, amenazando con ahogarla.

El joven del «lepra» se volvió hacia su acompañante. Alexa pudo verle de perfil. Tenía una nariz larga y afilada, y labios gruesos y ni siquiera su cabellera se parecía a la de Halmy. Sin embargo, la joven empezó a sentirse enferma.

—¡Déjame salir! —chilló de pronto. La frase surgió de sus labios con la violencia de una explosión.

—¿Qué te pasa? —inquirió Borbas, aturdido.

Alexa forcejeaba ya con la manija de la portezuela, que se resistía a la presión de su mano.

—¡Quiero salir! —gritó frenéticamente. Los coches delanteros empezaron a avanzar, y la manija seguía resistiendo—. ¡No quiero ir contigo! ¡Déjame salir!

Borbas le dirigió una mirada larga, calculadora, fría.

—Suelta la manija. Vuelve a estar atascada, maldita sea. Tendré que arreglarla.

—¡Déjame salir! —repitió Alexa.

—¡Cállate! —gruñó él—. No hagas ninguna escena. No puedo dejarte bajar ahora. Aguarda a que crucemos el puente.

Poseía el pase del Mando Militar Soviético para vehículos oficiales en el parabrisas, por lo que los guardias rusos le saludaron, dejándole pasar.

Cambió de marcha y el coche rodó sobre el puente. Cuando llegaron a la zona de Buda, al otro lado del Danubio, Borbas preguntó:

—¿Aún quieres salir?

—¡Sabes que sí! —respondió ella, sin tener ningún motivo para suponer que él lo supiese.

Borbas ejecutó un giro en una calle lateral y detuvo el coche junto a una acera. Inmediatamente, ella probó de nuevo la manija y, por milagro, la portezuela se abrió.

—Lo… lo siento —murmuró, saltando a la calle.

Borbas intento atraparla por el brazo.

—No seas tonta. Tienes necesidad de mí como nunca. En el hospital habrá limpieza general. No podrás conservar tu empleo sin mí.

Alexa meneó la cabeza.

—No me importa. No… no me importa en absoluto.

Por fin, Borbas consiguió asirla del brazo.

—Estaba dispuesto a olvidarlo todo, incluso la forma en que te burlaste de mí… ¡pero no vuelvas a hacerlo! Ya me conoces, gatita. Si me enfado de veras, puedo hacer que la vida te resulte insufrible. Puedo hacerte desear…

—¡Suéltame! —gritó ella, liberándose.

Corrió calle adelante. Borbas permaneció inmóvil frente al volante, y al cabo de un momento, volvió a arrancar.

Eran casi las siete, unos minutos antes del toque de queda. Alexa torció hacia el río y se encaminó hacia el puente. En la parte de Pest todavía ardían los incendios, con enormes lenguas de fuego que semejaban un ballet de *avantgarde* contra el terciopelo del cielo. El muelle del Danubio estaba desierto, pues la zona de Buda se hallaba firmemente en manos de los soviets.

Alexa no sabía el tiempo que llevaba corriendo cuando oyó un coche a sus espaldas. Se fue acercando a gran velocidad, y de pronto aflojó la marcha hasta situarse a la altura de la joven. Esta pensó que era Borbas con el «Skoda» en otro intento de conquistarla. Luego, el coche la adelantó y se detuvo junto al bordillo de la acera. Era un elegante «Citroen», brillante y bastante nuevo, conducido por un joven capitán ruso y un teniente de pasajero. Alexa se quedó clavada en el sitio, y contempló con aturdimiento, más que espanto, cómo ambos militares saltaban en tierra y se aproximaban a ella. Sin mediar ninguna palabra, Alexa exhibió su tarjeta de identificación. Sin embargo, no logró dominar el temblor de su mano. El oficial que había conducido el auto era alto, iba correctamente vestido y era bastante guapo, a pesar de su cara picada de acné. Su compañero era más bajo, poseía unas espaldas muy anchas, y su cara brillaba tanto como sus botas. No parecía muy seguro sobre sus piernas.

—¿Por qué corres? —quiso saber el capitán en ruso.

Alexa le comprendió, porque había estudiado algo de ruso en la Universidad, pero estaba demasiado cansada para contestar, por lo que se limitó a encogerse de hombros. El capitán creyó que no le había entendido y repitió la pregunta en alemán.

—*Warum Du gerannt?*

—Quería llegar a casa antes del toque de queda.

El capitán quiso saber también qué hacía ella en Buda, si vivía en la calle Bajza, al otro extremo de Pest. Alexa respondió con la mayor cautela posible. Había visitado a una amiga, sin acordarse de consultar su reloj. El oficial pareció escuchar la disculpa con cierta

suspicacia, pues a su entender no era aquél un día muy apropiado para visitar a las amistades. Durante el diálogo, Alexa no dejó de observar los ojos del teniente borracho fijos en ella. Lentamente, el joven se le había acercado, y Alexa pudo llegar a sentir la vaharada de su respiración ebria junto a su garganta.

—¡Sube al coche! —ordenó el capitán—. Vendrás con nosotros.

La joven se replegó sobre sí misma. Era más alta que el teniente, aunque no tanto como el capitán.

—No lo haré —replicó con tono altivo.

Dio media vuelta, pero el capitán le cerró el paso.

El teniente la cogió del brazo y la empujó hacia el «Citroen».

—*Du steig in Wagen*[3] —dijo en un alemán no mejor que el del otro militar.

El capitán sonrió.

—Una chica tan guapa no debe ir por la calle después del toque de queda. Es peligroso. Podrían arrestarla.

Alexa frunció el entrecejo.

—¿Piensa arrestarme? —preguntó.

Los dos oficiales sacudieron negativamente la cabeza. Alexa sintió crecer su alarma. No había querido pasar la noche con Borbas, y ahora tendría que pasarla con dos fastidiosos rusos.

—*Du steig in Wagen* —repitió el teniente.

—Si no van a arrestarme, ¿por qué?

—Te llevamos a casa —respondió el capitán, palmeándole una cadera con su manaza—. Eres una chica precioso. Y te llevamos a casa.

—¡Mienten ustedes! —gritó Alexa.

Miró arriba y abajo por el muelle. Nadie a la vista.

El coche poseía un amplio asiento delantero donde cabían los tres. El teniente medio empujó, medio ayudó a Alexa a subir a aquél, el capitán dio la vuelta por delante y se colocó tras el volante. Se había abierto una ventana en un edificio cercano, y una mujer atisbaba el segundo piso. El teniente levantó la vista al subir al coche. La mujer se retiró al instante, sobrecogida por el pánico y apresuradamente cerró la ventana, lo cual hizo sonreír al joven.

—Todo el mundo está asustado de ustedes —tartamudeó Alexa en alemán.

El teniente se encogó de hombros y apartó la mirada. El capitán

miró a la joven con reproche.

—No todos los rusos son malvados ni todos los húngaros son buenos —sentenció, poniendo el auto en marcha.

—¿Adónde me llevan? —preguntó ella.

Alguien, no recordaba quién, le había aconsejado que siempre era preferible mantener una charla con un atacante, un ladrón, un secuestrador o un violador, porque las palabras eran un puente de hombre a hombre, y el silencio un abismo.

—Ya veremos —repuso el capitán ambiguamente.

Cruzaron el puente y el Danubio, y al llegar a la plaza del Parlamento vieron que todo estaba sosegado y pacífico como si jamás hubiesen reinado la violencia y la muerte. Atravesaron a toda velocidad la plaza de la Libertad. Alexa levantó la mirada hacia las ventanas iluminadas de la Legación Norteamericana, preguntándose en cuál estaría la habitación del cardenal Mindszenty. Nadie habló mucho durante el trayecto. El alemán de los oficiales se limitaba a algunas palabras, y Alexa se hallaba demasiado cansada y preocupada para acordarse del ruso aprendido en la Universidad. Se retrepó en el asiento, cerró los ojos y escuchó el zumbido del motor y el nervioso palpitar de su corazón. De pronto, el «Citroën» aflojó la marcha y paró.

—Hemos llegado —anunció el capitán.

—*Aussteigen!* —gritó el teniente, imitando a los cobradores de tranvía.

Alexa abrió los ojos. Se hallaba delante de la casa de la calle Bajza, donde ella había residido hasta que se trasladó al apartamento del doctor Halmy, y donde aún tenía su habitación.

—¡Me han traído a casa! —exclamó.

—Ya se lo dijimos —repuso lenta y seriamente el capitán, como si hablase con una niña—. Usted fue lo bastante tonta como para estar en la calle después del toque de queda. La Policía Militar podía haberla detenido… y no es agradable verse detenido por la Policía Militar.

—Lamento haber entendido mal sus intenciones —se disculpó Alexa.

—Ya se lo he dicho: no todos los rusos son malvados —repitió el capitán.

Se estrecharon las manos, y los dos oficiales aguardaron a que

ella llegara al portal. La saludaron agitando la mano y subieron al «Citroën», sin duda requisado a algún propietario húngaro, y desaparecieron calle abajo.

Miércoles, 7 de noviembre

Después de separarse de Alexa, Nemetz llamó inmediatamente al número de Blavatsky, pero le contestaron que había dejado la ciudad por un asunto oficial y no le esperaban hasta el día siguiente por la mañana. Cuando por fin el inspector logró verle, el ruso pareció desinteresado, casi enojado, muy distinto del compañero de juergas de tantas noches. Su tono conciso dio a entender que no deseaba seguir sirviendo de intermediario en el caso Halmy.

—Tu doctor es un bobo —rezongó—. Cuando uno puede huir de la jaula de un león, no vuelve allí para meter la cabeza entre los barrotes. ¡Atacar a un oficial ruso! ¡Nada podría ayudarle ahora!

El inspector ignoraba que hablaba con un hombre a punto de sufrir un ataque de nervios. Blavatsky acababa de recibir la orden de ir a Abuda, un suburbio que todavía hormigueaba de combatientes de la resistencia. Siempre había desconfiado de los húngaros, pero ahora les temía mortalmente. Su chófer y su guardaespaldas le aguardaban ya en un coche estacionado delante de su casa, mientras él continuaba sentado ante su mesa de escritorio, paralizado por los malos presagios. Cuando su secretario se asomó para notificarle que el chófer se impacientaba, decidió marcharse.

—¿Por qué no soltarán una bomba atómica sobre esta ciudad? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular, casi corriendo al vestíbulo.

Después, sin hacer caso de la extrañeza de los demás, se precipitó al coche que iba a llevarle, como un blanco vivo para los rebeldes, al suburbio de Abuda.

En Jefatura un orden nuevo y posrevolucionario empezaba a tomar forma. Se hablaba de la formación de una nueva fuerza llamada Policía R., cuya obligación sería la restauración de la ley y el orden. Se convocó a todos los policías, pero al conocerse el triste final de Otto Koller, muy pocos acudieron al llamamiento.

El tomado de cambios pasó por el lado de Nemetz, como todos los anteriores desde 1920. Kaldy tenía razón al afirmar que el inspector había efectuado un movimiento muy hábil al dedicarse únicamente al caso Halmy. Y éste todavía estaba en su agenda, consumiendo más tiempo que nunca, si bien sus aspectos no fuesen ya los mismos.

La tarea consistía ahora en liberar al doctor a toda costa. Si alguien le hubiese preguntado a Nemetz a qué se debía tan terca determinación, no habría sabido contestar. El sentimiento que experimentaba por el médico era una mescolanza de lástima, curiosidad, desaprobación, y un innegable toque de culpabilidad. Era un joven de talento, carácter y valor, que repetidamente había conseguido, fingiendo ser un cínico y un misántropo, destruir su existencia. Como toda su generación, era víctima de una época en que la gente se veía obligada a vivir en una selva llena de trampas. Como pertenecía a los individuos que eran demasiado orgullosos para vigilar sus pasos, andaba en línea recta, como si no existiese ningún hoyo peligroso, siendo inevitable que más pronto o más tarde, cayese en uno de ellos. Como veía a su perseguido indefenso, Nemetz no tenía otra alternativa que procurar salvarle por todos los medios.

Después de haberle fallado Blavatsky, decidió probar por medio de los canales oficiales húngaros. Provisto de su carpeta sobre el caso Halmy, fue a visitar al fiscal a su despacho de la calle Marko.

Se trataba de un fiscal recién nombrado, lo mismo que todos los funcionarios de los ministerios y oficinas gubernamentales. Tales hombres tenían dos cosas en común: inseguridad y muy mala conciencia. Todos sabían que jamás debían de haber aceptado aquellos cargos porque el camino pasaba por encima de muchos cadáveres y estaba resbaladizo por la sangre. Todos eran despreciados, no sólo por su propio pueblo, sino por los invasores cuyas armas les protegían y apoyaban.

Ferenc Poli, el nuevo fiscal, era mental y físicamente un enano.

Antes de la revolución era un oscuro abogado, que había llegado a su posición actual debido sólo a haber jugado a las cartas varias veces con el ministro de Justicia. Estaba sentado detrás de su mesa de escritorio, cuyas dimensiones tornaban su pequeñez aún más humillante, y en una silla tan alta que, añadiendo el insulto a la injuria, impedía que sus pies llegasen al suelo. Sobre la mesa había una hilera de teléfono y uno interior, con botones y mandos cuyo funcionamiento resultaba sumamente embarazoso para el flamante fiscal. En la antesala, dos secretarias estaban sentadas con la misma ociosidad que su amo.

Cuando el zumbador sonó sobre su mesa, tardó varios segundos en comprender qué significaba.

—Un tal inspector Nemetz de Jefatura desea verle. ¿Puede entrar?

—Sí, que entre, claro —contestó el fiscal con la premura del hombre a quien le dicen que ha llegado inesperadamente su hermano.

Jamás había oído el nombre de Nemetz, pero cualquiera sería bien recibido si aliviaba su soledad.

Su entusiasmo decayó notablemente cuando el inspector le contó todo lo referente al doctor Halmy y explicó que él, Poli, debía abordar al Mando Militar Soviético y solicitar la libertad del doctor.

—¿Que le suelten? ¿Por qué? —quiso saber el camarada Poli.

—Está bajo sospechas de haber matado a su mujer —replicó Nemetz—. Un crimen totalmente apolítico.

Era la excusa que había ideado, aunque no lo fuera por completo, para librar a Halmy de las garras de los rusos. Una vez le hubiesen soltado, el fiscal tendría que acusarle o declararle inocente.

—Me pide un imposible, inspector —murmuró Poli, meneando la cabeza.

—¿Por qué? En la Prensa han publicado que todos los ciudadanos húngaros arrestados por los soviéticos tienen que ser devueltos a nuestra jurisdicción.

Nemetz sabía que la Prensa no servía de nada, pero no estaba seguro de que Poli también estuviese enterado de ello.

—Lo harán a su debido tiempo —objetó el fiscal—, mas por el momento el Gobierno húngaro no controla la situación. El general

Grebennik… —de pronto temió haber hablado demasiado, y que sus palabras pudiesen interpretarse como una crítica—. ¡Es culpa del pueblo! Si volviesen al trabajo, habría paz y orden en dos días. Hasta entonces, el general Grebennik será el jefe.

Sin embargo, al final Nemetz consiguió que el camarada Poli prometiese que se pondría en contacto personalmente con el mando militar soviético, solicitando la libertad del doctor Halmy.

A última hora de la tarde, cuando Nemetz volvió a visitar la oficina, le respondieron que el fiscal estaba demasiado atareado para recibirle.

—Ciertamente, usted ha logrado alterarle —sonrió la secretaria del fiscal.

Era una chica gordezuela y alegre, que llevaba en aquel empleo al menos quince años, en contraste con los hombres que estaban detrás de sus enormes mesas en el despacho interior, cuyos puestos tenían la inestabilidad de las bolas de nieve. Mas esto era comprensible, ya que las buenas secretarias no pueden improvisarse. Ellas saben cómo se deletrea, cosa que un fiscal siempre ignora. Se llamaba Stella y era una inagotable fuente de información respecto a los sucesos que tenían lugar detrás de las puertas cerradas. Al correr de los años, cuando Nemetz tuvo que ir allí con frecuencia por asuntos oficiales, se desarrolló entre ambos una buena amistad.

—Bueno, nuestro gigante se marchó a la *Kommandatura* —le manifestó Stella riendo—. Yo llamé allí anunciando su llegada, por lo que el camarada Poli esperaba que le pusieran la alfombra roja. Pero, en vez de tal cosa, le tuvieron aguardando dos horas. Al fin, un mayor consintió en recibirle. Por entonces, el fiscal estaba ya demasiado acalorado bajo el cuello de la camisa, y probablemente vociferó un poco. Bien, le contó al mayor quién era y lo que deseaba, y el ruso le amenazó con arrestarle. Cuando protestó, lo llamaron cerdo, maldito saboteador, y perro fascista. El mayor le concedió dos segundos para largarse. Volvió aquí tembloroso como una hoja en otoño. Seguro que todavía tiembla. Por tanto, no intente convencerle de que vuelva a visitar a los rusos.

Así terminó la campaña de Nemetz. Había sido una intentona

arriesgada aunque sensible. De haber tenido éxito, el más ofendido habría sido seguramente el propio doctor Halmy, pues tal liberación habría traído consigo una acusación de asesinato. Sin embargo, habría estado en una celda aseada de la cárcel de la calle Marko, en lugar de estar junto a otros centenares de arrestados en el sótano de una prisión militar. Además, una acusación no implica necesariamente un veredicto de culpabilidad. Habría tenido la oportunidad de defenderse y ser declarado inocente.

Pero todas estas suposiciones pertenecían ya al pasado, y era preciso hallar una nueva estrategia. El único ruso que, según sabía Nemetz, tenía suficiente influencia para liberar al doctor Halmy era Grigori Aleksandrovich Stambulov. Mas si había que volver a abordarle, se hacía necesaria buscar una nueva fórmula.

Ningún hombre podía pasar cinco años en una ciudad, como Stambulov, y seguir siendo un enigma. Por mucho que intentase ocultarse a miradas indiscretas y por muy altos que fuesen los muros de que se rodease en su vida particular, inevitablemente debían producirse grietas en dicho muro que permitiesen que la gente atisbase y captase algún vislumbre del individuo en momentos íntimos. Los antecedentes de Stambulov y su pasado podían ser simples conjeturas, pero su presente era una historia familiar para mucha gente, entre la cual se contaba Nemetz.

Las mujeres eran su debilidad. Le gustaban jóvenes, rubias, y sofisticadas; le gustaban en cantidad… dos o tres a un tiempo. Su posición le mantenía alejado de las salas de fiesta y los teatros. En las raras ocasiones que acudía a la Ópera a contemplar un ballet, iba con su esposa, una mujer pálida, de aspecto solemne, con el rostro de un macarrón seco. Sus cotos de caza eran lugares más discretos, hogares de amiguitas o cafeterías, únicos establecimientos que florecían por toda la ciudad, y habían sustituido a los antiguos bares.

El refugio favorito de Stambulov se hallaba en el núcleo de la ciudad, en una de las calles más tranquilas cercanas al Corso, el paseo lleno de árboles que corre paralelo al Danubio. Por algún motivo desconocido, el local se llamaba «Chez Lola», aunque su dueña se llamase Hannah Zagon. Los no iniciados apenas observaban la diferencia entre «Chez Lola» y un centenar de *boites* semejantes en toda la ciudad. Poseía el mismo ambiente y los

mismos adminículos: la cafetera exprés, inmaculada y brillante, el mostrador resplandeciente y curvado, las mesitas con sus sillas a lo largo de las paredes, los tubos de neón escondidos en el techo para lanzar una luz amortiguada y propicia a la intimidad. Las jóvenes que frecuentaban el local tal vez fuesen un poco más atractivas que en los demás establecimientos de la vecindad, y el licor más caro, principalmente de marcas de importación, pero ni siquiera esto podía producir sorpresa, porque su situación junto a los hoteles de lujo y en una zona de la ciudad aún considerada elegante, explicaba los precios caros. Además, un local dirigido por Hannah Zagon tenía que ser perfecto.

La mujer contaba más de cincuenta años, y los hombres que la habían conocido en su juventud solían entrar y tomar un café, aunque algunos apenas podían permitírselo, sólo para mirarla, entronizada detrás de la gran pasión de su vida: la caja registradora. Estaba allí sentada desde la mañana hasta la noche, ataviada y maquillada con infinito cuidado y gusto. En su juventud había sido una prostituta de lujo, y ahora, en el umbral de la vejez, era la alcahueta de más rango de la ciudad. Era también la única mujer que Lajos Nemetz había considerado en serio para casarse.

Tenía a la sazón veinticuatro años, acababa de ingresar en la Policía, y era aún suficientemente ingenuo para creer que la pobreza y la mala fortuna creaban a las rameras. Conoció a Hannah cuando la Policía investigaba la súbita muerte de un prominente político que había cometido la tontería de expirar en la cama de Hannah. La joven ya era por entonces una auténtica veterana, muy versada en tales casos. Lo que aturdió y trastornó al joven Nemetz no fue su belleza, sino el orden meticuloso, casi burgués, el aseo de su hogar. No había una mota de polvo en ninguna parte, ni una mancha en la tapicería, ni un cajón desordenado en todo el apartamento. Aunque Hannah tenía una servidumbre eficiente, ella sabía guisar y coser. Nemetz decidió que una mujer con estas cualidades básicas debía añorar una existencia tan ordenada y limpia como sus alacenas.

Le propuso el casamiento cuando llevaban menos de un mes de conocerse. Ella ya había dormido con él, pero, aún más importante, le había convertido en su amigo y confidente. La risa de Hannah era la única peculiaridad que no se armonizaba con su ingenua imagen.

Era una risa estridente y vulgar, la risa de una prostituta astuta y frígida, con la que contestó a la proposición de Nemetz. Aquella risa le dejó clavado en el sitio. Años más tarde reanudaron la amistad, pero ella no volvió jamás a dormir con él, ni él volvió a proponerle el casamiento.

Cuando cumplió los treinta años, Hannah era ya rica. Poseía varias casas de apartamentos, una fábrica y una granja en la parte occidental de la nación. Su riqueza era casi respetable, pero ésta la había dejado helada. De la vida, sólo esperaba dinero. No quería hijos, ni religión, ni animales domésticos, ni sexo, ni afecto, ni respeto. Sólo ansiaba dinero y más dinero. Podía poseer el mejor edredón que la resguardase del frío, manteniéndola al socaire de la vejez y la soledad. Todavía tenía amantes, pero sólo porque en aquel momento se consideraba un símbolo, digno aún de cobrar altos precios.

Los cuarenta años de su vida se cumplieron en tiempo de guerra, y entonces perdió su gran seguridad. Sus casas de apartamentos se convirtieron en humo, su fábrica quedó nacionalizada bajo el régimen comunista, y de la granja se apropió un kolkhoz. Tras una existencia atareada en un pecado experto y provechoso, se aproximaba a los sesenta años siendo prácticamente una pobre. La solución lógica fue volver a su antiguo negocio, sino como practicante, sí como intermediaria.

Hannah reunió los restos de su antigua fortuna e inauguró «Chez Lola». A cualquier hora del día, siempre tenía allí a cinco o seis jovencitas bellamente maquilladas, con las manos blancas como la nieve y sus uñas largas y puntiagudas, como si jamás hubieran lavado un solo plato, servido café, si bien irradiaban encanto y buena voluntad hacia todos los clientes. Hannah insistía en que sus chicas poseyesen la cualidad más rara de la nueva sociedad: clase. Procedían de buenas familias del *ancien régime*, hablaban idiomas extranjeros y poseían modales sin tacha.

Por segunda vez en su vida, Hannah Zagon atrajo a una clientela que constituyó la envidia de la competencia. Se aseguró la colaboración de los conserjes de todos los mejores hoteles, y pagaba un sueldo regular a los chóferes de los ministros extranjeros asignados a conducir a los visitantes distinguidos por la ciudad. Entre sus patrocinadores siempre había funcionarios del Gobierno, a

quienes ella denominaba sus linternas. Nunca tenía en su local a más de un ruso comunista, pues ello habría asustado a los demás, aunque sí había atraído a algunos comunistas influyentes para protegerla en caso de necesidad.

Aún era de día cuando Nemetz entró en la cafetería. Como de costumbre, Hannah se hallaba en la caja registradora, una diosa de porcelana a la que no había tocado la guerra, la edad, ni el elevado coste de morir.

—¡Oh, Lajos, qué bueno verte por aquí! —sonrió la mujer, y la piel bajo sus ojos se arrugó en infinitos surcos—. Me he enterado de lo de Otto Koller. Terrible, ¿verdad? ¿Por qué diablos tuvo que mezclarse con la revolución? Me alegra mucho que a ti no te haya sucedido nada —de pronto se contuvo y cambió de tono—. También supe lo de tu sobrina. Muy triste… ¡Lo siento!

Le acarició el brazo compasivamente. Había conocido a la chiquilla. De vez en cuando, cuando salía con los niños de paseo, el inspector los invitaba a la cafetería, y Hannah los obsequiaba con un refresco o un pastel.

—Pobre pequeña —suspiró. Luego añadió, como intentando consolar a Nemetz—. Tal vez sea mejor que haya muerto. No hubiera sido una joven bonita.

En las dos últimas semanas, Hannah no había salido de su apartamento situado encima del local, pero se enteraba de todo lo que ocurría en la ciudad.

—¿Sabes que mataron a Erica? —preguntó—. Seguro que la recuerdas. Era la que hablaba con cierto ceceo. Proyectaba ir a una academia de declamación para corregir ese defecto. Yo le dije que era una tonta. Los hombres encontraban encantador su ceceo. Le prestaba una cualidad infantil. Murió el domingo, en la Ciudadela —suspiró y se encogió de hombros—. No entiendo a la nueva generación. ¿Por qué luchan? ¿Por patriotismo? Nosotros éramos diferentes, ¿verdad?

—Ciertamente —asintió Nemetz—. Sin embargo, no estoy seguro de que la diferencia se halle a nuestro favor.

—Oh, qué diablos —sonrió ella—. Lo importante es que hayamos sobrevivido a otro terremoto. Hemos padecido ya unos

cuantos, ¿eh, Lajos? ¿Cuántos más resistiremos?

Nemetz creyó llegado ya el momento de abordar el asunto que le había llevado a la cafetería.

—Quisiera pedirte un favor —murmuró.

—Bien, ¿de qué se trata? —el tono de Hannah sonó varios grados más helado.

—¿Cuándo viste a tu amigo Stambulov por última vez?

Hannah vaciló un instante. Nemetz era uno de sus amigos más antiguos, pero ella había aprendido que el secreto de la supervivencia era no confiar jamás en nadie.

—¿Por qué lo preguntas?

En pocas palabras le contó la historia del doctor Halmy.

—¿Podrías lograr que viniera aquí Stambulov? De este modo podría verle como por casualidad.

—¿Por qué no llamas a su despacho y solicitas una entrevista? —quiso saber Hannah.

—Porque no me la concedería. ¡No quiere malgastar ni cinco minutos en este caso!

—Pero si tú puedes demostrar que el médico es inocente…

—No importa. Su política en estos momentos es la represión y el terror. Asustar a la gente hasta la médula de los huesos. Los rusos arrestan y deportan a hombres que saben bien no han tomado parte en la revolución. Ayer cercaron una manzana de la calle Bajnok y detuvieron a todos los que vivían allí. Los cargaron en camiones y los llevaron a la estación.

—Más, ¿por qué ha de mostrarse Stambulov más razonable aquí que en su despacho?

—Ante todo, porque no conseguiría verle allí. Asimismo, aquí le encontraré de mejor humor. Y le pediré la libertad del doctor como un favor personal… a mí o a ti.

Hannah le dirigió una larga mirada escrutadora.

—¿Es rico?

—¿Quién?

—El doctor.

—Ya —sonrió Nemetz—. Crees que lo hago por dinero. Pues no. Creo que es pobre.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —insistió Hannah.

El inspector vaciló. No sabía cómo manifestar sus motivos sin

que ella sospechase en él designios ocultos. Tenía que ser una explicación tan sencilla, que hasta una niña pudiera entenderla, ya que en cierto modo la mente de la mujer era tan primitiva como la de un bebé.

—Lo hago por el hospital —mintió—. Le necesitan terriblemente. Y allí se portaron muy bien con mi sobrina.

Stambulov no había estado en la cafetería desde la revolución. De sus diversos números telefónicos, Hannah sólo conocía los dos que no figuraban en el listín, el de su casa y el del despacho, por medio de los cuales era posible hablar con él en cualquier momento. Cuando le llamaba, la mujer empleaba un código que habían inventado juntos, porque ni siquiera él podía estar seguro de que su teléfono no estuviera derivado.

Hannah llamó a Nemetz aquella tarde, a última hora.

—Vendrá esta tarde antes del cierre —le informó—. Hacia las seis y media. Siempre le gusta estar un rato en el bar antes de subir a mi apartamento. Se toma unas copas y una taza de café. Si la gente le ve aquí, piensan que protege mi local porque le doy buen café.

—No deberías contarle esto a un policía —rió Nemetz.

—No se lo digo a ningún policía —le secundó ella en la risa.

A las seis y media un automóvil «Ziv», muy reluciente, se detuvo delante de la cafetería, y Stambulov saltó a la acera. Al entrar en el local vio que había varios parroquianos en el mostrador, lo cual le hizo fruncir el entrecejo. Después se fijó en Nemetz, que tomaba lentamente una bebida en una de las mesas y su ceño se arrugó más, al tiempo que miraba furtivamente a la puerta como considerando tal vez una prudente retirada. El «Ziv», no obstante, ya se había alejado de la cafetería, y Hannah, desde su acostumbrado lugar ante la caja, le sonreía con su más radiante bienvenida. Stambulov hinchó su amplia espalda y se resignó a la situación, devolviendo el saludo a su amiga.

—Un whisky doble, y un café doble —le pidió a la rubia del mostrador, que manipulaba en la cafetera exprés, luciendo un uniforme muy ceñido, de satén negro.

Stambulov poseía un conocimiento exacto de las concavidades y

convexidades que cubría el uniforme, y observó con gran satisfacción que las turbulentas semanas precedentes no había dejado huellas en las mismas. Detrás del mostrador solamente había otra chica, una pelirroja, también amiga suya, aunque no una de sus favoritas. Una sombra de descontento enturbió su expresión, y volvióse para interrogar a Hannah con la mirada. Parecía el hombre que espera un faisán para comer y le dan pollo en conserva.

Hannah fingió no ver aquella mirada; la rubia le sirvió el whisky.

—¿Lo tomará aquí, señor, o se lo sirvo en una mesa? —preguntó la muchacha.

Las chicas de Hannah estaban acostumbradas a no mostrar la menor familiaridad cuando servían a un parroquiano en el mostrador.

Stambulov reflexionó un momento.

—Sí, en la mesa —dijo, y de pronto exclamó—: ¡Caramba, miren quién está aquí: el inspector! —con la mano extendida fue hacia Nemetz, como si acabara de observar su presencia—. Bien, bien… qué pequeño es este cochino mundo, ¿eh?

—Cochino y pequeño, sí —asintió Nemetz.

Stambulov tomó asiento. La silla crujió bajo su peso. La camarera sirvió lo pedido en una bandeja plateada, dejándola sobre la mesa.

—Bien, ¿qué ocurre, inspector? —preguntó el ruso, aunque mostrando escaso interés.

—Me extrañan las equivocaciones que cometen ustedes, esto es lo que ocurre —respondió Nemetz.

Sabía que tenía que provocar al ruso si quería que le escuchase.

—¿A qué se refiere? —inquirió Stambulov, irguiéndose.

—Ustedes intentan poner fin a la revolución porque resulta demasiado embarazosa para su régimen, pero lo hacen de modo muy equivocado.

Stambulov le dedicó una fría mirada.

—No sé de qué está hablando.

—Ustedes quieren asustar a los húngaros, hasta lograr su completa sumisión. Pero, ¿por qué pisotean a las personas que ningún mal les han hecho? ¡A quienes les han hecho, en cambio, favores! ¿Creen que pueden permitirse el lujo de malquistarse con

todo el mundo?

—No vine aquí para escuchar un sermón —protestó el ruso.

—Claro que no —sonrió Nemetz. Sabía que estaba corriendo un riesgo, pero era aquélla la manera como había decidido jugar la partida—. Todos venimos aquí por el mismo motivo. Oh, sí, Hannah es una antigua amiga mía. Una amiga muy íntima. Yo he estado varias veces arriba con ella. Mucho antes de que ustedes, más jóvenes, la descubriesen. Yo soy lo que podríamos llamar un socio fundador del club.

Stambulov volvió a contemplarle fríamente.

—¿Qué desea de mí?

—Que libere a mi amigo el doctor Halmy. Es un buen hombre. Salvó la vida de sus solados. ¡No pueden ponerle contra la pared sólo porque lo ordene su suegra!

La rubia se acercó a la mesa.

Hizo la misma pregunta a los tres parroquianos que aún remoloneaban en el mostrador. Cuando el último se hubo marchado, la pelirroja miró hacia la calle para ver si alguien vigilaba, y bajó el cierre metálico de la puerta.

—¡Qué estupendo! —alabó Stambulov, como si todo aquello le resultase muy divertido.

Hannah descendió de su trono, cogió una botella de coñac «Napoleón» y la llevó a la mesa. También puso encima tres copas.

—Con mis cumplidos —expresó, sentándose—. Temí que jamás volviera a presentarse una ocasión como ésta —llenó las copas de los dos hombres, y ella se sirvió una mínima cantidad—. Oh, me siento tan bien… Mi *heure bleue*… así la llamo. La hora del día que siempre anhelo. La hora en que me libro de todos los moscones y estoy rodeada de mis amigos —cogió una mano de Stambulov y la acarició suavemente—. Te he echado mucho de menos, Grigori.

Stambulov no repitió la misma frase. Se limitó a tomar un trago de coñac, y después cogió la botella y examinó la etiqueta.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Auténtico! Qué mala es la gente. Dicen que cuando sirves coñac sólo la botella es francesa, y el licor sólo *schnapps* con un colorante.

Hannah rió.

—¡No me gusta malgastar el buen género en unos tontos que no saben apreciar la diferencia! Pero jamás te engañaría a ti ni al

inspector, siendo especialmente mis invitados.

—Esto ha sido una confabulación, ¿verdad? —gruñó el ruso con rencor—. Me atrajiste aquí para que el inspector me arrinconase, ¿eh?

Hannah se inclinó hacia delante y le besó levemente en la mejilla.

—¿Por qué eres tan suspicaz, Grigori? Te he dicho que te echaba de menos. Hay personas a quienes gusta vivir solas. A mí no.

Yo me vuelvo loca sentada todo el día en aquel agujero. Y las chicas también te echaban de menos. ¿No es cierto, Angela? —le preguntó a la rubia.

Al ver que la muchacha no contestaba, repitió la pregunta, mas con tono mucho más agudo.

—Oh, sí, claro —asintió la otra con voz monótona.

—No mintáis —la increpó Stambulov. Apuró su bebida. Hannah volvió a llenarle inmediatamente la copa—. Tú esperabas no volver a verme.

Las mujeres protestaron, pero él las hizo callar con un gesto perentorio de su mano suave y blanca. Luego se volvió hacia Nemetz.

—¿Por qué nos odian? —le preguntó al inspector—. Nosotros les hemos traído lo que no tenían… un vislumbre del futuro, una gran idea, una religión, mejor que ninguna otra, porque promete el cielo aquí en la tierra y no después… ¡Es el gran don! ¿Por qué nos odian?

—Pero Grigori Aleksandrovich —protestó Nemetz—, si ustedes nos conceden un don, no saben asegurarse de que la gente lo aproveche. Dejen que los demás decidan si lo quieren o no. Les querríamos si depositasen este regalo debajo del árbol de Navidad y saliesen de la habitación de puntillas.

—A esto me refiero. ¡Ustedes nos quieren lejos! —rezongó el ruso con petulancia.

Resonaron de nuevo protestas faltas de sinceridad por parte de las mujeres. Stambulov las escuchó sin mover un solo músculo. Había terminado su segundo coñac y sorbía el tercero.

—¿Está usted bebido, inspector? —inquirió.

—Oh, no, aún no. ¿Y usted?

—Todavía no —Stambulov sacudió la cabeza—. Pero tal vez lo

esté cuando se concluya la botella —se volvió hacia Hannah—. A partir de ahora, pago yo las bebidas.

—En absoluto. Invita la casa. Insisto en ello. Se trata de una celebración.

—¿La celebración de una victoria? —preguntó roncamente el ruso, mirando de reojo al inspector.

—No. Digamos la celebración de un pacto —manifestó aquél—. Suena mejor. La victoria divide a la gente en vencedores v vencidos, y esta noche todos queremos ser una gran familia.

Stambulov sonrió al fin, aunque tal vez fuese una alteración facial debida al licor.

—Una familia feliz, tal vez, pero no grande. ¿Dónde están tus chicas? —le preguntó a Hannah—. Erica… Rozsi… Tilda… Klari. . Vilma… Berta… ¿dónde están? ¿También se han marchado al Oeste? ¿O a la competencia?

—En esta ciudad no tengo competencia posible —repuso Hannah con altanería—. En cuanto a las chicas, no logro comunicarme con ellas. No sé, tal vez algunas hayan abandonado la ciudad, o no funcionan sus teléfonos.

—Yo estoy aquí —rió la pelirroja, recogiendo una bandeja con copas y llevándola al mostrador.

—Ya lo veo —sonrió el ruso.

—A Erica la mataron el domingo —explicó la rubia. En su voz había amargura y desafío. Hannah la miró malévolamente, pero la joven no calló—. Luchó con el grupo que defendía la Ciudadela. Era una buena tiradora, pues su padre fue general en la Segunda Guerra Mundial. Y ella había ganado muchas medallas, de bronce, de plata y una de oro.

Stambulov la contemplaba con su hocico de tapir temblando ligeramente, como intentando reprimir un estornudo. Levantó su copa.

—¡Por Erica… y su medalla de oro! —se tragó el coñac, cogió la botella y volvió a servirse y también a Nemetz—. ¿No bebéis, chicas? No me gusta emborracharme cuando todo el mundo está sereno. Es como andar desnudo en un funeral. Algo muy embarazoso.

La rubia cogió una copa y la colocó en la mesa, ante él.

—Yo me emborracharé contigo —proclamó—. ¡Esta noche

quiero emborracharme! ¡Bebamos todos! Pero no hablemos de funerales. ¡Últimamente ya ha habido demasiados!

Apuró la copa de un sorbo.

—En tu lugar, yo no bebería, Ángela —la recriminó Hannah, con el tono de una priora—. Sabes que no resistes el licor.

—Quiere decir que olvido mis modales —rió la joven—. Que cuento chistes verdes… Pero esto no es ningún mal, ¿verdad? ¿A quién le gusta una ramera casta? Naturalmente, Hannah quisiera que fuésemos unas perfectas damitas. Que jamás nos volviésemos de espaldas a los caballeros, excepto en la cama. Que conversásemos refinadamente: «¿Cómo está usted esta noche, caballero? ¿Ha tenido un buen día? ¿Se ha divertido mucho? ¿Presenció alguna ejecución atractiva?»

Hannah le dirigió una mirada asesina y un puntapié por debajo de la mesa, y Ángela chilló de dolor.

Stambulov no parecía divertido en absoluto.

—Me fastidiáis —refunfuñó. Luego, volvióse hacia Nemetz—. Durante años no hubo conflictos entre nosotros. Tal vez no fuésemos amigos, pero manteníamos unas relaciones civilizadas, satisfactorias, beneficiosas para ambas partes. De pronto, los húngaros se han vuelto locos. Todos… ¡Todo el país! No sé cómo llamarlo. ¿Histerismo en masa? ¿Violencia de multitudes? Hoy tuvimos que rodear la factoría «Csepel», incendiando toda la isla, y aquellos locos todavía se negaban a rendirse. Y yo pregunto: ¿piensan realmente que pueden vencemos? ¿O aguardan ayuda del Oeste? ¿No comprenden que su caso está completamente perdido?

Ángela cogió la botella y llenó su copa hasta el borde. Luego la levantó.

—¡Por los locos de «Csepel»! —gritó, tragándose el coñac como si fuese agua coloreada.

Hannah la vigilaba temerosamente.

—Ángela, te pasarás de la raya.

—Oh, no…, tía Hannah —rió la chica—, sólo un poquito. He de tener valor.

Stambulov miraba ominosamente a la rubia, cuyo rostro estaba muy encendido. Los ojos del ruso empezaron a enrojecer, y al hablar, era más pronunciado su acento eslavo; de vez en cuando, su lengua se atropellaba con las palabras húngaras.

—¿Por qué necesitas valor? —inquirió.

—¿No ha leído la historia de Judith? —preguntó Ángela sonriendo—. Está en el Antiguo Testamento. Fue la judía que cortó la cabeza de Holofenes, el general de Nabuconodosor. Primero se acostó con él y después…, ¡zas!, le rajó el gaznate —hizo un gesto imaginario como si tuviese una cimitarra en la mano, y tras una pausa añadió—: Yo también soy judía.

Stambulov volvió su vidriosa mirada hacia Hannah.

—¿A esto llamas una diversión? Porque esto es lo que me prometiste cuando me telefoneaste. «Te garantizo una buena diversión —me aseguraste—. Una velada alegre entre viejos amigos», añadiste. ¿Es ésta tu idea de una alegre distracción? ¡Ser extorsionado por un polizonte e insultado por una puta borracha…! —abatió su puño sobre la mesa—. ¡Será mejor que me largue a casa! ¡Allí, al menos, nadie querrá rajarme el gaznate!

Hannah le contemplaba con una sonrisa indulgente como si se tratase de un niño con una rabieta.

—No estarás mejor en casa, Grigori, porque allí se hallan tu mujer y tu suegra, y prefieres que te corten la garganta a pasar con ella una velada. Además, sabes que Angela está bromeando. ¡Si no puede retorcerle el cuello a una gallina, mucho menos podrá cortárselo a un hombre de noventa kilos! Y en cuanto a lo de la extorsión, el inspector Nemetz es un antiguo amigo mío y te pide un favor…, ¡con mi bendición! Suelta a ese pobre doctor y también a mí me harás un favor. Y será una buena inversión, pues sabes que jamás olvido una deuda contraída —Stambulov iba a hablar, pero ella se lo impidió—. Y otra cosa: no rompas ninguna mesa de este local si quieres que vuelva a invitarte. Mi cafetería es de cierta categoría y no un burdel barato, y deseo que sepas apreciar la diferencia entre ambos.

Pronunció su pequeño discurso con tono casual, apoyando la barbilla sobre la palma de su mano, sin apartar sus pupilas azules del ruso. Su voz era suave y clara como una hoja de acero. Era la voz de Circe, la tentadora de los hombres. De repente, Nemetz comprendió la causa de su éxito. No era su belleza ni su ambición, sino su coraje, su autoridad. No tuvo que mirar a Stambulov para saber que la magia de Hannah acababa de conquistarle. El ruso estaba sentado con los hombros caídos, y con una sonrisa en tomo a

sus labios, como si temiese verse convertido de pronto en un cerdito.

—No quise ser rudo —se disculpó toscamente—. Los días pasados nos han agotado a todos. Después de todo, también nosotros somos humanos. De modo que perdona que hable demasiado. No quiero que te enfades conmigo, Hannah. ¿Qué haría sin ti en un lugar tan poco amable como Budapest?

La mujer sonrió y le acarició la mano.

—Bueno, sé buen chico y obedece a mamita —se volvió hacia Angela, con voz mucho más aguada y cortante—. Te has comportado pésimamente. Sólo tienes la excusa de estar borracha. Ve a tomarte una taza de café. Pero antes discúlpate con Grigori.

Ángela se hallaba en el centro del local, tambaleándose como impulsada por un vendaval.

—¿Y si no me disculpo? —preguntó retadora.

—Quedarás despedida desde ahora.

—Podría trabajar en una fábrica.

—Naturalmente.

—¡Odio a los hombres! —susurró la rubia.

—Oh, no, los amas —la corrigió Hannah. Luego levantó la voz —: ¿Y tus disculpas, Ángela?

La joven extendió los brazos y con cierta dificultad efectuó una reverencia delante de Stambulov.

—Me disculpo —murmuró, añadiendo—: Y no le cortaré el pescuezo si esta noche se acuesta conmigo.

Dio media vuelta y fue hacia la cafetera, donde llenó un tazón de café muy fuerte. Levantó la taza.

—¡A su salud! —le gritó a Stambulov, tomando un largo sorbo. Lentamente dejó la taza sobre el mostrador y susurró con voz débil, asustada—. Oh, voy a marearme.

Extendió ambas manos, buscando, como si de repente se hubiese vuelto ciega, la salida detrás de la cortina de terciopelo.

—Ve con ella —le ordenó Hannah a la pelirroja—. No quiero que me ensucie el baño.

Cuando ambas chicas hubieron salido, Hannah volvióse hacia el ruso.

—Se pondrá bien, es joven. Además, está mucho mejor cuando bebe un poco —y sin pausa, agregó—: Bien, ¿qué pasa con el

doctor? ¿Puedes liberarle?

Stambulov la observó atentamente.

—¿Tiene mucho dinero?

—¿El doctor? ¡No! —rió Hannah— .Te juro que en esto no ganaré ni un centavo. ¡Ni el inspector!

—Entonces, ¿por qué…?

—El inspector lo desea porque el médico es un buen hombre, y yo para complacer al inspector.

—¿Es ésta la única forma en que puedes complacerle? —inquirió Stambulov.

—Temo que sí —suspiró Hannah.

Nemetz le entregó al ruso el papel con los nombres, graduaciones y números de series de los soldados rusos hospitalizados.

—El doctor Halmy los atendió. Probablemente salvó la vida de algunos. Al menos eso dicen ellos mismos. Puede interrogarles si lo desea.

Stambulov estudió el papel y se lo metió en el bolsillo.

—Bien, denme papel de carta —pidió—. Le escribiré una nota al coronel Levitov —se volvió hacia Nemetz—. Es el comandante de la prisión militar de Buda. Vaya allí a las nueve de la mañana, pero no antes, porque es muy bebedor y no le gusta que le molesten al amanecer. Me conoce, de modo que lo único que tiene que hacer es entregarle esta nota. Entonces soltará al doctor. Incidentalmente, Levitov habla alemán. Dudo que se presente ninguna dificultad, mas en caso contrario, dígale a Levitov que me llame al despacho. Hay que actuar de esta forma, pues por el conducto oficial el asunto se eternizaría.

La pelirroja aportó el papel y Stambulov garabateó una nota para el coronel. Puso la dirección en el sobre, que cerró, entregándoselo a Nemetz.

El inspector se puso de pie.

—Muchas gracias, Grigori Aleksandrovich. Ciertamente, por esto irá al cielo.

—Estupendo —sonrió el ruso—. Lo único malo es que allí encontraré a mi mujer.

Stamboluv parecía abocan i a una borrachera tremenda. Ángela no había vuelto del baño, y Nemetz pensó que Hannah tendría que

volver al servicio activo si quería divertir al ruso aquella velada. Entonces se despidió. Ya en el umbral dio media vuelta.

—¿Querrá saludar en mi nombre a nuestro amigo Blavatsky? —inquirió.

—Blavatsky! —Stambulov le miró consternado—. ¿No lo sabe? Lo mataron esta mañana.

—¡No!

—En Obuda. Los rebeldes arrojaron una granada contra su coche. El chófer y el guardaespaldas salieron ilesos, pero él murió achicharrado. ¡A esto me refería al decir que todo el país se ha vuelto loco! ¡Matar a un tipo inofensivo como Blavatsky! Ustedes eran amigos, ¿verdad?

Pero de igual forma que con Otto Koller pensó el inspector.

Regresó a su casa por calles tan desiertas como si toda la población se hubiese marchado al Oeste.

Decidió dormir en su cama, aunque recientemente no le gustaba estar en su hogar. Al principio no acertó a desentrañar la razón de tal repugnancia, hasta que lentamente lo comprendió. Era por Agnes. Por algo que jamás sintió viviendo la niña: ¡la echaba de menos! Antes llegaba a casa, se tumbaba en cama, y de pronto se abría un poco la puerta y la niña asomaba su carita, sonriendo, para notificarle las noticias infantiles de su día. Él la escuchaba con los ojos medio cerrados, deseando que le dejase en paz. Pero ella se demoraba, charlando inconsecuencias, y él tenía que fingir interés para no herir los sentimientos de la chiquilla.

Llamó a Alexa y le dio la buena noticia. Tardó bastante en poder hablar con ella. Desde que el Mando Militar Soviético controlaba la Central Telefónica había que llamar por medio de telefonistas que, en complicidad con la resistencia pasiva de la nación, ignoraban las señales de llamada.

Alexa había vuelto a su antigua habitación. Por la mañana estuvo en el hospital, enterándose de que Borbas había cumplido su palabra, despidiéndola. La administración del hospital había decidido que la joven era «una persona peligrosa para el Estado y la seguridad pública», y la despidieron sin contemplaciones ni paga alguna. A la muchacha sólo le quedaban unos centenares de forints,

ya que había zanjado todas las deudas cuando pensó que iban a huir al Oeste. No había pagado el alquiler de noviembre, y la mayoría de sus vestidos se hallaban en casa de Halmy, invadida de nuevo por los Toth y los Zloch. La pequeña maleta dispuesta para la huida aún estaba en su taquilla del hospital, junto con el maletín de Halmy, el abrigo de invierno y los libros de medicina. La enfermera Schulz lo fue a buscar todo y dispuso que un conductor de ambulancia se lo llevase a casa.

Todo el personal lamentaba su marcha, furiosos todos por la injusticia cometida con el doctor Halmy. Hasta el profesor Lendvai murmuró, al pasar por el corredor:

—Lo siento y buena suerte, pequeña.

Su gesto, no obstante, fue tan altanero como todos los suyos.

Durante el resto del día, Alexa estuvo en casa, tumbada en el sofá, fumando incesantemente y tratando de cerrar los oídos a los ruidos del baño y el apartamento en general. Llevaba algún tiempo durmiendo cuando uno de los inquilinos llamó a su puerta para comunicarle que la llamaban por teléfono.

La joven corrió al vestíbulo, pero estaba tan atontada que Nemetz tuvo que repetir la noticia hasta que ella consiguió captar su significado.

—¡Es usted maravilloso! —proclamó—. ¡No sé qué haríamos sin usted!

—Tan pronto como sepa algo definido la llamaré al hospital —dijo el inspector.

—¡No, al hospital, no! Mañana no estaré allí —no quiso contarle por teléfono el motivo de su despido—. Y si mañana sueltan a Zoltan —añadió—, suplíquele que tampoco vaya al hospital.

La venganza revoloteaba por la ciudad y no quería que Halmy corriese riesgos.

—Puedo decirle que vaya a verla a usted —apuntó Nemetz.

—Tampoco es buena idea —rechazó ella—. Preferiría verle en cualquier sitio de la ciudad… Pero, ¿dónde? ¡No hay ningún local abierto!

Nemetz reflexionó un instante.

—Yo conozco uno. La cafetería «Chez Lola», cerca del Coso. ¿No ha estado nunca?

—¿Quién no? —rió ella, con el rostro todavía bañado en

lágrimas.

—Entonces, vaya allí mañana a las diez. Dígale a la señorita Zagon, la propietaria, que me aguarda a mí. La verá sentada ante la caja registradora.

—Gracias —susurró la joven—. Muchas gracias por todo, inspector. No sé qué hubiésemos hecho sin usted.

De pronto se le ocurrió a Alexa que se estaba repitiendo.

Sonrió, ya más sosegada, y colgó.

Al otro extremo del hilo, el inspector la imitó.

A las nueve en punto, Nemetz estaba delante de las puertas de hierro de la prisión militar. Había coches blindados y tanques estacionados delante del edificio, dejando solamente un sendero estrecho para el tráfico del bulevar. Los soldados rusos armados con pistolas automáticas vigilaban la entrada y al principio se negaron a dejar entrar a Nemetz. Por suerte, un empleado húngaro que trabajaba en el Edificio de la Administración y conocía a Nemetz, llegó mientras el inspector discutía con los guardias, y les convenció para que le abrieran la puerta.

El Edificio de la Administración se alzaba en una calle lateral, y la prisión propiamente dicha estaba al fondo, más allá de un patio ancho y oscuro, donde se habían efectuado centenares de ejecuciones durante décadas turbulentas. Era una estructura de tres pisos, cuyas ventanas enrejadas daban a unos muros agrietados por las balas, y los dos cadalsos fijos más abajo. En el patio pululaban unos quinientos hombres y mujeres, entre los cuales se veían chiquillos de quince años, y algunos ancianos. Hablaban todos en voz baja, algunos arropados con prendas de abrigo, y otros sin apenas una bufanda. Sólo algunos poseían equipaje, y los demás carecían de todo. A lo largo de la pared había apostados centinelas rusos a intervalos de dos metros con las ametralladoras apuntadas contra los presos.

—¡Pobre gente! —se compadeció el empleado en voz baja—. Hoy los enviarán fuera.

—¿Adónde? —quiso saber Nemetz.

—No me lo pregunte —replicó el otro nerviosamente—. No lo sé. ¡No quiero saberlo! Prácticamente, toda mi vida he sido

miembro del Partido. Estuve en la resistencia durante la guerra. Los alemanes pusieron precio a mi cabeza. Viví en un sótano donde teníamos nuestro arsenal secreto. Una chispa de una bomba incendiaria hubiese podido volarlo todo. Pero esto…, esto es peor que todo lo de la Gestapo. Estoy totalmente desilusionado con lo que los rusos llaman el comunismo. A partir de ahora no me importa un bledo el Partido ni el camarada Kruschev. Por mí, pueden irse todos a paseo.

Nemetz le enseñó a su amigo la carta de Stambulov y le explicó cuál era su misión. El hombre leyó la dirección del sobre y frunció el ceño.

—Averiguaré si se ha levantado el coronel Levitov. Duerme aquí. Le pusieron un camastro en un despacho. Tal vez esté despierto y paseándose…, pero nunca se sabe. Depende de la hora a que se durmiera anoche.

Nemetz aguardó en un pasadizo muy aireado, que iba desde la puerta al patio, mientras el empleado entraba en el edificio. Regresó unos minutos más tarde.

—Todavía no se le ha visto.

Nemetz preguntó si podía hablar con el doctor Halmy. El empleado juzgó imposible encontrar en aquel momento a un hombre entre los miles que atestaban la cárcel. Sin embargo, volvió a la Administración. Esta vez tardó mucho más. Nemetz ya había perdido toda esperanza cuando el otro regresó con un sargento ruso.

—El médico por quien pregunta se halla en el patio —explicó—. He recibido permiso para que usted hable con él. El sargento le acompañará. Pero no se demore. El coronel ya ha pedido su primera bebida del día, y será mejor que le vea antes de que se trague más. Es el peor borracho que he visto en mi vida.

La muchedumbre contempló a Nemetz con odio cuando, seguido por el sargento ruso, el inspector empezó a recorrer el patio en busca del médico. Sin duda, pensaban que pertenecía a la policía secreta y con tácito entendimiento obstruían sus movimientos, agrupándose y formando muros humanos. Poco después, pese a todo, localizó a Halmy.

Éste se hallaba solo en medio de la selva humana, llevando aún su bata blanca manchada, con una toquilla negra, como las que las

aldeanas llevaban en la iglesia, en tomo a los hombros. Tenía el rostro morado por el frío y le castañeteaban los dientes. Cuando Nemetz le llamó, sus agrietados labios se curvaron en una torturada sonrisa.

—¡No lo creo! ¿Cómo entró? —inmediatamente, sin aguardar la respuesta, pidió—: ¿Tiene un cigarrillo?

Por suerte, Nemetz llevaba un paquete sin empezar. Cuando se lo entregó, los dedos del médico estaban demasiado entumecidos para abrirlo. Después de encender un pitillo para Halmy, Nemetz metió el paquete en el bolsillo de la bata blanca.

—¿Cuál es la noticia? —indagó el doctor.

—Estoy tratando de sacarle de aquí —murmuró Nemetz—. Todavía no hay nada concreto, pero es probable. Muy probable.

De pronto se le ocurrió una idea y empezó a desabrocharse su grueso abrigo.

—¿Qué hace? —se extrañó Halmy.

Nemetz se quitó el abrigo.

—¡Póngaselo! —le ordenó.

Iba ya a entregárselo, cuando el sargento ruso, con gran rapidez, se apoderó del mismo y lo registró escrupulosamente, palpándolo y hurgando en los bolsillos. Cuando se convenció de que era inofensivo se lo devolvió al inspector.

—¡Póngaselo! —repitió éste—. ¡De lo contrario se morirá de frío!

—¿Y usted? —objetó Halmy.

—Yo estaré dentro, donde hace calor. Además, llevo un suéter debajo de la chaqueta —para convencerle se desabrochó la chaqueta y enseñó el suéter, confeccionado por Irene en los días en que todavía soñaba en casarse con él. Luego ayudó al doctor a embutirse en el abrigo—. Bueno, le dejo —agregó—. Pero volveré después de hablar con el coronel Levitov. Oh, algo más, claro. La señorita Mehely le envía sus mejores besos.

—¿La ha visto? ¿Cómo está? —a Halmy le temblaban los labios.

—La vi el martes, después de ser usted detenido, y anoche hablé con ella por teléfono. Vuelve a vivir en su antigua habitación. Naturalmente, está muy inquieta por usted, pero por lo demás está bien —posó una mano sobre un hombro del joven—. Aguárdeme aquí. No tardaré —supersticiosamente golpeó tres veces la

barandilla que tenían detrás—. Toque madera.

Echó a andar hacia la Administración, con el sargento delante. Tras varios pasos, el inspector sintió una mano que le asía por el brazo. Volvió la cabeza y reconoció al ladronzuelo Ernoe Lehotzky. Llevaba vendados el ojo izquierdo y media cara, y tenía los labios tremendamente hinchados.

—¡Ernoe! —gritó Nemetz. El ratero sonrió torvamente. Todos sus dientes, incluyendo los que antes llevaba engarzados en acero, habían desaparecido—. Dios mío, ¿qué te ha ocurrido, muchacho?

—¡Me cogieron! ¡Esos malnacidos me molieron a palos! Pero no tema, inspector, les di yo más que ellos a mí. ¡Golpe por golpe y alguno de más!

—Ernoe —murmuró rápidamente el inspector—, el hombre con quien yo hablaba es médico. Que te examine la cara. No sé si podrá hacer algo por ti, pero yo, en tu lugar, iría a verle.

—Bien, inspector, lo haré. Y no se preocupe. ¡Todavía cavaré las tumbas de esos bribones!

—Buena suerte, Ernoe —le deseó Nemetz, siguiendo de nuevo al sargento.

Una corriente de aire helado barrió el patio y el inspector se estremeció.

—¡Cuídese, inspector! le gritó Ernoe—. ¡Váyase a casa y tómese un ron caliente! Este tiempo no es bueno para que un hombre de su edad vaya sin abrigo!

El coronel estaba ya levantado en su despacho. Después de enseñar sus credenciales a tres centinelas, Nemetz fue admitido a la presencia todopoderosa.

Al penetrar en la estancia vio a un hombre gordinflón, de semblante huraño, envuelto en una túnica manchada, que paseaba su nariz por encima de una mesa atestada de papeles. Tenía unos ojillos penetrantes, una cara cubierta de pústulas y una barba que no había conocido la navaja desde una semana atrás.

—¿Qué quiere? —preguntó en ruso, hurgando su nariz con el índice.

Nemetz se presentó y dejó la carta de Stambulov sobre la mesa.

—Es de Grigori Aleksandrovich Stambulov —explicó en alemán —. Me dijo que usted le conocía, coronel.

El militar levantó la vista. En sus ojos no brillaba la menor

promesa de buena voluntad.

—Seguro, seguro…, le conozco. Sí, conozco a Grigori Aleksandrovich muy bien. Muy bien.

Pero continuó sin coger la carta.

Fue una crueldad del destino que Nemetz tuviese que enfrentarse con el coronel en uno de sus peores momentos. Incluso en su estado normal, no era un hombre fácilmente accesible, pero ahora, con la picazón de su rostro, la resaca de la noche anterior y su odio patológico hacia todo lo húngaro, le ponía de un terrible malhumor.

Había llegado al país el 2 de noviembre, cuando su unidad fue agregada como refuerzo en la batalla contra Hungría. Aun antes de llegar a Budapest estaba ya lleno de venenoso resentimiento contra la estúpida revolución. Once años después del final de la guerra volvía a ser blanco de disparo, lo cual le hacía temblar de furor… y de miedo. La única forma de sobreponerse a su pánico era llenándose de licor, hasta caer en un completo sopor. Mas, evidentemente, su resistencia para el alcohol era tan escasa como su tolerancia para el peligro, y cuanto más bebía más medroso se sentía.

—¿Por qué me escribe una carta el camarada Stambulov? —murmuró, mirando con petulancia el sobre.

—Si lo lee lo sabrá, coronel —pronunció el inspector, reprimiendo su irritación.

Al fin, Levitov cogió la carta y abrió el sobre. Sólo contenía cinco líneas mal trazadas, que sin embargo el coronel estudió largo tiempo, hasta aprendérselas casi de memoria.

—¿Dijo que el camarada Stambulov escribió esto? —preguntó luego lentamente.

—El mismo. ¿No firmó con su nombre?

El coronel volvió a leer la carta.

—Aquí hay una firma. G. A. Stambulov. Mas, ¿cómo puedo saber que no fue escrita por otra persona…, usted, por ejemplo?

—¡Pregúnteselo a él! En realidad, me dijo que si existía alguna duda o dificultad, le llamase a su despacho de la *Kommandatura*.

—¿Por qué he de llamarle? ¡No quiero tratos con él!

—Coronel —Nemetz elevó el tono de voz—, Grigori Aleksandrovich quiere que suelten al doctor Zoltán Halmy. Lo dice

así en su carta. Y no le gustará que usted se niegue a colaborar.

El rostro del coronel Levitov se tornó carmesí.

—¡Grigori Aleksandrovich puede irse…! —casi terminó la obscenidad, pero se contuvo a tiempo.

Sólo había visto dos veces a Stambulov y le odiaba. Odiaba a toda la NKVD y al Partido. También odiaba a los americanos y a Occidente. En el mundo había muy pocas personas e instituciones que el coronel no odiase.

—¿Cómo puedo saber que no se trata de una falsificación? —repitió tercamente.

—Tiene usted una secretaria en el antedespacho. Que llame a Stambulov, si no quiere llamarle usted.

El coronel bostezó. Con una especie de ronquido buscó un botón de la mesa y lo oprimió.

Una pausa, volvió a apretar el botón con más impaciencia y al fin se abrió la puerta y apareció una mujer de aspecto hombruno, con la graduación de cabo, que, desde el nombramiento de Levitov como comandante de la prisión militar, era su ayudante y a veces su enfermera.

El coronel le entregó la misiva con orden de llamar al despacho de Stambulov para averiguar si la firma era auténtica.

—Espere fuera —le gritó a Nemetz.

Jueves, 8 de noviembre

El inspector, sin lamentar abandonar la irritante presencia del coronel siguió a la cabo a la antesala.

—Siéntese, por favor —le indicó la mujer en húngaro.

Llevaba varios años en el país y conocía relativamente el idioma.

Nemetz le dio las gracias y tomó asiento, en tanto ella le pasaba al telefonista de servicio el número de Stambulov. El edificio, que anteriormente había sido una cárcel húngara, no tenía línea directa con *Kommandatura*, por lo que la llamada tenía que pasar por la central telefónica.

—Tendremos que aguardar, la línea está ocupada —murmuró la mujer cabo, soltando el auricular.

Lo intentó un minuto más tarde, con el mismo resultado.

—Temo que no conseguiremos telefonear —manifestó al quinto intento.

—¿Por qué? —se alarmó Nemetz.

—No lo sé —se encogió ella de hombros— Ayer intenté el día entero llamar a la *Kommandatura* sin éxito. ¡Ni una sola vez!

—¿Le molestaría volver a probar? —insistió Nemetz—. Es asunto de vida o muerte Se trata del doctor Halmy, al que detuvieron por error. Es un buen hombre. Cirujano Salvó la vida de varios soldados rusos en el hospital. He llegado hasta tan lejos… que sería una vergüenza fracasar ahora.

La mujer asintió y volvió a marcar. Era baja y rechoncha, con una cara redonda, de muñeca, que Nemetz encontró bastante atractiva.

Repitió el número de Stambulov en beneficio del telefonista, y poco después volvió a soltar el receptor.

—La línea no responde —comunicó—. Están reparándola. Al

menos esto dice el telefonista.

En realidad, cosa que ignoraban la mujer y el inspector, la línea estaba en perfecto orden, pero el telefonista húngaro saboteaba todas las llamadas a la *Kommandatura*. Los empleados de teléfonos no podían abandonar sus puestos, pues desde la victoria de los rusos eran detenidos si no se presentaban a trabajar, por lo que la única forma de ayudar a la resistencia pasiva era sentarse delante de las centralitas y perpetrar los mayores desmanes posibles sin que se enterasen los rusos.

—Es inútil —resumió la cabo, después de varios intentos—. Ahora, ni siquiera logro comunicarme con el operador. Ayer ocurrió lo mismo. Al final tuvimos que enviar a un chico.

Marcó una vez más. Hubo un zumbido, pero ninguna voz al otro extremo del hilo.

—¿Es cierto que van a deportar a los del patio? —inquirió Nemetz.

Ella vaciló un instante.

—Sí —asintió finalmente.

—¿Adónde?

Su interlocutora no contestó, limitándose a encogerse de hombros.

—¿Cuándo? —la apremió Nemetz. Al ver que ella callaba, añadió—: Se lo pregunto porque el doctor está entre ellos.

—Tan pronto como haya camiones disponibles —susurró ella, mirando angustiadamente hacia la puerta del despacho del coronel —, se los llevarán a la estación Oriental.

—Para sacarlos fuera del país, ¿eh?

Nuevo encogimiento de hombros.

Nemetz reflexionaba enconadamente. Desde el día 4 no había tranvías ni taxis. El despacho de Stambulov se hallaba a dos horas de camino a pie. Sin contar la probable espera en su antesala, ello significaba una demora de medio día.

—¿No sería posible enviar un ordenanza al camarada Stambulov? —le preguntó a la cabo.

La mujer vaciló.

—Tengo que obtener su permiso —señaló al despacho del coronel.

—¡No, no, no le moleste! ¡No serviría de nada! ¿No puede enviar

un mensajero por su propia iniciativa?

La mujer se puso de pie y fue hacia la ventana. Estuvo allí largo tiempo y al fin volvióse hacia Nemetz.

—A mi prometido lo mataron en la revolución —murmuró con tono extraño y voz átona—. Era saltador de altura. Uno de los mejores. Ganó el campeonato de Moscú en mil novecientos cincuenta y cuatro.

—Lo siento —murmuró Nemetz.

—Murió a manos de su propio pueblo —continuó ella—. Ejecutado. Porque él y su dotación, era comandante de tanque, se unieron a los rebeldes húngaros.

La ventana daba a la calle lateral. El patio con su multitud de presos no podía verse desde allí; sólo se oían las voces, confundidas en un murmullo monótono y deprimente como el agua al correr por una cañería, a través de las paredes.

La mujer se volvió de nuevo hacia Nemetz.

—Le enviaré un mensajero al camarada Stambulov. Y confiemos en que el coronel Levitov no se entere.

Poco antes de las doce regresó el mensajero. Nemetz esperaba en un pequeño vestuario donde no corría miedo de ser descubierto por el coronel. Cuando la mujer le llamó estaba dormitando. Probablemente era señal evidente de su ancianidad, el hecho de dormirse con facilidad en los momentos más raros y en las posturas más incómodas.

—Aquí está la carta —exclamó la mujer—. ¡Firmada y sellada! —sonrió—. Vaya ahora a ver al coronel Levitov.

Sin embargo, el coronel no se mostró dispuesto a recibirle. Hasta media hora más tarde no llamó a la cabo y le ordenó que introdujese al inspector.

—¿Por qué tardó tanto? —quiso saber cuando Nemetz le entregó la carta.

—Por el nuevo método de tortura que han inventado ustedes: por la espera de la antesala —repuso Nemetz sonriendo torvamente.

El coronel le miró con suspicacia, pero no contestó. Leyó la carta, redactada en papel oficial y certificada con la firma y el sello de Stambulov. El coronel pareció examinar, no palabra por palabra, sino letra por letra. Al fin la dejó caer sobre la mesa.

—No hay duda de que esta carta es del camarada Stambulov.

Lamento haberle causado tantas molestias, pero una persona de mi posición nunca es bastante cautelosa, especialmente al tratar con la NKVD. Sólo hay ahora una dificultad… —hizo una pausa saboreando la impaciencia de Nemetz.

—¿Cuál?

—Que llega usted un poco tarde. El doctor ya ha sido trasladado fuera de aquí.

Nemetz sintió el irresistible deseo de escupir contra las pústulas de la cara del coronel, aunque logró dominarse.

—¿Trasladado? ¿Adónde? —inquirió roncamente.

El coronel consultó su reloj de pared.

—Deben de estar en la estación… o ya en ruta.

—¿En qué estación? —el inspector levantó la voz. Alargó la mano, cogió la carta y se le metió en el bolsillo.

—Secreto militar —replicó el coronel.

Nemetz perdió la paciencia.

—¡No me importa! ¡Grigori Aleksandrovich Stambulov desea que suelten al doctor Halmy! ¡Le ha enviado a usted dos cartas! No dos cartas, sino dos órdenes. Y está acostumbrado a ser obedecido… ¡Puede mostrarse muy severo si se lo propone!

El coronel se puso de pie.

—También yo tengo órdenes de mis jefes para no divulgar detalles de las medidas de represión tomadas por el ejército soviético. ¡Y prefiero cumplir estas órdenes y mearme en las del camarada Stambulov! Y en cuanto a usted… —se aproximó a Nemetz—, si no se halla fuera de aquí dentro de un segundo, lo arrestaré. ¡Porque yo mando aquí y no el camarada Stambulov!

Maldiciendo para su capote, Nemetz salió del despacho.

—Tiene usted que ayudarme de nuevo —le rogó a la cabo, contándole su infructuosa entrevista.

—Ignoraba que se hubiesen marchado ya —susurró ella—, pero averiguaré a qué estación los han llevado.

Salió de la habitación, regresando irnos minutos más tarde.

—Sí —anunció—, salieron de aquí diez camiones hace media hora. Temo que tendrá que renunciar a salvar al doctor. En cierto modo, es mejor que lo hayan deportado. Así no tendrá que sufrir el proceso ni ser sentenciado a prisión o… —no acabó la frase—. No es esto lo peor que podía ocurrirle.

—Si al menos pudiese llegar a la estación antes de la salida del tren…

—Yo le ayudaré —prometió la cabo.

Al momento estuvo hablando por teléfono con alguien del edificio que se llamaba Sergei, y que al parecer disponía de una motocicleta. Al menos, esto fue lo que Nemetz entendió del rápido lenguaje ruso.

—Sergei le llevará a usted —anunció la mujer tras dejar el teléfono en su horquilla—. Aunque no será un trayecto alegre. Irá usted sentado detrás y tendrá que agarrarse a él fuertemente, porque conduce como un loco. Sin embargo, le llevará a la estación. No me sorprendería que llegaran incluso antes que los camiones.

Sergei resultó ser un joven de pelo negro, que parecía gitano y tenía algunos rasgos húngaros, idioma que chapurreaba. Con sus ojos relucientes y sus blancos dientes, le recordó a Nemetz un conocido dentífrico. Saludó al inspector con gran alborozo, como si se marchasen a un baile.

Mientras pasaban alocadamente por las calles de la ciudad, Sergei comentaba continuamente todo lo que veía pasar ante sus ojos. Según su versión, la revolución había sido sólo un gigantesco espectáculo en el que un cuadro sucedía al anterior. Constantemente se desternillaba de risa y, aunque aquel sonido jubiloso fuese un notable cambio para el inspector, éste deseaba que el joven se contuviese, o que redujese al menos sensiblemente la velocidad, en lugar de correr a más de ciento veinte kilómetros por hora en aquella desvencijada moto.

—¡Oh, los húngaros, qué payasos! ¡Debía de haberles visto! —rió el joven—. ¡Nos volaron cinco tanques! ¡Figúrese, cinco! ¡Con granadas de mano! ¡Y el sexto tanque los pilló a ellos! ¡A todos! ¡De un disparo! ¡Qué payasos!

Todo era una comedia: el derrumbamiento de los edificios, las carreras de los paisanos en busca de refugio, los agentes de la policía secreta colgando de los faroles… ¡Grandes carcajadas a ciento veinte kilómetros por hora!

—¡Oh, y aún no le he contado lo más idiota! Fue el viernes…, sí, el primer viernes del circo. Nosotros atacábamos una manzana

sostenida por cien rebeldes al menos. Teníamos apoyo de tanques, y ellos sólo ametralladoras, de forma que los rechazamos hacia la estación. Hacia el muelle de mercancías. Allí se guarecieron…, ¿sabe dónde? ¡Oh, jamás lo adivinaría! ¡Detrás de dos vagones de mercancías cargados de cerdos! ¡Había que oír a los cerdos cuando las granadas caían en medio de los vagones! ¡Jamás ha visto tanto jamón fresco en su vida! ¡Había sangre, mucha sangre por todas partes… de los hombres y de los cerdos! ¡Y los húngaros seguían disparando! ¡Y los cerdos gruñían! ¡Y corrían! ¡Oh, qué cosa! ¡Qué cosa! ¡Usted se habría muerto de risa!

Por fin llegaron a la estación. Sergei detuvo la moto y ayudó a Nemetz a descender. Al tocar al inspector observó que temblaba.

—No debería de correr de este modo sin abrigo —le reprochó—. Ya no es usted joven, amigo.

—Ya lo sé —rió Nemetz—. Y le prometo ponerme abrigo la próxima vez que vaya con usted en moto.

Una larga fila de camiones del ejército ruso tapados con lona se hallaban estacionados delante de la estación, solamente con los conductores sentados en las cabinas. Aunque no partían trenes, la gran sala de espera se hallaba atestada de presuntos viajeros, cansados y desgreñados como si hubieran pasado varios días allí. Había centinelas rusos apostados en las puertas que conducían a las vías vacías. En los rostros húngaros y en los semblantes rusos se veían expresiones desesperadas en el mismo grado.

—Tendremos que ir hacia el muelle de mercancías —observó Sergei—. El tren de los deportados se forma allí.

Dieron la vuelta al bloque, hacia la amplia portalada que se abría en el muro que corría paralelo a las vías. En la puerta fue Sergei quien llevó la voz cantante. Nemetz se limitó a estar a su lado, helado y entumecido. El muchacho hablaba con tanta rapidez que el inspector no le comprendía, si bien debió presentar unos argumentos contundentes, pues les permitieron entrar en el andén.

El tren estaba compuesto por treinta y dos vagones, principalmente ovejeros, con gente embutida en los veinte primeros, y los restantes vacíos aún. Era difícil acertar cuántos presos había en cada vagón, porque todos se hallaban agrupados junto a las portezuelas tratando de obtener una última visión de Budapest antes de partir con destino desconocido. En el extremo

más alejado del andén, un enorme grupo todavía esperaba la orden de subir al tren. La estación hervía de soldados rusos con fusiles amartillados, dando a entender a los deportados que todo intento de fuga lo tratarían sumarísimamente.

En la puerta le dijeron a Nemetz que buscase al comandante del tren. Con la ayuda de Sergei lo halló. Era un mayor bajo y pellejudo, con el rostro de un ratón asustado, y el inspector le entregó la carta de Stambulov. El oficial la leyó con profunda concentración, y meneó nerviosamente la cabeza.

—Aquí dice: «soltarlo de la prisión militar de Buda». Pero ese hombre ya no está allí, de modo que esta carta es nula.

Habló en ruso y Sergei hizo de intérprete.

—¡Dígale que se equivoca! —exclamó Nemetz—. Hay que libertar al doctor. ¿Qué importa dónde esté? ¿En una celda o en un tren?

Sergei volvió a traducir.

—El mayor asegura que existe una gran diferencia. Afirma que a él le han confiado mil seiscientos veintidós prisioneros, lo cual significa que al término del viaje tiene que entregar a su vez mil seiscientos veintidós hombres.

—¡Pero puede enseñar la carta! —protestó Nemetz—. ¡Esta carta demuestra que ha tenido que libertar al doctor!

—Dice que la carta no demuestra nada —tradujo Sergei nuevamente, después de escuchar la respuesta del mayor—. Solamente su comandante puede darle tal orden. El general Grebennik. Además, no sabe quién es el camarada Stambulov. Y sea quien sea tiene que hablar antes con el general. Si quiere saber una cosa, inspector —añadió Sergei—, será mejor que desista. Con ese payaso no logrará nada. ¿No ve que está muerto de miedo? Ayer atacaron un tren de deportados cerca de la frontera. Los rebeldes libertaron a todos los prisioneros y mataron a los guardianes. Cuando el tren llegó a Uzhgorod sólo llevaba un pasajero: el comandante. Por tanto, fue juzgado militarmente. ¡Por esto se halla tan asustado ese payaso!

Y Sergei soltó una alegre carcajada.

—Dígale que al menos quiero su permiso para hablar con el doctor —replicó Nemetz hoscamente.

Había intentado tanto la liberación de Halmy que le costaba

mucho aceptar su derrota.

Sergei tradujo la petición. El ruso reaccionó con el ceño arrugado, y al fin se encogió de hombros, alejándose. Sergei tuvo que correr tras él para obtener la respuesta.

—Dice que de acuerdo —le manifestó el inspector—, si puede usted localizar al médico. Pero tiene que darse prisa, porque el tren partirá dentro de muy poco.

Nemetz motejó de granuja y esperpento al oficial para su interior, y emprendió la imposible tarea de localizar al doctor Halmy, en medio de mil seiscientas veintidós personas. Anduvo a lo largo del tren, deteniéndose delante de cada unidad, observando los pálidos semblantes que a su vez le miraban tristemente. Todos intuían que era un amigo y le llamaban, gritándole nombres, direcciones, mensajes en una babel de voces que le imposibilitaba para entender una sola palabra.

Llegó hasta un grupo del andén que acababa de recibir la orden de subir al tren.

—¡Inspector! ¡Inspector!, ¡también está usted aquí! —le gritó una voz.

Era Emoe Lehotzky, con un nuevo vendaje en el rostro. El doctor estaba a su lado, llevando el abrigo de Nemetz. Al reconocer al inspector se apartó de la fila. El centinela no le ordenó volver a su sitio, mirándole con hostilidad y vigilando suspicazmente todos sus movimientos.

—¡Por Dios santo! —exclamó Halmy alegremente.

Sin duda pensaba que Nemetz venía a darle la libertad.

—¿Cómo lo consiguió? ¿Por arte de magia?

—Nada de eso —sonrió tristemente Nemetz. La falsa esperanza del joven le produjo un gran dolor. Sin embargo, prosiguió—: Lo siento, no se trata de eso. Durante unas horas alimenté grandes esperanzas. Tenía una carta que debía liberarle a usted. Mas de nada sirve ya; el mayor no le deja marchar.

—¡Oh…! —susurró el médico. Respiró profundamente—. De todos modos, muchas gracias. Su abrigo… —añadió lentamente—, al menos podré devolvérselo.

Nemetz detuvo su gesto.

—No, no, quédeselo. Lo necesitará más que yo.

Al ver que el médico vacilaba, levantó la voz:

—¡No sea tonto! Yo podré comprar otro y usted no. Además, no perdamos tiempo con el maldito abrigo. ¿Desea enviar algún recado? ¿Puedo hacerle algún favor?

Estaban a corta distancia de los otros presos, mas lo bastante lejos para no ser oídos. A dos metros se hallaba el muro que separaba la cautividad de la libertad, la vida de la muerte. Sin embargo, ni el doctor ni los demás pensaban en salvar aquel obstáculo. Era una barrera insalvable, más alta que la cordillera de los Alpes.

—Sí, un recado —pronunció Halmy en voz baja.

Nemetz observó que su tez pálida de los días anteriores mostraba unas manchas rojizas en los pómulos, y que sus ojos relucían de un modo extraño.

—¿Se siente usted bien? —se inquietó Nemetz—. ¿Tiene fiebre?

—Eso no importa —se impacientó Halmy—. Esto es mucho más importante. Tengo que comunicarle algo…, darle a usted un regalo de despedida a cambio de lo que ha hecho usted por mí.

—No he hecho nada. Lo intenté y fracasé.

Nemetz no deseaba escuchar al doctor. Quería impedir que hablase, pero el médico continuó.

—Es usted una buena persona, inspector Nemetz. Un hombre de convicciones firmes y sanos principios. Desea orden en su mundo y también justicia. Quiere que los buenos sean recompensados y castigados los malos. Se enfadó usted porque creía su deber descubrir al asesino de una mujer malvada. Usted sabía que ella lo era, pero el asesinato va contra la ley y usted tenía que encontrar al culpable. Es usted uno de esos policías enamorados de su profesión que yo creía sólo existían en los libros. Por esto le enfurece no poder solucionar un caso…, todos los casos. Por tanto, a cambio de lo que ha hecho usted por mí le daré la satisfacción de decirle que tenía usted razón. Desde el principio. Yo la maté. De un tiro. Yo maté a mi esposa Anna Halmy, nacida Toth.

Nemetz contempló al joven sin poder pronunciar una sola palabra. La confesión era tan inesperada que le hizo olvidar dónde estaba, y toda la infernal escena que le rodeaba: el muelle de carga, los soldados rusos y los hombres y mujeres del tren que se alejarían muy pronto de todo lo que conocían y amaban, para internarse en una oscuridad que temían y odiaban.

—¿Conque usted la mató? —murmuró al fin.

—Usted lo supo siempre, ¿verdad?

—No. No estaba seguro. No tenía usted ningún motivo. Iba a abandonarla, y ella no hubiera podido impedirlo. No en aquellas circunstancias. Las fronteras estaban abiertas, no había vigilancia, era usted libre de marcharse. No, no tenía motivos para matarla.

—Exacto, absolutamente ningún motivo… Ni quería matarla. Esta idea —añadió Halmy en tono burlón—, jamás se me habría ocurrido. Lo único que deseaba era marcharme. Pero ella era una mentirosa patológica, y a fin de retenerme a su lado inventó una mentira. Fue a verle a usted y le contó que yo la había amenazado con matarla. Esto, naturalmente, fue una invención suya. Luego volvió a casa y se ufanó de ello. Afirmó que yo no podría marcharme, porque me había puesto bajo la vigilancia de la Policía. Que de día y de noche un policía me seguiría los pasos. Contesté que jamás la había amenazado. ¿Cómo era posible que hubiese urdido un embuste tan tonto? Y me respondió que no era tan tonta, porque la Policía se la había creído.

—No es verdad —murmuró Nemetz—. Siempre estuve convencido de que ella había mentido.

—Pero yo lo ignoraba. De modo que fui a mi despacho, abrí el cajón, saqué la pistola y la maté. La maté cuando ella salía de la habitación, riendo. No creí que estuviese malherida porque empezó a chillar y corrió fuera del apartamento. Cuando unos minutos más tarde salí de casa, la encontré en la escalera. Estaba muerta.

—¿Qué hizo entonces?

—Me marché al hospital.

—¿Sin remordimientos?

—Sólo por no haberla matado mucho antes. Había sido un cobarde. Desde el principio sólo pretendió destruirme, y yo no luché. Me lo quitó todo, mi hogar, mi madre, mi familia, mi propia estimación. Y yo se lo permití… humillándome, evitándola, marchándome de casa, y permitiéndole hacer todo cuanto ella quería. Necesitaba un castigo y yo no la castigué. Por esto inventó aquella mentira. Sabía que aquella mentira habría sido una verdad con otro hombre. Ahí es donde se equivocó, donde fue demasiado lejos. Aseguró que no era una idea tonta. Y por esto la maté.

Nemetz contempló al joven con cierto respeto.

—La gente de Budapest se ha portado con integridad durante la revolución —comentó—. Nadie robó en los escaparates destrozados por las balas. Nadie robó a los muertos. Ni un centavo sacaron de las arcas de los Bancos desmantelados. ¡Pero usted utilizó la revolución para esconder un acto criminal!

—¡No! Está equivocado —protestó Halmy—. No fue un acto criminal. Fue mi revolución. Y la perdí, como la otra.

Sergei avanzó hacia ellos.

—El centinela dice que el preso tiene que subir al tren.

—¿Tiene algún recado para la señorita Mehely? —preguntó Nemetz—. ¿No quiere que le diga nada?

Halmy se restregó nerviosamente la frente.

—¿Qué puedo decirle que no le haya dicho ya? ¡Las famosas últimas palabras! —sonrió coléricamente—. Dígale que tenga cuidado. Y que me espere. Tal vez regrese. Pero, ¡que no me espere largo tiempo! Diablos, ella ha de casarse y tener hijos. Porque la vida no esperará para ella. ¡Maldición! Dígale que lo siento…, que es una pena que esto termine así, porque habríamos sido felices. ¡Yo sé que habríamos sido felices!

Ya sólo quedaban en el andén algunas personas. El mayor caminaba a lo largo del convoy, tratando de encontrar una unidad donde apretujar más sardinas. Ante un vagón situado un poco más lejos se detuvo y les indicó a los centinelas que le llevasen a Halmy. Un soldado se acercó al doctor y lo empujó hacia el vagón.

—¡Vámonos, camarada inspector! —rió Sergei, cuando Halmy estuvo a bordo del tren de mercancías—. ¡Me estoy helando!

—Dentro de un minuto —contestó Nemetz.

También estaba muerto de frío, pero no podía irse de allí. El ruido y el vocerío crecía de punto, como si las mil seiscientas veintidós gargantas gritasen, llorasen, maldijesen, todo al mismo tiempo. Halmy estaba junto a la portezuela que habían cerrado con un candado, solamente visible su cabeza por entre las demás. A su alrededor había unas sesenta personas, jóvenes, con algunas chicas.

—¡Escriba, si tiene ocasión! —le gritó Nemetz—. ¡Haga que la señorita Mehely sepa dónde está usted!

El tren se estremeció y las ruedas empezaron a girar con un sonido chirriante.

—¡Inspector! —voceó Halmy con urgencia en su voz—.

¡Inspector, olvidé algo!

—¿Qué?

—¡Cuidado! —gritó el doctor, arrojando al andén un paquete muy pequeño—. ¡Estaba en el bolsillo de su abrigo! ¡La llave de su casa!

Tres soldados rusos saltaron hacia la llave, creyendo que se trataba de un cartucho de dinamita tal vez. Cuando comprendieron que era sólo una llave, le propinaron un puntapié que la envió rodando por el andén.

—¡Qué payasos! —rió Sergei, cogiendo la llave y dándosela a Nemetz.

Un soldado contestó una obscenidad, a la que contestó un coro de carcajadas.

—¡Inspector! —gritó aún Halmy. El coche se movía a mayor velocidad y Nemetz ya no consiguió divisar su rostro.

—¡Dígale a Alexa que la amo! ¡Dígale que…!

Lo demás fue tragado por el estruendo del tren y los gritos de desesperación y rencor que surgían de los vagones.

Alexa estaba sentada a una mesa de «Chez Lola» desde que habían abierto el local aquella mañana. Cuando le contó a Hannah que aguardaba a Nemetz, aquélla la trató magníficamente, ofreciéndole un desayuno a base de café, penecillos recién hechos, mantequilla y huevos, un refrigerio fabuloso en la hambrienta Budapest. Alexa estaba enfadada consigo misma por tener tanto apetito a pesar de los nervios que le atenazaban la garganta como un apretado collar. Pero estaba hambrienta, pues no había comido nada desde hacía veinticuatro horas, aparte de unas galletas que encontrara en su habitación.

Hannah vigilaba cómo comía la joven, dirigiendo miradas inquisitivas y curiosas a aquel rostro tenso y ajado. Cuando sus ojos se encontraban, la mujer le dedicaba una sonrisa fraterna, cálida. A intervalos, cuando el negocio decaía, Hannah descendía de su plataforma y se sentaba junto a Alexa, la cual le agradecía aquella compañía que ahuyentaba sus negros pensamientos. Hablaron largamente y Alexa respondió a todas las preguntas de la dueña del local sin ambages ni restricciones. No entraba en su carácter

mostrarse abierta con nadie, ni con los desconocidos ni con los amigos, pero estaba ya al final de la cuerda y necesitaba confiarse a alguien. Estaba bien enterada de la reputación de Hannah Zagon —¿quién no la conocía en Budapest?—, pero ya había dejado de juzgar a la gente según las reglas de la moralidad burguesa.

Era mediodía y aún no había noticias de Nemetz. Hannah insistió en que almorzase, pero la joven sólo probó irnos bocados. Cuando Angela se llevó su plato, aún estaba prácticamente lleno. Hannah se levantó y dejó una copa de coñac delante de la muchacha.

—¡Le sentará bien!

—Sé que ha ocurrido algo —gimió la joven—, de lo contrario el inspector habría venido o telefoneado.

—Al revés, querida —la consoló Hannah—. De ocurrir algo malo, ya nos habríamos enterado de ello. Espere aún, que Nemetz no tardará en cruzar este umbral con el doctor a su lado.

Poco después de las dos de la tarde apareció Nemetz, pero sin el doctor. Tan pronto como Alexa observó la expresión de su rostro comprendió que había fracasado. Se puso de pie y le miró con los ojos muy abiertos, en tanto su palidez adquiría un matiz verdoso.

—¡Ha muerto! —chilló.

Nemetz se sintió aliviado al escuchar estas palabras, porque la noticia de que era portador era mejor que la que Alexa temía.

—No, no ha muerto. Lo han deportado.

—¿Cómo lo sabe?

—Estuve con él. Vi partir el tren.

Hannah se reunió con ellos. Contempló atentamente el semblante abatido del inspector y sacudió la cabeza tristemente.

—¡Debes de estar loco, Lajos! —exclamó al fin—. ¡Correr por las calles en un día como el de hoy sin abrigo!

Alexa también miraba a Nemetz, pero sin verle. De pronto, se dio cuenta de que estaba delante, no del portador de malas noticias, sino del inspector, del hombre.

—¿Dónde está su abrigo? —inquirió, e inmediatamente supo la respuesta—. ¡Naturalmente! Se lo llevaron tal como iba en el hospital, sin abrigo, y usted le ha dado el suyo.

Se sentó y empezó a sollozar. Cosa extraña: la tragedia no había provocado su llanto, y era el toque humano el que había hecho

brotar las lágrimas de sus ojos.

Nemetz ordenó *schnapps* para ambos. Apuró el suyo de un sorbo y pidió otro, en tanto Alexa aún sorbía lentamente el de su copa.

—¿Habló con él? —quiso saber la joven.

—Sí, largamente. Me encargó que le transmitiese su amor.

—Oh, ¿habló de mí?

—Sí. De nadie más.

—¿Qué dijo?

—Que espera volver a su lado.

La joven levantó la vista con una insinuación de sonrisa en sus pupilas.

—No parece propio de él —observó.

—En algunas ocasiones, las personas parecen otras.

Alexa no le escuchaba, siguiendo el curso de sus propias ideas.

—Si vuelve —preguntó de pronto, mirando directamente al inspector—, ¿qué pasará con el caso de Anna Halmy? ¿Seguirá el caso aún en pie?

Nemetz meditó un instante.

—No, ya no hay caso Ana Halmy. Ha terminado.

—¿Sin solución?

—Al contrario. Solucionado.

—¿Ha encontrado ya al asesino?

—En efecto.

—¿Quién fue?

—Hace frío aquí —comentó el inspector, pidiendo una tercera copa.

La presión de su pecho crecía por instantes. Se hallaba en camino de atrapar un tremendo resfriado y se alegraba de ello.

—Hoy —continuó—, vi a un tren que se llevaba a mil seiscientos veintidós entre hombres y mujeres. Nadie investigó en sus vidas ni fueron procesados, y no obstante han sido condenados y castigados. ¿Puede usted decir cuál era culpable y cuál inocente? Todos iban en el mismo tren; en consecuencia, ¿qué importa quién matara a la señora Halmy? Supongamos que su asesino también viajaba en aquel tren. Supongámoslo y declaremos concluso el caso.

Se puso de pie. No quería emborracharse en «Chez Lola». Por un lado era demasiado caro. Por otro, allí había brindado muchas veces con Otto Koller.

—Bien, debo irme. ¿Vuelve usted al hospital?

—No puedo —murmuró ella—. Me han despedido.

El inspector digirió la noticia.

—¿Cuáles son sus planes?

—No lo sé. Tendré que buscar trabajo en una fábrica, hasta que halle algo mejor.

Hannah estaba junto a los dos. De repente rodeó a Alexa con sus brazos por los hombros.

—Oh, no, querida. Puedes trabajar aquí. En realidad iba a sugerírtelo. Estoy terriblemente falta de personal.

—¡No! —gritó Nemetz—. ¡Alexa no trabajará aquí!

Tenía el rostro encendido, y su cicatriz parecía un costurón purpúreo.

Hannah se irguió altivamente.

—¿Por qué no? Sólo tendría que atender a los clientes. Ni siquiera hablar con ellos, si no quisiera —dirigió a Nemetz una mirada de indignación—. Francamente, Lajos, hablas como si yo dirigiese un tugurio.

—¡No, no diriges ningún tugurio, pero la señorita Mehely no trabaja aquí!

Alexa les estaba escuchando, paseando la mirada de uno al otro, como en un partido de tenis.

—Creo que es ella la que tiene que decidir —opinó Hannah con tono suave. Volvióse hacia Alexa—. Bien, ¿qué dices? Yo pago bien a mis chicas. Y están protegidas. Poseo excelentes relaciones. Ni siquiera los del AVO se atreven a tocarlas.

Alexa se puso de pie lentamente.

—Será mejor que me vaya a casa —respiró profundamente—. Estoy algo cansada —todavía poseía su habitación por un día o dos donde poder descansar, sin tener que preocuparse por el pago del alquiler. Tras una pausa añadió—: Muchas gracias por su ofrecimiento, señorita Zagon. Lo cierto es que necesito encontrar un empleo cuanto antes. De modo que volveré mañana y le daré mi respuesta.

—De acuerdo, querida —sonrió Hannah cálidamente—. Te esperaré.

Regresó a la caja. Nemetz pagó la cuenta y se encaminó a la salida.

—¿Viene, señorita Mehely? —casi gruñó.

—Sí, inspector.

Ya en el umbral, Alexa se detuvo un instante y volvió el rostro hacia Hannah.

—Adiós, señorita Zagon. Y gracias por todo.

—Ha sido un placer, querida —replicó la mujer con la sonrisa del hada madrina de Cenicienta—. ¡Te espero mañana!

Notas

[1] Caronte conduce la barca que cruza la laguna Estigia a la entrada del Infierno, según el poema de Dante «La divina comedia». *(N. del T.)* <<

[2] Leather, en inglés, significa piel curtida. *(N. del T.)* <<

[3] Sube al coche. < <